LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO



En este número una novela famosa: **LA HIJA DE FEDERICO BLUM** por ALEJANDRO DUMAS

Un cuento romántico:
EL RAYO DE LUNA
por Gustavo Adolfo Bécquer.

Un cuento dramático:
LA MASCARA
por Guy de Maupassant.

Un cuento humorístico:
HISTORIA DE UN NIÑO BUENO
por Mark Twain

Un cuento fantástico:
LA VENUS DE PAPEL
por Manuel Olivas.

Un cuento campero.
¡AH, GAUCHA!
por Helvecia Hirt.

"YO SOY EL MEDIO HERMANO DE ALFONSO XIII"
andanzas de un falso príncipe que aspiraba al trono de España.

MI BAUTISMO DE FUEGO
relato de un episodio de la guerra del Rif, por Vicente Asensio.

Y trabajos de Eduardo Mallea, Ricardo [illegible]



SUCULENTO...
Armour
suculento
INDUSTRIA ARGENTINA
JAMON COCIDO
FRIGORIFICO ARMOUR DE LA PLATA
Armour
sabrosas!
SALCHICHAS TIPO VIENA
Armour
regia!
LENGÜITAS DE CORDERO
Con Lengüitas de Cordero, Salchichas Tipo Viena y Jamón Cocido - tres exquisitos productos envasados Armour - tiene Vd. los elementos necesarios para preparar un suculento manjar. El resto lo hará su buen gusto de ama de casa, que le permitirá llevar a la mesa una fuente deliciosa, verdadera tentación para el apetito de sus comensales en estos días caniculares.
LA COCINA MAS MODERNA Y EL MEJOR COCINERO EN CADA ENVASE DE
Armour

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 97.126

ESMERALDA 116
U. T. 34 - 4067
Buenos - Aires

AÑO IX - N.º 186
25 FEBRERO 1942

Sumario

Ilustraciones de: OLIVAS, RAUL VALENCIA, ARTECHE, RECHAIN y VILLAFAÑE. - Fotografías de CASTELLANO, CONESA, PODESTA, ROMERO, BORELLI, etc.

CHISTES E HISTORIETAS DE DIVERSOS AUTORES

EN EL PROXIMO NUMERO:

EL ASESINATO DE LA MODELO
una apasionante novela policial de **Michael O'Malley**

EL EXODO
tradición criolla de **Ricardo Rojas**

EL ELIXIR DEL PADRE GAUDIOSO
cuento humorístico de **Alfonso Daudet**

LA MUERTE SOLICITADA
cuento histórico de **Anatole France**

DE MADRUGADA
cuento psicológico de **Antón Chejov**

LA TORMENTA
cuento de gran guignol por **Juan J. Ortiz Barili**

"UN TROMPESON NO ES CAIDA"
cuento campero por **D. Novillo Quiroga**

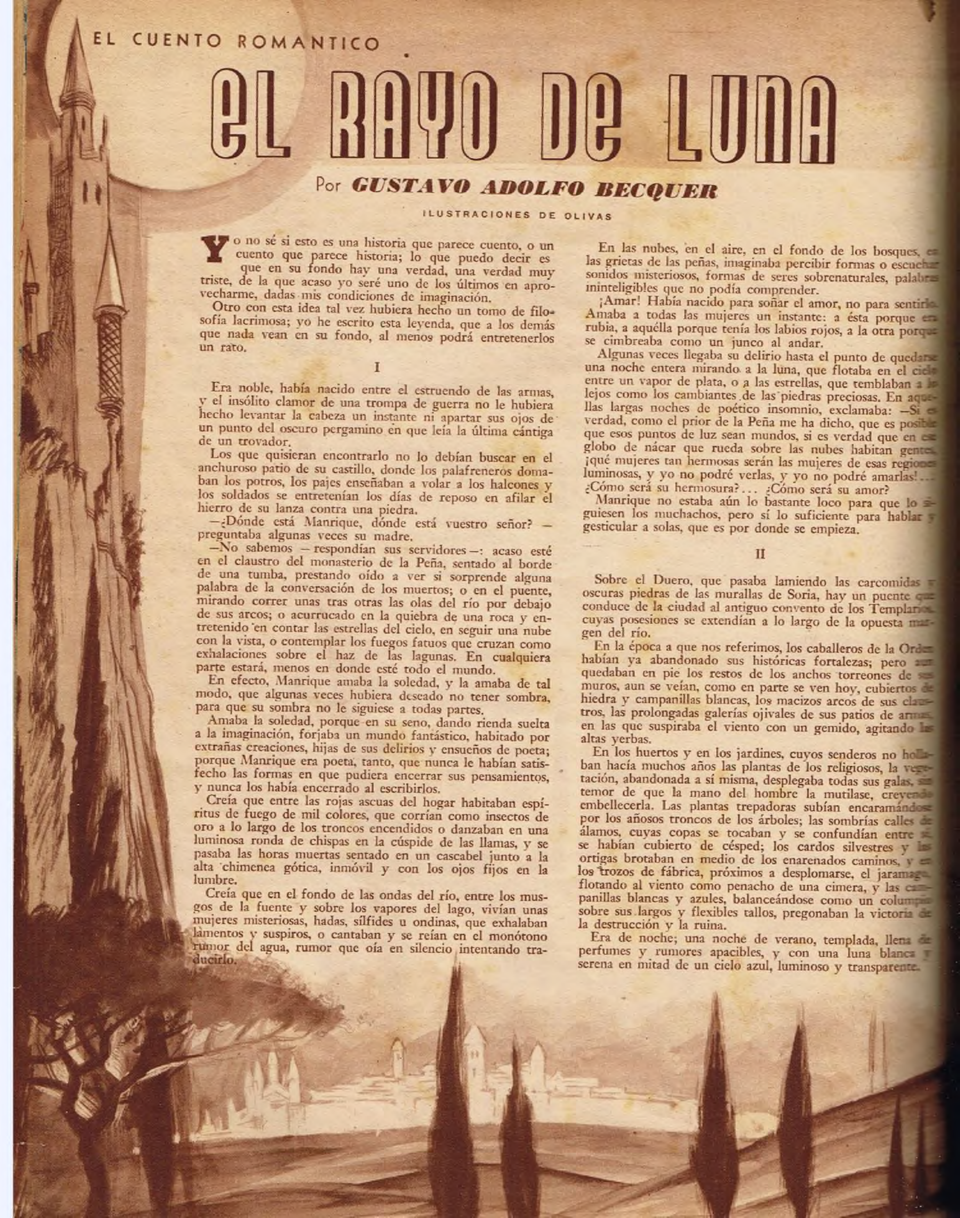
MEDALLONES DE SANGRE. - CUATRO DRAMAS DE NUESTRA HISTORIA
crónica evocativa de **Valentín de Pedro**

EN "LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA POR SUS FOTOGRAFIAS": BENITO QUINQUELA MARTIN

"LEOPLÁN" APARECE EL 11 DE MARZO



EN LA PULPERIA
(Fotografía artística de Angel Castellano)



EL CUENTO ROMANTICO

EL RAYO DE LUNA

Por ***GUSTAVO ADOLFO BECQUER***

ILUSTRACIONES DE OLIVAS

Yo no sé si esto es una historia que parece cuento, o un cuento que parece historia; lo que puedo decir es que en su fondo hay una verdad, una verdad muy triste, de la que acaso yo seré uno de los últimos en aprovecharme, dadas mis condiciones de imaginación.

Otro con esta idea tal vez hubiera hecho un tomo de filosofía lacrimosa; yo he escrito esta leyenda, que a los demás que nada vean en su fondo, al menos podrá entretenerlos un rato.

I

Era noble, había nacido entre el estruendo de las armas, y el insólito clamor de una trompa de guerra no le hubiera hecho levantar la cabeza un instante ni apartar sus ojos de un punto del oscuro pergamino en que leía la última cántiga de un trovador.

Los que quisieran encontrarlo no lo debían buscar en el anchuroso patio de su castillo, donde los palafreneros domaban los potros, los pajes enseñaban a volar a los halcones y los soldados se entretenían los días de reposo en afilar el hierro de su lanza contra una piedra.

—¿Dónde está Manrique, dónde está vuestro señor? —preguntaba algunas veces su madre.

—No sabemos —respondían sus servidores—: acaso esté en el claustro del monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, prestando oído a ver si sorprende alguna palabra de la conversación de los muertos; o en el puente, mirando correr unas tras otras las olas del río por debajo de sus arcos; o acurrucado en la quiebra de una roca y entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista, o contemplar los fuegos fatuos que cruzan como exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquiera parte estará, menos en donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad, y la amaba de tal modo, que algunas veces hubiera deseado no tener sombra, para que su sombra no le siguiese a todas partes.

Amaba la soledad, porque en su seno, dando rienda suelta a la imaginación, forjaba un mundo fantástico, habitado por extrañas creaciones, hijas de sus delirios y ensueños de poeta; porque Manrique era poeta, tanto, que nunca le habían satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos, y nunca los había encerrado al escribirlos.

Creía que entre las rojas ascuas del hogar habitaban espíritus de fuego de mil colores, que corrían como insectos de oro a lo largo de los troncos encendidos o danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cúspide de las llamas, y se pasaba las horas muertas sentado en un cascabel junto a la alta chimenea gótica, inmóvil y con los ojos fijos en la lumbre.

Creía que en el fondo de las ondas del río, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago, vivían unas mujeres misteriosas, hadas, sílfides u ondinas, que exhalaban lamentos y suspiros, o cantaban y se reían en el monótono rumor del agua, rumor que oía en silencio intentando traducirlo.

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las peñas, imaginaba percibir formas o escuchar sonidos misteriosos, formas de seres sobrenaturales, palabras ininteligibles que no podía comprender.

¡Amar! Había nacido para soñar el amor, no para sentirlo. Amaba a todas las mujeres un instante: a ésta porque era rubia, a aquélla porque tenía los labios rojos, a la otra porque se cimbreaba como un junco al andar.

Algunas veces llegaba su delirio hasta el punto de quedarse una noche entera mirando a la luna, que flotaba en el cielo entre un vapor de plata, o a las estrellas, que temblaban a lo lejos como los cambiantes de las piedras preciosas. En aquellas largas noches de poético insomnio, exclamaba: —Si es verdad, como el prior de la Peña me ha dicho, que es posible que esos puntos de luz sean mundos, si es verdad que en ese globo de nácar que rueda sobre las nubes habitan gentes, ¡qué mujeres tan hermosas serán las mujeres de esas regiones luminosas, y yo no podré verlas, y yo no podré amarlas!... ¿Cómo será su hermosura?... ¿Cómo será su amor?

Manrique no estaba aún lo bastante loco para que lo siguiesen los muchachos, pero sí lo suficiente para hablar y gesticular a solas, que es por donde se empieza.

II

Sobre el Duero, que pasaba lamiendo las carcomidas y oscuras piedras de las murallas de Soria, hay un puente que conduce de la ciudad al antiguo convento de los Templarios, cuyas posesiones se extendían a lo largo de la opuesta margen del río.

En la época a que nos referimos, los caballeros de la Orden habían ya abandonado sus históricas fortalezas; pero aun quedaban en pie los restos de los anchos torreones de sus muros, aun se veían, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas, los macizos arcos de sus claustros, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido, agitando las altas yerbas.

En los huertos y en los jardines, cuyos senderos no hollaban hacía muchos años las plantas de los religiosos, la vegetación, abandonada a sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla. Las plantas trepadoras subían encaramándose por los añosos troncos de los árboles; las sombrías calles de álamos, cuyas copas se tocaban y se confundían entre sí, se habían cubierto de césped; los cardos silvestres y las ortigas brotaban en medio de los enarenados caminos, y en los trozos de fábrica, próximos a desplomarse, el jaramago, flotando al viento como penacho de una cimera, y las campanillas blancas y azules, balanceándose como un columpio sobre sus largos y flexibles tallos, pregonaban la victoria de la destrucción y la ruina.

Era de noche; una noche de verano, templada, llena de perfumes y rumores apacibles, y con una luna blanca y serena en mitad de un cielo azul, luminoso y transparente.


OLIVAS



Manrique, presa su imaginación de un vértigo de poesía, después de atravesar el puente, desde donde contempló un momento la negra silueta de la ciudad, que se destacaba sobre el fondo de algunas nubes blanquecinas y ligeras arrolladas en el horizonte, se internó en las desiertas ruinas de los Templarios.

La medianoche tocaba a su punto. La luna, que se había ido remontando lentamente, estaba ya en lo más alto del cielo, cuando, al entrar en una oscura alameda que conducía desde el derruido claustro a la margen del Duero, Manrique exhaló un grito leve, ahogado, mezcla extraña de sorpresa, de temor y de júbilo.

En el fondo de la sombría alameda había visto agitarse una cosa blanca, que flotó un momento y desapareció en la oscuridad. La orla del traje de una mujer, de una mujer que había cruzado el sendero y se ocultaba entre el follaje, en el mismo instante en que el loco soñador de quimeras o imposibles penetraba en los jardines

III

Llegó al punto en que había visto perderse entre la espesura de las ramas a la mujer misteriosa. Había desaparecido. ¿Por dónde? Allá lejos creyó divisar, por entre los cruzados troncos de los árboles, como una claridad o una forma blanca que se movía.

—¡Es ella, es ella, que lleva alas en los pies y huye como una sombra! — dijo, y se precipitó en su busca, separando con las manos las redes de hiedra que se extendían como un tapiz de unos en otros álamos. Llegó rompiendo por entre la maleza y las plantas parásitas hasta una especie de rellano que iluminaba la claridad del cielo... ¡Nadie! — ¡Ah, por aquí, por aquí va! — exclamó entonces —. Oigo sus pisadas sobre las hojas secas, y el crujido de su traje que arrastra por el suelo y roza en los arbustos — y corría y corría como un loco de aquí para allá, y no la veía —. Pero siguen sonando sus pisadas — murmuró otra vez —; creo que ha hablado; no hay duda, ha hablado... El viento que suspira entre las ramas; las hojas, que parece que rezan en voz baja, me han impedido oír lo que ha dicho; pero no hay duda, va por ahí, ha hablado..., ha hablado... ¿En qué idioma? No sé, pero es una lengua extranjera... Y tornó a correr en su seguimiento, unas veces creyendo verla, otras pensando oírla; ya notando que las ramas por entre las cuales había desaparecido se movían; ya imaginando distinguir en la arena la huella de sus breves pies; luego, firmemente persuadido de que un perfume especial que aspiraba a intervalos era un aroma perteneciente a aquella mujer que se burlaba de él, complaciéndose en huirle por entre aquellas intrincadas malezas. ¡Afán inútil!

Vagó algunas horas de un lado a otro fuera de sí, ya parándose para escuchar, ya deslizándose con las mayores precauciones sobre la yerba, ya en una carrera frenética y desesperada.

Avanzando, avanzando por entre los inmensos jardines que bordeaban la margen del río, llegó al fin al pie de las rocas sobre que se eleva la ermita de San Saturio. —Tal vez desde esta altura podré orientarme para seguir mis pesquisas a través de ese confuso laberinto — exclamó trepando de peña en peña con la ayuda de su daga.

Llegó a la cima, desde la que se descubre la ciudad en lontananza y una gran parte del Duero que se retuerce a sus pies, arrastrando una corriente impetuosa y oscura por entre las corvas márgenes que lo encarcelan.

Manrique, una vez en lo alto de las rocas, tendió la vista a su alrededor; pero al tenderla y fijarla al cabo en un punto, no pudo contener una blasfemia.

La luz de la luna rielaba chispeando en la estela que dejaba en pos de sí una barca que se dirigía a todo remo a la orilla opuesta.

En aquella barca había creído distinguir una forma blanca y esbelta, una mujer, sin duda la mujer que había visto en los Templarios, la mujer de sus sueños, la realización de sus más locas esperanzas. Se descolgó de las peñas con la agilidad de un gamo, arrojó al suelo la gorra, cuya redonda y larga pluma podía embarazarle para correr, y despojándose del ancho capotillo de terciopelo, partió como una exhalación hacia el puente.

Pensaba atravesarlo y llegar a la ciudad antes que la barca tocase en la otra orilla. ¡Locura! Cuando Manrique llegó jadeante y cubierto de sudor a la entrada, ya los que habían atravesado el Duero por la parte de San Saturio entraban en Soria por una de las puertas del muro, que en aquel tiempo llegaba hasta la margen del río, en cuyas aguas se retrataban sus pardas almenas.

IV

Aunque desvanecida su esperanza de alcanzar a los que habían entrado por el postigo de San Saturio, no por eso nuestro héroe perdió la de saber la casa que en la ciudad podía albergarlos. Fija en su mente esta idea, penetró en la población, y dirigiéndose hacia el barrio de San Juan comenzó a vagar por sus calles a la ventura.

Las calles de Soria eran entonces, y lo son todavía, estrechas, oscuras y tortuosas. Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpía ora el lejano ladrido de un perro, ora el rumor de una puerta al cerrarse, ora el relincho de un corcel que piafando hacía sonar la cadena que le sujetaba al pesebre en las subterráneas caballerizas.

Manrique, con el oído atento a estos rumores de la noche, que unas veces le parecían los pasos de alguna persona que había doblado ya la última esquina de un callejón desierto, otras, voces confusas de gentes que hablaban a sus espaldas, y que a cada momento esperaba ver a su lado, anduvo algunas horas corriendo al azar de un sitio a otro.

Por último, se detuvo al pie de un caserón de piedra, oscuro y antiquísimo, y al detenerse brillaron sus ojos con una indescriptible expresión de alegría. En una de las altas ventanas ojivales de aquel que pudiéramos llamar palacio se veía un rayo de luz templada y suave, que, pasando a través de unas ligeras colgaduras de seda color de rosa, se reflejaba en el negruzco y agrietado paredón de la casa de enfrente.

—No cabe duda; aquí vive mi desconocida — murmuró el joven en voz baja y sin apartar un punto sus ojos de la ventana gótica —; aquí vive. Ella entró por el postigo de San Saturio...; por el postigo de San Saturio se viene a este barrio...; en este barrio hay una casa, donde, pasada la medianoche, aun hay gente en vela... ¿En vela? ¿Quién sino ella, que vuelve de sus nocturnas excursiones, puede estarlo a estas horas?... No hay más; ésta es su casa.

En esta firme persuasión, y revolviendo en su cabeza las más locas y fantásticas imaginaciones, esperó el alba frente a la ventana gótica, de la que en toda la noche no faltó la luz, ni él separó la vista un momento.

Cuando llegó el día, las macizas puertas del arco que daba entrada al caserón, y sobre cuya clave se veían esculpidos los blasones de su dueño, giraron pesadamente sobre los goznes, con un chirrido prolongado y agudo. Un escudero apareció en el dintel con un manojo de llaves en la mano, restregándose los ojos, y enseñando, al bostezar, una caja de dientes capaces de dar envidia a un cocodrilo.

Verlo Manrique y lanzarse a la puerta fué todo obra de un instante.

—¿Quién habita en esta casa? ¿Cómo se llama ella? ¿De dónde es? ¿A qué ha venido a Soria? ¿Tiene esposo? Responde, responde, animal. — Esta fué la salutación que, sacudiéndole el brazo violentamente, dirigió al pobre escudero, el cual, después de mirarle un buen espacio de tiempo con ojos espantados y estúpidos, le contestó con voz entrecortada por la sorpresa:

—En esta casa vive el muy honrado señor D. Alonso de Valdecue-

los montero mayor de nuestro señor el rey, que, herido en la guerra contra moros, se encuentra en esta ciudad reponiéndose de sus fatigas.

—¿Pero y su hija? — interrumpió el joven, impaciente — ¿y su hija, o su hermana, o su esposa, o lo que sea?

—No tiene ninguna mujer consigo.

—¡No tiene ninguna!... ¿Pues quién duerme allí en aquel aposento, donde toda la noche he visto arder una luz?

—¿Allí? Allí duerme mi señor D. Alonso, que, como se halla enfermo, mantiene encendida su lámpara hasta que amanece.

Un rayo cayendo de improviso a sus pies no le hubiera causado más asombro que el que le causaron estas palabras.

V

—Yo la he de encontrar, la he de encontrar; y si la encuentro estoy casi seguro de que he de conocerla... ¿En qué?... Eso es lo que no podré decir..., pero he de conocerla. El eco de su pisada o una sola palabra suya que vuelva a oír; un extremo de su traje, un solo extremo que vuelva a ver, me bastarán para conseguirlo. Noche y día estoy mirando flotar delante de mis ojos aquellos pliegues de una tela diáfana y blanquísima; noche y día me están sonando aquí dentro, dentro de la cabeza, el crujido de su traje, el confuso rumor de sus ininteligibles palabras... ¿Qué dijo?..., ¿qué dijo? ¡Ah!, si yo pudiera saber lo que dijo, acaso..., pero aun sin saberlo la encontraré..., la encontraré; me lo da el corazón, y mi corazón no me engaña nunca. Verdad es que ya he recorrido inútilmente todas las calles de Soria; que he pasado noches y noches al sereno, hecho poste de una esquina; que he gastado más de veinte doblas de oro en hacer charlas a dueñas y escuderos; que he dado agua bendita en San Nicolás a una vieja, arrebujada con tal arte en su manto de anascote, que se me figuró una deidad; y al salir de la Colegiata, una noche de maitines, he seguido como un tonto la litera del arcediano, creyendo que el extremo de sus hopalandas era el traje de mi desconocida; pero no importa..., yo la he de encontrar, y la gloria de poseerla excederá seguramente al trabajo de buscarla.

¿Cómo serán sus ojos?... Deben de ser azules, azules y húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son tan expresivos, tan melancólicos, tan... Sí..., no hay duda; azules deben de ser, azules son, seguramente; y sus cabellos, negros, muy negros, y largos, para que floten... Me parece que los vi flotar aquella noche, al par que su traje, y eran negros..., sí; eran negros.

¡Y qué bien sientan unos ojos azules, muy rasgados y adormidos, y una cabellera suelta, flotando y oscura, a una mujer alta..., porque... ella es alta, alta y esbelta, como esos ángeles de las portadas de nuestras basílicas, cuyos ovalados rostros envuelven en un misterioso crepúsculo las sombras de sus doseles de granito!

¡Su voz!... Su voz la he oído..., su voz es suave como el rumor del viento en las hojas de los álamos, y su andar acompasado y majestuoso como las cadencias de una música.

Y esa mujer, que es hermosa como el más hermoso de mis sueños de adolescente, que piensa como yo pienso, que gusta como yo gusto, que odia lo que yo odio, que es un espíritu hermano de mi espíritu, que es el complemento de mi ser, ¿no se ha de sentir conmovida al encontrarme? ¿No me ha de amar como yo la amaré, como yo la amo ya, con todas las fuerzas de mi vida, con todas las facultades de mi alma?

Vamos, vamos al sitio donde la vi la primera y única vez que la he visto... ¿Quién sabe si, caprichosa como yo, amiga de la soledad y el misterio, como todas las almas soñadoras, se complace en vagar por entre las ruinas, en el silencio de la noche?

Dos meses habían transcurrido desde que el escudero de D. Alonso de Valdecuellos desengañó al iluso Manrique; dos meses, durante los cuales en cada hora había formado un castillo en el aire, que la realidad desvanecía con un soplo; dos meses, durante los cuales había buscado en vano a aquella mujer desconocida, cuyo absurdo amor iba creciendo en su alma, merced a sus aun más absurdas imaginaciones, cuando después de atravesar, absorto en estas ideas, el puente que conduce a los Templarios, el enamorado joven se perdió entre las intrincadas sendas de sus jardines.

VI

La noche estaba serena y hermosa; la luna brillaba en toda su plenitud en lo más alto del cielo, y el viento suspiraba con un rumor dulcísimo entre las hojas de las árboles.

Manrique llegó al claustro, tendió la vista por su recinto y miró a través de las macizas columnas de sus arcadas... Estaba desierto.

Salió de él, encaminó sus pasos hacia la oscura alameda que conduce al Duero, y aun no había penetrado en ella cuando de sus labios se escapó un grito de júbilo.

Había visto flotar un instante y desaparecer el extremo del traje blanco, del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la mujer que ya amaba como un loco.

Corre, corre en su busca, llega al sitio en que la ha visto desaparecer; pero al llegar se detiene, fija los espantados ojos en el suelo, permanece un rato inmóvil; un ligero temblor nervioso agita sus miembros, un temblor que va creciendo, que va creciendo, y ofrece los síntomas de una verdadera convulsión, y prorrumpe al fin en una carcajada sonora, estridente, horrible.

Aquella cosa blanca, ligera, flotante, había vuelto a brillar ante sus ojos; pero había brillado a sus pies un instante, no más que un instante.

Era un rayo de luna, un rayo de luna que penetraba a intervalos por entre la bóveda de los árboles cuando el viento movía sus ramas.

Habían pasado algunos años. Manrique, sentado en un sitial junto a la alta chimenea gótica de su castillo, inmóvil casi y con una mirada vaga e inquieta como la de un idiota, apenas prestaba atención ni a las caricias de su madre ni a los consuelos de sus servidores.

—Tú eres joven, tú eres hermoso —le decía aquélla—; ¿por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas una mujer a quien ames, y que amándote pueda hacerte feliz?

—¡El amor!... El amor es un rayo de luna — murmuraba el joven.

—¿Por qué no os despertáis de ese letargo? — le decía uno de sus escuderos —; os vestís de hierro de pies a cabeza, mandáis desplegar al aire vuestro pendón de ricohombre, y marchamos a la guerra; en la guerra se encuentra la gloria.

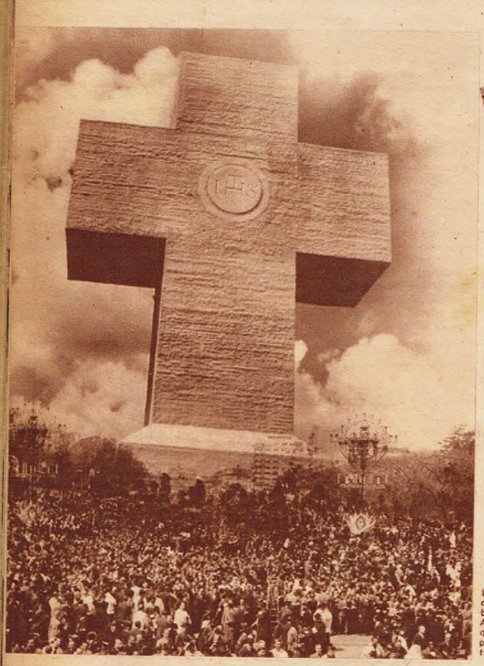
—¡La gloria!... La gloria es un rayo de luna.

—¿Queréis que os diga una cántiga, la última que ha compuesto mosén Arnaldo, el trovador provenzal?

—¡No!, ¡no! — exclamó el joven, incorporándose colérico en su sitial —; no quiero nada..., es decir, sí, quiero...: quiero que me dejéis solo... Cántigas..., mujeres..., glorias..., felicidad... Mentiras todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos, ¿para qué?, ¿para qué? Para encontrar un rayo de luna.

Manrique estaba loco; por lo menos, todo el mundo lo creía así. A mí, por el contrario, se me figura que lo que había hecho era recuperar el juicio. ◈

EN BUENOS AIRES HAY MAS DE



El Congreso Eucarístico celebrado en Buenos Aires demostró que nuestra capital es eminentemente católica.



La iglesia ortodoxa-cismática griega, según la denominación romana en nuestra capital, frente al parque Lezama.

La iglesia presbiteriana, perteneciente a una rama de la religión protestante, en la esquina de Perú y Belgrano.

SEGUN EL ULTIMO CENSO, EL OCHENTA POR CIENTO DE LA POBLACION BONAERENSE ESTA CONSTITUIDA POR CATOLICOS. EN EL VEINTE POR CIENTO RESTANTE FIGURAN PERSONAS QUE SUSTENTAN LOS MAS EXTRAÑOS Y DIVERSOS CREDOS, CON EXCLUSION DE UNA GRAN CANTIDAD — OCHENTA MIL — QUE AFIRMO NO TENER NINGUNA RELIGION

Por Tibor Sekelj ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

BUENOS AIRES, CIUDAD CATOLICA

No resulta exagerado decir que Buenos Aires es una ciudad católica, pues según el último censo de su población, llevado a cabo en el año 1936, de los dos millones y medio de habitantes que viven en ella, dos millones, es decir, el 80 %, profesan la religión católica-apostólica-romana.

Esta mayoría homogénea está contrastada por el heterogéneo cuadro que forma el resto, una quinta parte, que reúne los más distintos credos de la tierra. Según la mencionada estadística, viven en Buenos Aires, aproximadamente, 42.000 protestantes, entre luteranos, evangélicos, anglicanos, refor-



DOS MILLONES DE CATOLICOS

En la calle Uriarte existe una iglesia adventista, que es la sede del episcopado para todo Sudamérica.

La sinagoga moderna de Buenos Aires, donde todos los sábados se congrega gran número de fieles israelitas.

Durante el Congreso Eucarístico celebrado en esta ciudad, la población bonaerense dió pruebas concluyentes de su acendrado espíritu católico.

mados, metodistas, etc.; 12.000 ortodoxos y 42.000 que pertenecen a otras ramas derivadas de la religión cristiana, como los adventistas, mormones, bautistas, los de la "ciencia cristiana" y otros. De entre las religiones no cristianas la más difundida es la israelita, que cuenta con 120.000 adeptos; la siguen en cantidad los mahometanos, que son 3.000, y además hay 900 budistas y 1.500 monfisistas.

Figuran también en la estadística 120 personas que pertenecen a "otras religiones" (brahmanes, shintoístas, etc.), y 1.300 que profesan "otras creencias". Entre estos últimos hay personas que siguen los cultos más extraños y misteriosos, completamente desconocidos para el gran público. Hay además 1.100 librepensadores y 3.500 que declaran ser ateos. En la estadística hubo el sorprendente número de 80.000 personas que afirmaron no tener ninguna religión, y 170.000 dejaron sin contestación la pregunta, ya por indiferencia, ya por temor de que se les presentaran inconvenientes, no pudiéndose, por ello, determinar su religión.

Esto es lo que se deduce de la estadística. Asomémonos ahora a las páginas siguientes y veremos cómo rinden culto a sus creencias aquellos habitantes de Buenos Aires que no figuran entre los dos millones de católicos con que según el último censo — hoy ese número es mucho mayor — cuenta nuestra capital.





En la iglesia adventista no hay misas, sino conferencias, que se realizan delante del micrófono, y, a menudo, con proyecciones luminosas. Tampoco hay imágenes ni altares o adorno alguno.

LOS QUE NO MATAN



A pesar de que los adventistas existen desde hace varios siglos, recién en el año 1844 se han organizado por primera vez los adeptos de esta rama de la religión cristiana. En nuestra ciudad hay dos grandes templos adventistas que se ven colmados por los fieles todos los sábados — éste es para ellos el día de descanso —. Sus partidarios se reúnen para escuchar las enseñanzas del Antiguo y Nuevo Testamento. La palabra de los ancianos está casi siempre ilustrada con proyecciones luminosas, utilizando así la evolución de la técnica en el reino espiritual. El interior del templo es muy sencillo, sin imágenes, sin altares y sin adorno alguno.

Los adventistas siguen el culto del cristianismo de los primeros siglos; según dicen ellos, el catolicismo apostólico, pero sin reconocer las conclusiones de los concilios. Atiénense, por lo tanto, estrictamente a las enseñanzas de ambos Testamentos, examinándolos y aplicándolos a la vida cotidiana.

El adventista no mata; por eso como soldado prefiere los servicios más desagradables y peligrosos antes que consentir en empuñar las armas. Por la misma razón son vegetarianos, y se fundan además para ello en un pasaje de la Biblia: "...y toda yerba y fruta de los árboles que crecen en la tierra servirán para tu alimento".

Pero el punto principal del credo adventista — y eso dió nombre a la religión — es la creencia de que Jesús volverá a la tierra. Basan esta tesis en su promesa: "Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo" (Juan 14: 2-3.)

Cuéntase la historia de unos náufragos en la pequeña isla de Pitcairn en el Pacífico, que educaban a sus hijos según una Biblia, único libro que tenían. Al descubrir la isla, encontraron los recién llegados que los habitantes de la misma eran adventistas sin ellos saberlo, pues seguían las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, sin cambio alguno.



Los bautistas, adventistas y mormones bautizan por sumersión, utilizando para ese fin una pileta que se encuentra en la misma iglesia, o también el caudal de algún río. En el grabado se reproduce una escena de bautismo celebrado en la iglesia adventista situada en Palermo.



El rabí, maestro del templo israelita, leyendo la Biblia, escrita en un rollo de pergamino. Obsérvese en las frentes de los creyentes los "tefilem", cajitas que contienen una Biblia en miniatura, escrita en hebreo, lengua del "pueblo elegido".

LOS PRIMEROS MONOTEISTAS



ENTRANDO en una sinagoga, templo israelita, el visitante curioso encontrará, sin duda, varios aspectos extraños en lo que respecta al ceremonial religioso. Al contrario de las iglesias católicas, a las sinagogas no pueden entrar los hombres con la cabeza descubierta. Los ancianos se cubren la cabeza y el cuerpo con una estola blanca llamada "tales", que los hace aparecer a todos iguales a la faz de Jehová y evita diferencias entre ricos y pobres ante sus ojos.

La Biblia es para los hebreos no sólo fuente de religión, sino también de historia, derecho, higiene, filosofía, etc.

Indudablemente, por esto el templo mantiene aún la forma de lo que antaño significaba, o sea de escuela, en la cual se enseñaban los cinco libros de Moisés, toda la sabiduría de la época. Este "programa de enseñanza" está dividido en tantas partes como "días de clase" hay en el año, y el maestro — rabí —, cita a los "alumnos" para que salgan al pupitre a leer un trozo de la Biblia, escrito sobre un enorme pergamino, en idioma hebreo.

La religión israelita es el culto monoteísta más antiguo del mundo, y sus adeptos han sabido conservarla a través de varios milenios, a pesar de todas las vicisitudes por las que tuvieron que atravesar a lo largo de la historia. Aunque los hebreos calculan su era en 3.000 años antes de Cristo, la figura más destacada de su historia es Moisés (1.500 años a. de C.), a quien Dios entregó las "Tablas de la ley", fundamento también de otras varias religiones.



El culto de los mormones arraigóse entre nosotros hace más o menos diecisiete años. El grabado representa un acto en el templo levantado en Liniers.

un día Cristo volverá y reinará personalmente sobre la tierra, la cual será convertida en un paraíso de gloria.

Ellos basan su religión en cuatro libros sagrados: La Biblia; el "Libro del Mormón"', que contiene la sabiduría de los indios; "La Perla de Gran Precio", recopilación de normas morales de las religiones antiguas; y "Doctrinas y Convenios", que contiene las revelaciones modernas, pues según los mormones el tiempo de los santos no ha terminado y aun están surgiendo y seguirán apareciendo en el futuro, trayéndonos mensajes del Padre Celestial.

LOS SANTOS DE LOS ULTIMOS DIAS



HACE más de un siglo, en el año 1830, fundó José Smith, en los Estados Unidos, el credo de los mormones, cuyo origen —según su fundador— se debe a celestiales revelaciones de un espíritu, que, en su vida mortal, fué hijo del último profeta de los antiguos americanos, Mormón. Sus adeptos, poco después, realizaron la legendaria emigración hacia el oeste, culminando ésta en la fundación de la maravillosa ciudad de Salt Lake City, en la desierta orilla del lago Salado, estado de Utah.

Casi un siglo más tarde, en el año 1925, un pequeño grupo de mormones, después de haber hecho una larga emigración hacia el sur, fundó en un lugar apartado y desierto de Liniers, en Buenos Aires, un templo de la "Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días".

Allí se reúnen los adeptos para recibir las enseñanzas y para dar su "testimonio de fe". Hemos oído a muchachos de diez años y a mujeres de edad dando sus "testimonios", que eran verdaderas piezas oratorias dentro de una majestuosa simplicidad.

"—Desde que soy miembro de esta iglesia tengo otra vida. Soy fuerte y tengo fe. Han huído de mí la cobardía y las dudas" — decía una mujer humilde, con voz clara y vibrante, que quebraba el silencio y la expectativa con que la escuchábamos.

Los mormones abandonaron la poligamia desde el año 1888. Se bautizan por inmersión. Creen que los hombres serán castigados por sus propios pecados y no por la transgresión de Adán. Creen también que





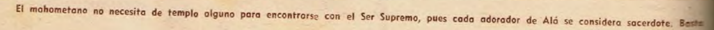
EL PREMIO PROMETIDO: EL "NIRVANA"

Los japoneses radicados entre nosotros, en gran parte, con el correr del tiempo se convierten al catolicismo. Sin embargo, entre ellos hay un número elevado de los que quedaron fieles al budismo, culto de sus padres.

Templo budista no existe en nuestra ciudad, pero en las casas particulares pueden verse rincones con altares traídos de su país lejano, que substituyen a la "pagoda". Delante de estos santuarios pasan ellos largos ratos dedicados a la meditación. En el centro del altar, magníficamente ejecutado, encuéntrase un retrato en miniatura. Es el antepasado más querido de la familia, a quien se sirve el primer platito de arroz todas las noches al llegar la hora de la cena. Este culto a los antepasados es una tradición shintoísta (la religión más antigua del Japón), que se mezcló con el budismo.

Buda vivió en el siglo V antes de la Era cristiana, en la región del Himalaya. Su filosofía, que más tarde se convirtiera en religión, busca la solución de los sufrimientos del hombre. Recomienda un camino recto y bueno, y como premio promete el "Nirvana": incorporación del hombre a la eterna calma de la divinidad.

En la casa del señor Tsudji, en Bánfield, existe un rincón japonés con un altar budisto, donde se realizan los ritos de este culto. Aquí se ve a la hija del señor Tsudji en recoleta meditación.



El mahometano no necesita de templo alguno para encontrarse con el Ser Supremo, pues cada adorador de Alá se considera sacerdote. Basta



LA RELIGION DE LA HIGIENE

"A*labu akbar, illahe illalab...*" son las palabras con las cuales empieza la oración habitual que cinco veces al día rezan los "muezines mahometanos, desde los esbeltos minaretes, anunciando así a los cuatro vientos que "Alá es el único Dios, y Mahoma su único profeta".

La más joven de las grandes religiones es el "Islam", cuyos adeptos alcanzan hoy un total de 250 millones. Fué fundada por Mahoma en los principios del siglo VII, o si quiere tomarse como punto inicial de su éxito la emigración de Mahoma, de la Meca a Medina, en el año 622. Partiendo de esta ciudad divulgóse rápidamente el nuevo credo por la Arabia, norte de Africa y sur de Europa y Asia, por medio de las armas en la "lucha sagrada".

El Korán es el libro sagrado de los mahometanos, y además de éste poseen otros dos, "Sunna" y "Hadith", que contienen la exposición de las buenas costumbres y tradiciones. Estos escritos, además de significar una orientación espiritual, son valiosas fuentes para la práctica de una vida más sana, higiénica y honesta. La ciudad sagrada de los mahometanos es La Meca, centro de incesantes peregrinaciones. Los partidarios de las doctrinas de Mahoma festejan el viernes como séptimo día de la semana.

Entre nosotros pertenecen al Islam la mayoría de los árabes, parte de los siriolibaneses, y los turcos. En Tucumán existe la única mezquita (templo mahometano) que hay en nuestro país, habiendo otra

LOS QUE SIGUEN A LUTERO



Para Lutero resultaba, indudablemente, un tanto arriesgado levantar su voz en contra de la Iglesia Católica, todopoderosa en aquella época. Sin embargo, una mañana de otoño del año 1517 apareció en la puerta de la catedral de Wittenberg un documento redactado por él, anunciando las noventa y cinco tesis que él proponía para la reforma de la Iglesia. Y más tarde, después de una larga lucha, los *protestantes* se separaron de la Iglesia Católica y luego se dividieron en varias ramas.

Los evangélicos y anglicanos son los que obtuvieron mayor número de adeptos, y hoy día constituyen la mayoría en distintos países europeos. También en Buenos Aires, a raíz de las inmigraciones, se arraigaron estas sectas, y sus millares de adeptos profesan su culto en una decena de iglesias.

En seguida de entrar en un templo protestante, el visitante se dará cuenta de algunos puntos básicos del culto "reformado". El templo, aunque mantiene la majestuosidad de la Iglesia Católica, no tiene imágenes de santos, pues Lutero suprimió la veneración de éstos.

Los protestantes se separaron de la Iglesia Católica y luego se dividieron en varias ramas. Este templo es el de una de ellas.

Entre las iglesias más antiguas de nuestra ciudad figura, sin duda alguna, la de San Ignacio.

con una alfombra, a la cual se sube siempre descalzo.

en proyecto en Córdoba. Mas para practicar esta religión no es necesario que exista una mezquita, puesto que cada mahometano se considera sacerdote de ella, y cualquier lugar es apto para el servicio de Alá. Basta con una alfombra, a la cual se suben descalzos. Los rezos se practican arrodillados o sentados "a lo turco", cinco veces al día, siempre después de haberse hecho los correspondientes lavados o "abluciones" de ritual. Durante la oración hacen frecuentes inclinaciones hasta tocar con la cabeza en el suelo, actitud que mantiene una gran elasticidad en sus cuerpos hasta edad muy avanzada.

El Korán prohibe las bebidas alcohólicas; ordena pureza de cuerpo y de alma y permite al creyente tener hasta cuatro esposas.

Escena tomada en la iglesia rusa ortodoxa, durante la celebración de una misa, dicha en antiguo eslavo.

BAUTISMO AL PIE DE LA LETRA



SEGÚN las enseñanzas de los bautistas, no es justo convertir al cristianismo, mediante el bautismo, a los niños recién nacidos, sino cuando ya son personas adultas que lleguen a la fe religiosa por propio razonamiento y quieran ser bautizadas. Además, como la palabra "bautismo" proviene de la voz griega que significa "sumersión", ellos administran este sacramento sumergiendo completamente al futuro cristiano en un río o — como se hace en nuestra ciudad — en una pileta colocada en el mismo templo, en medio de un ceremonial espectacular y emocionante. El sacramento es administrado por el obispo, que se pone también de pie dentro del agua.



El templo de los bautistas es un salón sencillo, sin que figure la cruz como símbolo. Esta fotografía muestra a componentes de la comunidad rusa de los evangélicos bautistas. En el mismo templo se reúnen los grupos argentinos y los bautistas israelitas.

Los obispos o "mayores" son elegidos por el pueblo entre ellos mismos; no deben ser célibes y sólo por su función se diferencian de los demás miembros de la entidad. La primera organización bautista data del año 1535, y, entre las tres secciones en que están divididos, cuentan con seis millones de adeptos.

Los bautistas basan sus enseñanzas en ambos Testamentos y creen en la divinidad de Jesucristo, mas no usan la cruz como símbolo. En Buenos Aires existen tres grandes formaciones de bautistas: la de origen católico o protestante, la de origen griego y la de descendientes de israelitas, sección tal vez única en su género.



MISA EN UN IDIOMA QUE NO EXISTE

DEL oeste y sur europeo (Rusia, Grecia, Yugoeslavia) llegaron a nuestro país los ortodoxos — "cismáticos griegos" según la denominación romana —, que forman hoy una colectividad numerosa, no sólo en los vastos campos del norte argentino, sino también en la capital. Frente al parque Lezama se encuentra una iglesia ortodoxa, con cinco pintorescas torrecitas en forma de cebolla, que recuerdan mucho a las torres del Kremlin, a pesar de la esbelta palmera tropical que delante de la iglesia plantaron aquellos peregrinos de las estepas nevadas.

En la contraluz de las artísticas vidrieras se destacan las soberbias siluetas bizantinas del interior de la iglesia. Y entre el chisporroteo de los cirios y el canto de un coro invisible, se mueven figuras de hombres y mujeres, de pie o arrodillados, tocando de vez en cuando el suelo con sus frentes, viéndose salir al patriarca ofreciendo un enorme Evangelio a los besos de los creyentes.

Todos los actos del culto ortodoxo se celebraban, en principio, en el idioma del pueblo, pues fué ésta la diferencia con que marcaron su separación del cristianismo oficial y de la jurisdicción del Papa. Sucedió esto en el año 1054, cuando todos los eslavos hablaban la misma lengua, el antiguo eslavo, hoy desaparecido, y reemplazado por el ruso, servio, checo, polaco, croata, etc. Mas en la liturgia ortodoxa se ha conservado el antiguo eslavo, idioma que ya no existe.

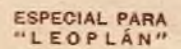
Los ortodoxos cuentan con un número de adeptos que alcanza a los ciento setenta millones, y están organizados por países bajo la dirección de patriarcas. Los sacerdotes no son célibes y el símbolo de esta religión es la triple cruz rusa.



Esta iglesia flotante, de las pocas que existen en el mundo, es visitada por numerosos fieles del país que acuden a ella para oír misa o rezar.

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES

Por *Fernández Moreno*



DIBUJOS DE
RAUL VALENCIA

Los ómnibus



Una madre

Esta es una madre con un envoltorio de meses en los brazos y una cartera. La acompaña una hermana menor o una cuñada a la que no cedo el asiento porque sí, por capricho, por cansancio. Era la encargada de pagar los boletos y traía un peso atado en el pico de un pañuelo. Pero entre el desfiladero de la gente, amontonada en la plataforma, el nudo ha debido aflojarse y el peso se ha extraviado. En vano lo busca a sus pies y en el fondo de un paraguas que lleva.

—Es en el estribo, en el estribo donde lo has perdido — le dice la madre bonita mientras acaricia el envoltorio y trata de defender la cabeza del hijo extendido sobre sus rodillas, expuesta al roce de los pasajeros que avanzan por el pasillo, de la máquina de cobre del guarda o del propio paraguas de la muchacha. Lo aprieta contra su pecho, abre su mano, como una atmósfera, sobre la cabeza; pero el peligro es continuo. La otra se obstina en buscar el peso, hasta que viene el guarda, ya un poco nervioso. La madre, entonces, tira de su cartera y le hace sacar un billete, con decisión, con alegría, como quien cuenta con un buen jornal o un negocito próspero.

Es morena, encendida, pintada, con una frente serenísima, facciones expresivas de mujer segura de sí misma y de su compañero, que en esos momentos está trabajando. Pero todo el cuidado es para la cabeza del hijo, para sus cuatro pelos, porque el riesgo persiste, se acentúa: está inquieta, casi azorada. Y la muchacha que la acompaña también, pues no sabe cómo contribuir a la protección del infante dormido. No solamente están nerviosas ellas, sino que me han contagiado también su intranquilidad, y estoy deseando hacer algo por la hermosa madre y su criatura. Deben ir lejos, a alguna fiesta de familia, en los límites polvorientos de la capital. De vez en cuando saltan algunas frases:

—Tal vez llueva...

—¡Cuánta gente!

Otra madre

Esta madre, con su chico a la rastra, entra en el ómnibus violentamente, como proyectada desde la plataforma. Vacila, cabecea, va a caer. He aquí que hay tres guardas en el rincón de la derecha, sentados: uno gallego, grueso, cadencioso, y dos italianos enjutos, con las gorras echadas atrás y un periódico de la mañana muy doblado en el bolsillo o en la mano. La conversación es animada: chismes de la empresa, manías de otro compañero, fútbol, calor. Tres guardas.

La madre trata de sentarse, por no buscar más, en el asiento que sobra, y, con la decisión, una sacudida del coc e la hace vacilar de nuevo. Es graciosa, modesta, arreglada. He bajado la cabeza hacia el suelo, por curiosear más, y estaba calzada con primor. Pero todo el lujo va en el hijo de cuatro o cinco años. Desde la ropa hasta el peinado se advierte la voluntad de que el hijo sea más. Yo, idealmente, tomo el hilo del pensamiento materno, y redondeo el ovillo. Sí. Ese hijo será más. Todo esto es imaginado mientras la mujer está a punto de caer y el salto oportuno de uno de los guardas, que la sujeta por



—Vamos a llegar tarde.

El ómnibus continúa dando saltos por los adoquines, deslizándose por el asfalto, siempre ondulante, con algo de bestia a pesar de su férreo organismo. Y la cabeza sigue expuesta, y tanto, que al contacto de un pantalón áspero la criatura se ha puesto a llorar. No acaba de entrar y salir gente. Yo miro alternativamente a la madre, a la muchacha, al hijo, y creo que estoy haciendo señas a los que entran, como diciendo:

—¡Cuidado! ¡Eh! ¡La cabecita del chico!

Pero no hay remedio. Los tres coincidimos, aterrados, y ya se la vemos arrancada en el vaivén de los pasajeros. De pronto se me ocurre una idea salvadora que la madre debe de leer en mis ojos, pues sonríe, como alentándome a comunicársela. Y así lo hago, con toda timidez, mas seguro del efecto:

—Señora: ¿y si lo cambiáramos de brazo?

He debido acertar. La criatura se ha callado. La hermana menor, o lo que sea, me ha mirado agradecida, y la madre se ha serenado del todo, quieta, gozosa entre las dos estrellas baratas que adornan sus orejas y un creciente de lengua muy sutil, muy rojo, que muerde entre los dientes desiguales, pero blanquísimos.

un brazo, y esta vez la sienta, la coloca en el lugar vacío. El chico queda ladeado, de pie, dando frente al pasillo, como un cartel de colores apoyado en la madre.

El guarda ha estado preciso, exacto, risueño: ha protegido con gracia. Pero lo importante es el rubor de ella, el extravío de sus ojos, abiertos y grises entre el carmesí que la cubre. Y el rubor no cede: se exalta. En vano juega con el hijo, lo cambia de posición, se lo pone en las rodillas, le habla, le compra caramelos. Ella sigue roja perdida. Y así la dejé, con la cabeza inclinada sobre un hombro, estrujando la mano de la criatura, sin encontrar su palidez normal, ruborizada para siempre. ✧

ACTUALIDADES



CARNAVALESCAS. — Con la animación ya característica en estas tradicionales fiestas, transcurrieron en Buenos Aires los días de Carnaval. Los corsos celebrados en distintos sectores de la ciudad y los bailes organizados por las diversas instituciones porteñas contaron, como siempre, con el más franco auspicio popular. Como botones de muestra presentamos aquí cuatro aspectos de las fiestas. Arriba, a



MINISTERIALES. — Regresó recientemente de su jira por la provincia de Entre Ríos, durante la cual visitó diversas localidades con el objeto de estudiar en las mismas la solución que corresponde dar a algunos problemas relacionados con su cartera, el ministro de Obras Públicas de la nación, doctor Salvador Oría.




LITERARIAS. — Acaba de dar a publicidad un inspirado libro de versos, que ha sido favorablemente acogido por la crítica de su país, la joven poetisa cubana Mary Cruz.

GRAFICAS



A la izquierda, un detalle del corso de la avenida de Mayo, en el que aparecen las tres princesas hindúes que desfilaron en una carroza de estilo oriental. A la derecha, cuatro lindas disfrazadas que concurrieron al club "Flores que surgen". Abajo, de izquierda a derecha, señoritas asistentes a los bailes de disfraz y fantasía celebrados con éxito en los clubs Sportivo Barracas y Atlético Sportman.





RADIOTELEFONICAS. — Gracias a una feliz iniciativa de la firma García Hnos. y Cía., fabricantes del aceite Ricoltore, comenzará a irradiarse, por Radio Belgrano, el 2 de marzo próximo, un programa radioteatral de alta jerarquía artística, con los conocidos actores Marcos Caplán, Alberto Anchart — que aparece en esta foto — y Marujo Roig.



CIENTIFICAS. — Ha salido para Bolivia, donde dictará un ciclo de conferencias sobre cirugía estética, ilustrado con diversas demostraciones prácticas, el doctor Ernesto F. Malbec.

Fuera

CUANDO SANTIAGO ARRIETA **ERA** DON PEDRO DE MENDOZA ESTUVO PRESO POR INFRINGIR LA LEY DE JUEGOS ▪ DELIA GARCES NO TIENE ANECDOTAS ▪ A RODOLFO DE LA SERNA, ACTOR Y PILOTO, NO LE GUSTAN LOS TIROTEOS, AUNQUE SEAN CON BALAS DE FOGUEO ▪ MARIA ESTHER PODESTA TUVO UNA SIRVIENTA QUE FUMABA **OPIO**, Y NELIDA QUIROGA PUDO SER ACTRIZ DEL TEATRO FRANCES

Delia Garcés es una actriz sin anécdotas. De breve, aunque triunfal actuación en la pantalla, su ilusión es, sin embargo, hacer teatro.

María Esther Podestá tiene una anécdota sumamente interesante. Pero no le pertenece a ella, sino a una ex sirvienta suya.

Nélida Quiroga figura por casualidad en la nómina de nuestros artistas teatrales. Estuvo a punto de ser actriz del teatro francés.

QUE han hecho durante el año 1941 y qué piensan hacer durante el año 1942 las principales figuras de nuestro teatro nacional?...

Sobre la base de esta doble pregunta, cuya contestación equivale a un balance relámpago de nuestras actividades teatrales, hemos seguido interrogando a actores y actrices, continuando la serie de entrevistas iniciada en el número anterior.

Don Pedro de Mendoza en la comisaría...

Santiago Arrieta, el conocido galán que tan destacada labor viene cumpliendo en el teatro y el cine, cuando le interrogamos en nombre de LEOPLÁN, mientras se caracteriza en su camarín del teatro National para intervenir en "Juan Cuello", nos dice:

—El año pasado fué para mí un año exclusivamente cinematográfico. Toda mi labor se concretó a mi participación en las dos películas "Joven, viuda y estanciera" y "Historia de una noche". En consecuencia, puedo decir que fué un año tranquilo y que me quedó mucho tiempo para descansar...

—¿Y en 1942, piensa seguir descansando?...

—¡No lo quiera Dios! Los descansos de los actores son siempre un poco forzosos. Espero que este año será de gran actividad...

—Sabemos que el teatro es siempre una caja de sorpresas para los que lo cultivan. ¿No ha tenido usted alguna que considere digna de ser recordada?...

—Tal vez. Podría contarle algo que me pasó cuando yo era "Don Pedro de Mendoza"...

"Esto sucedió en Montevideo. Yo representaba el personaje del primer fundador de nuestra capital, en la obra de Enrique Larreta "Santa María de los Buenos Aires". Una noche, terminada la función, me fuí a una casa de juegos para pasar un rato... Cayó la policía y todos fuimos conducidos a la comisaría más próxima. Entonces recordé que era amigo de un ministro. Le hablé por teléfono, aunque eran las dos o las tres de la madrugada. Me atendió medio dormido; y de inmediato se dispuso a venir a libertarme. Cuando su señora lo vió salir a esa hora, le preguntó, toda alarmada:

"—¿Adónde vas? ¿Ha pasado algo grave?...

"—¡Imagínate!... ¡Lo acaban de meter preso a don Pedro de Mendoza!...

"Era la única manera de que su señora lo entendiera. En esa época yo era más conocido por el personaje que hacía que por mi verdadero nombre..."

Una actriz sin anécdotas

Delia Garcés, la joven actriz que se reveló en "Viento norte", nos recibe en la mansión señorial en que reside. Vista en la realidad, Delia Garcés es la misma figura fresca y juvenil que representa en sus films.

—Mil novecientos cuarenta y uno ha sido para mí —nos dice— un año muy sencillo: podría decirlo en dos palabras; una película y un viaje... Filmé "Veinte años y una noche" y realicé una excursión a Río. El mal tiempo no me dejó aprovechar ese viaje como yo hubiera querido...

—¿Y para el presente año?...

—Por lo pronto espero el estreno de "La maestrita de los obreros", que filmé bajo la dirección de mi esposo. Además, he comenzado la filmación de "Regreso del sueño", en que actúo con López Lagar y que tiene argumento de Casona...

de escena

Por **Regina Monsalvo**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFIAS DE BORELLI Y ROMERO

García Buhr constituyó, durante mucho tiempo, según verá el lector en esta nota, la pesadilla del actor Rodolfo de la Serna.

—¿Esta será toda su actuación en el año que comienza?...

—No. Tengo el compromiso de intervenir en una película dirigida por Saslavsky, y en otro film, titulado "Malambo", con argumento de Hugo Mac Dugall y dirigida también por mi esposo, Alberto de Zavalía. Excuso decir que estas perspectivas me tienen muy contenta; aunque siento vivísimos deseos de trabajar en el teatro... Esto es para mí una verdadera vocación que quisiera ver satisfecha algún día...

La actuación de Delia Garcés ha sido tan rápida y breve, que cuando le preguntamos qué anécdota de su vida recuerda con particular interés, nos dice:

—Casi no tengo más anécdota que la de mis comienzos. Hace cuatro años, gracias a un concurso de aficionados, tomaba yo parte en la representación de "Mandinga en la sierra". Mi papel se reducía a una sola frase. Salir a escena y decir: "Vengan a comer las empanadas"... Y eso era todo. Un día, Soffici andaba buscando una chica para que, caracterizada de criollita, hiciera un breve papel en "Viento norte". En "Mandinga en la sierra" yo salía precisamente así; con un vestido de percal y unas trenzas. Angel Magaña se fijó en mí y le habló a Soffici. Así fué como intervine en "Viento norte" y comencé a trabajar en el cine... Y ahora que actúo en cine — concluye Delia Garcés —, me consideraría feliz si pudiera volver a comenzar en el teatro...

Bajo las balas de García Buhr

Rodolfo de la Serna, de larga y destacada actuación en nuestras tablas, es también el segundo actor que posee brevet de aviador, después del desaparecido Florencio Parravicini.

El año 1941 fué de gran actividad para él. Debutó con Pierina Dealessi haciendo de galán en "Cosas de la vida", de Bugliot, y actuó en radio alternando con Anita Jordán en el reparto. También realizó una jira por el interior con la compañía de la primera de las actrices nombradas.

—Estoy satisfecho del año 1941 — empieza diciéndonos nuestro entre-



A Santiago Arrieta, que aparece aquí muy bien acompañado, le ocurrió, cuando era don Pedro de Mendoza, una cosa no muy a tono con el fundador de Buenos Aires.



He aquí los bellos ojos de María Esther Podestá.



Además de actor, Rodolfo de la Serna es piloto.



Una pose sugestiva de la hija de la actriz Camila Quiroga.



Delia Garcés, en su residencia. ¿Hacia dónde va la mirada inquieta de la gentil damita porteña?

vistado —; y por lo que respecta al próximo actuaré con el conjunto que Merténs está preparando para el teatro Liceo, encabezado por María Gámez, y también en radio, con la compañía de Torrado...

En la actualidad, Rodolfo de la Serna está actuando en radio con la actriz Elsa O'Connor. El deporte, sin embargo, ocupa una gran parte de su tiempo libre. De la Serna practica la equitación, el remo, el automovilismo...; pero su deporte favorito es la aviación. Sabiendo esto le preguntamos si no tiene también proyectos deportivos para el presente año.

—En efecto, los tengo — afirma —. Junto con Elida Carlés, que como ustedes saben también es aviadora, pienso efectuar un raid por las catorce provincias. Naturalmente, esto será un vuelo de simple turismo, hecho por nuestra cuenta y sin ningún carácter oficial ni la pretensión de batir ningún récord o cosa parecida...

—Con la diversidad de sus ocupaciones, su vida debe de estar llena de anécdotas... — le decimos.

—Francamente, no es así. La única vez que me sentí en peligro y tuve miedo, no fué como aviador, sino como actor. Ello me ocurrió cuando actuaba con García Buhr en la "Divisa punzó". En una escena de esa obra, yo, capitaneando un pelotón de soldados, tenía que prender a García Buhr. Entonces, éste, sacando sus pistolas, hacía fuego sobre nosotros. Aunque las balas eran de fogueo, los pedazos de cera que reemplazaban los proyectiles nos golpeaban con tal fuerza, que a la segunda o tercera vez llegué a tener miedo de volver a pasar por ese instante. García Buhr apuntaba también con tan buena puntería, que resultaba temible. Más de una vez tuve ganas de dejarme caer "muerto" antes de que él hiciera el disparo... Tuve que recurrir cada noche a toda mi voluntad, para que mi buen amigo Buhr no se viera obligado a disparar sobre un "cadáver"...

Inocencia fuma opio...

María Esther Podestá, la popular actriz, ha tenido un 1941 artísticamente colmado:

—Mis actividades durante el año que ha finalizado se han extendido a las tres ramas del espectáculo: teatro, cine y radio.

"En la escena, me tocó inaugurar la temporada del teatro Metropolitán, que se prolongó luego en la sala del National. En "Quebracho Blanco" y en la "Barra de la esquina" tuve las actuaciones más lucidas de la temporada. Posteriormente, fuí solicitada por Pierina Dealessi y actué en su conjunto hasta principios de enero"...

—Y en radio y cine, ¿fué intensa su labor?...

—En cine no tuve tiempo más que para acompañar a Paulina Singerman y a Serrano en "Un bebé de París", de Darthés y Damel. En radio efectué dos audiciones.

—¿Tiene ya planes concretos para la presente temporada?...

—No; porque he de resolver aún entre tres propuestas. Para mí, el teatro es lo primero. El cine y la radio son sus derivados. Una vez determinada mi actuación teatral, dispondré lo que haré en las otras dos ramas artísticas, aunque desde ya estoy animando otra vez el personaje radioteatral "La chismosa", el feliz hallazgo de Wing.


Santiago Arrieta, listo para intervenir en "Juan Cuello".

María Esther Podestá tiene en su fecunda actuación un repertorio de anécdotas que relata con singular ingenio. Acaso la más sugestiva de ellas es la que le ocurrió a bordo de un buque inglés, en viaje a La Habana.

—Viajaba yo con una mucama que se llamaba Inocencia. Una tarde, estando en el camarote, le pedí a uno de los camareros que llamara a Inocencia para encargarle no sé qué cosa.

"—Yo, señora, la voy a llamar — dijo el camarero —. Pero ella no va a poder venir...

"—¿Y por qué no va a poder venir?... — pregunté alarmada.

"—¡Porque su sirvienta se ha pasado toda la tarde fumando opio!... — me contestó el camarero.

"¡Mi Inocencia fumando opio! ¡Era lo único que me quedaba por ver en la vida!...

"—¡Dígale que venga en seguida! — ordené.

"Inocencia se presentó como si nada hubiera pasado. Cuando le dije que la habían visto fumando opio, el misterio se desvaneció:

"—¡Opio!... — exclamó indignada —. ¡Y dónde voy a fumar opio, señora! ¡Lo que hice fué tomar mate toda la tarde!...

"El camarero inglés, que en su vida había visto un mate y una bombilla, confundió al criollo cimarrón con una pipa para fumar opio..."

Nélida Quiroga estuvo a punto de ser actriz francesa

Nélida Quiroga, que prolonga en la escena el prestigioso nombre de la gran actriz que es su madre, se siente orgullosa de este parentesco y revela un gran amor por el teatro.

—Durante 1941 — nos dice — actué en compañía de mi madre en la interpretación de diversos personajes. A fines de 1941 interpreté la obra radioteatral "Furia", de Roberto Valenti. No obstante el éxito que esa obra alcanzó, debo decir que no estoy satisfecha de mi labor durante el año que ha terminado...

—¿Piensa, pues, resarcirse con los proyectos para 1942?...

—Los de este año, ya no son proyectos. Precisamente el 1º de enero inicié mi actuación en radio con la obra "El prisionero". Actué en ella como directora y protagonista, acompañada por Jorge Lanza. Lo único que lamento es que estas transmisiones, que se efectúan a las 22.30, me impiden actuar al mismo tiempo en el teatro, que es en realidad mi verdadera vocación. Ello no obstante, creo que también en radio se puede hacer un arte depurado y de calidad...

—¿Tiene otras cosas en vista?...

—No. Me limito a estar a la espera de cualquier acontecimiento. Creo que la trayectoria de los actores y de las actrices obedece siempre, en sus aspectos más importantes, a sucesos imprevistos... Y, si no, miren lo que me ocurrió en París, y que puedo ahora contarles a modo de anécdota. Un hecho imprevisto estuvo a punto de hacer de mí una actriz del teatro francés...

—¿Cómo ocurrió eso?...

—Un día, Edmundo Guibourg nos presentó, a mi madre y a mí, al conocido escritor francés Lugné Poe, esposo de Susana Després.

"Lugné me oyó hablar francés y me propuso tomar parte en su compañía. Yo acepté. El me entregó los libretos de "El misántropo", de Molière, y de "Andrómaca", de Racine. Eran dos papeles absolutamente distintos que me proponía para probarme: una coqueta y una trágica.

"Estudié los papeles, actué ante Lugné Poe, y éste se mostró satisfecho de mis aptitudes. Sólo que como el tiempo había pasado, la temporada de mi madre había terminado y ella debía volver a Buenos Aires. No me animé a dejarla... Y, naturalmente, no me arrepiento de haberlo hecho; pero, si yo hubiera permanecido allí, hoy sería una actriz del teatro francés... Por eso digo que me limito a esperar lo imprevisto, que es, en realidad, el verdadero destino de los actores..." ◈

Historia de



EXISTÍA en otro tiempo un niño bueno llamado Jacob Blivens. Obedecía siempre a sus padres por absurdas y necias que sus órdenes fueran. Aprendía a conciencia las lecciones y ni una sola vez llegó tarde a la escuela del domingo. No quería jugar al *crocquet* ni aun en ratos en que su recto juicio le decía que podía hacerlo. Era un niño tan extraño, que nunca se le vió entretenido con ninguno de sus compañeros.

No mentía nunca, ni aun sabiendo que podía sacar gran provecho de mentir. Sabía que la mentira es un pecado y esto bastaba para que no cayera en la tentación. En una palabra, era tan bueno, que se hacía insoportable y ridículo. Su formalidad no hay modo de



ponderarla. No jugaba a los bolos los domingos, no buscaba nidos, no daba monedas enrojecidas al fuego a los monos de los organilleros ambulantes. No parecía gustar de ninguna diversión razonable. Los otros muchachos trataban de formar juicio sobre el extraño carácter de aquel muchacho, pero nunca llegaron a una conclusión satisfactoria. Lo único que daban como seguro es que estaba *tocado*, y movidos de compasión, le amparaban y protegían para que nadie le molestara.

Este niño inmejorable leía todos los libros de la escuela dominical. Era su mayor placer, porque creía a pies juntillas todas las historias que refieren estos libros, referentes a los niños buenos.

un niño bueno

Por **MARK TWAIN**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA





Su más vehemente deseo era encontrar un día a uno de esos niños buenos; pero no tuvo esa suerte. Posible es que todos hubieran muerto antes de su nacimiento.

Cada vez que leía la historia de un niño bueno, volvía rápidamente las hojas para saber lo que había sido de él, y ver si el libro le daba el modo de hallarle, aunque para lograrlo hubiese sido preciso recorrer muchos kilómetros.

Mas, todo inútil. El niño bueno moría siempre en el último capítulo, donde se hacía minuciosa descripción de los funerales, a los que asistían los angustiados padres y los compañeros del difunto, siempre vestidos con pantalones muy cortos y gorras muy grandes. Todos gimoteaban y se enjugaban las lágrimas con descomunales pañuelos, que tenían cuando menos

No renunciaba tampoco a que se le representase negándose generosamente a denunciar a un travieso granujilla que le esperaba todos los días en el extremo de la calle, para agarrarlo al salir de la escuela y golpearlo con un palo, persiguiéndolo hasta que el niño bueno entraba en su casa, atemorizado y lloroso.

Tal era la ambición de Jacob Blivens: ver su historia referida en un libro de lectura de la escuela dominical.

Sólo una cosa le tenía algo intranquilo: pensaba que todos los niños buenos mueren al final del libro, y Jacob tenía amor a la vida. A veces pensaba que no era cosa tan buena ser santo. Se decía que era preferible ser tísico y pasarse la vida dando pruebas de cordura y juicio sobrenatural, como los niños de





un metro de tela.

El niño bueno de nuestra historia estaba desalentado, de pensar que no le iba a ser posible encontrar ni a uno de los niños por él admirados, puesto que sin excepción morían en el último capítulo.

Jacob tenía la noble ambición de que un día se refiriese su historia en un libro de lectura. Quería que en uno de los grabados se le representara, negándose gloriosa y obstinadamente a decir una mentira a su madre, quien lloraba de alegría. En otros grabados se le vería en pie, en el umbral de la puerta, dando diez centavos a una mendiga, madre de seis hijos, a quien aconsejaba que se gastasen las diez *guitas* en lo que se le antojase, pero cuidando de no derrochar, porque el derroche es un pecado.

los libros de lectura. Ninguno de los que él había conocido, por los libros, había vivido mucho, y al buen Jacob le torturaba pensar que si se le metía en una de esas historias infantiles, no se le volvería a ver. Si al menos se editara el libro antes de su muerte, tendría este consuelo, pero de este modo la obra no obtendría éxito, porque los lectores echarían de menos el relato de los funerales. Y es verdad que tampoco le satisfacía que no saliera de su pueblo un libro, sólo porque faltaban los consejos que él debía dar en la hora de la muerte. Decididamente, debía resolverse a acomodarse a las circunstancias, viviendo como bueno cuanto le fuera posible, pero sin descuidarse de preparar el discurso de despedida para cuando el trance supremo se aproximara.

Mas ¡ay! que a nuestro niño bueno no le salía cosa a dere-

chas; nunca dió cabo a obra alguna con la buena fortuna que era compañera inseparable de las buenas acciones de los niños buenos de los libros, de lectura de las escuelas dominicales. Estos salían siempre con bien de cualquier intento, al paso que los niños malos se quebraban las piernas. A Jacob le debía de perseguir algún enemigo invisible, porque siempre le salían las cosas al revés.

Un día encontró a Jim Blake subido a un manzano, cuyo fruto robaba. El niño bueno se acercó al árbol para recordar a Jim el caso de un niño malo que se cayó de un árbol y se rompió un brazo. Y, cosa extraña, Jim cayó también del manzano, pero no en el suelo, sino sobre el pobre Jacob, que salió del accidente con un brazo roto. Jacob no se daba cuenta de lo ocurrido. En ningún libro de lectura había visto nada semejante.

Y un día que unos niños traviesos guiaban a un ciego para meterle en un charco, Jacob echó a correr para auxiliar al engañado y recibir su bendición. "¡Buena bendición te dé Dios!" El ciego creyó que Jacob era uno de los muchachos que se habían burlado de él y que, para remachar la pesada broma, fingía que iba en su ayuda, y por sí o por no, descargó un tremendo garrotazo sobre la cabeza del desventurado niño bueno. Tampoco aquel garrotazo concordaba con lo que sobre premios decían los libros de lectura. Jacob los repasó uno por uno para convencerse de que el ciego debió sufrir una equivocación, dándole a él un palo que de derecho correspondía a un niño malo.



La gran aspiración de Jacob era encontrar un perro enfermo, abandonado, hambriento y perseguido, para llevarlo a su casa, cuidarlo y merecer el imperecedero reconocimiento del animal.

Por fin encontró uno, y fué feliz.

Lo llevó a casa de sus padres, y lo alimentó. Pero, cuando se puso a acariciarlo, el perro se le echó encima y le desgarró los vestidos. Jacob volvió a repasar los libros; no halló caso semejante. El perro, como el ciego, se debía de haber equivocado.

Un domingo, que se dirigía a la escuela, vió a varios granujillas que se iban a dar un paseo en bote. Jacob se entristeció, porque por los libros sabía que los niños que paseaban en bote un domingo, se ahogan sin remisión. Impulsado por noble desinterés, corrió Jacob a subirse en una balsa que en la orilla había, con el intento de advertir a los muchachos traviesos, del peligro a que embarcándose se exponían. Pero quiso la mala ventura que la balsa zozobrase, y el pobre Jacob se dió un chapuzón mediano. Se acudió con presteza y se le salvó la vida, gracias a la pronta ayuda de un médico que le obligó a arrojar el agua que había tragado, y restableció la respiración del niño. Pero atrapó un fuerte catarro que le obligó a guardar cama durante nueve semanas.

Pero lo que parece más increíble de la aventura es que los niños traviesos, por cuya suerte se preocupaba Jacob, pasearon alegremente en el bote con tiempo inmejorable, y regresaron a sus casas sanos y salvos.

El niño bueno se hacía cruces, pasmado de admiración.

Cuando Jacob pudo al fin abandonar el lecho, se encontró un tanto descorazonado, pero decidió, no obstante, continuar sus experiencias. Cierto que nada de lo que hasta entonces le había acontecido podía relatarse en un libro de lectura destinado a inclinar a los niños a ser buenos, pero no era cosa de desmayar, toda vez que aun no parecía estar próximo el término de su vida. El niño bueno confiaba en que no dejarían de presentarse ocasiones en que la virtud obtendría el galardón merecido, y la maldad quedaría abatida y castigada. Y así, lo que no era creíble, fracasaba en todos sus intentos, siempre le quedaba el recurso de servir de ejemplo a las futuras generaciones, con las maravillas que diría en la hora de su muerte, pronunciando de corrido un discurso que de coro se sabía.

Consultó sus autores y vió que era llegado el momento de hacerse a la mar, entrando en un barco en calidad de grumete. Se fué a ver a un capitán y le expresó sus deseos. Cuando el capitán le pidió justificantes de estudios que dieran fuerza a las pretensiones del muchacho, éste presentó orgulloso un tratado donde se veían escritas estas palabras: "A Jacob Blivens, su maestro, en prueba de aprecio". Pero el capitán, que era un hombre brusco y grosero, respondió de malísimo talante:

"¡Vete noramala con el libraco! ¡Yo lo que quiero saber es si sirves para grumete! ¡Vaya, largo de aquí, no me haces falta!"



Este fué el suceso más extraordinario de la vida de Jacob Blivens. No le cabía en la cabeza que la afectuosa dedicatoria de su maestro no hubiese tenido fuerza para convencer a aquel marino; era la primera vez que un libro, con autógrafo expresivo de un profesor, había dejado de emocionar a un capitán y de abrir de par en par las puertas de cualquier profesión codiciada y lucrativa. Jacob no acertaba a explicarse aquel fracaso.



Pero estaba de Dios que no le saliera nada de acuerdo con los libros de lectura. Por fin, un día tuvo la mala ocurrencia de meterse a amonestar a unos muchachos, a quienes su endiablado espíritu había aconsejado que se entretuvieran en atormentar a cuantos perros pudieran dar caza. Catorce o quince tenían reunidos, y no se les ocurrió cosa mejor que atarles sendas latas de nitroglicerina a la cola para hacerlos correr atemorizados y enloquecidos con el infernal estruendo. Jacob tuvo piedad de los canes. Se sentó sobre una lata (cuando había de hacer el bien no se cuidaba de si ensuciaba los vestidos) y asiendo por el collar a uno de los perros, miró con aire de reproche al travieso Tom Jones. En aquel preciso momento llegó un guardia municipal, enrojecido y manoteando de rabia. Todos los niños malos huyeron; Jacob Blivens, haciendo un parapeto de su inocencia, permaneció tranquilo, y poniéndose en pie, comenzó uno de esos pomposos discursos que nunca faltan en los libros de lectura y que invariablemente empiezan así:

"¡Oh, señores!"; por más que todos sabemos que no hay niño alguno en el mundo, bueno ni malo, listo ni necio, que no empiece a hablar diciendo: "¡Oh, señores!"

El municipal no esperó la continuación de la plática. Asió a Jacob por una oreja, le dió media vuelta y le descargó una tanda regular de azotes, en el sitio en que se dan los azotes.

Súbitamente se oyó un estruendo formidable. La nitroglicerina hizo explosión, y, niño, perro y municipal fueron lanzados al aire, sin dejar la menor huella sobre la superficie de la tierra.

El desdichado Jacob no tuvo ni el triste consuelo de soltar el discurso mortuorio que tenía preparado, a no ser que se lo espetara a los pájaros que encontrase en su camino. Un pedazo de su cuerpo cayó en la copa de un árbol de las cercanías, y el resto se dividió en varias partes, cada una de las cuales fué a caer en puntos distintos y distantes.

Así pereció el niño bueno, después de haberse esforzado para seguir paso a paso la vida de los protagonistas de los niños buenos de las historias de los libros de lectura. Todos los que como él habían vivido tuvieron buena vida y muerte tranquila. El fué el único que fracasó.

El hecho es tan asombroso, que mucho me temo que no haya modo de encontrarle explicación. ◈



PACIFICO
SANTIAGO
ARGENTINA
BUENOS AIRES
PARAGUAY
BRAZIL
URUGUAY
OCEANO ATLANTICO
En estos Paises jóvenes
SE NECESITAN
Infinidad de TECNICOS
¡Prepárese Ud. cuanto antes!
Le ofrecemos estas 5 rutas de
EXTRAORDINARIO RENDIMIENTO
RADIO – TELEVISION – CINE SONORO
La vía más segura para hacerse de un puesto de responsabilidad en Estaciones Difusoras; de Radiocomunicación o en trabajos de Radiomecánica; Amplificación del Sonido, etc., así como Venta de Aparatos y Accesorios, que tan buena remuneración rinden.
FUERZA MOTRIZ – DIESEL
La fuente de producción de energía en que descansa el adelanto industrial del mundo, por sus aplicaciones sorprendentes a la Transportación Moderna; Minería; Agricultura; Grandes Construcciones, etc. y todo lo relativo a la Ingeniería Mecánica.
AERONAUTICA – MOTORES
Por su palpitante actualidad, así como por el notable impulso que está recibiendo, esta rama del saber humano ofrece miles de oportunidades a los que se preparen en: Pilotaje — Construcción de Aeroplanos — Mecánica de Aviación — Comunicaciones, etc.
ELECTROTECNIA – REFRIGERACION
El auge que está tomando la electrificación de comunidades, grandes y pequeñas, hace que esta profesión ofrezca singulares perspectivas en Plantas y Subestaciones; Instalaciones; Locomoción Eléctrica y Diesel-Eléctrica; y sobre todo en el Acondicionamiento de Aire.
IDIOMA INGLES – PRACTICO
El medio más directo para lograr un grado de adelanto permanente, tanto social como económico. El estudio de este idioma es ideal siguiendo nuestro método patentado consistente en discos fonográficos y lecciones prácticas.
le enviamos Gratis cualquiera de los libros descriptivos de estas cinco enseñanzas.
ENVIE ESTE Cupón HOY MISMO
Fundada en 1905
UNA VENTAJA ADICIONAL MAS
Con nuestra enseñanza de Radiotelefonía, el alumno tiene derecho a practicar en nuestras amplias y bien montadas salas de práctica en nuestra Sucursal de Buenos Aires.
ENVIE ESTE CUPON A:
NATIONAL SCHOOLS
(de Los Angeles, California)
Oficina Sucursal: CHACABUCO #146
BUENOS AIRES, REP. ARGENTINA
SR. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:
Dpto. Núm. GC2-380
Mándeme su Libro GRATIS sobre la carrera que he seleccionado y marco al margen con una "X", así: ☒
Escoja sólo una:
RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTROTECNIA ☐
INGLES ☐
NOMBRE
EDAD
DIRECCION
LOCALIDAD
PROV.

EL OTRO YO DE NUESTROS

Para muchos, el hombre público, desde el momento en que se convierte en tal, deja de ser un ciudadano más, para transformarse, por obra y gracia de su investidura, en un ser extraordinario, habitante de un mundo desconocido, donde las personas y las cosas se mueven al conjuro de fuerzas extrañas, ajenas por completo al resto de los hombres. Unicamente cuando el abandono o la muerte sorprenden a alguno de esos personajes, se cae en la cuenta de que también ellos están expuestos a las mismas contingencias que día a día afectan al resto de la humanidad. Pues bien, en este puñado de anécdotas que hemos recogido de quienes en la actualidad o hace muy poco tiempo han desempeñado encumbradas funciones oficiales, vamos a tratar de ofrecer una semblanza de su otro "yo", que suele quedar en casa cuando su dueño sale camino del ministerio, la banca de diputado o la tribuna partidaria, con lo cual demostraremos que también nuestro hombre público es, en su vida diaria, un normal ciudadano, a quien le ocurren los mismos episodios que a cualquier hijo de Adán, venido al mundo para sufrir y gozar.

El buen humor del Presidente



Roberto M. Ortiz

Quienes trataron en su mocedad al doctor Roberto M. Ortiz, recuerdan una particularidad que aun en nuestros días lo caracteriza: su buen humor. De los muchos pasajes de su juventud que se podrían prestar para presentarlo como un hombre alegre, relataremos el siguiente:

Aficionado en grado sumo a la esgrima, el doctor Ortiz constituyó, con un núcleo de amigos, un club destinado exclusivamente a la práctica de ese deporte. Si bien la flamante entidad no se regía por estatutos, sus fundadores se pusieron de acuerdo en abonar mensualmente sumas iguales de dinero, suficientes como para llevar la institución adelante; transcurridos los dos primeros meses, comenzaron a mermar las entradas, llegando un día en que solamente el doctor Ortiz y otro amigo íntimo hacían frente a la cuota mensual.

A pesar de ser muchos los deudores morosos, ninguno de ellos dejaba de frecuentar el club tarde tras tarde. Pero como, agotados los recursos financieros, los acreedores empezaron a hacer peligrar la estabilidad de la entidad, el doctor Ortiz no tuvo más remedio que colocar en la puerta del local el clásico cartel de "Se alquila". Aquella tarde, a pesar del fastidio que le causara la obligada clausura del club, tuvo un instante de humorismo, al decir al amigo fiel que abonara hasta el último momento la mensualidad:

—Se acerca la hora en que acostumbran a llegar los señores "socios". Desde este café observaremos la cara que pondrán al encontrarse con las puertas cerradas.

Y minutos más tarde, olvidado de su pasajera preocupación, el doctor Ortiz reía a costa de aquellos que se agrupaban en la puerta del "extinto" club, protestando airadamente por la poca delicadeza que significaba clausurarlo sin previo aviso...

Los visitantes del ministro

Promediaba el año 1940: un grupo de enfermos, luego de abandonar los hospitales Muñiz y Tornú, se dirigió en manifestación a la Casa de Gobierno, a fin de solicitar al ministro del Interior la aplicación de una vacuna antituberculosa. El doctor Culaciati atendió deferentemente a los recurrentes, prometiéndoles su intervención en el asunto. Antes de retirarse, uno de los enfermos puso en conocimiento del mencionado ministro la decisión de las autoridades de los respectivos nosocomios, en el sentido de expulsarlos si salían a la calle en señal de protesta. Una vez más, el doctor Culaciati reiteró su deseo de ayuda, aun cuando reconvino a sus visitantes por el acto de indisciplina que habían cometido al abandonar sus empleos para improvisar una manifestación. Cuando el ministro se aprestaba a iniciar una severa admonición contra los presuntos empleados, fué interrumpido por uno de ellos, quien le manifestó:



Miguel J. Culaciati

—¡Pero, doctor! ¡Nosotros no somos empleados!

—Y entonces, ¿qué son ustedes?

—Enfermos bacilosos.

Oír tal afirmación el doctor Culaciati y emprender la retirada fué todo uno; temeroso de ser perseguido por los enfermos, solamente atinó a decir:

—¡Tome buena nota, secretario! ¡Conceda a esta gente todo lo que pide! ¡No le vaya a negar absolutamente nada!

Este detalle pinta de cuerpo entero la aversión que nuestro ministro del Interior siente por toda clase de enfermedades, a tal punto que si descubre en alguno de sus empleados un simple resfrío, le concede licencia hasta que se cure completamente.

El talismán del doctor Ruiz Guiñazú

El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Enrique Ruiz Guiñazú, posee un espadín diplomático, atributo tradicional de ministros y embajadores, que a la vez de constituir un verdadero talismán para él, tiene una curiosa historia.

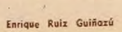
Perteneció en su origen a don Carlos Calvo, el ilustre internacionalista argentino, que lo usó durante su gestión como ministro en París, regalándolo luego al doctor Ernesto Bosch, dos veces ministro de Relaciones Exteriores: la primera durante la presidencia del doctor Roque Sáenz Peña, y la segunda en el gobierno provisional del teniente general José F. Uriburu. En 1921, cuando el doctor Angel Gallardo fué nombrado embajador en Italia, el doctor Bosch le obsequió el espadín, que volvió a Buenos Aires al año siguiente, al regresar el doctor Gallardo para desempeñar la cartera de Relaciones Exteriores bajo la presidencia del doctor Alvear. Nueve años después —en 1931—, al ser nombrado el doctor Ruiz Guiñazú ministro plenipotenciario en Suiza, recibió de manos de su cuñado el doctor Gallardo, el espadín en cuestión. Luego de darle a conocer su historia, dijo el doctor Gallardo a nuestro actual canciller:

—Este espadín es un verdadero talismán. No hay dos sin tres...

Aquellas proféticas palabras del doctor Gallardo se cumplen íntegramente en nuestros días, pues luego de representar a la Argentina en Suiza, ante la Liga de las Naciones primero, y desempeñar después el cargo de embajador ante la Santa Sede, el doctor Ruiz Guiñazú se halla ahora al frente de nuestra cancillería, siendo, por lo tanto, el tercer ministro de Relaciones Exteriores dueño del mentado espadín.

Y en cuanto a sus virtudes de talismán, parecen haber sido suficientemente demostradas hace poco por la suerte con que nuestro canciller salió del accidente de aviación de Río de Janeiro...





Enrique Ruiz Guiñazú

HOMBRES PUBLICOS

DONDE SE DEMUESTRA QUE A LOS DOCTORES ORTIZ, CULACIATI, RUIZ GUIÑAZU, JOSE MARIA CANTILO, SANCERNI GIMENEZ Y ELPIDIO GONZALEZ SUELEN OCURRIRLES COSAS MUY PARECIDAS A LAS QUE CONSTITUYEN LA VIDA COTIDIANA DEL RESTO DE LOS MORTALES

Por Roberto Torreiro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Secretario presidencial y carpintero

Era la tarde del 11 de octubre de 1910. A escasamente veinticuatro horas de asumir la presidencia de la Nación, el doctor Roque Sáenz Peña recorría las diversas dependencias de la Casa de Gobierno, acompañado del único ministro de su antecesor —el doctor José Figueroa Alcorta— que integraría el flamante gabinete: el doctor Ezequiel Ramos Mejía, y de su futuro secretario, el joven diplomático José María Cantilo. Durante el recorrido, un detalle llamó poderosamente la atención al autor de la ley del voto secreto:

—Dígame —preguntó Sáenz Peña, dirigiéndose a Ramos Mejía—: las dependencias presidenciales, ¿no tienen puertas?

—Es que... —respondió el ministro— como ningún presidente las ha creído necesarias, fueron sacadas y llevadas al depósito.

—¡Ah, no, no! —agregó el doctor Sáenz Peña—; ¡nada de libres tránsitos! Esta misma noche quiero que las puertas vuelvan a ocupar su lugar. Y usted, doctor Cantilo ¡felicítese!, pues será el primer secretario presidencial que trabajará a puertas cerradas, a salvo de los inoportunos visitantes...

—¡Oh, encantado señor presidente! —agradeció Cantilo.

—Pero... antes de estrenarse como secretario, demostrará sus habilidades como maestro de carpintero, dirigiendo lo trabajos de la colocación de las puertas.

José María Cantilo

Y aquella inolvidable noche sorprendió al doctor José María Cantilo, jadeante y sudoroso, yendo de un lado hacia el otro y hasta asestando sus buenos martillazos.

Las espaldas del diputado

No constituye una novedad para nadie la caracterizada generosidad del diputado nacional Julián Sancerni Giménez: las puertas de su casa siempre están abiertas para acoger a cuanto necesitado llega a ella en demanda de empleo, ayuda pecuniaria y cuanta otra "gauchada" puede solicitarse a un legislador. Es tanta su fama en tal sentido, que un buen día un conocido senador nacional, impotente para convertirse en paño de lágrimas de sus numerosos protegidos, no halló mejor recurso que recomendar a algunos de ellos al diputado Sancerni Giménez, y les extendió una esquela concebida en los siguientes términos: "Estimado diputado: el portador es un buen correligionario que se halla atravesando por un difícil trance. Le ruego quiera cargar sobre sus espaldas este peso y me ayude a quedar bien, proporcionando a mi recomendado alguna ayuda". Sancerni Giménez, luego de leer atentamente la esquela, se aprestó a brindar ocupación al correligionario en apuros. A los pocos días una nueva esquela del senador en cuestión era entregada al diputado, quien no dejó de reparar en la repetición de una frase: "Le ruego quiera cargar sobre sus espaldas este nuevo peso". Una vez más Sancerni Giménez se apresuró a sacar de la situación al peticionante. Y como en menos de un mes aquel senador había extendido más de diez tarjetas de recomendación, conteniendo la invariable frase: "Le ruego quiera cargar sobre sus espaldas este nuevo peso", hastiado ya de tantos pedidos, el diputado no pudo contenerse y dijo a una nueva postulante:



Julián Sancerni Giménez

—Señora, comuníquele usted al señor senador, que si bien las espaldas del diputado Sancerni Giménez son robustas, no tienen la suficiente resistencia como para cargar con tantos pesos juntos...

Desde esa vez aquel senador se cuidó muy bien de traspasar a terceros sus compromisos personales.

Elpidio González, ejemplo de la niñez

A la hora en que los escolares abandonan sus aulas, dispuestos a reintegrarse al hogar, caminábamos días pasados a muy poca distancia de un orgulloso padre, quien se enteraba de los adelantos experimentados por su hijo, a través de los relatos del ufano alumno; en lo mejor de la conversación observamos un breve silencio, para de inmediato distinguir la voz del padre que decía:

—¡Hijo mío, fíjate bien en el rostro de ese señor que se acerca! Mañana, cuando tú seas grande y pases delante del monumento que estoy seguro le erigirán, o atravieses la calle que lleve su nombre, descúbrete respetuosamente y evoca la figura de este dignísimo ciudadano.

—Y... ¿quién es este señor, papito?

—¡Es don Elpidio González!

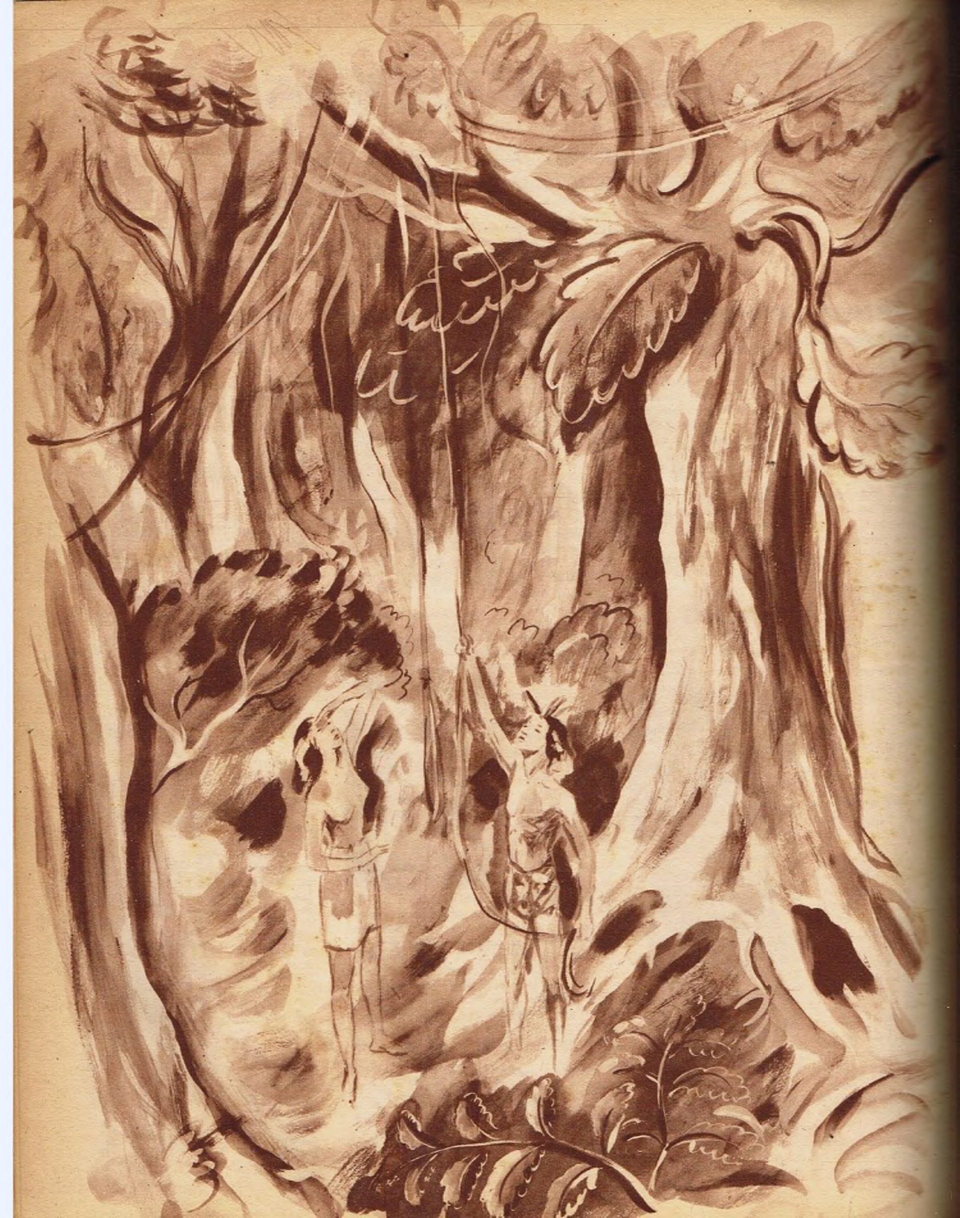
Al sentirse nombrado, un modesto viejecito que se acercaba indagó con la mirada el alcance de aquellas palabras:

—¡Don Elpidio González —prosiguió diciendo aquel padre—: usted a mí no me conoce, ni siquiera sustento las mismas ideas políticas que lo llevaron a ocupar encumbrados cargos nacionales, pero de cualquier forma, su obra pasará a la historia: yo quiero rendirle mi humilde homenaje de admiración, poniéndolo como ejemplo de mi hijito y de todos los niños de esta época!

El que fuera vicepresidente de la Nación, hoy oscuro corredor de anilinas, olvidado por todos, ignorado en la capital que lo aclamara, recibía con lágrimas en los ojos el elocuente e inesperado homenaje de un padre argentino...



Elpidio González





De ***RICARDO ROJAS***

EL KACUY

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

VIVE en la selva un pájaro nocturno que, al romper el silencio de las breñas, estremece las almas con su lúgubre canto. Esa ave tiene una historia; y es la tragedia de su origen la que evoca su grito lastimero, ayeando entre las arboledas tenebrosas. Sobre los himplidos del Runauturuncu, los baladros del Toro-Zupay, los relinchos de la Mul'-ánima y toda la fauna mítica del monte, el Kacuy plañirá eternamente, porque no suena en su voz la fuerza, ni la amenaza, ni el crimen; sino el dolor humano, sometido a lo inexorable de una fatalidad vengadora.

Groussac ha notado alguna semejanza entre la leyenda del Kacuy santiagueño y cierta fábula de Ovidio. La cita clásica, apuntada con vaguedad en una monografía sobre nuestras costumbres mediterráneas, me llevó a precisar el insospechable aserto en el poeta latino con cuyo nombre paso a paso se tropieza en todos los autores que han estudiado las supersticiones populares. Si el conferencista de Chicago se refería entonces a aquella mujer convertida en lechuza, de que habla el libro segundo de *Las Metamorfosis*, la semejanza existe sin duda. La mitología de todas las civilizaciones primitivas reconoce una inspiración común, como nacidas de la misma humanidad, en presencia de idénticos misterios.

¿Quién no ha escuchado a veces, con un poco de sugestión, y otro de fantasía, en el repique de las campanas, en el traqueteo de los trenes en marcha, en los rumores del agua que cae, inverosímiles monólogos, extraños parloteos y monótonas rimas?... Digan espíritus menos enamorados de lo maravilloso si este mismo fenómeno de imaginación hizo al viajero, que cruzaba la selva en la noche, sentir palabras quichuas en el lloro del ave fabulosa que llamaba al hermano perdido:

—*¡Turay...*

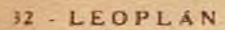
...turay...

...turay!

Oyeron este silbo los meleros absortos que pernoctaban en el bosque; el avanzada de las montoneras civiles o de las legiones libertadoras, que adelantaba en el monte bombeando al enemigo; el arriero que cruzaba los campos, tras de sus recuas, a Bolivia; el habitante de las chozas solitarias, el aborigen remoto y el conquistador aventurado, todos debieron oír ese canto lúgubre... Los niños aprendieron la historia y oyéronla los ancianos siendo niños; y ellos dicen que el hermano perdido no responde jamás a esos gritos, pues al contrario, cuando en la lengua de los antepasados repite: "—¡Hermano mío! ¡Hermano mío! ¡Hermano mío!" — su propia angustia recuerda la noche lóbrega en que resonaron por primera vez en el silencio de las breñas natales...

* * *

En época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las selvas. Solos vivían desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de su sangre hubiese atenuado las diferencias de sus idiosincrasias antagónicas. El era bueno; ella era cruel. Amábala el muchacho como pidiéndole ventura para sus horas huérfanas; pero ella acibaraba sus días con recalcitrante perversidad. Desesperado, abandonaba en ocasiones la choza, internándose en las marañas; y amainando en el aislamiento sus iras, la mala se apaciguaba hilando alguna vedija en la rueca o tramando una colcha en sus telares. Vagando el triste por las umbrías, pensaba en ella; las algarrobas más gordas, los mistoles más dulces, las más sazonadas tunas, llevábalas al rancho. Vivían de los frutos naturales en aquel siglo de Dios. Hoy traía para la casa un mikilo atrapado a garrote en el estero cercano, o bien un sábalo pescado en fisga en el remanso del río; si no un kirkincho de la barranca próxima, o algún panal de lechiguana, manando rubio néctar por los simétricos alvéolos. Palmo a palmo conocía su monte, y siendo cazador de tigres, además, protegía la morada. Insigne buscador de mieles, nadie tenía más despiertos ojos para seguir la abeja voladora que lo llevara a su colmena: la de la *ashpa-mishqui* escondida en el suelo, en un cardón, enjambrada; la del *tiú simi* y la de cayasanes o de queyas, fabricada en el tronco de los más duros árboles... Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero ella, en cambio,



mostrábase indiferente, como gozándose en sus penas... Volvió una tarde sediento, fatigado, tras un día de infructuosa pesquisa, pues como reinaba la seca, estaban yermos y en escasez los campos. Sangrábale la mano, porque al pretender agarrar una perdiz boleada a lives y caída entre unas matas, pinchóle un *uturuncu-huacachina*, el cactus espinoso "que hace llorar al tigre". Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla y otro de agua para restañarse los harponazos. Trajo ambas cosas, mas en lugar de servírselas, derramó en su presencia la botijilla con agua y el tupo de miel. El hombre, una vez más, ahogó su desventura; pero como al siguiente día le volcara la hollita donde se cocía el locro de su refrigerio matinal, la invitó para que le acompañase a un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de *moro-moros*. Su invitación encubría upalleros designios de venganza. No vistió su zamarra profesional, ni los guanteletes, ni el sachasombrero, ni llevó la bocina de las meleadas, porque juzgaba fácil la aventura. El árbol, un abuelo del bosque, era, sin embargo, de gigantesca talla. Cuando llegaron allí, la persuadió a que debían operar con cuidado, buscando beneficiarse del néctar sin destruir las abejas pequeñitas, pues se referían historias de meleros desaparecidos misteriosamente a manos de un dios invisible que protege las colmenas... Sobre la horqueta más alta hizo pasar su lazo, y preparó en un extremo una especie de columpio para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho, en defensa del enjambre ya alborotado por la maniobra. Tirando al otro extremo a manera de corrediza palanca, la solivió en el aire, hasta llegar a la copa; y cuando ella se hubo instalado allá sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, desgajándolo a hachazos, mientras bajaba en realidad. Safó después el lazo, y huyó sigilosamente...

Presa quedaba en lo alto la infeliz.

Transcurrieron instantes de silencio.

Ella habló.

Nadie le respondía...

Como empezara a temer, solevantó la manta que la tapaba dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió, pues el armado enjambre revolaba furioso en derredor, vibrante de alas y de trompas. Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio. ¿Qué podría ser? No sospechaba la hora ni el lugar. Ciega de horror y de coraje, se desembozó de súbito, así la acribillaran las *moro-moros;* y al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó...

¡Sola, sola, sola para siempre!

Abandonada a semejante altura, sobre un tronco liso y largo, sin otras ramas que esas a la cuales se aferraban sus manos prietas en constreñir de nudo, espiaba para ver si el hermano reaparecía por ahí. La acometían deseos de arrojarse, pero

la brusquedad del golpe amilanábala. No obstante, si perecía allá, quién sabe si los caranchos voraces no vendrían a saciarse en ella como en las osamentas de los animales que morían ignorados en el monte.

❦ ❦ ❦

Mientras tanto, la noche iba descendiendo en progresiva nitidez de sombra. Desde su atalaya, la pobre huérfana había podido, por primera vez, contemplar sobre el panorama de la selva la inmensidad de los horizontes, y la sucesión de las copas verdes que se unían formando obscuro océano encrespado de gigantescas olas. El sol, hundiéndose tras de los árboles, la impresionó más soberbio que nunca, iluminando el enorme lomo del bosque con su claridad apacible y decorado el cielo de occidente por cosmogónicos esplendores. Luego vió aquella gran luz aguarse hasta disolverse toda en la noche, noche sin astros para mayor desventura... Nunca se le mostraron más pavoroso el cielo ni más callada la breña. Viniéronle ansias locas de perderse en lo ignoto, de hender esa inmensidad de árboles y tinieblas, o llenar el silencio de un solo grito. Mas, ahora, se le añuscaba la garganta muda y la lengua se le pegaba en la boca con sequedad de arcilla. Tiritaba como si el ábrego la azotase con su punzante frío, y sentía el alma toda mordida por implacables remordimientos. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos abiertos en agónica distensión, emplumecían desde los hombros a las manos. Disnea asfixiante la estranguló; al verse, de pronto, convertida en ave nocturna, un ímpetu de valor arrancóla del árbol y la empujó a las sombras.

❦ ❦ ❦

Así nació el Kacuy, y la pena que se rompió en su garganta llamando a aquel hermano justiciero, es el grito de contricción que aun resuena sobre la noche de los bosques natales, gritando:

—¡Turay...

...turay...

...turay! ❖



Vista general de Melilla, ciudad que en la guerra de Marruecos, y a raíz del desastre de Annual, estuvo a punto de ser asaltada por los rifeños.

MI BAUTISMO DE

El general Silvestre, que aparece aquí dirigiendo las operaciones en una etapa de la guerra del Rif, murió en el desastre de Annual.

El desastre de Annual

La población de Melilla, aquel día 21 de julio del año 1921, fué conmovida por la infausta noticia de la derrota de Abarrán, y, a renglón seguido, unas horas más tarde, con la del desastre de Annual. Las calles de la ciudad no tardaron en verse invadidas por multitudes de hombres, mujeres y niños. Aquellos abigarrados grupos vociferaban y corrían despavoridos de un lado a otro, estrechándose y disgregándose como las olas de un mar embravecido. De vez en cuando cesaba la tremenda algarabía, dando paso a un silencio absoluto. Pero eso no era sino por breves instantes, pues de pronto la multitud cobraba vida, sacudida ahora por el seco trallazo de la última noticia, que con la celeridad del rayo se esparcía por toda la ciudad.

—¡Han matado al general Silvestre, y los rifeños van a entrar en Melilla a sangre y fuego!

La carencia de noticias concretas y la certidumbre de que en la plaza no había fuerzas suficientes para contener al enemigo hicieron perder todas las esperanzas. Presas del pánico, aquellas avalanchas de gente enloquecida arrollaban todo cuanto encontraban a su paso. Tan pronto se dirigían a la plaza España como se lanzaban por las retorcidas callejuelas de Melilla la vieja —donde estaba la comandancia—, para retroceder súbitamente, desparramándose por los barrios de Mantelete, Real, Tesorillo, Hipódromo y la Cañada.

Melilla vivió así por espacio de tres días. Tres largos días, durante los cuales se paralizaron todas las actividades comerciales, se quebró el ritmo ordinario de su población. Obsesionada con la amenaza del ataque rifeño, toda ella miraba sobrecogida de terror a la carretera de Frajana, a la de Nador y a las estribaciones del imponente Gurugú, lugares

La población melillense esperaba ansiosa la llegada de tropas peninsulares de refuerzo para aquella plaza. Y las tropas salvadoras llegaron por fin. La foto muestra una escena del desembarco de una unidad.





FUEGO

RELATO DE UN DRAMATICO EPISODIO DE LA GUERRA DEL RIF

Por Vicente Asensio

QUE LLEGO A MARRUECOS COMO OFICIAL DE LAS FUERZAS PENINSULARES DE REFUERZO CUANDO MELILLA ESTABA A PUNTO DE SER ASALTADA POR LOS RIFEÑOS

por donde, de un momento a otro, esperaban ver venir su fin.

A medida que pasaban las horas, la situación se iba agravando, y ya el día 22 comenzaron a llegar del campo algunos soldados que en su estado físico revelaban con aterradora exactitud las enormes proyecciones del desastre. Como si todos aquellos desperdigados restos del ejército de operaciones fueran perseguidos por los rifeños en una maniobra calculada de antemano, aparecían por un solo sitio de la ciudad; esto es, la carretera de Nador que bordea las faldas del Gurugú y termina en el barrio del Real. Aquí venían a parar y caer desfallecidos los hombres que habían conseguido escapar a la matanza. La población los recogía con enternecedora solicitud, curando sus heridas, lavándoles sus sucios cuerpos, vendándoles sus pies llagados de haber corrido, sin descanso, Dios sabe cuántos kilómetros.

Lloraban a gritos las mujeres, maldecían mordiendo sus imprecaciones los hombres, y en su extrema nerviosidad nadie acertaba a tomar una resolución que pusiera término al mare mágnum que reinaba en todas partes.

Los pobres fugitivos respondían con monosílabos a las preguntas que se les hacían. Caídos en los improvisados lechos que la piedad de la gente humilde les proporcionaba, abrían sus ojos lentamente, temiendo acaso encontrarse ante la dura realidad del amenazante enemigo. No hablaban; sus gargantas resecas por la fiebre no podían articular sino leves gemidos y palabras entrecortadas. El agotamiento físico los había paralizado y daban la impresión de hallarse muertos; pero de vez en cuando exhalaban un débil y prolongado suspiro, al mismo tiempo que con un hilo de voz, e intentando levantar un brazo para señalar una dirección cualquiera, mascullaban: "¡Allí!... ¡Allí!"...

En esos breves momentos, los que les rodeaban inquirían ávidamente noticias del interior.

—¿Qué pasó, qué pasó? ¿Vienen ya los moros? ¿Han matado a todos?

Pero aquellos infelices volvían a sumirse en su profundo letargo, sin dar tan siquiera la más leve muestra de haber oído las preguntas. Entonces sus salvadores salían a la calle, donde eran materialmente asaltados por

Esta es una fotografía de innegable valor documental. En ella aparece, en el centro, Vicente Asensio, autor del presente relato y protagonista de él. Lo acompañan dos miembros de la policía indígena de Marruecos.

Dos miembros de las tropas coloniales marroquíes observando los movimientos del enemigo, durante la guerra del Rif.

grupos que les urgían noticias. Y ellos se limitaban a mover tristemente la cabeza, repitiendo:

—¡Nada!... ¡Nada!... ¡Están como muertos!...

Llegan refuerzos de España

La noche del día 23 la población había llegado ya al límite de la desesperación. La multitud llenaba la plaza España, donde se apiñaba como un asustado rebaño, para dividirse luego en largas y apretadas hileras que obstruían las calles del barrio del Mantelete, los muelles del puerto y los callejones de Melilla la vieja. Miraban al mar, su última esperanza, por donde había de venir la ayuda de la Península: Como el condenado que en su postrera noche espera el milagro de un indulto, así aquella multitud abatida por el dolor se aferraba a la idea de que España, la patria cercana, no los abandonaría a su triste suerte...

Y el mar, impasible, no les revelaba la ansiada lucecita de navegación de ningún barco. Inútil que las ávidas miradas intentaran horadar la obscuridad de aquel mar que aparecía tan negro como sus pensamientos, más impenetrable que sus propios destinos. ¡Nada! ¡Estaban condenados a morir!

Ahora todos se habían convencido de ello, porque en los dos días transcurridos se fueron concretando las noticias del interior por los relatos de los fugitivos. Así se enteraron de la capitulación de Abarrán, Igueriben, Annual, Dar Dríus, Ben Tieb, El Abolillo..., y que otras posiciones como Afrau, Dar Quebdani, Sidi Dris estaban sitiadas y próximas a caer. Que en Zeluán se había sublevado la policía indígena... Que..., en fin, todas las cábilas se habían levantado en armas, destruyendo por completo el sistema defensivo de la zona.

¡Era el desastre..., era el fin!

Y por si no bastara todo aquel cúmulo de desgracias, después de la medianoche empezó a correr de boca en boca la última noticia: el levantamiento de la cábila de Nador, casi a las mismas puertas de Melilla.

Fué lo único que faltaba. Desde ese momento la población se entregó a los excesos más disparatados. Grupos de hombres bebían incansablemente en todos los bares y tabernas. Los típicos establecimientos de bebidas que se alínean a la orilla del mar desde la plaza España hasta las proximidades del muelle Villanueva, al pie mismo de las murallas que circundan a Melilla la vieja, estaban abarrotados de gente que bebía ansiosamente, como si estuviesen poseídos del delirio de una sed insaciable. Caravanas de mujeres y niños, agrupadas alrededor del cabeza de familia, avanzaban plañideras por las empinadas calles de la ciudad mora para detenerse al filo mismo de los farallones que dan a la Ensenada de los Galápagos y la cala Trápana. ¿Qué hacían allí con sus asustados pequeñuelos que lloraban abrazados a sus piernas, sin comprender nada, pero presintiendo algo terrible, una catástrofe desconocida que los sobrecogía de miedo? ¿Qué hacían? ¿Qué esperaban? Nada y todo, pues esperaban la muerte salvadora.

Con una seguridad que helaba la sangre, meses después, hacía uno de esos padres el relato de aquella noche terrible.

—Fuí allí —me explicaba— a salvar a mi familia de los rifeños.

—¿Pero cómo? — inquirí.

—Cuando los viera venir, empujaría al mar a mi mujer y mis hijos y después me mataría. Ese era mi plan.

—¿Se lo reveló a su mujer?

—Sí.

—¿Y aceptó?

—¿Qué otro remedio le quedaba? ¿No era peor morir a manos de los rifeños?

El esperado ataque no se producía. Pasaban las horas y, con los primeros resplandores del nuevo día, el mar, el desierto e inconmovible mar, ofreció el maravilloso espectáculo de la silueta de un barco. Primero la multitud guardó un silencio expectante. Miles de ojos miraban con fija atención a aquella nave que se aproximaba al puerto a regular velocidad. No cabía duda; se dirigía a Melilla. ¿Y qué otra cosa podría traer que soldados?

Entonces estalló el grito tanto rato contenido: "¡Viva España!"

Todo el dolor se convirtió en alegría. La gente vitoreaba incansablemente a la fuerza que desembarcaba. Eran los legionarios al mando de su jefe, el teniente coronel Millán Astray. En horas sucesivas fueron llegando otros barcos que traían a los Regulares de Ceuta, con su teniente coronel González Tablas, a los batallones expedicionarios de la Corona, Córdoba, España, Extremadura... ¡Era la salvación! ¡Ya podían atacar los rifeños!

En Melilla

Hacía poco que yo había sido destinado al regimiento España, Nº 46, de guarnición en Lorca (Murcia), donde revistaba como oficial en la 3ra. Compañía del 2º Batallón, al mando de la 3ra. Sección. Alrededor de las nueve de la mañana del día 22 de julio, fuí despertado por el ordenanza, quien me expresó que debía presentarme a toda prisa en el cuartel, pues "ocurría algo grave". Me levanté y me enteraron allí de las primeras noticias del desastre de Annual y de que a la tarde debería tomar el tren con mi batallón para Cartagena.

El día 23 por la noche embarcamos en el vapor "Vicente Puchol" rumbo a Melilla, ciudad a la que llegamos el día 24.

Yo iba al mando de la compañía — que estaba en cuadro, pues su efectivo apenas si alcanzaba a los 20 hombres —, por una circunstancia fortuita y hasta tanto no se incorporaran a ella su jefe, el capitán Cabello Terol, los oficiales y el resto de clases y tropa que se hallaban destacados en el Penal de Chinchilla. Por esta razón, en las salidas a campaña, mi pequeño grupo era agregado a la 1ª compañía del capitán Antonio Brandis Benito, en la cual mandaba una sección el teniente Pedro Guerrero, al que me unía una estrecha amistad.

En pocos días Melilla se vió materialmente invadida de soldados. Las distintas fuerzas que se distribuyeron por los alrededores de la ciudad, formando un semicírculo que iba desde Rostrogordo hasta el Hipódromo, y que la cubrían hasta en sus barrios más extremos, constituían un ejército de más de 150.000 hombres con que la Península respondía al llamado angustioso de Melilla.

A mi batallón le tocó vivaquear en el barrio del Tesorillo situado en un terreno llano que se corta al sur por una pequeña elevación en cuya cima están enclavados el antiguo fuerte de Camellos y el aduar del mismo nombre. Distribuída la fuerza por las calles San José, General García Gómez, y Córdoba, todas las mañanas, muy temprano, se incorporaba a las columnas que salían de Melilla para dirigirse unas veces a Sidi Hamet el Hach y el Atalayón, otras al Zoco el Hach de Beni Sicar a batir a los contingentes enemigos que se corrían por la cábila de Frajana, dificultando el servicio de la aguada de Ayadén, y en ocasiones hasta los arenales de Hidúm. Estos servicios, que en oportunidades no eran sino demostraciones de fuerza, se veían a menudo dificultados por los ataques del enemigo que en esos días se movía libremente por los terrenos próximos a Melilla.

El barrio del Real, por estar en las mismas faldas del Gurugú y próximo al célebre Barranco del Lobo, era el más castigado por las bandas de rifeños que aprovechaban las sombras de la noche para aproximarse a sus calles y hacer puntería con los que se aventuraban a pasear, o quienes, sentados en las aceras de los bares y cafés, buscaban un lenitivo al excesivo calor, ingiriendo bebidas refrescantes.

La población retornaba poco a poco a su anterior normalidad.

Sólo dos días se necesitaron para que las fuerzas expedicionarias comenzaran a desempeñar su cometido. De esta manera, el día 26, tras unas escaramuzas de poca importancia, se ocupó Sidi Hamet el Hach, en las estribaciones del Gurugú y próximo a la carretera de Nador. Pero ya el día 28 comenzó a cambiar la situación.

Bautismo de fuego

El "bautismo de fuego", que para los pro-



Baterías españolas de grueso calibre protegiendo el avance de las columnas de los generales Berenguer y Cavanillas, poco después del desastre de Annual.

...nos en asuntos militares tiene una honda y mágica significación, es, sin embargo, en el ejército una cosa natural, como cualquier otro servicio de ordenanza. El soldado mismo habla mucho de ello antes de entrar en fuego la primera vez, pero en muchas ocasiones ni se da cuenta de que ha ascendido a esa categoría de individuo "fogueado".

Los oficiales, como es natural, pensábamos de otra manera. En cuanto a mí, debo confesar que me preocupaba la idea de mi iniciación formal en la guerra. Antes de entrar en fuego me hallaba inquieto, desorientado de lo que debía hacer, intentando recordar los principios de táctica que habíamos estudiado para ponerlos en práctica. ¿Miedo? No. Creo que ninguno ha sentido miedo en esos instantes que preceden al primer combate, pues se piensa en tantas cosas que no hay lugar para "eso".

El miedo, en realidad, nos asalta después de cualquier acción de una campaña y sin que nosotros lo hubiéramos previsto. Es un sentimiento que se apodera de nuestro ánimo cuando menos lo pensamos, y entra en nuestro espíritu como un ladrón, por sorpresa.

El día 28 de julio del año 1921 supe lo que era el "bautismo de fuego". Me sucedió así:

Muy de mañana se organizó una pequeña columna que debía convoyar a dicha posición. A mi batallón le tocó proteger este servicio. Marchaba la columna por la carretera y al llegar a las cercanías de Sidi Hamet el Hach, se hizo un alto, destacándose una compañía que, en desfilada, fué a tomar posiciones en las faldas del Gurugú con objeto de cubrir el flanco derecho del convoy y evitar de esta manera cualquier sorpresa. El flanco izquierdo, es decir, el lado que daba a Nador, estaba defendido por unas compañías de la Legión extranjera, las cuales, en el momento de avanzar los mulos del convoy, fueron reciamente atacadas. Al poco rato comenzó a verse una hilera de acémilas de la Sanidad Militar, que transportaban heridos y muertos a la retaguardia, a la carretera, donde se había establecido dicho servicio.

El incontrastable empuje de la Legión venció pronto la resistencia del enemigo y el convoy comenzó a entrar sin inconvenientes en la posición. Todo estaba casi tranquilo, pues desde las alturas de Gurugú los rifeños se habían limitado a tirotear débilmente a las guerrillas del flanco derecho, dando la impresión de ser reducido su número y estar poco dispuestos a entablar una lucha seria. Sin que cesara aquel tiroteo intermitente, recibí orden de mi capitán de que retirara la sección, pues consideraba que con la primera sería suficiente para mantener a raya a "aquellos *ratas* que se entretenían haciendo un fuego casi platónico". Obedecí la orden y me retiré a la carretera, donde en esos momentos descansaba el grueso de la fuerza.

A eso de las cinco de la tarde, de vuelta los mulos que sus acemileros reunían en la carretera para iniciar el regreso, se me ocurrió mirar al imponente cerro. No pude evitar una exclamación de sorpresa. Sin ayuda de los prismáticos, vi unos compactos grupos de rifeños que en esos momentos surgían de las barrancadas próximas y se lanzaban a toda carrera en dirección al emplazamiento de la primera sección, sin que el jefe de ésta diera señales de haber observado ese peligroso movimiento del enemigo.

Mi capitán se dió cuenta de mi inquietud y dirigió sus prismáticos hacia aquel lugar. Quedóse en suspenso esperando, seguramente, que la sección rompiera el fuego, pero transcurría el tiempo y no se oía un solo disparo. Entonces, bajando los brazos con un movimiento brusco, exclamó:

—¡Pero este Guerrero!... ¿Qué estará pensando? ¿Que se le echen encima?

—Creo que desde donde está no los puede ver, mi capitán — le dije.

—Debe de ser así. Bueno. Corra allá y avísele.

Era lo que yo deseaba. Guerrero no sólo era un compañero mío, sino que habíamos estudiado juntos, fuimos destinados al mismo regimiento y nos unía, además, una verdadera y estrecha amistad. Me inquietaba su situación y cuando corría hacia él, iba pensando si no lo matarían precisamente en el primer hecho de armas en que nos tocaba actuar.

La pronunciada pendiente del terreno hacía por momentos más fatigosa mi carrera, pero yo seguía avanzando velozmente con el pensamiento fijo en aquella sección que ahora, habiéndose retirado ya los legionarios, se encontraba aislada en medio de las barrancadas y expuesta a un inminente peligro. Mi extrema nerviosidad me hacía verlo todo con una extraña precisión de detalles. No perdía ni uno solo de los movimientos del enemigo, y al observar la quietud de la guerrilla, di por hecho que sería sorprendida.

Temiendo no llegar a tiempo de ponerla sobre aviso, me decidí a gritar:

—¡Guerrero..., allí! ¡Cuidado!

Pero en ese preciso instante, llegó hasta mí la voz enérgica de mi compañero.

—¡Fuego!...

Seguí corriendo, pero ya sin preocupaciones, alegremente, como si aquellos disparos hubiesen hecho el milagro de ahuyentar mis temores. Llegué alborozado junto a Guerrero, que se volvió para mirarme extrañado.

—¡Los viste!... ¡Así que los habías visto! — le dije jadeando.

—Sí que los vi, ¿y qué? — me replicó secamente —. ¿Y a qué vienes tú aquí? ¿Se puede saber a qué vienes?

—A ayudarte, hombre — acerté a decir.

—¿No estabas mejor allí? ¿Qué tienes tú que ver en esto? — me inquirió enojado, señalando al frente, hacia el campo donde en ese momento el enemigo, escondido tras los riscos de las barrancadas, hacía un fuego graneado.

—Nada, hombre. El capitán me ordenó que te avisara y aquí me tienes.

—No hacía falta.

Y dulcificando su acento, añadió:

—Bien; ya estás aquí. Pero, ¿cómo te retiras ahora? En cuanto inicies tu marcha hacia la retaguardia, "aquéllos", que no están lejos, harán un buen blanco de ti. ¡Qué manera de complicar las cosas!...

Aunque él no encontraba las palabras necesarias para expresar sus verdaderos sentimientos, yo estaba convencido de que se preocupaba por mí. Lo conocía bien y sabía que era incapaz de demostrarme con frases el hondo afecto que me profesaba.

Vimos que se aproximaba el alférez Ortiz haciendo señas a Guerrero de que se retirara. Una sola ojeada le bastó a éste para darse cuenta de que no podía despegar. Entonces se dirigió hacia aquél, y como no podía hacerse oír por más que gritara, hizo un gesto muy significativo que quería decir:

"¿Cómo me retiro?" Después, sonriendo, se dirigió a mí:

—En cuanto ordene el movimiento, esos indecentes me "asan" a tiros a los soldados.

Finalmente el jefe del batallón ordenó que desplegaran dos compañías para proteger el repliegue de la sección de Guerrero, que lo efectuó llevando tan sólo dos heridos.

Ese fué nuestro "bautismo de fuego". ◈



EL CUENTO DRAMATICO



por ***GUY DE MAUPASSANT***

ILUSTRACIONES
DE ARTECHE



AQUELLA noche había un baile de máscaras en el Elysée-Montmartre. Era con motivo de Mi-Careme, y la multitud entraba, como agua en una compuerta de esclusa, por el corredor iluminado que conducía al salón. El formidable llamado de la orquesta, estallando como una tormenta de música, atravesaba los muros y el techo, se derramaba por el barrio e iba a despertar por las calles y hasta el fondo de las casas vecinas ese irresistible deseo de saltar, de tener calor, de divertirse, que dormita en el fondo del animal humano.

Y los concurrentes acudían de los cuatro rincones de París; gentes de todas las clases, que gustaban del gran placer bullicioso y un poco libertino. Eran empleados, vividores, muchachas, muchachas de todos los tipos, desde el más vulgar hasta el más preciso y elegante; jóvenes ricas, viejas enjoyadas, chicas pobres, de dieciséis años, llenas de ansias de fiesta, de aventuras galantes, de gastar dinero. Hombres elegantes, en busca de emociones nuevas, de primores gastados pero sabrosos, rodaban por entre esta multitud excitada, anhelantes de pasión, mientras que las máscaras parecían agitadas sobre todo por el deseo de divertirse. Las cuadrillas renombradas atraían alrededor de sus saltos una espesa corona de público. El cerco ondulante, la pasta bullente de mujeres y hombres que encerraban a los cuatro bailarines se anudaba en derredor como una serpiente, tan pronto cerca como apartada, según la separación de los artistas. Las dos mujeres, cuyos muslos parecían sujetos al cuerpo por medio de resortes de caucho, realizaban con sus piernas movimientos sorprendentes. Se lanzaban en el aire con tanto vigor, que los miembros parecían volarse hacia las nubes, abriéndose de repente como si se separaran hasta la mitad del vientre; y resbalando una adelante y la otra atrás tocaban el suelo con su centro en un rápido movimiento de separación, repugnante y extraño.

Sus caballeros saltaban, tejían con los pies, se agitaban, moviendo los brazos y levantándolos como muñones de alas sin plumas, y se adivinaba, bajo sus máscaras, una respiración sofocada.

Uno de ellos, que en una de las más reputadas cuadrillas ocupaba el lugar de una celebridad ausente, el bello "Ensueño de muchacha", y que se esforzaba en hacer frente al infatigable "Costilla de ternero", ejecutaba curiosos pasos de caballero solo, que provocaban la alegría e ironía del público.

Era flaco, vestido ridículamente elegante, con una linda careta barnizada, de crespos bigotes rubios y una peluca con rulos. Todo él tenía el aire de una figura de cera del museo Grevin, de una extraña y fantástica caricatura del encantador joven de los grabados de moda, y bailaba con un esfuerzo convencional, pero torpe, con actitudes cómicas. Al lado de los otros parecía un mecanismo herrumbrado ensayando imitar sus pasos; parecía impedido, pesado como un bulldog que juega con lebreles. Algunos, por divertirse, lo animaban. Y él, ebrio de ardor, saltaba y se movía con tal frenesí, que de repente, llevado por un impulso furioso, fué a dar con la cabeza contra la valla del público, el que se abrió para dejarlo pasar y luego se cerró alrededor de su cuerpo inerte, tendido sobre el vientre.

Dos hombres lo levantaron y se lo llevaron. "¡Un médico!" –gritaron algunos–. Un señor se presentó, joven, muy elegante, vestido de negro, con grandes perlas en su camisa de baile.

–Soy profesor de la Facultad – dijo con cierta modestia.

Se le hizo pasar a una pequeña pieza llena de carpetas, como oficina de agente de negocios, donde se estaba colocando al bailarín sobre unas sillas. El doctor quiso levantarle primeramente la máscara y notó que ésta estaba atada de una manera complicada con una mutitud de delgados hilos de metal, los que la liaban hábil-



mente a los bordes de su peluca y encerraban la cabeza entera en una ligadura sólida, cuyo secreto había que descubrir. El cuello mismo estaba aprisionado en una imitación de piel que continuaba el mentón, y esta piel de guante, pintada como carne, alcanzaba el cuello de la camisa.

Fué necesario cortar todo eso con fuertes tijeras; y cuando el médico hubo practicado en todo ese raro conjunto un corte desde el hombro hasta la sien, entreabrió la caparazón y encontró una vieja cara de hombre gastado, pálido, flaco y arrugado. Fué tan fuerte la impresión entre aquellos que habían llevado a ese joven enmascarado de rulos, que nadie se rió, nadie dijo una palabra.

Miraban, apoyado en las sillas de paja, ese rostro

con ojos cerrados, embarullado de pelos blancos, unos largos, cayéndole de la frente a la cara, otros cortos, saliendo de las mejillas y el mentón, y al lado de esta pobre cabeza, la pequeña y linda máscara barnizada, fresca y siempre sonriente.

El hombre volvió en sí después de permanecer mucho tiempo sin conocimiento, pero estaba todavía tan débil, tan enfermo, que el médico temía alguna complicación peligrosa.

—¿Dónde vive usted? —le preguntó.

El viejo bailarín pareció buscar en su memoria, luego acordarse, y dijo un nombre de calle que nadie conocía. Fué necesario pedirle también detalles de su barrio. Los daba con una dificultad infinita, con una lentitud y una indecisión que revelaban la turbación de su pensamiento.

El médico repuso:

—Voy a llevarlo yo mismo.

Sentía una gran curiosidad de saber quién era este extraño saltimbanqui, de ver dónde vivía este fenomenal saltarín.

Y un coche los llevó pronto a los dos hacia el otro lado de las colinas de Montmartre.

Era en una alta casa de aspecto pobre, con una escalera crujiente, una de esas casas siempre sin terminar, acribillada de ventanas, parada entre dos terrenos baldíos, una de esas cuevas mugrientas donde habitan multitud de seres harapientos y miserables.

El doctor, agarrado a la baranda de la escalera, vara de madera movible y en la que la mano se quedaba pegada, sostuvo hasta el cuarto piso al viejo aturdido, que recuperaba sus fuerzas.

La puerta en la que había llamado, se abrió, y apareció una mujer, también vieja, limpia, con un gorro de noche bien blanco encuadrando una cabeza huesosa de rasgos acentuados, una de esas gruesas cabezas buenas y rudas de mujeres de obrero, laboriosas y fieles. Ella exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué le ha sucedido?

Cuando todo estuvo dicho en veinte palabras, se tranquilizó y tranquilizó al mismo médico, contándole que ya muchas veces había ocurrido semejante aventura.

—Debemos acostarlo, señor, y no otra cosa; dormirá, y mañana no se acordará más.

El doctor replicó:

—¡Pero si apenas puede hablar!

—¡Oh! No es nada, un poco de bebida, nada más. Para estar liviano, no comió, y ha bebido dos "verdes" para darse un poco de ánimo. El "verde", ve usted, le rehace las piernas, pero le corta las palabras y las ideas. Ya no es para su edad danzar como lo hace. No, verdad; ¡es como para desesperarse de que no llegue nunca a ser razonable!

El médico, sorprendido, insistió:

—Pero, ¿por qué baila de semejante manera, viejo como está?

Ella levantó los hombros, enrojeció por la cólera que iba acumulando poco a poco, y contestó:

—¡Ah, sí, por qué! Hablemos de ello; para que se lo crea joven, para que las mujeres lo tomen todavía por un galán ridículo y le digan porquerías al oído, para frotarse contra ellas, contra todos sus sucios cuerpos, con sus olores y sus polvos y sus pomadas... ¡Ah!, ¡linda cosa! Vaya, yo he llevado una vida, señor, desde hace cuarenta años ya... Pero es necesario acostarlo. ¿Le molestaría ayudarme? Cuando él está así, yo sola nunca termino.



El viejo estaba sentado en su cama, con aire de ebrio, sus largos cabellos blancos caídos sobre la cara. Su compañera lo miraba con ojos enternecidos y furiosos. Exclamó:

—Mire qué bella cabeza tiene para su edad; y debe disfrazarse de saltimbanqui para que lo crean joven. ¡Si da lástima! ¡Verdad que tiene una hermosa cabeza, señor! Espere, voy a enseñársela antes de acostarlo.

Fué hacia una mesa que contenía la palangana, la jarra de agua, el jabón, el peine y el cepillo. Tomó el cepillo, volvió hacia la cama, y levantando toda la cabellera enmelada del borracho le dió, en pocos minutos, una cara de modelo de pintor, con grandes rulos que caían sobre el cuello. Después, retrocediendo para contemplarlo, dijo:

—¿Verdad que está bien para su edad?

—Muy bien —afirmó el doctor, que comenzaba a divertirse mucho.

Ella añadió:

—¡Y si usted lo hubiera conocido cuando tenía veinticinco años! Pero hay que meterlo en la cama; si no sus "verdes" se le revolverían en el vientre. Mire, señor, ¿quiere tirar de la manga?..., más alto..., así...; bueno..., el pantalón ahora..., espere, voy a sacarle los zapatos..., está bien. Ahora, téngalo parado para que yo abra la cama..., ya está..., acostémoslo...; si usted cree que él se molestará luego para hacerme lugar, se equivoca. Tengo que encontrar mi rincón, yo misma, no importa dónde. Eso no lo preocupa. ¡Ah, gozador de la vida!

En cuanto se sintió tendido entre las sábanas, el hombre cerró los ojos, los reabrió, los cerró de nuevo y en toda su cara satisfecha apareció la enérgica resolución de dormir.

El doctor, examinándolo con un interés que crecía sin cesar, preguntó:

—¿Así que va a los bailes de máscaras a hacer de joven?

—A todos, señor, y se me viene al amanecer en un estado que no se lo imagina. Ve usted, es la añoranza lo que lo lleva allá y le hace ponerse una cara de cartón sobre la suya. Sí, el pesar de no ser más lo que ha sido, ¡y el no tener ya éxitos!

El dormía, ahora, y comenzaba a roncar. Ella lo contemplaba con un gesto de piedad. Y repuso:

—¡Ah! ¡Si ha tenido éxitos este hombre! Más de lo que puede creerse, señor, más que los bellos señores de mundo y que todos los tenores y que todos los generales.

—¿De veras? ¿Qué hacía, pues?

—¡Oh! Eso va a asombrarlo primero, porque usted no lo ha conocido en sus buenos tiempos. Yo, cuando lo encontré, fué en un baile, también; él los ha frecuentado siempre. Me enamoré en cuanto lo vi, quedé atrapada como un pez en el anzuelo. El, señor, era gentil, gentil a más no poder. Moreno como un cuervo, y crespo, con ojos negros tan grandes como ventanas. ¡Ah!, sí, era un hermoso muchacho. Me llevó aquella noche, y no lo dejé más, nunca, ni un día, ¡a pesar de todo! ¡Oh!, ¡me las ha hecho ver negras!

El doctor preguntó:

—¿Son ustedes casados?

Ella respondió, simplemente:

—Sí, señor..., de lo contrario me hubiera dejado como a las otras. Yo he sido su mujer y su sirvienta, todo, todo lo que él quiso...; y me ha hecho llorar... ¡lágrimas que nunca le mostré! Pues me contaba sus aventuras, a mí..., a mí..., señor..., sin comprender cuánto daño me hacía el escucharlo...

—Pero, ¿qué oficio tenía él, en fin?

—Verdad...; me olvidé de decírselo.

"Era jefe en Martel, pero un jefe como no se había tenido nunca..., un artista a diez francos la hora, término medio...

—¿Martel?...; ¿quién es ese Martel?...

—El peluquero, señor, el gran peluquero de la Opera, que tenía toda la clientela en las actrices. Sí, todas las actrices más copetudas se hacían peinar por Ambrosio y le daban gratificaciones que le valieron una fortuna. ¡Ah!, señor, todas las mujeres son parecidas, sí, todas. Cuando un hombre les gusta, se le ofrecen. Es tan fácil... Pues él me decía todo..., no podía callarse..., no, no podía. ¡Esas arrogancias son tan propias de los hombres!

"Al verlo entrar, por la noche, un poco paliducho, contento, ojos brillantes, yo me decía: "Una más. Estoy segura de que ha conquistado una más". Entonces sentía ganas de interrogarlo, una gana que me quemaba el corazón, y también otra gana de no saber, de impedirle hablar si comenzaba. Y nos mirábamos.

"Yo sabía que no iba a callarse, que al fin charlaría de ello. Sentía eso en su aire, en su aire de risa, para hacerme comprender. "Hoy tuve una buena, Magdalena". Yo hacía como que no veía, que no adivinaba; y ponía los cubiertos; traía la sopa; me sentaba frente a él.

"En esos momentos, señor, era como si hubieran aplastado mi cariño con una piedra. Eso hace daño, vaya, rudamente. Pero él no comprendía, no sabía; él tenía necesidad de contarlo a alguien, de jactarse, de mostrar cuánto se le quería..., y no tenía a nadie para

decírselo...; usted me comprende..., a nadie más que a mí... Entonces... había que escucharlo y beber aquello como un veneno.

"Comenzaba a tomar su sopa y decía:

"—Una más, Magdalena.

"Yo pensaba: "Ya está. Mi Dios, ¡qué hombre! ¡Hube de encontrarlo yo!"

"Entonces se lanzaba: "Una más, y una bien linda..." Y era una pequeña del Vaudeville o bien una del Variedades; y también grandes, las más conocidas de esas damas de teatro. El me decía sus nombres, sus muebles, y todo, todo, sí, todo, señor... Detalles que me arrancaban el corazón. Y volvía sobre lo mismo, recomenzaba la historia de cabo a rabo, tan contento que yo hacía como que reía para que no se enojara conmigo.

"¡Tal vez no fuera verdad todo eso! ¡Le gustaba tanto glorificarse, que era bien capaz de inventar cosas semejantes! ¡Quizá fuese verdad también! Esas noches se hacía el fatigado, hasta querer acostarse después de comer. Comíamos a las 11, señor, porque nunca volvía antes, a causa de los peinados de la "soirée".

"Cuando había terminado su aventura, fumaba cigarrillos, paseándose por el cuarto, y era tan lindo muchacho, con sus bigote y sus cabellos enrulados, que yo pensaba: "Ha de ser verdad, sin embargo, todo eso que cuenta. Puesto que yo estoy loca por este hombre, ¿por qué, pues, no han de estarlo también las otras?" ¡Ah!, he sentido ganas de llorar, de gritar, y de escaparme, y de tirarme por la ventana, cuando levantaba la mesa mientras él fumaba siempre. Bostezaba, abriendo la boca, para mostrarme cómo estaba de cansado, y decía dos o tres veces antes de meterse en la cama: "¡Dios, qué bien dormiré esta noche!"

"No le guardo rencor, porque él no sabía que me hacía tanto daño. ¡No, no podía saberlo! Le gustaba jactarse de enamorar mujeres como un pavo real que hace la rueda. Llegó a creer que todas lo miraban y lo deseaban.

"El envejecer fué duro para él.

"¡Oh, señor, cuando vi su primer cabello blanco, me di un susto que perdí la respiración y luego una alegría — una mala alegría — tan grande, tan grande! Me dije: "Es el fin..., es el fin..." Me pareció como que yo iba a salir de una prisión. Lo tendría para mí, para mí sola, cuando las otras ya no lo quisieran más.

"Fué una mañana, en nuestra cama. El dormía aún, y yo me inclinaba sobre él para despertarlo besándolo, cuando advertí en sus rulos, sobre la sien, un pequeño hilo que brillaba como plata. ¡Qué sorpresa! ¡No lo hubiera creído posible! Primero pensé en arrancárselo para que él no lo viera, pero mirando bien encontré otro más arriba. ¡Cabellos blancos! ¡Iba a tener cabellos blancos! Me latía el corazón y se me humedeció la piel; sin embargo, yo estaba bien contenta, en el fondo.

"Es feo pensar así, pero esa mañana hice las cosas de casa con buena voluntad, sin despertarlo todavía; y cuando abrió los ojos, solo, le dije:

"—¿Sabes lo que he descubierto mientras dormías?

"—No.

"—He descubierto que tienes canas.

"Se sentó de una sacudida, como si le hubiera hecho cosquillas, y me dijo con aire malo:

"—Sí, sobre la sien izquierda. Tengo cuatro.

"Saltó de la cama para ir al espejo.

"No las encontraba. Entonces le mostré la primera, la más baja, que estaba rizada, y le dije:

"—No es extraño, con la vida que llevas. En dos años estarás acabado.

"Y bien, señor, había dicho la verdad, dos años después no lo habría reconocido. ¡Así cambia pronto un hombre! Todavía era un lindo muchacho, pero perdía su frescura, y las mujeres no lo buscaban más. ¡Ah!, yo llevé una dura existencia en ese tiempo; ¡él me ha hecho crueldades! Nada le gustaba, nada de nada. Dejó su oficio por la sombrerería, y en ello perdió mucha plata. Después quiso ser actor, sin tener éxito, y luego se puso a frecuentar los bailes públicos. En fin, ha tenido el buen sentido de guardar un poco de sus bienes, de lo cual vivimos. Nos basta, ¡pero no es gran cosa! ¡Decir que ha tenido casi una fortuna en cierto momento!

"Ahora usted ve lo que hace. Es como un frenesí que lo arrastra. Necesita ser joven, necesita bailar con las mujeres que huelen a pomada. ¡Pobre viejo querido!"

Ella miraba, emocionada, pronta a llorar, a su viejo marido que roncaba. Se le aproximó con paso leve y le besó los cabellos. El médico se había levantado, y se preparaba a irse, no encontrando nada que decir ante esa rara pareja.

Entonces, cuando él se iba, ella le preguntó:

—¿Quiere usted, de todos modos, darme su dirección? Si empeora, iré a buscarlo. ◈

COMO SE INICIARON EN LA LITERATURA...

Lola B. de Bourguet; Rosa B. de Cámara y

Lola B. de Bourguet, Rosa Bazán de Cámara y Hortensia Margarita Raffo responden en el número de hoy a la pregunta que en torno a su iniciación literaria viene haciendo "LEOPLÁN" a las más caracterizadas escritoras y poetisas del país. Dejémosles la palabra y conozcamos las circunstancias en que se asomaron por primera vez al mundo de las letras.

UNA NOVELISTA EN BUSCA DE PAPEL...

POETISA y escritora de limpia inspiración, Lola B. de Bourguet ha dado a la estampa libros de versos, tales como "Renglones Cortos", "Agua Clara", "Arca de Sándalo"; obras de intención didáctica, como "Flor de ceibo", "Agua mansa" y "Panorama"; y, finalmente, algunos libros de cuentos, que son: "Crisantemo", "Los expósitos", "Era que se era", y su reciente "Cuentos de colores".

—Desde muy niña — nos dice — se reveló en mí la afición a las letras. A los ocho años yo era "novelista"...

—¿No recuerda usted cuál fué su primer novela? ¿Las circunstancias que la indujeron a escribirla?

—La primera novela no la recuerdo. Pero las circunstancias que me impulsaron a escribirla, sí. Esa "novela" de los ocho años, lo mismo que todas las demás, la escribí impulsada por un motivo diametralmente opuesto al que suelen seguir todos los escritores...

—¿....?

—Verán. Los escritores — según imagino — comienzan por tener una idea, un asunto, algo que decir, y luego se sientan ante el papel para volcar en él lo que han concebido. Yo procedí completamente al revés. A mí lo que más me preocupaba era el papel, es decir: el continente; ¡el contenido ya vendría después!...

"Empezaba por tomar cuanto papel caía en mis manos — papel de envolver: el del pan o el de los fideos —; lo cortaba en cuartillas regulares y luego las "encuadernaba" con un alfiler. ¡El libro estaba hecho! Sólo faltaba llenarlo, pero eso era lo de menos...

—¿Y escribió así muchas "novelas"?...

—Muchas y muy largas. ¡Imagínense que mis maestros eran Víctor Hugo, Lamartine y Pérez Escrich!...

—¿Y duró mucho esa etapa de "novelista"?

—Dos años. A los diez, agotadas ya las posibilidades del género, abandoné la novela y me dediqué a la poesía... Los clásicos me atrajeron siempre más que los románticos. Hice de la "Poética", de Martínez de la Rosa, mi Evangelio... Pero eso no les interesa ya. Mi iniciación fué como novelista. Las razones ya las conocen.



Rosa Bazán de Cámara.

Lola B. de Bourguet.

DONDE EL AMBIENTE HACE A LA ESCRITORA

Ensayos, conferencias, cuentos, poemas, novelas y artículos de toda índole constituyen el bagaje literario de Rosa Bazán de Cámara. "El alma del Quijote", "La hija del siglo" y "La Grecia clásica", figuran entre sus producciones más importantes.

Por lo que se refiere a sus comienzos, nos dice:

—Mi primer trabajo, como todos los demás, nació del espíritu ansioso de belleza, deslumbrado por el ambiente y la naturaleza de mi provincia: La Rioja...

—Pero, concretamente, ¿no recuerda usted cuál fué su primera producción como escritora o poetisa?...

—No podría precisar. Pero sé que fué en edad muy temprana cuando ella surgió en mí, inspirada por la naturaleza pro-

Hortensia M. Raffo

Por
Luisa Celia Soto

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Hortensia Margarita Raffo

digiosa de los campos de La Rioja, donde el llano, la montaña y el viento se engolfan en la profundidad del secreto de la vida...

—¿Entonces, puede decirse que fué la naturaleza la que en temprana edad le inspiró a usted su primer ensayo literario?

—El primero y todos los demás. Un hálito trágico planea en aquellas extensiones desoladas, tendidas al sol implacable. Todo ello fué angustiando mi alma y asomando en mis libros, como afloró en mi primera composición. Es esto lo que podría decir sobre el motivo y la ocasión que movieron por primera vez mi pluma...

HORTENSIA MARGARITA RAFFO SE INICIO TRES VECES

Autora de siete libros de poesía y uno de prosa, Hortensia Margarita Raffo ha sido señalada por la crítica como una fuerte personalidad literaria.

Considera la autora de "Canciones de sal y cuesta", que el escritor no tiene una iniciación, sino tres.

—Creo — nos dice — que el escritor se inicia de tres maneras; a saber: cuando durante la niñez trata de concretar en palabras sus primeras impresiones; cuando da a la estampa, en revistas o diarios, la poesía o cuento que considera digno de publicar, y, por fin, cuando, hecha ya una selección consciente, reúne los trabajos elegidos y los publica en volumen...

—¿Cómo se produjeron en usted estas tres formas de iniciación literaria?...

—Mi primera iniciación fué en los tiempos de la niñez. Escribí una poesía que no quiero recordar para no tener que volcar sobre mi propia persona la ducha helada de mi *sense of humour*.

—¿Y la segunda?...

—La segunda fué cuando publiqué un cuento en una revista semanal, que tenía por protagonista a un muchacho mentalmente anormal... En cuanto a la tercera, fué en el año 1932, con la publicación de mi primer libro "En vaso de Murano"... No estoy arrepentida de mis publicaciones. Sin embargo he roto mucho y sin lástima. ⟐

EL CUENTO FANTASTICO

LA VENUS DE PAPEL



Por ***Manuel Olivas***

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DEL AUTOR

ENCERRADO en este palacio de metal, he llamado muchas veces con los nudillos, hasta rompérmelos, a esa puerta de vidrios que me separa de vuestro mundo. Quería que me escuchaseis y que me vieseis a todo trance, antes de sumergirme para siempre.

¿Si os dijera quién soy?... ¿Si os lo dijera?... ¡Pero, no!; no me comprenderíais. Sin embargo, me encuentro en todas las horas de vuestros días, en los minutos, en los segundos, en esa leve pulsación que corre por los canales azules de vuestras venas, divino aliento de vuestras vidas. ¡Sí!: en todas las horas.

Mi voz es aquella que tras de las campanadas queda vibrando en el aire, es esa voz de bronce, honda, vagabunda y misteriosa como la voz del mar que alguna vez escuchasteis en el interior de ciertas caracolas, en esas sutiles volutas de porcelana y nácar.

¡Ya no me veréis!... ¡No me veréis nunca!... Pertenecemos a mundos tan distintos...

Nuestra existencia, vagamente la sospecháis. He oído decir a mis barbados antecesores lo poco que significa duende en vuestro idioma. ¡Poco!, muy poco. Apenas una pizca. Más tarde lo he comprobado. Tan sólo existimos en vuestros pensamientos, olvidados y sin vida, escondidos en oscuros anaqueles esperando que se os ocurra juguetear un poco con el vocablo: "Duende" pronunciáis, y de un brinco acudimos a vuestra llamada, como uno de tantos soldados de ese diverso ejército que desfila por vuestra imaginación, y aunque no estáis del todo desacertados al imaginarnos, no puedo por menos que escandalizarme ante la serie de leyendas que se nos agregan.

Francamente, amigos míos, ¡sois unos atrevidos! Algún día, ese atrevimiento, esa terrible curiosidad, ese aburrimiento mortal que os aqueja, os conducirá hasta el umbral de este otro mundo que hoy desconocéis.

De nuestras trasmigraciones, nada sabéis. ¿Sabéis por ventura cuántas veces morimos y volvemos a nacer los duendes?... ¡No!; no lo sabéis. Yo sí que lo sé, y me turba, me espanta, saber de dónde nos llega tan tremenda facultad.

* * *

Hace muchos años era yo un joven de ciento cincuenta, ágil y hermoso, y no mohoso y carcomido por la herrumbre. En aquellos tiempos no me aquejaban estos dolores



que me inmovilizan y que suelo calmar con ese aceite maravilloso que de tarde en tarde soléis utilizar para engrasar las ruedas de engrane de vuestros relojes. Tampoco tenía yo estas barbas de humo oxidado. Entonces era un duende de metálicos cabellos dorados, y mi espíritu me inducía a soñar aventuras extraordinarias.

El silencio reinaba. Aguardé que la noche azulase las cosas. Con gran cuidado me deslicé por los adornos de la péndola y observé a través de los biselados vidrios. Después, di triple salto mortal hacia arriba y fuí a caer sobre el eje del volante.

Este reloj mío, más mío que vuestro; porque si no fuera por nosotros los duendes, los relojes no caminarían... ¡No!, no caminarían. ¿Creéis que todo se reduce a darles cuerda y pasarles de vez en cuando el plumero? Les dais cuerda y nada más. Y así años y años abandonados. ¿Y no se os ha ocurrido pensar en alguien que limpie el polvo y la pelusa que va formando el tiempo en sus resortes; en alguien que cuide de que su campana marque las horas de vuestras vidas, con honda y hasta musical sonoridad?... No lo habéis pensado. ¿Creéis que todo se debe a vuestro genio mecánico?... ¡Craso error!...

Pero dejemos esto y volvamos a tomar el hilo de cuanto quiero deciros y que me es tan necesario como ese polvillo dorado que se desprende de las ruedas, de los muelles, y que para nosotros es nuestro alimento.

Los duendes viejos somos muy charlatanes. Cuando pasamos los cuatrocientos y tantos años, fallándonos ya nuestras dúctiles articulaciones y viviendo en estas espantosas soledades, en este claustro, en este campanario de metal, sentimos la necesidad de hablar de nosotros

mismos. ¡Miedo, no es! ¡Pensar, no es bastante!...

Necesito hablar para no ponerme a silbar al cruzar las galerías de estas espantosas soledades. Miedo, lo que se dice miedo..., ¡no es! Hablaré. Si no lo hiciera, terminaría por volverme loco, y vuestro reloj, este reloj al que me traspasé hace muy poco, sería vuestra desesperación.

Quedé prendido del eje del volante, después de aquel salto mortal que era mi especialidad y que me llenaba de orgullo.

Los rubíes centelleaban e inundaban de suave luz de color vino el interior del reloj y sus rincones. Era la hora de la luz rojiza de los rubíes. Vuestra hora sin luz y sin calor en la que todo duerme, y me envolví en su misterio como en una túnica.

Tomé un rubí al azar y enredé en el eje, que sin gobierno giraba, un poco de pelusa.

Con aquella luz del rubí, prisionera en mi mano, me deslicé sin mayor esfuerzo por la cadena de las pesas. La extraordinaria elasticidad de mis músculos me permitía increíbles piruetas. Gracias a ella y a la amplitud de mi capa, imitando el vuelo de una golondrina, me lancé a los espacios evolucionando sobre la mesa, hasta que la fatiga, pesando sobre mis alas, me obligó a descansar. Y cuando me encontré sobre la mesa coloqué mi lámpara sobre mi birrete. Como una luciérnaga vertía su luz vistiéndome de escarlata. Miré hacia atrás y, al observar cómo mi sombra me perseguía perfilándose sobre las cosas, no pude evitar cierto desasosiego; y con cierto temor penetré en la oscuridad de la noche de aquellas calles de libros. ¡Libros! Libros por todas partes. Uno de ellos venía a ser algo así como el palacio presidencial de la ciudad de los libros. Con gran trabajo pude dar vuelta a su tapa. En la primera página encontré una inscripción que decía: "Pequeño diccionario de la lengua castellana". Si éste era el pequeño, ¿cómo sería el grande?

En nuestras escuelas, "Escuelas para duendes adultos", existían también libros parecidos; pero aquéllos yo no sabía por qué se llamaban, en vez de diccionarios, "Eurekatomus". Sentado como estaba sobre un tintero de esos de porcelana labrada, podía hojear sus páginas: A. B. C. D. Duende. "Duende- espíritu travieso- diablillo familiar". Este sufijo diminutivo, este *illo* de diablillo despectivo, me descorazonó un poco. ¡Qué orgullosos estos amigos terráneos y qué manera de opinar!... Claro que en cierto modo no les faltaba razón. En nuestros grandes "Eurekatomus" recordé que nosotros no los clasificábamos muy bien que digamos: "Hombre, mamífero descendiente del mono, según Darwin, que se afeita, se queda calvo y sin dientes al llegar a la senectud. Habla, canta y baila. Duende gigante que construye con gran ingenio sus viviendas sobre la corteza de la Tierra; pero sin ninguna gracia".



Y seguí pasando páginas y páginas, y, a medida que avanzaba en aquel interminable vagar de un lado para el otro, mis ojos se llenaban de infinitos objetos cuyo uso desconocía, de estampas que marcaban momentos de vuestra historia, de vuestras conquistas, y no sé por qué empecé a pensar con tristeza en los primitivos duendes. ¿Hasta cuándo, mis queridos amigos terráneos? ¿Todavía no estabais conformes?... Expulsasteis a nuestros progenitores de sus dominios y les arrebatasteis el producto de sus concepciones...

El oro, el platino, las piedras preciosas y cuantos metales se concebían en sus talleres pasaron a vuestras manos, mientras ellos huían amendrentados por misteriosas galerías; pero consiguieron ocultar sus fórmulas, y yo sé cuánto se desvelan vuestros demiurgos buscando en las escondidas entrañas de la alquimia las valiosas composiciones. ¡Es inútil. No lo conseguiréis. Las geniales aleaciones las escribieron sobre sensibles láminas de metal. En vuestras manos se convertirían en polvo.

Más tarde, los duendes se ocultaron en vuestras máquinas de medir el tiempo... ¡El tiempo, la vida derritiéndose, que se os escapa de vuestras manos, sin daros cuenta, dividida en horas, minutos y en ese humano latir del segundo que os habla de la vida y de la muerte!

¡Qué pena! ¡Qué pena me causa pensar en ese reino nuestro desaparecido!... ¡Felices los tiempos del reloj de sol! ¡Felices los tiempos en los que vosotros y nosotros sabíamos menos! ¡Felices los tiempos de las clepsidras, de los de aceite, de los de arena!...

La esplendorosa era de nuestros antecesores, los diminutos duendes, se remonta a aquella época en la que el subsuelo estaba dividido en minúsculas y maravillosas repúblicas. Construían sus graciosas viviendas de cristales bajo la abovedada frescura de los túneles, ignorando por completo vuestra existencia.

¡Si a alguno de mis barbados antecesores se le ocurriera volver!... Imaginaos a uno de aquellos duendes saltando de un eje a otro de estas complicadas máquinas, llenas de peligrosas ruedas y de sus dientes, en este estar siempre solos, sintiendo el eco de los pasos y de la voz retumbar en las paredes del reloj, y ese "tic tac" constante, esa gota de agua cayendo, infinita, inevitable...

Nuestra odisea comienza con la edad de la rueda. ¡Perdón! No me hagáis caso. ¡Lloro, sí! ¿Sabéis por ventura lo que es esta espantosa soledad?... ¡Qué feliz hubiera sido, y cómo me habría gustado ambular por aquellas ciudades de mis mayores, iluminadas por el centelleo de las piedras preciosas!... ¡Qué feliz!; pero qué feliz hubiese sido...; ¡hasta hubiera amado a una sirena de cristal y cauda bañada por la luz de la luna!... ¡Cómo la hubiera amado! Con mis manos hubiese tallado un agua marina que encerrase en su centro una líquida gota de luz azul, y se la hubiera ofrecido en su palacio de agua.

Pero, para qué..., ¡para qué soñar! Estamos en la edad de la rueda. En la avanzada edad de la rueda...

Seguí pasando páginas de aquel maravilloso libro, y los ojos cansados, vencidos, se me iban cerrando. Tan cargados de imágenes estaban, que los párpados me pesaban como si fueran de plomo, y así pasé la E, la F, la G, con su procesión de grabados, que ya apenas veía, y más y más letras, cuando de improviso mi destino...

¡Ah, dioses de los genios joyeros! ¡Dioses de las plateadas sirenas y de las algas de verdes cristales y de los rojos corales cobre y de los transparentes océanos subterráneos!... ¡Dioses de mis mayores los genios orfebres!... ¿Por qué? ¿Por qué pusisteis aquella imagen ante mi vista?... Aquella blanca venus de papel y líneas, tan blanca como el papel...

Se recortó como con tijeras y se desprendió de la página, dejando sobre ella el contorno armonioso de su clásica silueta, y vino hasta mí, bajando por los escalones de las líneas impresas que nos separaban. Su velo dejaba adivinar sus bien delineados hombros

y parte del busto y, al anudarse con su cordón de trazos a su cintura, marcaba el contorno de sus caderas que con su armonioso vaivén precipitaban mi sangre.

Me tendió una mano pequeñita y blanca que me pareció el ala de una paloma, y, al sentir su contacto, no sé qué corrientes extrañas circularon, precipitadas, por la magnética y electrizada red de mis nervios.

Sus manos se abandonaban, se desvanecían, morían vencidas sobre las mías; reclinó su cabeza sobre mi pecho y la besé en la frente, y así unidos anduvimos por aquellas calles de libros, cuyos tejuelos de colores fileteados de oro iba descubriendo la luz rojiza de mi rubí; y nos perdimos en las negras sombras, allá por la plazuela que formaban los veinte tomos de "Las mil y una noches".

Unidos de las manos volvimos. Yo entonces quise mirarme en sus ojos vacíos de estatua, en donde con cierto temor observé que mi figura no se reflejaba.

De pronto sentimos cinco campanadas que me parecieron distantes, extrañas... Les faltaba mi voz, esa voz mía imitando la del mar. Vuestra ciudad con sus rumores comenzaba a vivir. La oscuridad empezaba a huir, perseguida por la luz que ya comenzaba a filtrarse por las tablillas de las persianas. Mi rubí perdía su brillo, empalidecía. La vaga luz del amanecer lo apagaba convirtiéndolo en un débil destello titilante; y comenzamos a correr, asustados, temiendo ser descubiertos. Con gran esfuerzo ascendimos a la cúspide de aquella inalcanzable torre, erizada de esquinas, de puntas, de aristas y de sabiduría, para llegar por fin a nuestro diccionario en una de cuyas páginas se escondía mi perdición. ¡Sí, mi perdición y la de vuestro reloj! ¿Os asombráis, verdad?...

Me matasteis sin ningún miramiento, quizá sin pensarlo, sin querer, conforme lo hacéis con esas polillas que anidan en vuestros roperos.

Llegamos fatigados, sin aliento. Con gran tristeza ayudé a mi venus a que se restituyese a su cautividad, a su inmovilidad, y todo volvió a su origen como si sólo hubiese sido un sueño maravilloso, como si yo estuviese en mi torre de metal hundido en ese estar no estando, en ese ensoñar del semisueño.

Y yo me quedé allí sin poder escapar, tendido a los pies de mi venus y llorando, amarrado como con cadenas.

Dieron las cinco y media, las seis. Seis campanadas secas, cascadas, y su imagen se desformaba a través de mis lágrimas. Y los ojos, cansados..., se me cerraban.

Sentí pasos... Hice esfuerzos desesperados para huir... ¡No pude!, y me encomendé a mis dioses más queridos. Simulé con mi capa las doradas alas de una mariposa nocturna, y esperé. Después el libro se cerró de golpe... ¡Qué dolor inmenso! ¡Qué dolor!... Luego me sumergí en la más espantosa confusión, y me hundí en los abismos de las sombras, cayendo, rodando sin peso por negros y profundos precipicios de plumas. Una angustia infinita pesaba sobre mi pecho... El vacío me ahogaba... Lejos, muy lejos, sentí perdidas unas campanadas muertas... Ya era de noche en mi corazón y me pregunté: ¿Estaré muerto, dios de los duendes?... ¡Sí!..., sí. ¡No cabía duda!, y comencé de nuevo a llorar... ◈

Por qué no hay más que

"LAS MUJERES QUE, COMO YO, NO HAN RECIBIDO DE LA NATURALEZA ESPLENDIDAS DOTES DE HERMOSURA FISICA, ESTAN RELEVADAS—DECIA LA MAGNIFICA ESCRITORA—DE PONER SU FISONOMIA A LA PUBLICA OBSERVACION DE LOS LECTORES".

Por
Francisco Lanza
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Unico retrato que existe de Rosalía Castro de Murguía. Fué hecho en el año 1883, cuando ya la escritora se hallaba muy atacada por una grave dolencia.

SÓLO hay un retrato de Rosalía Castro, y ése, por cierto, malo, pésimo. En él aparece la dulce *ruliña* (como nos complacemos en llamarla sus paisanos) con un gesto forzado que quiere ser sonrisa, mortecinos y hundidos los ojos, hinchada la barbilla, torcido y flojo el ancho lazo de muaré que cae de la toca, adornada con algo que parece una pluma blanca, y bajo la cual se rebela en negras ondas la abundante cabellera, último resto de lejanos, juveniles encantos.

Este retrato fué hecho en 1883, cuando Rosalía tenía el cuerpo cruelmente deformado por la dolencia que desde hacía tiempo minaba su organismo y que dos años más tarde había de llevarla a la humilde sepultura que la esperaba en el cementerio de Adina, que ella veía desde su ventana,

simiterio encantador,
co seu chan d'herbas e frores
lindas cal n'outras dou Dios...

Tenía entonces el poeta —poeta, no poetisa, quisieron que fuese llamada el marqués de

un retrato de Rosalía Castro



La casa de Rosalía, en Padrón (La Coruña), con el huerto que aquélla se vió obligada a cultivar por sus propias manos.

Vista parcial de la terraza de la "casa grande" de Lestrove, Padrón, en la que Rosalía Castro pasó los primeros años de su existencia.

Figueroa y Miguel de Unamuno — cuarenta y seis años, y, según la pinta su biógrafo Augusto González Besada, "era una figura espectral, de imponente severidad, sólo templada por los dulces resplandores de aquellos ojos, a los que asomaba el alma, transida de amarguras, para afirmar la fortaleza de su espíritu, todo altruísmo y caridad". ¡Qué lejos estaban los años en que llamaba la atención por sus distinguidas maneras, sus actitudes sueltas y graciosas, su dulce voz, su tez morena y el misterioso encanto que emanaba de su figura! No había sido una belleza; tenía, según los que la conocieron, la boca grande, de labios rojos e irreprochable dentadura, corta y bien delineada nariz, el óvalo del rostro imperfecto por tener los pómulos abultados, busto prominente, cintura estrecha y muy delgados los dedos. "En reposo — añade González Besada —, su expresión era melancólica; mas, cuando hablaba, parpadeaban mucho sus ojos y cobraban singular belleza, cual si se agrandaran merced a lo frondoso y ondulado de sus largas pestañas y al primoroso esmalte de la córnea, que resaltaba luminoso y blanco sobre la profunda negrura del iris".

Con todos esos atractivos acabó en poco tiempo la desgracia que, desde los veintiún años, se hizo su inseparable compañera, *la negra sombra que la asombraba,* según frase suya. A esa edad contrajo matrimonio con el escritor Manuel Murguía, tan escaso de recursos como

ella; y ambos empezaron entonces una larga peregrinación por España, motivada por los estudios históricos a que él se dedicaba y por los precarios puestos burocráticos que sus amigos políticos de Madrid le buscaban para "ir saliendo del paso". Estuvieron en Simancas, revolviendo los legajos del archivo famoso, donde Murguía buscó materiales para su *Historia de Galicia.* De allí pasaron a "la feraz Extremadura y a la extensa Mancha, donde el sol cae a plomo iluminando monótonos campos"; luego, "a los celebrados alrededores de Alicante, donde los olivos, con su verde oscuro, parecen llorar de verse tan solitarios"; más tarde, a "la famosa huerta de Murcia, cansada y monótona como el resto de aquel país", según hace constar Rosalía en el prefacio a sus *Cantares gallegos.* En esas peregrinaciones por tierras tan lejanas y tan distantes de la suya, enfermó (acaso más del alma que del cuerpo), y los médicos le ordenaron volver en seguida a su *lar.* Llegó para recoger el último suspiro de aquella que pareció trasmitirle "los secretos terrores que sintió cuando la tuvo en sus entrañas".

Empezaron a llegar los hijos, y la situación económica del matrimonio, en vez de mejorar, empeoraba. Murguía escribía y luchaba, pero con muy mala suerte. Llegó un momento en que Rosalía, ya herida de muerte, vióse obligada a cultivar por sí misma el pedacito de huerto de la casa en que vivía.

Mientras tanto, iban apareciendo sus libros: poesías, ensayos de novelas, novelas. La crítica las recibía con indiferencia; el público no les prestaba atención. Rosalía misma las desdeñaba, porque — le decía a su esposo — "no es correcto que el nombre de una mujer ande rodando por el mundo en librotes y papeles". Y para que no se crea que



Lápida que la fervorosa devoción de un escritor hizo colocar en la casa en que murió "la poetisa popular, honra de Galicia".

hay contradicción en esto, en publicar libros y, al mismo tiempo, creer incorrecto el andar en librotes y papeles, debemos decir que hasta 1872, año en que se publicó en Madrid la segunda edición de *Cantares gallegos* — cuyas bellezas se encargó de proclamar a los cuatro vientos de España y de Hispanoamérica nada menos que don Emilio Castelar —, todas sus producciones fueron editadas sin que ella tuviese arte ni parte en la edición. Murguía, que era el primer admirador del talento de su esposa, y Eduardo Chao, político y escritor que desde el principio se había de-

Sobre esta rústica mesa de piedra escribió Rosalía muchas de sus poesías, que ella calificaba de "fruslerías literarias".



Iglesia y cementerio de Padrón, cantados por Rosalía en una composición de la que dijo Castelar que era la más tierna y sentida de cuantas él conocía.

dicado a favorecer al malaventurado matrimonio, se encargaban de recopilar y dar a la estampa los trabajos de aquélla. Se cuenta que Murguía, para que le permitiese publicar la novela *El caballero de las botas azules*, le hizo creer que saldría con su nombre. Y se cuenta también que para completar el tomo de los *Cantares*, ya en prensa, sin saberlo ella, la estimulaba a escribir "sólo por mero pasatiempo y sin mayor finalidad".

La segunda edición de los *Cantares* fué hecha con su consentimiento, pero no porque hubiese dejado de creer que era impropio de una mujer el andar en librotes y papeles, sino porque el editor le había pagado una buena suma, con la que se aliviarían muchas penurias en su estrecho hogar; ¡y qué no haría Rosalía por sus hijos y por su esposo!

Al éxito de esa segunda edición vino a unirse, pocos años después, el de *Follas novas*, la obra maestra de la *ruliña*, y el nombre de ésta empezó entonces a aparecer en revistas y periódicos, entre elogiosos comentarios. Algún crítico calificó a Rosalía de precursor. Murguía, gracias a la protección de Chao, había llegado a ser director de *La Ilustración Española y Americana*, la mejor revista literaria de su tiempo; y en un viaje que hizo a Galicia eligió o habló de elegir un retrato de su esposa para publicarlo. Bastó eso para que Rosalía se decidiese a destruir todas sus fotografías. "Además de no considerarme con los méritos suficientes para tal honor —le escribe a un amigo—, comprendo que las mujeres que, como yo, no han recibido de la naturaleza espléndidas dotes de hermosura física, están relevadas de poner su fisonomía a la pública observación de los lectores". El amigo, que también es periodista y que igualmente desea publicar un retrato de la autora de *Follas novas*, insiste en su pedido, y ella insiste en su negativa: "No me fuercen a parar el pensamiento en fruslerías literarias ni en cosas que con ellas se relacionen. Llevo en el alma muchas penas y tristezas a las que me es preciso conceder toda, absolutamente toda mi atención".

Esto debió de ocurrir en 1880 o en 1881. Los familiares del poeta, viéndole después acabarse, correr hacia la tumba, y no resignándose a quedarse sin una fotografía suya, tratarían de convencerle de que se dejase "hacer un busto". ¡Qué gusto tenéis en retratar a una moribunda! —diría ella, dejándose arrastrar a la galería fotográfica. Y ese retrato de una moribunda es el que, por las circunstancias apuntadas, constituye toda la iconografía de Rosalía Castro. Toda la iconografía *material*, porque no puede olvidarse que cada gallego lleva en su alma una imagen viva y bella de la dulce *ruliña* que supo como nadie cantar nuestras penas y nuestras alegrías. ◈

Nuevas corrientes en la

Por



EDUARDO MALLEA

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Un gran movimiento poético y una vigorosa voluntad de autodefinición son las corrientes más caudalosas por las que se lanza, como la nadadora de Propercio, la nueva alma hispanoamericana. Esta joven humanidad canta intensamente e intensamente se aclara a sí misma los rasgos y el posible destino de su fisonomía. Urgida por estos dos raptos de lirismo e inteligencia profundos, se desentiende o ignora el relatarse novelescamente. Le importa más su verdad que su ficción. De ahí que su novelística vaya hoy por detrás de su poesía y de su ensayo.

El gran decoro de la nueva Hispanoamérica son sus jóvenes poetas. Esta juventud no implica prematuridad. Dos grandes chilenos, Pablo Neruda y Vicente Huidobro; tres grandes argentinos, Francisco Luis Bernárdez, Jorge Luis Borges y Leopoldo Marechal; algunos mejicanos, Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano, son todas ellas voces poéticas ya tan vigorosas y definidas que pueden figurar a la cabeza de cualquier literatura. No dicto sino los nombres de los jefes, o cabezas máximas, de un vasto movimiento constituído por excelentes integrantes. El inteligente filólogo español Amado Alonso acaba de dedicar un excelente libro a la poesía y el estilo de Neruda. Alonso explica la trascendencia de este gran poeta de expresión hermética a la vez que caudalosa y profunda. Pablo Neruda, el chileno, es muy diferente de Francisco Luis Bernárdez o de Leopoldo Marechal, los argentinos. La contextura interior de los chilenos — habitantes de una angosta franja de tierra aprisionada entre los Andes y el Pacífico — es más patética, desesperada y nostálgica que la de sus vecinos los argentinos. El argentino está constituído más sólida y alegremente. Habitante de un país que constituye con el Brasil la extensión de tierra más rica y vasta de la América Latina, su canto es a la vez más mesurado y más pleno. Entiéndase bien que no estamos comparando calidad, sino actitud. Pero estas dos expresiones, la una serena y dueña de sí, la otra dolorosa y atormentada, integran un denso concierto poético que se alza cubriendo todo el sur del continente desde Magallanes hasta el Uruguay y el Perú, y desde el Atlántico al Pacífico. La poesía chilena y la argentina forman hoy dos potentes miembros sustentadores de la figura espiritual de Hispanoamérica.

Huidobro y Neruda son cantos trágicos y nostálgicos. Bernárdez es todo precisión, tradición y geometría. Su poema *El Buque* es por sí solo una verdadera provincia de la poesía castellana, una región de límpido aire, grave naturaleza, tierra religiosa y límites severos y desnudos. Jorge Luis Borges ha alcanzado un tono criollo de viril y patética anchura. El suyo es un noble canto, extenso de alcances esenciales y formales, donde aparece cantado lo más hermoso, militar, señorial y digno de la patria colonial, del fundamento criollo. Nada enfática, nada grandilocuente, la poesía de Borges se manifiesta según la amplia respiración de tan dignos recuerdos. Leopoldo Marechal, poeta de inspiración religiosa como Bernárdez, católico, es más sensual, mucho más lujoso de formas, como que sus primeros poemas fueron intrépidas odas de inspiración casi pánica. En cuanto a los jóvenes poetas mejicanos, me parecen sujetos a una inspiración más químicamente pura, menos grávidos de carga substancial, cultos por la cultura misma. Excelentes traductores — como lo prueban sus primorosas versiones de T. S. Eliot y otros poetas ingleses —, alcanzan su más alta expresión original en Villaurrutia y Ortiz de Montellano. Y un adolescente, un niño casi, Octavio Paz, parece señalar ahora para Méjico el alba de una nueva y más humana poesía.

Mas la alegría y el dolor implícitos en la naturaleza real de los cantos de estos hombres jóvenes, no son románticos. No son meros raptos líricos, o entonaciones envueltas en sus propias gratuitas ondas, como sucedía a menudo — sobre todo en la Argentina y Chile — con sus inmediatos predecesores. Este canto nuevo contiene el grano lírico de una intensa seriedad y preocupación. No es el primer grito del mundo nuevo, la alegría libre del nacimiento y la vida; sino su imponente descubrimiento de la imagen de una misión y un destino. No; esta nueva poesía no es embriaguez sin tiempo ni condiciones: es el grávido y profundo pensamiento de la vigilia, la viril moderación del alba, la salida a la labor del nuevo día, esto es, la actitud del hombre que va a salir ya a tomar su destino con las manos, a adueñárselo y a hacerlo prevalecer. No se trata tampoco, por consiguiente, de una poesía de tono whitmaniano; la nueva poesía hispanoamericana está mucho más cerca de su ideal; su futuro no es mera inspiración, su futuro es ya *hoy*, hoy grávido. Y por lo tanto, su voz acusa cierta severidad dominante. Es poesía espiritual, puesto que es poesía del conocimiento.

Pareja preocupación es la que se manifiesta en el nuevo ensayo hispanoamericano. El conocer y definir su tierra y su habitante se adelantan a todo otro apetito. Incluso el lenguaje se depura, se priva, se hace casi blanco a fuerza de querer ser sólo vehículo de la nueva inteligencia de nuestras esencias. Existe un hombre nuevo, una criatura natural, ética y espiritual diferente, una proporción entre hombre y tierra capaz de producir el estilo de una civilización desconocida. América hispana se pone decididamente a saber lo que es, y a decirlo. Uno de los libros más profundamente reveladores de esta modalidad, de este sentido cognoscitivo de la prosa, es ***Radiografía de la Pampa***, del argentino Martínez Es-



Francisco Luis Bernárdez. Leopoldo Marechal. Jorge Luis Borges. Roberto Arlt

literatura hispanoamericana

trada, quien con Jorge Luis Borges y Carlos Alberto Erro encabeza en la Argentina el nuevo espíritu hispanoamericano, el espíritu de interpelación radical al país. Los cuatro excelentes ensayistas jóvenes cubanos: Juan Marinello, Jorge Mañach, Félix Lizaso y Jorge Ichazo, son, en cierto sentido, y pese a su juventud, precursores de este movimiento. Profundos intérpretes, y en cierta medida continuadores del pensamiento de Martí, han nutrido de hallazgos y reflexiones la imagen esencial de su pueblo. (Algún día se estudiará debidamente la influencia que el mensaje personal del norteamericano Waldo Frank ha tenido sobre estas inteligencias y sobre estas conciencias.)

De lo que en verdad se trata, tanto en el joven ensayo como en la joven poesía hispanoamericana, es de *una toma de conciencia.* Lúcida y adusta actitud de gentes jóvenes que no se van a permitir ya licencias retóricas ni gratuidades literarias, sino que hacen de su inspiración un acto de existencia, no verbal alarde, sino acto. El ensayo tiende a hacerse así cada vez más testimonial y directo, cada vez más libre de prejuicios románticos y cada vez menos *virtuoso* y más lleno de *virtud*, en el sentido antiguo y clásico de esta palabra, que quería decir coraje. Entra así el nuevo ensayista por caminos derechos y hace de su rumbo lo contrario de la decadencia.

La mentalidad de Martínez Estrada, su visión histórica y espiritual, su sentido de las cosas y de la existencia, me parecen lo más maduro de nuestra América. (Esto, en lo que concierne a la crítica, claro está, no en lo que concierne a la creación propiamente dicha.) *Radiografía de la Pampa* no es un libro optimista. Es un libro prolijo, demoledor, frío y árido. El conocimiento parece en él una vía que conduce a la esterilidad, de tal modo desmenuza este libro el cuerpo del país que examina. Es una radiografía; y las radiografías suscitan diagnósticos, mas no suscitan amor. Pero su pesimismo no es más que la gravedad de su conciencia, una gravedad no ceremoniosa ni solemne, sino la gravedad del hombre a quien el aliento de su tierra lo invade y desaloja de él la gratuidad y la alacridad — o sea la ligereza — propias del ánimo individual en estado de despreocupación. .. ..

Así, vasto y arrollador como el ímpetu de un río recién creado, una preocupación no morosa ni inhibitoria, una preocupación flúida, potente, rápida y creadora, arrastra en su cauce a la joven alma hispanoamericana, y después de impulsar a la poesía y al ensayo, da las primeras llamadas para el despertar de la nueva novela. Género de madurez, éste viene en retardo; se prepara todavía en las fuentes subterráneas, necesita de una gravidez mucho más prolongada que la poesía y el ensayo. Pero aquí y allá saltan los geisers de aquellas fuentes; y así han surgido en los últimos quince años unas cuantas obras nuevas, aisladas y ya muy vigorosas, debidas a hombres todavía muy jóvenes. En muchas de ellas surge la preocupación social: los motivos inspiradores de un Steinbeck están ya en el *Huasipungo,* de Jorge Icaza, joven y ya grande novelista ecuatoriano. En otras dejó su dramática semilla la guerra del Chaco; de ella surgieron novelas de la calidad de *El infierno verde*, del centroamericano Marín Cañás, y de *Sangre de mestizos;* así como la guerra histórica produjo *Las lanzas coloradas*, donde el venezolano Uslar Pietri bebe en la épica de la independencia de su tierra. La vida de los balseros del Perú ha suscitado *La serpiente de oro*, de Ciro Alegría; la vida de los transgresores legales y de la manigua cubana, *Contrabando,* de Enrique Serpa, y algunas vigorosas novelas cortas de Novás Calvo. Y excelentes novelistas nuevos son el mejicano Mauricio Magdaleno y los chilenos Rubén Azócar y María Luisa Bombal, esta última dueña de una vena a la vez trágica y poética que podría ser — sin que deba verse en esto ningún signo de procedencia directa — comparable a la esencia a la vez brutal y deliciosa de William Faulkner. En cuanto a la novela joven argentina, no quiero citar más que *El juguete rabioso* y *Los siete locos,* de Roberto Arlt; algún relato de Borges y *La invención de Morel,* libro donde Adolfo Bioy Casares acaba de lograr una pequeña obra maestra de ingenio en el dominio del misterio stevensoniano o sus regiones fantásticas afines.

Pero piénsese en la riqueza de temas vírgenes que es América toda, y en especial la de origen hispano. Europa ha agotado la materia novelística de cada una de sus regiones geográficas y — casi — de cada una de las regiones de su hombre. Nuestro territorio continental, en cambio, es un inmenso estado de alma en espera todavía de su voz reveladora. La pujanza y la calidad de los pocos novelistas hispanoamericanos surgidos hasta hoy son incomparables, así como es incomparable el complejo de elementalidad y madurez técnica que revela la actual novelística norteamericana: la calidad de la prosa narrativa de un Faulkner, de un Caldwell, de un Hemingway supera a las cualidades de la novela europea contemporánea. América da un tono de naturaleza y frescura originalísimos, al par que un sonido poético rara vez alcanzado por la novela universal. Y en Hispanoamérica, un Azuela o un Icaza son dignos de cualquier secular literatura.

¿Qué necesita esta poderosa orquestación joven que afina hoy tan diestramente sus excelentes instrumentos? Necesita pronunciar su intensa vocación de unidad y romper a un tiempo en su original sinfonía. Las notas son muy bellas; sólo falta que cada cual conozca las del vecino y piense en el sonido que puede rendir la totalidad de las voces. Lo que hoy es, por llamarlo así, canto anárquico, debe darse a sí mismo el orden coral. Puchkin y Dostoiewski son un canto trabado, así como trabado fué el canto de Dryden y de Pope. El ensayo de Martínez Estrada y la novela de Jorge Icaza son voces que, unidas a la poesía de Neruda y a la de Borges y a la de Bernárdez, conforman una extraña y ya sabia voluntad de mundo joven y de nuevo futuro. A la joven inspiración hispanoamericana sólo le falta querer hacer de su mañana un momento único, opuesto a ya tenebrosos mundos. ◈

Eduardo Mallea



Cuando las frases se convierten

"¡PEGA, PERO ESCUCHA!" ■ "DONDE PISA MI CABALLO NO VUELVE A CRECER LA HIERBA" ■ "YO ENVIE MIS NAVES A LUCHAR CONTRA LOS HOMBRES, NO CONTRA LOS ELEMENTOS" ■ "Y YO, ¿ESTOY ACASO EN UN LECHO DE ROSAS?" ■ "TODO SOLDADO FRANCES LLEVA EN SU MOCHILA EL BASTON DE MARISCAL" ■ "LA GUARDIA MUERE, PERO NO SE RINDE" ■ "UN SOLDADO FAVORECIDO POR LA VICTORIA ES UN PELIGRO PARA LA LIBERTAD" ■ "¡EN PIE, LOS MUERTOS!"

"¡Pega, pero escucha!"



Temístocles.

Nada menos que 480 años antes de Jesucristo fueron pronunciadas estas palabras de estoica serenidad. Y como no podía ser menos, a un griego se le atribuyen: a Temístocles, general ateniense.

Recuérdese que los persas, repuestos de la derrota que les infligieron los griegos en la célebre batalla de Maratón, atacaron a los helenos nuevamente y se apoderaron de casi todo el territorio griego. Estos se vieron obligados a refugiarse en los barcos anclados en la bahía de Salamina y se prepararon para un combate naval. En consejo de guerra, el general espartano Euribíades mantuvo la idea de que la batalla debería darse apoyando la escuadra en el istmo de Corinto, mientras Temístocles, el general ateniense, era partidario de combatir sin abandonar la bahía de Salamina, que ofrecía excelentes condiciones para la defensa. Temístocles, con poderosas razones, imponía su criterio al consejo, pero Euribíades, no encontrando ideas que oponer, quiso terminar la polémica con el uso de argumentos contundentes. Lleno de tranquila serenidad, Temístocles, al ver contra él alzado el brazo del general espartano, le gritó: "¡Pega, pero escucha!". Euribíades no pegó y escuchó, y la batalla de Salamina constituyó para los helenos un magnífico triunfo.

"Donde pisa mi caballo no vuelve a crecer la hierba"

Atila, el bárbaro jefe de los hunos, hacía gala de su invencible poder en una frase que la historia ha recogido y que se reproduce en esta nota. El cuadro lo representa a la cabeza de sus hordas.

Trescientos años antes de Jesucristo, los bárbaros invadieron a Europa, pasando los Urales y cruzando el Danubio, conducidos por su terrible jefe Atila, que, luego de dominar desde el mar Báltico al mar Negro, se propuso acabar con la civilización de Oriente y Occidente. Las hordas de Atila arrasaron el imperio romano, avasallaron los reinos francos y se posesionaron de los estados asiáticos y de las florecientes colonias africanas, llevando a todas partes el fuego, el hierro y la devastación.

Nada quedaba tras las huestes de Atila. Sólo el espanto y las maldiciones de los pueblos sojuzgados, acogidas alegre y cínicamente por el caudillo de los hunos. Un monje llamó a Atila "el azote de Dios", y el jefe bárbaro, al enterarse, adoptó como título ese apelativo, y añadió, ensoberbecido y triunfante:

—Donde pisa mi caballo no vuelve a crecer la hierba.

"Yo envié mis naves a luchar contra los hombres, no contra los elementos"



Felipe II.

La pugna entre la España de Felipe II y la Inglaterra de Isabel, motivó que el monarca español pertrechase la mayor escuadra que vieron los siglos, con el propósito de invadir a las Islas Británicas y acabar con el poderío marítimo de los ingleses, que le disputaban al fundador de El Escorial el disfrute de aquel enorme imperio "donde nunca se ponía el sol". Es sabido que la Armada Invencible sufrió un gran desastre, debido, en honor a la verdad, más a la incapacidad del jefe de la flota, don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medinasidonia, y a la pericia de los marinos británicos, con Drake a la cabeza, que a la acción desencadenada de los huracanes y las tormentas. Cuando le fué dada tal noticia a Felipe II, que oraba en el monasterio de El Escorial, se limitó al célebre comentario:

—Yo envié mis naves a luchar contra los hombres, no contra los elementos.

"Y yo, ¿estoy acaso en un lecho de rosas?"



La conquista del imperio azteca por Hernán Cortés, a quien se ve en este cuadro en el momento histórico de quemar sus naves, dió lugar a numerosas acciones de innegable valor por parte de vencidos y vencedores. Aquí se relata una de ellas, atribuída a Cuanhtémoc.

Cuanhtémoc, el efímero emperador mexicano, puesto al frente del imperio azteca a la muerte de Moctezuma, hizo una desesperada resistencia a las tropas de Hernán Cortés y mantuvo su dominio en la capital, hasta que el hambre y la peste, originadas por el bloqueo que impusieron los conquistadores, les obligó a capitular. Presos Cuanhtémoc y su ministro, abandonados a la soldadesca, fueron sometidos a tormento para que declarasen dónde habían escondido los enormes tesoros que no hallaran, los conquistadores al penetrar en la capital del imperio azteca. Colocados Cuanhtémoc y su ministro en unas enormes parrillas, sobre el fuego, el ministro aguantó al principio, como el emperador, la tortura, sin proferir la más leve queja. A la postre, no pudiendo resistir más, volvió sus ojos hacia Cuanhtémoc, como implorando permiso para traicionar el secreto. Fué entonces cuando el último emperador de los aztecas exclamó:

—Y yo, ¿estoy acaso en un lecho de rosas?

El heroico ejemplo fué seguido. El ministro calló. Y los dos murieron en el tormento sin revelar su secreto, si es que lo tenían.

"Todo soldado francés lleva en su mochila el bastón de mariscal"

A Napoleón se le han atribuído muchas frases de valor simbólico, y en verdad que era un especialista en llegar al corazón y al cerebro de sus soldados. Esto de que cualquiera podía llegar a mariscal, si no lo dijo materialmente, lo probó con los hechos, pues fueron varios los mariscales de sus ejércitos que empezaron su carrera como simples soldados y alcanzaron, gracias a sus hechos de armas, las más altas dignidades, incluso las de príncipe y soberano.

Como dice el conocido historiador E. Blaze, en su obra "La vie militaire sous l'Empire" (vol. I, pág. 5), esta esperanza de honores y de gloria era el solo incentivo para que el soldado afrontase la muerte, ya que con frecuencia ignoraba por lo que combatía. Porque si bien Napoleón hacía lindas frases, explicaciones no se las daba a nadie.



Napoleón.

en historia

Por Alberto L. Rodríguez

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

"La guardia muere, pero no se rinde"



Cambronne.

Y ya que estamos con Napoleón, terminemos su ciclo con la trascripción de las palabras lanzadas altivamente, en el momento del desastre final, el de Waterloo, por Pierre Cambronne, comandante de una división de la vieja guardia imperial, que al verse rodeada de cañones y ser intimada a rendirse por los jefes enemigos, que hicieron cesar el fuego ante el heroísmo de los veteranos soldados franceses, respondió:

—La guardia muere, pero no se rinde.

En "Los Miserables", Víctor Hugo pone en boca de Cambronne una palabra sola, rotunda y escatológica, que motivó serias disputas entre académicos, políticos y mundanos, escandalizados por el atrevimiento del poeta, el cual sostenía que expresaba mejor el rabioso sentimiento de los valientes soldados vencidos, que la recogida por la historia con su habitual pulcritud.

"Un soldado favorecido por la victoria es un peligro para la libertad"

De regreso de su célebre entrevista con Bolívar, en la ciudad de Guayaquil, San Martín se retira, con el general Guido, ministro de Guerra y Marina en el gobierno de Lima, a la quinta de "La Magdalena", despojándose voluntariamente de las insignias del mando supremo que ostentaba con el título de Protector del Perú. Por dos veces van a visitarle comisiones del Congreso Nacional, que le instan a desistir de su retirada. Y es a una de estas delegaciones a quien dirige las magníficas palabras siguientes:

—Por rectas que sean las intenciones de un soldado favorecido por la victoria, cuando es elevado a la suprema autoridad al frente de un ejército, considérase en la república como un peligro para la libertad.



San Martín.

"¡En pie, los muertos!"

El 8 de abril de 1915, los alemanes atacaban porfiadamente una trinchera situada en el Bois-Brulé, cerca de Saint-Michel. La mayoría de los franceses habían caído muertos o heridos, cuando en un asalto decidido, pareció que la posición caería en poder del enemigo por falta de defensores. Fué entonces cuando el ayudante Jacques Pèricard, periodista y redactor de la Agencia Havas, lanzó el famoso grito de "¡En pie, los muertos!", al tiempo que con granadas de mano se echó contra los atacantes hasta rechazarlos, ayudado por los moribundos, bayoneta en mano... Pèricard, al narrar el episodio, puso la frase en labios de un compañero muerto, pero por otro que escapó de igual suerte, se supo después el comportamiento del heroico y modesto periodista y subteniente.

"¡De pie, los muertos!", exclamó el ayudante y periodista francés Jacques Pèricard, en las trincheras del Bois-Brulé, en 1915, y en las circunstancias que aquí se relatan. Esta escena corresponde a una lucha cuerpo a cuerpo en aquel sector del frente.

"YO SOY EL MEDIO HERMANO

ESTAS PALABRAS ABRIERON, PRIMERO, LAS PUERTAS DE LA SOCIEDAD NEOYORQUINA, Y LAS DE LA CARCEL, DESPUES, AL FAMOSO AVENTURERO HAROLD SCHWARM, QUE SE HIZO PASAR SUCESIVAMENTE POR PRINCIPE ASPIRANTE AL TRONO DE ESPAÑA, ALMIRANTE IMPERIAL RUSO Y MAGNATE DE LAS FINANZAS NORTEAMERICANAS



Aquí tenemos al ex "príncipe Enrique de España", en su papel de almirante imperial ruso, vistiendo su brillante uniforme, con el que conquistó a muchas damas.

"Cuando España esté en mis manos..."

La necesidad de ser grande, de cualquier manera, a costa de cualquier cosa, cuando ataca a hombres hábiles y audaces, provoca situaciones extraordinarias desde el punto de vista de lo pintoresco. El caso más típico está representado sin duda por Harold Schwarm, actual pensionista de la cárcel de Hartford, Estados Unidos.

Un buen día de primavera, en el año 1923, apareció en la Quinta Avenida de Nueva York un gigante rubio, luciendo un brillantísimo uniforme y caminando con paso marcial. Además, llevaba a su lado un magnífico galgo ruso. Inspiraba respeto, y los porteros, así como los policías, se inclinaban para saludarlo, saludo al que él respondía deferentemente. En seguida todo el mundo supo que se trataba nada menos que del "medio hermano del rey de España, príncipe Enrique". Así rompió el círculo cerrado de la sociedad neoyorquina; concurría a todas las fiestas, y las madres le presentaban a sus hijas, con ocultas miras al matrimonio.



Después de un largo viaje en auto, Schwarm se hizo conducir al hotel Astoria, donde entró por la puerta principal y salió por una de servicio, para no pagar al chofer su viaje.

DE ALFONSO XIII"

Por **Fred Dickenson**



La sociedad neoyorquina recuerda también al famoso rival de Harold Schwarm, Harry Gerguson, que se hizo célebre como "príncipe Mike Romanoff", en 1934.

Alfonso XIII, que aparece aquí cuando era rey de España, fué, sin saberlo, quien abrió al famoso aventurero Schwarm las puertas del mundo social norteamericano.

—Cuando esté en mis manos el destino de España —decía el "príncipe Enrique"— voy a hacer cambiar la faz de Europa.

—Sí, estaría bien —le respondían los diplomáticos en las reuniones—; la renovación es el progreso cuando quien la realiza es una gran cabeza...

El falso príncipe se enoja... y va a la cárcel

Y las mujeres acariciaban en lo más profundo de sus limpias almas la ingenua y grandiosa idea de llegar a ser un día la primera dama de España. El "príncipe", sagaz como nadie, conocía a fondo tal pensamiento, y lo explotaba al máximo.

Firmaba "príncipe Enrique Luis de Chateroux de Boussigny de Borbón", y no al pie de cualquier carta, sino en cheques por fuertes sumas.

Hasta que, por fin, un hombre de negocios se cansó de estos cheques sin fondos y lo acusó ante la justicia.

El "príncipe" se presentó al Tribunal luciendo un espléndido uniforme con una buena espada, y antes de que se le dirigiera la palabra exclamó con noble ira:

—¿Qué significa esta impertinencia?

Más le hubiera valido no decir nada; habría quedado mejor. Los detectives habían averiguado ya que, nacido en Glastenbury, conocía a España por fotografías. Como es de suponer, de los tribunales salió para la cárcel.

Alarmados, entonces, los miembros de la embajada de España de encontrarse ante el caso de un príncipe de sangre real española encarcelado en los Estados Unidos, efectuaron las averiguaciones correspondientes y declararon luego que se trataba de un impostor.

"Tengo cita con el presidente"

Sin embargo, sucedió que, como algunas damas se habían enamorado de veras de este grande y rubio "príncipe", poco después Harold Schwarm se vió en libertad sin saber cómo. Pero, contra lo que las damas esperaban sin confesarlo, el gigante rubio no volvió a aparecer en su interesante y novelesco carácter de "príncipe".

Se vistió de almirante imperial ruso y se escribió una carta a sí mismo *firmada* por el presidente de los Estados Unidos. Era una cita en el hotel Waldorf Astoria, de Nueva York, para tratar cuestiones internacionales. Tomó un "taxi" en Quakertown e indicó al conductor:

—Al Waldorf Astoria, a toda velocidad. No haga caso de la policía; yo respondo.



Este es el verdadero príncipe Enrique de España, medio hermano del ex rey Alfonso XIII, que sirvió de modelo al gran impostor Schwarm, para sus aventuras.

El coche partió como una bala. El chofer, intimidado por el tremendo uniforme, obedecía ciegamente. No tardó en presentarse el policía en motocicleta. Pero el "almirante imperial" exhibió la carta del presidente y el hombre de la motocicleta tuvo que pedir perdón. Así llegó al Waldorf Astoria. Pero, ¡cosa curiosa!, allí, nuestro "almirante" entró por la puerta principal y salió por una de servicio, ¡con el único objeto de no pagar al pobre chofer!

Un magnate en un rascacielos

Se casó con María Galiatzo y alquiló el rascacielos Columbia, en Columbia, para iniciar una serie de grandes negocios. Y cuando llegó el momento de pagar, se escapó, llevándose 50 dólares en mercaderías. Le dieron 30 días de cárcel, y su mujer pidió el divorcio. De este modo comenzó a desacreditarse su nuevo nombre de Reginald van de Vere, usado para el gran negocio del rascacielos.

"¡Dése preso, Harold Schwarm!"

En 1935 volvió a sentirse atacado por la necesidad de las grandezas. Se casó de nuevo y comenzó a firmar cheques por sumas enormes. Naturalmente, llegó el momento de tener que huir. Y escapó, dejando a su esposa un par de baúles llenos de uniformes y condecoraciones.

El abogado de ella lo buscó por todas partes, hasta dar con su paradero. Estaba metido en los bosques de Maine, al norte del país.

El "sheriff" Greer y el policía Zekas organizaron una especie de expedición exploradora, la que penetró en los bosques por varios puntos, y el prófugo quedó bloqueado.

—¡Dése preso, Harold Schwarm!...

—¡Ustedes se equivocan! —protestó enérgicamente—. ¡Yo soy Reginald van de Vere, representante general de la señora Smith, y estoy aquí negociando en maderas!...

—Bueno, señor van de Vere, príncipe Enrique, locatario del rascacielos Columbia, representante de fantasmas, tiene que acompañarnos; lo espera su señora esposa.

—¿Qué quiere de mí esa mujer?

—Dice que usted la ha abandonado, y quiere ponerlo en un lugar de donde no pueda irse más...

En efecto, de la cárcel de Hartford no ha conseguido escaparse todavía. ◆

DEL PARAGUAY VIEJO



Carreteros típicos del Paraguay descansando bajo su carreta. Tirados por yuntas de bueyes, esos grandes armatostes son todavía un medio común de transporte.

Ha aquí uno de los hermosos y antiguos monumentos con que cuenta la capi[tal] del Paraguay, Asunción, la ciudad fundada por Juan de Ayolas, en el año 153[6].

APENAS si brillan algunas luces en Asunción del Paraguay. Es medianoche. Duerme la ciudad. Un camión de pasajeros va de barrio en barrio, subiendo y bajando cuestas, dando vueltas por las calles del centro y por los suburbios de hondas huellas arenosas y naranjos en flor. El camión se detiene en las puertas de las casas para recoger pasajeros y encomiendas. Aturde el incesante sonar de la corneta. Dura más de tres horas este andar recorriendo las calles, aguardando al viajero que aun duerme o que recién comienza a ordenar su equipaje. Mientras tanto, el conductor, para acortar la espera, acepta la copa de caña o el mate amargo que le ofrecen.

Así, lentamente, el camión se ha ido cargando de pasajeros y equipaje, y sale de la ciudad, buscando el campo, por un ancho y ondulante camino de arena roja.

Cuando llega la mañana hemos dejado atrás los antiguos pueblos franciscanos, tres veces centenarios, de Capiatá, Ytá y Yaguarón.

Nos alejamos de los cerros verdes, grises y azules, fiesta de colores en la mañana alegre y luminosa, para entrar en las extensas llanuras, al tomar el rumbo que lleva a las Misiones.

Mi compañero, el pintor Liber Fridman, ha recorrido muchas veces estas regiones. Las conoce como la palma de su mano. Está estudiando, desde hace varios años, la arquitectura antigua en el Paraguay. Ha seguido con este motivo la ruta de ilustres viajeros que desde el siglo XVII dejaron sus huellas en estas tierras maravillosas de arroyos, montes y cerros.

Atravesamos los pueblos de Carapeguá, Tabapy, Quindy. Llegamos a este pueblo en el preciso momento en que se ordena la demolición de su iglesia, construída en el año 1773. Una iglesia que medía "nueve lanxes" y que según un inventario de bienes de ese templo, hecho en el año 1846, poseía "una torre con escalón, barandillas y castilletes entablado y forrado con beldosas. Y en ellas colocadas cuatro campanas de diferentes grandores. Tres de ellas rapadas sin mayor adición."

Dentro de la misma iglesia se hallaba un altar mayor con la imagen de Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción, y a los lados San Lorenzo mártir y San José. Había ciento setenta y una imágenes más "un púlpito con dorados y pinturas, una cruz parroquial de plata con alma de madera y con ciriales bien torneados", según reza el inventario de bienes del año ya citado.

Nos enteramos de que las viejas imágenes que pertenecían a la iglesia están todas en manos de los vecinos del lugar.

De Quindy, por un camino de montes y lomas, después de tres horas de andanza, llegamos a Caapucú, pueblo metido entre los arroyos Apichapa y Yaguary, fundado por don Pedro Melo de Portugal en el año 1787.

Dos horas de viaje por un sendero ondulante, entre colinas, frescas vertientes y grandes piedras pulidas, y llegamos al río Tebicuary. Una balsa de dos grandes botes, llevada a remo por ocho hombres, nos cruza con mucha dificultad a la vecina orilla, al pueblo de Villa Florida.

Ya estamos en las Misiones. Seguimos viajando en una carreta retobada en cuero, con los costales de cañizo; la picana sujeta de un coyote al techo y en la punta un picador con cencerro.

Así vamos andando, lentamente, por grandes campos de pastoreo. Nos detenemos en el pequeño pueblo de San Miguel — dos líneas de casas mirándose y un mástil con gradas entregando al viento la bandera del Paraguay —.

Cinco horas de carreta. Nos encuentra la noche en las puertas del pueblo de San Juan, en la actualidad el más importante de las Misiones.

Salimos de este pueblo por un viejo camino jesuítico, de huellas muy hondas, como los cauces de dos ríos secos. Nuestra carreta avanza tumbándose, con las altas ruedas metidas en las huellas profundas y antiguas.

CRONICA DE UN VIAJE A TRAVES DE LAS REGIONES PARAGUAYAS, A LAS QUE HACE TRES SIGLOS ARRIBARAN LOS MISIONEROS JESUITAS

Por Javier Villafañe

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

De trecho en trecho, al borde del camino, en las picadas y a orilla de los arroyos, nos sorprenden puñados de cruces con flores y estolas.

Ya estamos en San Ignacio-Guazú, el pueblo de los cinco nombres. Según Azara "el más viejo pueblo de indios". Allí se establecieron los misioneros en el año 1609, y en el 1620 fué enviado de Córdoba un padre jesuíta, Luis Berget, médico, músico, pintor, danzante y platero, para enseñar a los indios de este lugar las artes que tan bien conocía.

La consagración de la iglesia de San Ignacio-Guazú, según el brigadier don Diego de Alvear, data del año 1694. Se mantuvo en todo su esplendor hasta el año 1912. Hoy sólo se alcanza a ver una pared de ocho metros de largo por uno de espesor, con su piso de ladrillos grandes; y a un costado, ya restaurada, la casa parroquial de los padres jesuítas.

En la plaza, dos hileras de casas que datan de la colonia, aun se mantienen en pie, mostrando sus techos de tejas, sus largos corredores y sus columnas de urunday. Andando por esos corredores y mirando a través de las rejas de madera torneada, de colores borrosos, vemos en el interior de las habitaciones un cabestro colgando de las vigas, y en un nicho grande la imagen del Señor del Viernes Santo o las imágenes de la Santa Librada o del Señor San Blas, patrón del Paraguay.

Seguimos viaje a caballo. Un muchacho de doce años que lleva la correspondencia de San Ignacio-Guazú a Santa Rosa nos sirve de guía.

Salimos muy de madrugada, atravesamos espesos montes, siguiendo siempre la ruta de los antiguos viajeros, por hondas huellas que conocieron la marcha de los promeseros y las mensajerías.

Cinco horas a caballo y, después de cruzar un arroyo con cercos de pita en flor, llegamos a los primeros ranchos del pueblo de Santa Rosa, entre virreynas y naranjales.

Frente a la plaza se destacan un campanario de piedra y el oratorio dedicado a Nuestra Señora de Loreto. Unicos restos del templo, uno de los más suntuosos que tuvo el Paraguay y que fué incendiado en el año 1883.

En el oratorio, mi compañero, el pintor Fridman, toma unos apuntes de los pasajes ejecutados al fresco: distintas escenas de la vida de Jesús, ángeles sosteniendo cintas con las profecías de Isaías, y otros ángeles trasladando la capilla. Los restos de esta obra, una de las más importantes del país en pintura mural, se están perdiendo completamente por el abandono y la indiferencia de los pobladores vecinos.

A caballo seguimos la marcha atravesando caminos quebrados. La noche la pasamos en un monte de naranjos y pitangas. Al amanecer, dejando a un lado el cerro de Santa Rosa, donde estuvo varios años Bonpland cumpliendo el exilio impuesto por el dictador Francia, cruzamos un arroyo y entramos en el pueblo de Santa María de Fée, que en 1592 se fundó en Itatí, para pasar ochenta años más tarde al lugar que hoy ocupa. De su antiguo templo no quedan más que escombros. Sólo algunas columnas están como centinelas en el pueblo desolado.

Para hacer la iglesia actual aprovecharon dos habitaciones de viejos pobladores. Se guarda allí la más valiosa colección de imágenes que existe en el Paraguay. Al entrar en esa rara capilla nos impresiona la ubicación de las tallas: un Cristo en el sepulcro está rodeado por grandes imágenes, más de setenta, todos santos patronos jesuíticos y franciscanos, como si estuvieran velando el sueño del Señor.

Ultimo tramo en esta andanza por las Misiones del Paraguay. Dos días después volvemos a San Ignacio-Guazú para seguir de allí a la ciudad de Asunción, bajo una lluvia lenta y callada. ◈



Este fresco del oratorio de Loreto, representa a Jesús cortando estrellas. Es una copia del pintor Liber Fridman, que figurará entre sus trabajos sobre el Paraguay.

Un aspecto típico del campo paraguayo en los alrededores de la capital. La llanura se extiende uniforme bajo el sol de fuego, y las carretas se mueven pesadamente.



EL CUENTO CAMPERO

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

¡Ah, gaucha!

ILUSTRACIONES DE ARISTIDES RECHAIN

Por ***Helvecia Hirt***

—¡TRACA, ta traca, ta traca...!

Resonaban los cascos ágiles del gateado de la patrona galopando por el campo de pastoreo de la estancia "Los tres ombúes". Dos peones que desde temprano estaban en el lindero con la misión de arreglar los alambrados, la divisaron a la distancia; y uno de ellos dijo:

—¡Apurate, che, hermano! Ahi se nos viene la gaucha...

El otro, antes que nada, "se apuró" a dar una última chupada a su cigarro de chala, y aplastándolo luego bajo su alpargata rezongó:

—¡Cha digo!... La doña es más autera qu'el mesmo tero...

Cuando "la doña" refrenó su gateado junto a los peones, ambos estaban febrilmente enredados en los hilos del alambrado, tirón aquí, martillazo allá...; y se enderezaron con trabajo para saludar deferentemente, como si fuera la primera vez en toda la tarde que levantaban sus cabezas de la absorbente labor...



Pero la patrona, con una sola ojeada se dió cuenta del poco trabajo realizado y del mucho aun por realizar... Para algo era doña Braulia Peralta, más conocida por "La gaucha", dueña de la estancia "Los tres ombúes", una de las mejores del distrito, que manejaba sola con la mayor habilidad.

"Como la pluma hace al pájaro", viendo su vestimenta característica se comprendía su carácter: vestía a lo macho, con amplias bombachas negras, botas cortas de cuero de potro, camisa cerrada a cuadros blancos y negros, faja negra ceñida a la cintura, y — ¡detalle femenino anacrónico en el conjunto varonil! — un pañuelo también a cuadros en la cabeza, anudado bajo el mentón. Montaba en sencillo apero criollo y no estaba provista de más arma que un cuchillo de trabajo en la faja.

En su rostro moreno y curtido por el sol y los vientos de cuarenta y cinco años de pampa sana los pequeños ojos aindiados brillaron de malicia gaucha, que rubricó en seguida la voz profunda, embronquecida por la práctica del mandato al aire libre:

—¡Lástima..., pa ustedes..., que no hayan terminao entuavía; ya podrían estar discansando, porque por hoy no pensaba darles más trabajo!... Pero áhura tienen qui acabarlo todito, aunque se'a la lus 'e los tucos...

Y con una sonrisa sardónica en sus gruesos labios hizo dar media vuelta a su pingo — consciente de que a sus espaldas los peones quedaban cariacontecidos, echándose mutuamente las culpas de lo ocurrido — y se alejó como viniera, pegada su soberbia estampa de gaucha sobre el lomo del animal, que parecía remar rítmicamente su galope tendido sobre el verde mar del pastizal.

El atardecer de primavera caía blandamente sobre la llanura cuando regresó a "las casas" de su estancia. Al aproximarse le pareció ver que en el sauzal que bordeaba el estanque, en la parte sur del edificio, dos sombras "conocidas" se separaban apresuradamente... Por su rostro de esfinge pampeana no pasó ninguna sombra de emoción, pero su mano izquierda se afirmó inconscientemente sobre las riendas, en un gesto propio de los que están acostumbrados a dirigirse y a dirigir a los demás... Siguiendo su camino llegó al patio principal, que miraba al este, y refrenó a su gateado, luego de hacerlo rayar de puro compadre, con la vanidad del buen jinete que se sabe observado por ojos atentos y entendidos, pues la peonada que ya había regresado del trabajo la observaba desde la enramada, donde habían empezado a matear.

—¡Ah, gaucha! — no pudo menos de gritar admirativamente un criollo viejo —. ¡La mejor jinetaza 'el pago!...

Y se abalanzó a hacerse cargo del caballo, pues doña Braulia desmontaba de un salto. Saludó al peón con la suelta familiaridad del que sabe dar la mano y proteger el codo. Luego le preguntó:

—¿Y... ande está Sebastián?

—El capatás rigresó reciencito con nojotro, doña; estará..., este..., este.

—¡Oeste, norte y sur! Li acerté mejor que vos, viejo mañero y encubridor; ¡por el sur viene el esperao capatás!

Y en efecto, por el lado sur de la casa — donde estaba el sauzal —, se acercaba el joven capataz Sebastián Cejas.

Mientras el peón se llevaba el gateado, doña Braulia conversó con su capataz, como acostumbraba a hacerlo todas las tardes, para repasar la labor del día y preparar la del siguiente. Ella observó que Sebastián estaba más triste que de unos meses a esa parte, pero se hizo la desentendida. Al final le ordenó:

—Mañana tenimos la fiesta, pero pa pasao mañana hay que principiar a pripara el campo 'el bajo; quiero que...

—Doña Braulia, mejor me lo dice pasao mañana; ando atorao con lo 'e la fiesta y podría desmemoriarme, po...

¡Qué extraño era que Sebastián, siempre tan bien dispuesto y hábil para todo trabajo, contestase así! "Pasao mañana"... Ahí y en otras cosas había olor a chamusquina, olor particularmente desagradable para las ñatas narices de la patrona. Pero disimulando, prosiguió:

—¡Güeno! Pero hacé tuito lo que podás pa que la fiesta nos risulte bien.



¡Ah, si Dios mi ayuda, mañana será un gran día!

—Sí, un gran día... — repitió el capataz con voz estrangulada, y sin más se retiró saludando torpemente.

Doña Braulia lo acompañó con una sonrisa entre tierna y ladina, mientras repetía a su vez:

—¡Sí, m'hijo, un gran día!

* * *

Al día siguiente se festejaban los dieciocho cumpleaños de Rosita, la única hija de doña Braulia. Aunque ésta hubiera querido criarla a su semejanza, fuerte y sana y hasta hacerla estudiar, la niña había sido siempre muy delicada de salud y creció como una hiedra, abrazada al roble vital que era su madre.

La festejada estaba encantadora en su sencillo traje blanco, pero con un encanto melancólico que denotaba penas ocultas... Toda la comarca se había volcado en "Los tres ombúes" para gozar de la hermosa fiesta gaucha, y cada cual se divertía a su gusto y sabor: quien, junto a los asados; quien, junto a las empanadas; quien, "probando" las bebidas; quien, bailando o escuchando los contrapuntos y canciones, y quien, ¡por fin!, admirando a la pareja que hacía con el ser amado en las aguas del estanque, bajo el romántico sauzal...

Sin embargo, y a pesar de la gran alegría reinante, se notaba una fuerte expectativa general. Es que se sabía que al final haría crisis la hasta entonces encubierta, pero de todos conocida, situación sentimental de Rosita. La "crema" del pago sabía que el sobrino de los ricos estancieros Ramos, recién llegado de la ciudad, pediría la mano de la niña Peralta para unir dos fortunas. Y que como en un cuento de hadas se la llevaría a la capital donde sus padres tenían un palacete y le haría conocer las maravillas modernas, mil veces más hermosas que todos sus sueños de campesinita... En esa fiesta, la casamentera doña Tomasa de Ramos, que era la mejor amiga de doña Braulia, le pediría formalmente la mano de Rosita para su sobrino. En cambio, el pobrerío sabía que la niña mantenía amores en secreto con el joven capataz de la estancia, mozo bien plantado, hábil, valiente..., pero huérfano de padres y de fortuna; sin más valor que el de su brazo, ni más patrimonio que su corazón honrado...

La pareja de enamorados, Rosita y Sebastián, sabía aquellas dos cosas y sabía más aún: lo imposible de ambas. El joven, ¿cómo podría animarse nunca a pedir para su pobreza la hija de doña Braulia, esa patrona tan buena que lo había recogido guacho y medio muerto de hambre, hasta hacerlo su capataz y su mano derecha en la estancia? Y la niña, ¿cómo podría tampoco confesarle su amor a su madre? A esa madre que había trabajado de sol a sol, como un hombre, como un titán, para darle un rico patrimonio. ¿Cómo alegar el derecho sagrado del amor, cuando su madre se había negado tantas veces a volverse a casar, a pesar de que quedara viuda muy joven, para no luchar más que por su hija, para no besar más que a su hija, para no vivir más que para su hija?... ¡No! Rosita era débil de cuerpo, pero fuerte de corazón. Renunciaría a su amor imposible, ¡aunque nadie lograría jamás hacerla casar con ningún otro hombre que no fuera su amado Sebastián! Simplemente permanecería junto a su madre, acompañándola con su cariño... La noche anterior, en el sauzal junto al estanque, los enamorados habían decidido que el día del cumpleaños de Rosita sería el último que se vieran. Por la noche, sin despedirse de doña Braulia para no herirla con torpes explicaciones, Sebastián se iría para siempre...

La única que parecía no saber nada de nada ni de nadie era doña Braulia. Alegre, confiada, bien dispuesta..., brindaba a todos y a cada uno su proverbial hospitalidad criolla y parecía más feliz que nadie, divirtiéndose hasta consigo misma cada vez que se enredaba en las polleras que no estaba muy acostumbrada a usar... Pero, en el fondo, sabía más que todos los otros juntos, ¡para algo era doña Braulia, la gaucha!... Por eso, cuando la fiesta estaba en su apogeo, se adelantó despacio al centro del patio y pidió silencio. Todos la atendieron con respeto y curiosidad.

—Amigos, hoy día es el cumpliaños 'e mi Rosita. Ustedes han venío a trairle su amistá, ¡gracias a tuitos! Pero yo, que soy su mama, no me conformo con darle sólo esta fiesta; quiero darle más entuavía: su felicidá...

Se levantó entonces un murmullo de expectativa, como zumbido de mangangaes, que dominó la voz poderosa de la patrona, prosiguiendo:

—Por eso les comunico el compromiso matrimonial de m'hija Rosita con un joven que considero como hijo... ¡Mi capatás y hombre 'e confiansa, Sebastián Cejas!

Aquello cayó como un rayo, y mientras duró el humo de la gran quemazón que todos sintieron en sus corazones, nadie dijo nada, ni se movió siquiera... Luego, los pobres explotaron en vítores, felicitaciones, alegría desenfrenada y sincera... Y los ricos, mal repuestos de la sorpresa, en felicitaciones más o menos sinceras y en críticas más o menos indignadas...

Doña Braulia, indiferente a los dos platillos de la balanza pública donde se ensalzaba o detractaba su actitud, sólo atendía a su hija, que la había abrazado llorando, y a Sebastián, que le besaba las manos como a una santa. Con voz más ruda que nunca, para romper el nudo que le estrangulaba la garganta, les dijo:

—¡Tontonasos! ¿Cráian que me podrían engañar? ¡Sebastián! ¿Qu'es eso de querer dejarme? Sabís bien que no puedo sola con tuita la vigilancia. ¡No me agradescas nadita! Lo hago por interés, po... Y vos, m'hija, ¿de ande has sacao que me gusten las solteronas? ¡Yo quiero nietos, pues, para que trabajen esta tierra!...

Luego dejó a los felices comprometidos para que recibieran las felicitaciones de los amigos y cayó resignada en el avispero alborotado que era la ofendida doña Tomasa de Ramos, que luego de quince minutos de reconvenciones, protestas y aspavientos, le terminó diciendo:

—Mi sobrino está muy ofendido y quiere retirarse. Yo lo acompaño y lamento decirte que no golveré jamás aquí; no quiero tratos con una vieja loca...

—¡Gracias! ¿Pero recién te das cuenta d'eso dispués de cuarent'años 'e amistá? Adimás, no compriendo por qué se ha disgustao tu sobrino, ¿o es qu'él pritiende a m'hija? Yo no sabía nada...

—¿No, eh? ¡Lo sabían hasta las piedras! Pero naides te gana a mañera y has de salirte siempre con la tuya...

Doña Braulia, sin enojarse, resplandeciente de malicia gaucha, le gritó a doña Tomasa, que ya se iba con su sobrino:

—¡El que se va sin que lo echen, güelve sin que lo yamen! ¡Y si testás aprendiendo el habla 'e los puebleros, no digás "naides" y "golveré"!...

Entonces se le acercó su gran amigo de siempre, el viejo Zoilo Gómez, diciéndole:

—¡Braulia! Has perdío a tu miejor amiga...

—¡Bah! Ya "golverá". ¡Si yevo perdida la cuenta 'e nuestros enojos!

—Es qu'hoy día a mí mesmo m'has sorprendío. ¡Sos la miejor madre 'el mundo!

—¡Epa! ¡No mi pasés la mano por e'lomo, que soy más arisca qu'un bagual! Sos 'e los pocos que sabe cuánto sufrí con mi marido, porque no se parecía a mí, ni a mi mundo. M'hija no debe saber que pritendí ser felís con un hombre com'ese Ramos y fracasé. ¿Ricuerdas cómo se aburría él en este campo que, sin embargo, cuando su primatura muerte, ¡Dios lo tenga en su santa gloria, ánima bendita!, fué mi pan y el de mi Rosita? Pero yo era juerte y pude peliarle a la vida haciéndome com'un macho pa darle una mano al pampero y l'otra al zonda. ¡Pero a m'hija la tumba un suspiro y no podría! ¿Y qu'estoy cotorreando? Nadita d'esto tiene importancia, porque m'hija ama al capatás y amará una sola ves en la vida..., como yo mesma, a pesar 'e tuito... ¡Y Sebastián l'hará felís porqu'es como ella, hijo 'e la tierra!

Y como viera que se estaba emocionando demasiado, tornó a su rudeza:

—¡Ultimamente lo h'hecho por interés! El es un gran capatás y m'enteré que pensaba dejarme si no lo matrimoniaba con m'hija... Adimás, yo no hubiera podío vivir sin Rosita si Ramos se la yevaba a la ciudá...

Pero su comedia no engañaba a su amigo, que respondió meneando la cabeza:

—¡A mí no m'engañás con tu cuero 'e zorra! Lo has hecho por generosidá. La plata 'e los Ramos hubiera salvao tu hacienda d'esa hipoteca que...

—¡Zoilo! ¡Si alguien más que vos y yo s'entera d'esa hipoteca, te despreceo de por vida! La felicidá d'una hija vale más que tuitas las platas y las hipotecas 'el mundo...

—Es que levantando es'hipoteca hubieras podío discansar...

—¿Pa criar telas d'araña en las articulaciones? ¡Salí d'áhi; soy muy tiernita entuavía! ¡Trabajaré a la par 'e mi nuevo hijo, para los que vendrán!...

Y como se quedara enternecida, mirando los campos sembrados, él aprovechó el momento propicio para decir tímidamente:

—E... Braulia, yo pensé que si tu hija se matrimoniaba con Ramos y s'iba, vos m'acetarías por fin a tu lao; sabís bien que te quiero dende siempre...

—¡Zoilo! No güelvas a decirme mesejante cosa... ¿No vis qu'estoy dimasiao vieja pa esas mesturanzas? Si hasta mi duelen l'articulaciones. Toy por crair que dispués de tuito lo que compadreo, soy más vieja qu'ese don que yaman Matusalén... ¡Vamos, viejo, la mano y amigos! ¡Miejor ansina!

—Perdoname, Braulia, perdoname... soy muy egoísta. No puedo ser como vos, joven pal trabajo y viejo pa mis gustos; ¡soy un viejo egoísta!...

Ella le apretó la mano amistosamente, pero con tanta fuerza que por poco lo hizo gritar, y echó a andar sonriendo hacia sus invitados...

Una voz cantó en su honor:

El cariño de las madres
es como el agüita 'el mar,
que por más que se prodigue,
nunca se puede acabar.

Zoilo musitó su admiración de amigo que campeaba sobre las ruinas de su última esperanza de amante:

—¡Ah, gaucha, gaucha linda!

Y las vigüelas parecieron repetirlo, graves y emocionadas:

—¡Ah, gaucha, gaucha linda! ◈



—Señorita Luisa, ahora podemos conversar a solas, sin que nadie nos moleste. He vertido un narcótico en el depósito del agua.

SERIA PEOR

Una señorita muy sensible dijo a su carnicero:

—¿Cómo tiene usted corazón para matar las pobres vacas?

—Pero, señorita —le contestó él—, ¿lo tendría usted para comérselas vivas?

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS

EL BUEY APIS

Resulta que los egipcios tenían hasta cierto punto razón al considerar divino al buey Apis. Tal buey debía reunir condiciones extraordinarias: presentar la piel perfectamente negra, estar provisto de una mancha blanca cuadrada sobre la frente, ostentar la figura de una águila sobre el dorso, tener doble pelo en la cola y mostrar el perfil de un escarabajo sobre la lengua. ¡Y lo encontraban! Pero, naturalmente, se comprenderá que esto sólo era posible con la intervención directa de la divina providencia. En los actuales tiempos en que dicha divina providencia anda poco por aquí, no creemos que fuera posible repetir la hazaña.

PORQUE NO HABLAN

Parece que los peces son los animales que más viven. El profesor Baird, de la Comisión Ictiológica de los Estados Unidos, asegura que una carpa vivió más de 200 años. Y hay una familia, en Wáshington, que posee un acuario desde hace cincuenta años, con los mismos peces que tuvo el primer día.

Se cuenta que dicho profesor se cansó una vez de contestar a todas las preguntas que le hiciera una señora demasiado locuaz, y a la pregunta:

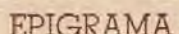
—¿Por qué viven tanto los peces, doctor?

Este le contestó:

—Porque no hablan, señora.

EPIGRAMA

En tanto que el amor dura,
Toda locura es fineza;
Luego que el olvido empieza,
Toda fineza es locura.



CURIOSIDAD

Las tierras del Alto Paraná son completamente rojas, como un ladrillo bien colorado, y esta coloración es debida a la gran cantidad de óxido de hierro que contienen.

Problemático

—Nunca he tenido el placer de conocer a su esposa...

—¿Y se imagina usted que ello podría ser un placer?

De La Rochefoucauld:

Hay situaciones en la vida, de las cuales, para salir bien, hay que ser un poco loco.

penas ... marca se ha... "Los tres ombú... zar de la hermosa ... cha, y cada cual se ... a su gusto y sabor: junto a los asados; quien, to a las empanadas; qu... "probando" las bebid... quien, bailando o escuchan... los contrapuntos y cancio... y quien, ¡por fin!, adm... do la pareja que hac... en las aguas del est... tico sauzal...

Sin embar... gría reinar... pect...

SON GOLPES

...sta preciosa niña no ha estado en un match de boxeo ni se ha peleado con el hermanito; tampoco quiere disfrazarse; no hace más que poner en práctica su última invención. Se trata de un eficaz procedimiento para librarse de la irritación producida por la luz intensa del verano cuando se anda al sol y no se soporta fácilmente el puente de los anteojos sobre la nariz. No hay más que ponerse negro de humo o cualquier otra cosa negra en la parte inferior de los ojos, y la luz ya no daña. Así lo asegura ella.

CUADRO FAMILIAR

Estas dos fotos muestran un par de escenas íntimas tomadas en casa de los esposos Perrini, instantes después de que la amante esposa sorprendió a su marido en inocente charla con su mejor amiga. A falta de vajilla, la lucha se inició con almohadones, ganando la esposa el primer "round", como puede verse a la izquierda. A la derecha, una escena del segundo "round", que fué suspendido por el "referee" (léase policía). Ellos alegaron que estaban practicando el nuevo deporte de moda, *almohadilloq...*, pero el "referee" suspendió la lucha y los mandó al vestuario (léase departamento de policía). Como el encuentro fué parejo, todos los contendores han pedido la revancha, que se está tramitando en el juzgado de divorcios.

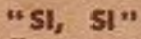


SEA USTED UN PAPÁ MODELO

¡Todo es posible en este mundo! Y, ahora, con la guerra, también es posible que nos cansemos los hombres de ser carne de granadas, y mandemos al frente a las mujeres, aprovechando que quieren ser iguales a nosotros en todo. En tal caso, ¿qué sucedería con nuestros hijos, ¿quién les cambiaría los pañales?, ¿cómo se alimentarían? Para solucionar tan pavoroso problema he creado modestamente la más grandiosa escuela de papás que existe en el sistema planetario. Acuden a ella cuarenta mil papás por día, con el objeto de poder, hablando en plata, echar a sus mujeres, para hallar al fin y de tan segura manera la felicidad del hogar, cuando no hay guerra, y mandarlas a las trincheras, cuando la hay. Pero como en vista de ello las astutas mujeres han comenzado a prohibir a sus maridos su asistencia a mi escuela, y a los valientes que se resistieron los han maltratado de palabra y de hechos, he resuelto sacarlos del pantano poniendo a su alcance mis lecciones de puericultura. La foto muestra el momento más crítico de la puericultura práctica. Es también el momento que se repite con mayor frecuencia, y, justamente, el que más asusta a los papás. Mis lecciones, que comenzarán a publicarse desde el próximo número, a escondidas de las esposas futuras mamás, están destinadas a subsanar estos inconvenientes. Siga usted mis cursos, señor futuro papá feliz.—*Profesor Pañales.*

ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

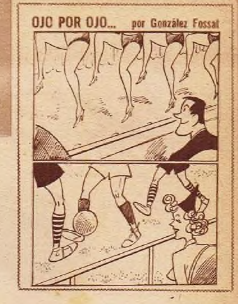


"SI, SI"

La joven llega a casa de su amiga con el sombrero mal puesto y el "rouge" desparramado por toda la cara.

—¿Qué te pasó? —le pregunta la amiga.

—Fijate que salí a pasear con un oficial francés, y para que no creyera que yo no sabía francés, le contesté a todo que "oui, oui"...





PARA LOS ESCRITORES

Sobre todo para los que no tengan máquina. Acaba de ser inventado un servicio telefónico. dactilográfico. El escritor, sentado ante el escritorio de su casa, no tiene más que hablar con el micrófono. En la estación central queda registrada su voz en cilindros magnéticos, y luego un ejército de dactilógrafas escribe en un momento, cada cual una pequeña sección, el contenido de dicho cilindro. Está bien, pero nosotros queremos introducir un agregado más práctico que todo y que prevé la posibilidad de que el escritor dicte mal, porque sea mal escritor. El agregado consiste en contratar a un buen escritor para que corrija lo que escriben las dactilógrafas.



BUEN DIENTE

Unos médicos afirman, después de haberse quemado las pestañas estudiando a fondo, que los dientes se pican cuando no se comen vegetales; otros, no menos estudiosos, dicen que las caries provienen de no lavarse bien los dientes; y hay quienes aseguran que las produce el no masticar debidamente los alimentos. Sin embargo, los esquimales no presentan casos de caries, y solamente comen carne, y apenas mastican... ¡Oh, la ciencia!

★

¡OH, LAS MUJERES!

Los dos van en auto.

—¿Sabe manejar con una sola mano? —le pregunta ella con voz melosa.

—¡Sí! —contesta el joven con vehemencia—, y podría demostrárselo en seguida...

—Entonces préndame este cigarrillo, ¿quiere?

★

FELICIDAD

Trátase de un actor que pasea siempre con un pequeño perrito, y es marido de una conocida bailarina de "vaudeville", mujer hermosa y graciosísima. A pesar de todo, circulan rumores de que marido y mujer no se llevan bien, y siempre hay entre ellos disputas y desavenencias.

Un día, Gandusio encuentra el actor en la galería, y le pregunta:

—¿Qué tal, cómo le va? ¿Y su señora?

—Muy bien. Somos los dos la mar de felices.

—Sin embargo —interrumpe, mordaz, Gandusio—, he oído que...

—Le diré —contesta el actor—, de un tiempo a esta parte, cada vez que mi mujer y yo discutimos, no cambiamos palabras para hacerlo; me tira todo lo que encuentra a mano. Si me pega, ella es feliz, si no me pega, soy feliz yo.

★



CAYO DE CABEZA

¡Quién iba a decir que en pleno siglo XX y a la edad de esta chica se le ocurriría a esta misma chica hacer lo que está haciendo! Simplemente, quiso pasar al otro lado de la red, para lo cual, se dió cuenta de que era necesario saltar hacia arriba, pero no pensó que después iba a bajar por su propio peso y llegar al suelo de manera inevitable; de ahí que no se preocupara de la posición, y, claro, dió con la cabeza en el suelo, porque los brazos no pueden soportar el peso de un cuerpo humano que cae desde cierta altura. Puede ser que con dicho golpe se le haya ya despertado la cabeza.



Los dientes del perro

Jerry, el viejo bull-dog de un dentista estadounidense, ya estaba tan viejo que no tenía dientes y tragaba sin mascar, y andaba todo el día taciturno por los rincones de la casa. Una vez se atragantó con un hueso y casi se murió. Su dueño, hombre sabio, le colocó una dentadura postiza, y desde ese día Jerry empezó a engordar y a mostrar los dientes a cuanta perrita pasaba y a cuanto perro veía. Lo malo fué que su dueño no le puso colmillos, y el pobre Jerry, que solía excederse tanto en sus demostraciones amorosas como en las hostiles, sufrió infinidad de revolcones. Hasta que perdió la dentadura y fué feliz otra vez.

★

EL ARTE DE ECHAR HUMO

Estamos ahora en la tercera fase del gran espectáculo que uno presenta cuando quiere terminar haciendo creer que tiene humo en la cabeza.

Ahora verán. Una vez los tres cigarrillos encendidos por el lado de afuera y puestos en fila entre los labios, hay que tratar de que aquéllos entren en la boca con el fuego del lado de adentro, y sin quemarse. ¡Esa es la cosa: sin quemarse!; porque para quemarse cualquiera es bueno. Pero aquí estoy yo para revelarles el estupendo secreto. Se hace así: Mientras se muestran al público los tres cigarrillos puestos entre los labios y se charla sobre si con sólo tres cigarrillos es o no posible que colocados en fila pueda el del medio no quedar en el medio entre los otros dos, uno fuma y fuma para que dichos cigarrillos se achiquen y tengan ceniza adherida a sus extremos. Entonces usted reemplaza el labio superior por la lengua; aprieta los cigarrillos contra el labio inferior; los va poniendo en posición vertical mientras abre la boca todo lo que pueda; sigue apretando con la lengua; va acostando los cigarrillos hacia adentro; los acuesta del todo sobre la lengua, y cierra la boca. ¡Y ya está! O ya estaría si no se quemara. Porque es seguro que se va a quemar. Tiene que aprender a bajar el fondo de la lengua en el punto en que tendría que apoyarse el extremo encendido de los cigarrillos. Pero no se aflija; sabido es que "la letra con sangre entra". Por hoy sólo le encargo al discípulo lector, que hasta el próximo número se queme no más la lengua si ésta no obedece y no se oculta a tiempo. Después diré lo que habrá que hacer en caso de que la quemadura requiera hospital, pues también hay una manera de librarse del hospital, ¡todo tiene remedio! — *Profesor Toscanini.*



Las islas Hawaii

PARAISO DEL OCEANO PACIFICO, LAS ANTIGUAS ISLAS SANDWICH SON INSIGNIFICANTES POR SU EXTENSION, PERO DE VITAL IMPORTANCIA POR SU EXCELENTE POSICION ESTRATEGICA

EN el mismo lugar donde Kamehameha, "El Napoleón del Pacífico", desarrolló sus tácticas guerreras hace más de ciento cincuenta años, cayó hace pocos meses la primera bomba aérea que iba a encender la gran guerra moderna del Pacífico.

Y las islas Hawaii, situadas en la mitad septentrional del océano Pacífico, han llamado la atención de Occidente. El mundo está alerta: mira y escucha; por allá, en la inmensidad de las aguas verdosas, truena el cañón y huele a pólvora.

Puntos insignificantes por su extensión, las islas Hawaii tienen, no obstante, una enorme importancia estratégica, lo cual ha puesto su nombre en los labios de millones de personas.

Las antiguas islas Sandwich, llamadas así por Cook, en honor del conde de Sandwich, forman un grupo compuesto de ocho islas grandes y tres pequeñas, además de la isla Nihoa. La extensión aproximada es de unas 6.500 millas cuadradas. Pertenecen como territorio a los Estados Unidos. La mayor de las islas es Hawaii, de 4.015 millas cuadradas, y le siguen Maui, con 728 millas cuadradas; Oahu, con 598; Kauai, con 547; Molokai, con 261; Lanai, con 139; Niihau, con 97, y Kahoolawe, con 69 millas cuadradas. Las tres pequeñas no son sino islotes deshabitados, conocidos con los nombres de Lehua, Kaula y Molokini. La capital del territorio es Honolulú, que tiene 200.000 habitantes.

Esas islas son todas montañosas — su punto más alto está situado en Hawaii con 4.220 metros de altura; más alta, en verdad, que larga —; debiendo su origen a las fuerzas volcánicas submarinas. Sin embargo, actualmente sólo dos de sus cuarenta volcanes se encuentran en actividad, y en algunos sitios de la costa aparecen ya piedras calcáricas madrepóricas sobre la superficie del mar. Soplan, en general, en las islas los vientos alisios del norte, y el clima templado y casi estable, hace de ellas un verdadero paraíso terrenal que atrae una importante corriente de turistas, llegados especialmente de los Estados Unidos, a quienes se ha hecho familiar la amplia bahía de Honolulú y los hermosos paisajes del interior de Oahu.

La leyenda no podía por menos que florecer en un ambiente tan propicio, y son muchas las historias que se han hecho populares, propalándose de boca en boca. En cada volcán se yergue la imagen de una enamorada con su historia de amor y de sangre; en cada lago, en cada torrente, habita un dios cruel, una diosa nativa, bondadosa...

La flora de las islas Hawaii está de acuerdo con su clima y se caracteriza por el predominio de la *koa*, una acacia que empieza a aparecer a los trescientos metros, y del sándalo, que ya comienza a escasear debido al gran consumo que se hace de su madera, especialmente para la exportación. La mayor parte del terreno de las islas está cubierto por una lozana vegetación, y hasta en los cráteres de los volcanes arraigan las hierbas, no perjudicadas por la lava. Es de notar una palma característica de Hawaii y el árbol *manati*, que alcanza una altura de diez metros.



Los canacos han sabido convertir en lugares fértiles muchas regiones de las islas mediante grandes obras de ingeniería destinadas a la irrigación. Esta se encuentra en las proximidades de Honolulú.



Abundan en las antiguas islas Sandwich los paisajes de singular hermosura, como el que muestra esta foto. En la bahía, que puede admirar el lector, fué asesinado, hace ciento sesenta y tres años, el gran navegante inglés Jaime Cook.

Flanqueada de palmeras, se ve aquí la fachada del Palacio de Justicia de Honolulú, la moderna ciudad de la isla Oahu, que está considerada como una de las bahías más amplias del mundo.

El clima templado de las islas y sus espléndidos paisajes interiores atraen a miles de turistas, quienes, como estas bellezas, no desdeñan vestir el traje nativo o bailar la famosa *hula-hula*.

La fauna, en cambio, es pobre: de los mamíferos indígenas, sólo se conoce el murciélago; entre los pájaros, puede mencionarse el gorrión, y entre los reptiles, el *geco*. No hay serpientes.

Kamehameha fué el primer rey que procuró introducir las ventajas de la civilización en las islas Hawaii, aun cuando debió luchar con enormes dificultades. Sin embargo, por su indomable valor y su estrategia en la guerra, se le denominó "El Napoleón del Pacífico". Sus aventuras al frente del pueblo que había venido "de más allá del horizonte" son dignas de una epopeya. Los hawaianos fueron en otros tiempos un pueblo guerrero, emigrados posiblemente de la isla Samoa y también de las Marquesas y de Tahití. Hoy siguen siendo amantes de la danza, de la música y de los juegos atléticos.

En 1527 llegaron a la isla los primeros blancos, españoles víctimas de un naufragio, quienes bien pronto se mezclaron con los naturales, adaptándose a la vida fácil y pacífica de Hawaii. Aun en nuestros días es posible distinguir su descendencia entre las varias razas cruzadas con los hawaianos. El pequeño territorio, en efecto, está poblado por más de medio millón de habitantes, habiendo entre ellos chinos, portugueses, japoneses, filipinos, portorriqueños, españoles, americanos, ingleses, rusos, coreanos, mestizos, indígenas y grupos menores de otras varias naciones. Los naturales, llamados canacos, constituyen un hermoso pueblo polinesio, y se asegura que llegó allí en el siglo X.

En Hawaii, si no la más importante, la más extensa de las islas, se encuentran los dos únicos volcanes en actividad, Mauna Loa y Kilauea, cuyas notables erupciones han dado origen a un tipo definido: la erupción hawaiana. Entre otras características, se observa que la lava que arrojan es sumamente flúida, conservándose elástica durante mucho tiempo. Los naturales fabrican con ella fetiches y amuletos, a los que atribuyen virtudes mágicas.

Aun cuando las islas son poco abundantes en aguas, los canacos supieron conducir las de las lluvias, que alcanzan a una media de 124 milímetros anuales, con lo cual tornan fértiles casi todas las regiones. Así, desde las llanuras hasta las montañas, se cultivan taros, bananas, calabazas, patatas, ñames y caña de azúcar. Es muy apreciada la planta *kawa*, que se utiliza para la preparación de una bebida embriagadora.

La religión dominante en Hawaii es la cristiana, que se implantó poco después del asesinato de Cook en la bahía de Kealakeakua. El vicariato apostólico católico tiene a su cargo unos 80.000 fieles. Se han abierto en los últimos años muchas escuelas para ambos sexos, y para niñas solamente, así como varios hospitales para tuberculosos, a los que favorece el clima. Las exportaciones alcanzan un volumen de 151.000.000 de dólares, y consisten, principalmente, en azúcar, piñas, café, arroz, cueros, plátanos, lana, tabaco y algodón.

Hoy, los hawaianos han vuelto, sin quererlo, a los hábitos guerreros de sus antepasados. Hombres y mujeres, olvidando hasta épocas mejores su afición por el canto y la danza, se han alistado en el ejército, donde desempeñan diversos menesteres.

Entretanto, los occidentales no pronuncian ya el nombre de Hawaii con ese aire de cosa tropical y lejana. Hawaii tiene ahora un significado menos exótico. Lo frívolo, como en otras muchas partes del planeta, ha dejado allí paso a lo dramático. ◈

La hija de FEDERICO BLUM

NOVELA LARGA DE
ALEJANDRO DUMAS

TAPA E ILUSTRACIONES
DE RAUL VALENCIA



I

LA CASA NUEVA

La carretera de París a Soissons cruza, en su largo recorrido, el bosque de Villers-Cotterets. Una vez que penetra en él, en una profundidad de un kilómetro, en Goudreville, describe una ligera curva ante las canteras de Fuente Clara, desciende al valle de Vanciennes, vuelve a subir, y llega casi en línea recta a Villers-Cotterets. Cruza esta aldea y, por el pie de la montaña de Dampleux, sigue reptando entre el bosque y el llano en que antiguamente se alzaba la abadía de San Dionisio, en cuyas ruinas pasé tan deliciosos momentos en mi infancia. Hoy, la vieja abadía está convertida en una blanca casita, cubierta de rojas tejas, con ventanas verdes y rodeada de árboles y flores.

Después penetra resueltamente en el bosque, que corta en una longitud de dos leguas y media, y afluye en un relevo de postas denominado Vertefeuille.

Durante tan largo trayecto no se encuentra más que una casa a la derecha de la carretera, casa construída en tiempo de Felipe Igualdad, para habitación de un jefe de guardabosques, y a la que llamaron entonces la *Casa Nueva*, nombre que subsiste todavía, a pesar de los setenta años transcurridos.

¿Y por qué no? ¿No dan aún el mismo nombre que cuando lo construyeron en 1577, durante el reinado de Enrique III y bajo la dirección del arquitecto Ducerceau, al Puente Nuevo?

Pero volvamos a la Casa Nueva, centro de los rápidos y sencillos acontecimientos que vamos a referir, y démosla a conocer detalladamente a nuestros lectores.

La Casa Nueva está situada, yendo de Villers-Cotterets a Soissons, un poco más allá del Salto del Ciervo, lugar donde la carretera se angosta entre dos taludes, y que recibió este nombre porque durante una cacería del duque de Orleáns, Felipe Igualdad, un ciervo, acosado, saltó de un talud al otro, es decir, salvó un trecho de más de treinta pies.

A la salida de aquella especie de desfiladero es cuando uno divisa frente a sí y a unos doscientos metros la Casa Nueva, de dos pisos, tejado sumamente inclinado y con algunas claraboyas, dos ventanas en la planta baja y otras dos en el primero. En una de las fachadas laterales de la casa hay dos ventanas que miran a occidente, es decir, a Villers-Cotterets, y en la fachada principal, que está hacia el norte y en la línea de la carretera, existe una puerta que da acceso al comedor del piso bajo y una ventana que alumbra un cuarto superior y se abre justamente encima de aquélla.

En aquel sitio, como en las Termópilas, donde no podían pasar más que dos carros de frente, la carretera se reduce a la anchura de su empedrado, limitada como está, de un lado por la casa, y del otro por el huerto de la misma, situado al frente del edificio.

La casa presenta un aspecto distinto, según las estaciones del año.

En primavera, engalanada con las pámpanas de su verde parra, se calienta amorosamente al sol; entonces parece que hubiera salido del bosque para ir a acostarse en la orilla de la carretera. Sus ventanas, y principalmente una de las del piso primero, están cubiertas de alelíes, antémidas, cobeas y enredaderas que forman verdaderas cortinas de verdor salpicadas de flores de plata, de zafiro y de oro. El humo que sale de la chimenea forma un tenue vapor azulado y transparente que poco a poco se pierde en la atmósfera. Los dos perros que habitan en los dos compartimientos de la perrera construída a la derecha de su puerta han salido de su vivienda; el uno



está echado y duerme sosegadamente, con el hocico tendido entre sus manos; el otro, que probablemente ha dormido bastante durante la noche, está sentado con gravedad sobre su cuarto trasero, y, con el morro fruncido, toma el sol guiñando los ojos. Estos dos perros, zarceros de piernas torcidas, casta que se honra con haber tenido por su pintor ordinario a mi ilustre amigo Decamps, se llaman *Ravaude* y *Bárbaro.*

En verano, el aspecto que ofrece la casa es muy distinto: diríase que duerme la siesta, pues tiene cerrados sus párpados de madera, y no penetra ninguna luz en ella. Su chimenea no da señales de vida; sólo la puerta que mira al norte permanece abierta para vigilar la carretera; los dos zarceros, o se han guarecido en la perrera, en las profundidades de la cual los viajeros no distinguen más que un bulto informe, o están tendidos al pie de la pared, en cuya base buscan la reparadora sombra y frescura de la humedad de la piedra. En otoño, la parra ha dejado la verde túnica de la primavera para cubrirse con otra de tonos rojizos y relucientes como el terciopelo o el raso. Las ventanas se entreabren; pero los alelíes y las antémidas, flores primaverales, son sustituídas por margaritas y crisantemos. La chimenea comienza de nuevo a expandir por los aires blancos copos de humo, y, cuando uno pasa por delante de la puerta, el fuego que se consume en el hogar, aunque semivelado por la marmita donde hierve el puchero y por la cacerola donde se prepara el conejo, atrae la mirada del viajero.

Ravaude y *Bárbaro*, que han sacudido la soñolencia del mes de abril y el sueño del mes de julio, están pletóricos de ardor, y aun de impaciencia; tiran de su cadena, ladran, aúllan; presienten que para ellos ha llegado la hora de la actividad, que se ha iniciado la temporada de caza, y que es menester hacer la guerra, pero una guerra despiadada, a sus enemigos eternos: a los conejos, las zorras y, a lo mejor, a los jabalíes también.

En invierno la casa muestra un aspecto tétrico, y esto se debe a que siente frío, tirita. Ha perdido el manto verde o rojizo tornasolado; la parra se ha desprendido, una por una, de sus hojas con el triste susurro que hacen éstas al caer, y sólo extiende sobre la pared sus descarnados y múltiples vástagos. Las ventanas están herméticamente cerradas; las flores han desaparecido, y sólo se ven los cordeles, aflojados como las cuerdas de una arpa en reposo, por los que trepaban las enredaderas y las cobeas. Una gran columna de humo grisáceo, que sale en espiral de la chimenea, indica que en el hogar no escatiman la leña. Por lo que respecta a *Ravaude* y a *Bárbaro*, sería vano buscarlos en su perrera; pero si por casualidad la puerta de la casa se abre en el instante en que pasa el viajero, y éste mira hacia el interior de la vivienda, los verá junto al hogar, de



donde a cada momento los desvían a puntapiés el dueño o la dueña, y a donde, sin embargo, vuelven obstinadamente en busca de un calor de cincuenta grados, que les tuesta las patas y el hocico, y al que no combaten sino volviendo melancólicamente a derecha o a izquierda la cabeza, o levantando alternativamente una pata y la otra, y lanzando gritos lastimeros.

He aquí lo que era y lo que es aún, con excepción de las flores, que siempre gustan de la presencia de alguna joven de corazón sensible e inquieto, la Casa Nueva del camino de Soissons, vista por dentro. Lo primero que se encuentra en la planta baja es el gran comedor, amueblado con una gran mesa, un aparador y seis sillas de nogal; las paredes están adornadas con cinco o seis láminas que representan los distintos períodos de los gobiernos que se han sucedido: Napoleón, Josefa, María Luisa, el rey de Roma y la muerte de Poniatowski; el duque y la duquesa de Angulema, el rey Luis XVIII, su hermano y el duque de Berry; el rey Luis Felipe, la reina María Amelia, el duque de Orleáns y un grupo de niños rubios y morenos compuesto del duque de Nemours, del príncipe de Joinville, del duque de Aumale y de las princesas Luisa Clementina y María.

Hoy, quién sabe lo que habrá en el mencionado comedor.

Sobre la chimenea y colgadas de la pared se ven tres escopetas de dos caños, envueltas en sendos lienzos engrasados. Detrás de la chimenea, diversas cosas amontonadas, y una ventanita que mira al bosque.

Pegada a la fachada oriental existe una cocina agregada al edificio un día que, por haberse hallado que la casa era demasiado estrecha para sus habitantes, hubo necesidad de convertir en cuarto la antigua cocina, cuarto que sirve ahora de dormitorio al hijo de la casa.

En el primer piso hay otros dos dormitorios: el del jefe de guardabosques y su mujer, y el de su sobrina.

Agreguemos que en aquella casa se han sucedido cinco o seis generaciones de guardabosques, y que a su puerta, en el comedor, fué donde, en 1829, se epilogó el sangriento drama que acarreó la muerte de jefe de guardas forestales Chorón.

Pero en los días en que da comienzo la historia que vamos a referir, los primeros del mes de mayo de 1829, la Casa Nueva estaba habitada por Guillermo Watrín, jefe de guardabosques de la circunscripción de Chavigny, por Mariana Carlota Chorón, su esposa, a quien llamaban cariñosamente *la tía,* y por Bernardo, su hijo.

También había habitado en aquella casa, hasta hacía unos diecio-

cho meses, una joven llamada Catalina Blum, la heroína de esta narración.

Son las tres y media de la madrugada del 12 de mayo de 1829; la primera luz del día se filtra a través de las ramas de los árboles, cuyas hojas lucen todavía ese verde virginal que sólo dura algunas semanas; el más leve soplo de aire les hace derramar un rocío helado que tembleguea en la extremidad de las ramas y cae sobre la hierba como una granizada de diamantes.

Un joven de veintitrés a veinticuatro años, rubio, de mirada vivaz e inteligente, marchaba a paso ligero; vestía el uniforme de diario de los guardabosques: saco azul con la hoja de roble de plata en el cuello, gorra del mismo color, pantalones de terciopelo con franja, y polainas de cuero con hebillas de cobre; sujetaba con una mano la escopeta que llevaba al hombro y con la otra un sabueso de pelo oscuro. En el momento en que lo encontramos atravesaba el muro del parque por una de sus brechas, procurando no desviarse del eje del camino, más por hábito que para evitar el rocío, y avanzaba por el sendero de Houchard hacia la Casa Nueva del camino de Soissons, de la que, y al otro lado del sendero, divisaba la fachada occidental, es decir, la que tiene cuatro ventanas.

El guarda vió, una vez que llegó al extremo del sendero, que puerta y ventanas permanecían cerradas. En casa de los Watrín estaban aún entregados al descanso.

—¡Vaya una vida espléndida que se dan en casa del tío Guillermo! — murmuró el joven —. Que el padre y la madre duerman todavía, lo comprendo; ¡pero Bernardo, un enamorado! ¿Acaso los enamorados pueden dormir?

Buena perspectiva



—Está trabando amistad con usted. Dentro de poco podrá ya sentarse al lado mío cuando venga a visitarme.

El joven cruzó el camino y se acercó a la casa con el propósito evidente de turbar sin contemplaciones el sueño de los habitantes de la misma.

Los dos perros, al sentir ruido de pasos, salieron de su perrera, prontos a recibir a ladridos a los que se acercaran; pero, indudablemente, el hombre y el sabueso eran amigos, pues abrieron descomunalmente las quijadas, no para ladrar, sino para hacer un bostezo amistoso, y se pusieron a limpiar alegremente el suelo con sus colas, con mayor rapidez a medida que se acercaban a ellos los recién llegados, que, en verdad, aunque no eran de la casa, tampoco eran extraños para ellos.

Tan pronto como llegó al umbral, el sabueso familiarizó con los dos zarceros, mientras el guarda descansaba en el suelo la culata de su escopeta y con los nudillos golpeaba en la puerta.

Nadie respondió a este primer llamamiento.

—¡Eh!, ¡tío Watrín! — gritó el joven, llamando por segunda vez y con más fuerza aun que la primera, y aplicando, al mismo tiempo, el oído a la puerta —, ¿se ha vuelto usted sordo?

Y luego de unos segundos, añadió:

—¡Gracias a Dios!

Frase de satisfacción que el joven profirió al oír un ligero ruido procedente del interior de la casa, y que era el crujir de la escalera bajo los pies del anciano jefe de guardabosques.

El recién llegado tenía demasiado ejercitado el oído para que aquel rumor le engañase, para tomar los pasos de un hombre de cincuenta años por los de un joven de veinticinco. Así que murmuró:

—¡Ah!, es el tío Guillermo.

Luego dijo en alta voz:

—Buenos días, tío Guillermo; abra, soy yo.

—¡Ah! — dijo una voz desde el interior —, ¿eres tú, Francisco?

—¿Y quién quiere usted que sea?

—Voy, voy.

—Vístase con calma; pues aun cuando el calor no aprieta, puedo esperar. ¡Brr!

Y el joven pateó el suelo, mientras el sabueso se sentaba tiritando y empapado de rocío como su amo.

Poco después se abrió la puerta, y por ella apareció la entrecana cabeza del anciano guardabosques, el cual, a pesar de lo temprano que era, ya llevaba una pipa en la boca, aunque apagada.

Conviene advertir que el tío Guillermo Watrín no se quitaba de los labios la pipa más que el tiempo estrictamente necesario para sacudir de ella la ceniza y volver a llenarla de tabaco; luego se la ponía otra vez a la izquierda de la boca, entre dos dientes ahuecados en forma de tenazas.

No siempre la pipa humeaba en los labios del tío Guillermo, pues en ocasiones lo hacía en una de sus manos, pero esto cuando su inspector le hablaba.

Entonces el tío Guillermo se sacaba respetuosamente de la boca su pipa, se enjugaba cuidadosamente los labios con la manga de su saco, y ocultando tras de sí la mano con que asía la pipa, respondía.

El tío Guillermo era sumamente parco en su conversación: cuando abría la boca para hacer una pregunta, nunca empleaba una palabra de más, y si respondía, lo hacía del modo más conciso.

Al consignar *cuando el tío Guillermo abría la boca*, no hemos hablado con propiedad, pues aquél nunca había abierto la boca más que para bostezar, y esto suponiendo que alguna vez hubiese bostezado.

El resto del tiempo, el tío Guillermo, habituado a mantener entre sus dientes un fragmento de pipa, que a menudo no tenía más que seis u ocho líneas de tubo, no despegaba los labios; de lo cual resultaba que estando las palabras obligadas a salir a través del intersticio que separaba las dos mandíbulas, intersticio producido por el espesor del tubo de la pipa, pero que apenas ofrecía espacio para poder hacer pasar por él una moneda de cinco centavos, la voz de aquél, más que sonido humano, parecía el silbido de un ofidio.

Cuando Guillermo se sacaba la pipa de la boca, ya para vaciarla o llenarla, ya para contestar a algún personaje, en vez de hablar con más facilidad, su voz se hacía más vibrante; el silbido, en lugar de disminuir, aumentaba; y se explica: como el tubo de la pipa no servía ya de alzaprima entre las dos mandíbulas del anciano, los dientes de la mandíbula superior descansaban sobre los de la inferior. Por eso resultaba difícil comprender lo que decía el anciano guardabosques.

Señalado este detalle curioso del tío Guillermo, fijemos ahora su personalidad.

Era un hombre de cincuenta años, de estatura algo más que mediana, derecho y enjuto, de cabello entrecano y escaso, cejas pobladas, largas patillas, ojos vivaces y de mirar penetrante, nariz larga, boca burlona y barbilla puntiaguda. Sin que lo pareciese, estaba siempre ojo avizor, y veía y oía maravillosamente cuanto ocurría entre su esposa, su hijo y su sobrina; cuanto sucedía en el bosque entre perdices, conejos, liebres, zorras, vesos y comadrejas, animales que desde el origen del mundo no mantienen muy cordiales relaciones.

Watrín, que veneraba a mi padre y a mí me quería entrañablemente, había conservado bajo una campana de cristal el vaso en que acostumbraba a beber el general Dumas cuando cazaba con él, y en el cual me hacía también beber a mí, diez, quince y veinte años después, cuando cazábamos juntos.

Así era el hombre que, con la pipa en la boca, sacó su burlona cabeza por la abertura de la puerta de la Casa Nueva del camino de Soissons, para recibir, a las cuatro de la mañana, al joven guarda Francisco, y el cual se quejaba de no tener calor, a pesar de que desde hacía casi dos meses reinaba la primavera.

El tío Guillermo, al saber quién era el que llamaba, abrió de par en par la puerta, y el joven penetró en la casa.

II

MATEO GOGUELUE

Tan pronto entró Francisco, lo primero que hizo fué dirigirse a la chimenea, posar su escopeta en un rincón de ella y permanecer al lado del hogar. Y *Louchonneau*, su perro, imitando al amo, también se aproximó a las tibias cenizas de la víspera.

El origen del nombre del sabueso, se debía a un montoncito de pelos rojos, especie de lunar que le naciera en la comisura del párpado, y que, si bien no continuamente, le hacía bizquear de vez en cuando al tirarle del ojo.

Louchonneau tenía, a tres leguas a la redonda, fama de ser el mejor sabueso de Villers-Cotterets.

Francisco, por su parte, aunque muy joven para haberse señalado en el arte de la montería, era considerado como uno de los más hábiles seguidores de pista de los alrededores.

Cuando había que reconocer una huella o desviar a un jabalí, siempre era Francisco el que estaba encargado de tal tarea.

Para él, el bosque, por sombrío que fuese, no tenía misterios: una brizna de hierba quebrada, una hoja volteada, una mata de pelos enredada a una zarza, le revelaban desde la primera a la última fase de todo cuanto hubiese ocurrido allí.

Como la feria de Corcy debía celebrarse el domingo siguiente, los guardas forestales de las cercanías de aquella encantadora aldea habían recibido del inspector, señor Deviolaine, autorización para matar

con tal motivo un jabalí, y para que éste no se escapara y dejara burlados a los cazadores, Francisco era el que estaba encargado de desviarlo.

El joven guardabosques llegaba de cumplir esta tarea, tan concienzudamente como tenía por costumbre, cuando lo hemos encontrado en Houchard, en camino a la casa del jefe de guardabosques.

—¡Cómo! — replicó el tío Guillermo cuando Francisco dejó la escopeta en el rincón de la chimenea y *Louchonneau* se acercó a la ceniza —, ¿estamos en mayo y dices que no tienes calor? ¿Qué dirías si hubieses hecho la campaña de Rusia, friolento?

—Aclaremos — dijo Francisco —; el expresar que no tengo calor es un decir, y esto ya lo comprenderá usted, tío Guillermo. Yo he querido referirme a la noche, porque ya habrá notado que las noches no andan con tanta rapidez como los días, probablemente porque está obscuro... De día estamos en mayo, no lo niego; pero de noche todavía no hemos pasado del mes de febrero. Así que me mantengo en lo dicho: no hace calor. ¡Brr!

El tío Guillermo, que estaba echando yescas, interrumpió su operación, y mirando a Francisco con el rabillo del ojo, al modo de *Louchonneau*, exclamó:

—¿Quieres que te diga una cosa, muchacho?

—Dígala — respondió Francisco mirando a su vez al tío Guillermo con el gesto burlón tan peculiar del campesino picardo y de su vecino el labriego de la Isla de Francia —; hable, tío Guillermo; ¡lo hace usted tan divinamente cuando se decide a despegar los labios!

—Pues bien, tú eres de los que abren el paraguas antes de que llueva.

—No entiendo.

—¿No?

—Se lo aseguro.

—Dices que tienes frío para que te ofrezca una copa.

—Tan cierto como hay Dios que no pensaba en semejante cosa — profirió Francisco —; lo cual no quiere decir, sin embargo, que la rehuse si me la brinda... No, tío Guillermo, no mil veces, pues sé demasiado el respeto que le debo.

El joven se quedó con la cabeza inclinada, pero sin dejar de mirar picarescamente a su interlocutor.

Guillermo se contentó con responder con un *¡jum!* que indicaba sus dudas respecto del desinterés y del respeto de Francisco, y volviendo a poner en contacto el eslabón con el pedernal, encendió la yesca, luego, y con un dedo que parecía completamente insensible al calor, apoyó la yesca en el orificio de su bien provista pipa y comenzó a chupar con fuerza.

Entretanto encendía la pipa, el rostro del anciano guardabosques no había traducido más que una preocupación sincera y reconcentrada; pero una vez conducida a buen término la operación, la sonrisa animó de nuevo su semblante; luego se levantó, y encaminándose al aparador, tomó una botella y dos vasos, diciendo:

—Enhorabuena; primeramente diremos una palabreja al frasco de coñac; después hablaremos de nuestros asuntos.

—¡Una palabreja! — repuso Francisco —; ¡pues no es poco avaro de su conversación el tío Guillermo!

Como para dar un mentís al joven, el anciano llenó hasta los bordes los dos vasos; luego acercó el suyo al de aquél, y dijo:

—¡A tu salud!

—¡A la de usted y a la de su mujer, a quien Dios conceda la gracia de ser menos testaruda!

—¡Bravo! — profirió el tío Guillermo, haciendo una mueca que quería ser una sonrisa.

Y tomando con la mano izquierda su pipa y escondiéndola tras sí, como tenía por costumbre, con la derecha empuñó su vaso y lo vació de un solo trago.

—Hombre, no vaya usted tan aprisa — dijo Francisco riéndose —; todavía no he concluído, y vamos a tener que empezar de nuevo... ¡A la salud de Bernardo, su hijo!

El joven apuró a su vez y también de un solo trago el contenido de su vaso, pero saboreándolo con más voluptuosidad que el anciano; mas al llegar a la última gota y dando una fuerte patada en el suelo como quien siente un gran disgusto, dijo:

—¡Malhaya!, me he olvidado de una persona.

—¿Y de quién te has olvidado? — preguntó el tío Guillermo chupando con vehemencia su pipa y lanzando dos bocanadas de humo.

—¿De quién? — exclamó Francisco —, pues nada menos que de la señorita Catalina, su sobrina. Y ya ve usted que no está bien olvidar a los ausentes... Pero, ¿cómo voy yo ahora a brindar por la señorita Catalina, si el vaso está vacío? Mire — añadió el joven, derramando una gota del límpido alcohol sobre la uña de su pulgar.

Guillermo hizo un gesto que quería significar: "¡Ah, pillastre!, te conozco, pero gracias a la intención, te perdono".

Como ya hemos dicho, el anciano guardabosques hablaba poco, pero en cambio poseía en grado superlativo el arte de la mímica.

—Toma — dijo Guillermo, vertiendo de tal suerte el coñac, que el vaso desbordó.

—¡Oh!, ¡oh! — repuso Francisco —, esta vez no ha andado usted con tacañerías; se conoce que quiere bastante a su hermosa sobrina.

Y llevando el vaso a los labios con todo entusiasmo, el joven guarda forestal dijo:

—En verdad, ¿quién no amaría a la señorita Catalina? ¡Es como el coñac!

Y esta vez, siguiendo el ejemplo que le diera el tío Guillermo, Francisco, de un solo sorbo, bebió el contenido del vaso.

En lo cual el anciano le imitó con regularidad militar; con la diferencia, sin embargo, de que cada uno de los bebedores manifestó de distinto modo la satisfacción que le causara el licor.

—¡Jum! — exclamó el uno.

—¡Brr! — hizo el otro.

—¡Cómo! — repuso Guillermo, mirando de hito en hito al joven —, ¿todavía tienes frío?

—Al contrario — contestó Francisco.

—¿Conque te encuentras mejor?

—Sin duda alguna, tío Guillermo.

—Entonces, hablemos del jabalí — dijo el anciano abordando el asunto que ninguno de los dos había tocado aún.

—¡Oh!, el jabalí — prorrumpió Francisco guiñando el ojo —; lo que es ahora, apuesto doble contra sencillo que no se nos escapa.

—Sí, como la otra vez — repuso una voz áspera y zumbona que, al rechinar de improviso tras los dos guardias, les hizo estremecer.

Francisco y el tío Guillermo, aunque conocieron perfectamente al que acababa de hablar, volvieron simultáneamente el rostro; pero el recién llegado, que parecía familiar de la casa, pasó por detrás de aquéllos sin añadir más palabra que los buenos días, y fué a sentarse junto a la chimenea, a la que dió nueva vida arrojando sobre las cenizas parte de un haz de leña que se encendió chisporroteando al contacto del primer fósforo que aquél le acercó. Luego sacó del bolsillo de su saco tres o cuatro patatas y las hundió en la ceniza, cubriéndolas por completo.

El que acababa de llegar, precisamente a tiempo para interrumpir en sus comienzos el relato que Francisco iba a iniciar, merece, por el papel que va a representar en esta narración, que intentemos describirlo física y moralmente.

Era un joven de veinte a veintidós años, de cabello rojizo y lacio, frente achatada, mirar bizco, nariz roma, labios gruesos, mentón deprimido y barbas hirsutas, de chivo. En el cuello, mal abrigado por el de una camisa desgarrada, tenía una papera; sus brazos, desgarbados, eran desmesuradamente largos, y daban a su paso arrastrado, y en cierto modo adormecido, el aire familiar a los chimpancés. Puesto en cuclillas o sentado en un taburete, la semejanza de este hombre con el mono era todavía mayor, porque entonces, como hacen los simios, con ayuda de las manos o de los pies podía agarrar del suelo o acercar a sí cuantos objetos necesitaba, casi sin mover el cuerpo, tan mal modelado como el resto de su persona. Finalmente, tan contrahecho individuo estaba sostenido por pies que en longitud y en anchura podían haber rivalizado con los de Carlomagno, dado el patrón de lo que llaman *pie de rey*.

Con respecto a la parte moral, los favores que la naturaleza otorgara al infeliz eran todavía más restringidos que en lo físico. Completamente al revés de lo que acontece con ciertas vainas raídas y sucias, que en ocasiones encierran un bien templado acero, el cuerpo de Mateo Goguelue, que así se llamaba el personaje de que nos ocupamos, envolvía un alma perversa. ¿Era así por naturaleza, o había intentado hacer sufrir a los demás lo que los demás a él? Difícil sería decirlo. Sea lo que fuere, lo cierto es que todo ser más débil que Mateo, tan pronto éste le tocaba, lanzaba un desgarrador grito: los pájaros, porque les arrancaba las plumas; los perros, porque los pisaba; los niños, porque les tiraba de los pelos. En cambio, con los fuertes, sin dejar de ser zumbón, era humilde; si de ellos recibía un insulto, un ultraje, un golpe, por molesto que fuese el insulto, por grave que fuese el ultraje, por violento que fuese el golpe, en una palabra, por punzante que fuese el dolor moral o físico, Mateo no dejaba de sonreírse como un bestia; pero grababa en lo íntimo de su corazón, y con caracteres indelebles, la injuria, el ultraje o el golpe: tarde o temprano, y sin que uno pudiera adivinar de dónde procedía el mal, éste era devuelto centuplicado, y Mateo, allá en lo más recóndito de su fuero interno, saboreaba un instante de sombría y siniestra alegría, que con frecuencia le hacía bendecir el mal que le causaran, por la satisfacción que le producía el mal que devolvía.

Por otra parte, y en descargo de su perversa condición, hay que confesar que la vida de Mateo siempre había sido precaria y dolorosa. Cierto día viéronle salir de una torrentera donde, sin duda alguna, le había abandonado una de esas cuadrillas de gitanos nómadas que cruzan los grandes bosques. Tenía tres años, iba casi desnudo, y apenas hablaba. El labriego que le encontró se llamaba Mateo; el torrente del

Apurados



—¡Eh, Luis! Estos dos quieren saber si tú puedes casarlos en el tren, como hace un capitán en su barco.

cual el niño acababa de salir era el conocido con el nombre de Goguelué. Por eso al gitanillo lo bautizaron así: Mateo Goguelue. Desde entonces, el pobre muchacho fué creciendo a la buena de Dios, merced a las limosnas y al robo.

De esta suerte había llegado el gitano a hombre.

Aunque contrahecho y feo, y bruto en apariencia, Mateo era vigoroso y astuto. En esto y en su físico parecíase muchísimo a un mono.

Mateo fingía ser débil e idiota; pero si le convenía desplegar sus fuerzas o su inteligencia, mostraba el vigor brutal y la astucia de que estaba dotado, y una vez conjurado el peligro o satisfecho el deseo, volvía a ser el de siempre, el Mateo conocido, burlado, incapaz e idiota.

El padre Gregorio, el buen cura de la parroquia, compadecióse de aquel pobre ser, y constituyéndose tutor del huérfano, se empeñó en educarlo lo mejor posible. Por espacio de un año, pues, se tomó el ímprobo trabajo de enseñarle a leer y escribir; pero todo en vano: a los doce meses, Mateo había salido de manos del bondadoso sacerdote con la fama de ser el mayor borrico del mundo. La opinión general, es decir, la de los condiscípulos de Mateo, y la opinión particular, o sea la del maestro, eran que Mateo no conocía la O ni sabía trazar la I; pero condiscípulos y maestro se engañaban: Goguelue, si bien no leía a la perfección, lo hacía con bastante facilidad; y escribía regularmente. Lo que ocurría era que nadie había visto leer y escribir a Mateo.

Por su parte, el tío Guillermo había hecho lo humanamente posible para arrancar de su embrutecimiento físico a Mateo, movido del mismo sentimiento que impulsara al padre Gregorio a sacarle de su embrutecimiento moral. El jefe de guardabosques había notado en Mateo cierta aptitud en imitar el canto de los pájaros y el grito de los animales montaraces; en seguir una pista; en ser hábil para descubrir un conejo o una liebre en su gazapera; además, repetidas veces había advertido que le faltaba pólvora en su frasco y perdigones en su cacerina, de lo cual dedujo que, no siendo necesario ser un Apolo o un Antinoo para desempeñar una plaza de guarda rural, tal vez le sería dado utilizar las facultades de Mateo y convertirlo en un guarda suplente pasable. Con ese fin, el anciano, llevado de sus buenos sentimientos, había hablado de Goguelue al señor Deviolaine, que le autorizó para poner una escopeta en manos de su protegido, cosa que así hizo Guillermo. Transcurridos seis meses en su nuevo aprendizaje, Mateo tuvo el desacierto de matar un par de perros y herir a un podador, sin que, en cambio, hubiese derribado una sola pieza de caza. Convencido entonces el tío Guillermo de que Goguelue tenía todos los instintos del cazador furtivo, pero ninguna de las cualidades del guarda, le retiró la escopeta, de la que tan mal uso hiciera. Mateo, insensible a tamaña afrenta, que sin embargo le cerraba la brillante perspectiva que por un instante se le abriera a sus ojos y que habría complacido a cualquier otro ser aun menos desventurado que él, reanudó, sin vergüenza, su vida vagabunda y de rapiña.

En esta existencia errante, la Casa Nueva del camino de Soissons y el hogar del tío Guillermo eran una de sus paradas predilectas, a pesar del odio, o más bien de la repugnancia instintiva que por él sentían la tía Mariana, demasiado buena mujer de su casa para no ver los destrozos que hacía en su huerto y en su despensa la presencia de Mateo Goguelue, y Bernardo, el hijo del jefe de guardabosques, que parecía adivinar el fatal influjo que aquel vagabundo que visitaba su hogar habría de ejercer, con el tiempo, en su destino.

Conviene advertir que así como todos ignoraban los ocultos progresos que Mateo había hecho en casa del buen padre Gregorio, del mismo modo ignoraban que su torpeza era fingida, y que cuando a Mateo se le antojaba, sabía alojar una carga de perdigones en el cuerpo de una perdiz o una bala en las carnes de un jabalí, con tanta o más puntería que el mejor de los tiradores del contorno.

¿Por qué ocultaba Mateo sus conocimientos a las miradas de sus compañeros y a la admiración del público? Porque había calculado que, si bien podía serle útil el saber leer y escribir, tal vez le aprovecharía más, llegado el caso, el que le tuvieran por un asno y un inepto.

En consecuencia, nuestros lectores ya saben ahora que el mozo que acababa de entrar en el preciso instante en que Francisco comenzaba su relato y lo había interrumpido con sus palabras dubitativas, proferidas a propósito del jabalí de que el joven guarda creía haberse ya apoderado, era un verdadero pícaro.

—Sí, como la última vez — dijo Mateo.

—Basta con eso — replicó Francisco — Luego hablaremos de ello.

—¿Y dónde está el jabalí? — preguntó el tío Guillermo, al que la necesidad de llenar nuevamente su pipa dejaba momentáneamente libre la lengua.

—En el saladero — profirió Goguelue.

—Todavía no — repuso Francisco —; pero estará antes que el reloj de la tía Mariana dé las siete. ¿No es así, *Louchonneau?*

El perro, al que la llama reanimada por Mateo producía evidente agrado, se volvió al llamamiento de su amo, y barriendo con la cola la ceniza del hogar, lanzó un gruñido amistoso que parecía responder afirmativamente a la pregunta que aquél le había formulado.

Satisfecho de la respuesta de su perro, Francisco desvió con no disimulada repugnancia sus ojos de Mateo Goguelue, y prosiguió su conversación con el tío Guillermo, el cual empezó a fumar de nuevo y se dispuso a escuchar con gusto y serenidad a su joven compañero.

—Decía, pues — expresó Francisco —, que el animal está a poco más de un kilómetro de aquí, en la espesura de las Cabezas de Salmón, cerca del campo Meutart... El muy bribón ha partido a eso de las dos y media de la madrugada, del soto del camino de Dampleux.

—¡Hola! ¿Y cómo sabes tú eso si no has salido hasta las tres? — interrumpió Goguelue.

—Valiente pregunta; ¿no le parece, tío Guillermo? No te apures, *Louchonneau,* amigo mío; voy a contártelo, para que cuando se presente ocasión pueda servirte de provecho la lección.

Francisco tenía una mala costumbre que mortificaba enormemente a Mateo: la de aplicar indistintamente el nombre de "Louchonneau" al hombre y al perro, fundándose en que, estando como estaban los dos atacados de la misma enfermedad — aunque, a su parecer, el sabueso era un bizco más simpático que el hombre —, el mismo nombre podía servir para designar a ambos.

En apariencia, esto parecía que resultara tan indiferente al uno como al otro; pero conviene decir que en la manifestación de tal indiferencia, solamente el perro era sincero.

Francisco prosiguió, pues, sin sospechar lo más mínimo que acababa de aumentar con un nuevo agravio la suma de los antiguos rencores que agriaban contra él el corazón de Mateo Goguelue.

—¿A qué hora cae el rocío? — repuso el joven guarda —. A las tres de la madrugada, ¿no es así? Pues bien, si el jabalí hubiese partido después de haber caído el rocío, hubiera hollado la tierra húmeda, y no habría agua en la oquedad de su huella. En cambio, los charquitos formados por sus pezuñas prueban lo que digo. ¿Comprendes?

—¿Qué edad tiene el jabalí? — preguntó el tío Guillermo, sin darle importancia ni a la observación de Mateo ni a la explicación de Francisco.

—Seis o siete años — respondió Francisco sin titubear —; no es ya ningún jabato.

—¡Caramba! Ahora salimos con que la bestia le ha mostrado su fe de vida — exclamó Mateo.

—Y firmada por sus pezuñas — arguyó el joven guardabosques —. No todos podrían hacer otro tanto..., y a no ser que le asistan razones para ocultar su edad, apuesto mi cabeza a que no me equivoco ni en tres meses. ¿No es verdad, *Louchonneau?* ¿Ve usted, tío Guillermo, cómo *Louchonneau* dice que no me equivoco?

—¿Está solo? —preguntó el tío Guillermo.

—No, lo acompaña su jabalina, que está preñada...

Mateo se echó a reír a carcajadas.

—A punto de parir.

—¡Qué!, ¿la revisaste tú? — preguntó Goguelue, que se complacía en interrumpir continuamente a Francisco.

—¿Qué le parece a usted, tío Guillermo, lo que dice este idiota? ¡El, que fué encontrado en pleno bosque, y no sabe cuándo una jabalina está o no está preñada! Pero, ¿qué diablo has aprendido en la escuela? ¡Ah, bestia!, ¿tú ignoras que cuando la jabalina anda con las patas muy abiertas, que diríase que va a rajarse, es señal de que está preñada?

—¿Es un animal nuevo? — preguntó el tío Guillermo, interesado en saber si el número de jabalíes de su circunscripción aumentaba o disminuía.

—La jabalina, sí — respondió Francisco con su seguridad acostumbrada —; el jabalí, no. De la hembra no había notado nunca sus huellas, pero sí las del macho. Esto es lo que yo iba a decirle hace poco, cuando ese Goguelue, a quien Dios confunda, ha entrado. Voy a enfrentarme con el jabalí de la otra vez. Es el mismo que herí en el hombro izquierdo, hace quince días, en el soto de Yvors.

—¿En qué te fundas para suponer que es el mismo?

—¡Cómo! ¿Hay que explicarle a usted tales cosas, siendo como es tan ducho en esta materia? ¿Qué dices a esto *Louchonneau?* ¿No oyes lo que pregunta el tío Guillermo?... Sí que estamos listos... Yo sabía perfectamente que le había herido; lo que ignoraba era que en vez de alojarle la bala en la carne, se la había metido entre cuero.

—¡Jum! — dijo el tío Guillermo moviendo la cabeza —; no hizo sangre.

—Claro que no, como que la bala no penetró... Hoy la herida está a punto de cicatrizarse y le da escozores; y en prueba de ello, se ha rascado contra el tercer roble de la izquierda del pozo de los Sarracenos; pero con tanta vehemencia, que ha dejado un mechón de pelos en el tronco del árbol. Mire —añadió Francisco sacando del bolsillo de su chaleco, y en apoyo de su aserto, un puñado de cerdas manchadas de sangre coagulada.

Guillermo tomó las cerdas, fijó en ellas una mirada de perito en la materia, y devolviéndolas a Francisco, como si hubiesen sido un tesoro inapreciable, repuso:

—Tienes razón, muchacho; ahora lo aseguro como si lo viera.

—Mejor lo verá usted cuando vayamos a rematarlo.

—Me causas alegría, muchacho. Ya no veo la hora de llegarme hasta allá.

—Vaya usted, vaya; verá como todo lo encuentra según le he dicho... En cuanto al jabalí, tiene su guarida en el gran zarzal de las Cabezas de Salmón. No se ande usted con cumplidos con él; acérquesele cuanto quiera, que no se moverá, pues su esposa está delicada y no se separará de ella.

—Como quiera que sea, allá me voy —dijo Guillermo con gesto de resolución, que le hizo apretar una mandíbula contra otra.

—¿Quiere llevarse a *Louchonneau?*

—¿Para qué?

—Es cierto; tiene usted ojos de lince y lo hallará todo. En cuanto al homónimo de Mateo, voy a encerrarle otra vez en la perrera, después de darle un pedazo de pan como premio de lo bien que se ha portado esta mañana.

—¿Oyes, Mateo? Una ardilla me dirá a qué roble se ha encaramado, y una comadreja, en qué sitio ha cruzado el camino; eso tú no lo sabrás nunca —dijo el anciano guardabosques mirando con tristeza al vagabundo, que estaba comiendo con toda tranquilidad y al amor de la lumbre las patatas cocidas al rescoldo.

—¿Y a mí qué me importa saber o no saber? ¿De qué puede servirme eso?

Guillermo encogió los hombros ante la respuesta de Mateo, inexplicable para un guarda veterano; luego se puso su saco, enhebilló sus polainas, tomó su escopeta, por costumbre y porque, de lo contrario, no habría sabido qué hacer de su brazo derecho, dió un amistoso apretón de manos a Francisco, y salió.

Respecto a este último, fiel a la promesa que acababa de hacer a su sabueso, y sin dejar de seguir con la mirada al tío Guillermo, que tomaba el camino de las Cabezas de Salmón, se encaminó a la despensa, abrióla, y de un pan negro cortó un trozo, murmurando:

—¡Pobre perro!; mientras estaba yo haciendo mi relato al tío Guillermo, los pies le bullían. Vamos, *Louchonneau*, amigo mío, toma este bocado, y después vete a descansar. ¡Apúrate!

Tan pronto el perro terminó de comer, Francisco desapareció seguido de *Louchonneau*, dejando al perverso Goguelue atareado con las patatas.

III

EL PAJARO DE MAL AGÜERO

Lo primero que hizo Goguelue al quedarse solo, fué levantar la cabeza y dar a su tosco semblante una expresión de inteligencia de que se le hubiera creído incapaz. Luego escuchó el ruido de los pasos y de la voz del joven guardabosques que se iba alejando, y se acercó de puntillas a la botella de aguardiente, prestando atención por si entraba alguno de la casa.

Entonces levantó la botella, colocándola en la ráfaga de luz que el sol filtraba, para comprobar el líquido que había y cuánto podía tomar.

—Miren el viejo roñoso; ni una gota me ha ofrecido —dijo de pronto.

Y para reparar el olvido del tío Guillermo, Mateo acercó a sus labios el gollete de la botella y tragó rápidamente dos o tres sorbos del fuerte brebaje, cual si hubiese sido la bebida más suave.

Luego, y al oír que Francisco se acercaba nuevamente, el vagabundo se apresuró a volverse sigilosamente a su sitio, junto a la lumbre, empezando a tararear una canción que el regimiento de dragones de la reina, por largo tiempo acuartelado en el castillo de Villers-Cotterets, hiciera popular.

Cuando el joven guardabosques entró en el comedor, Mateo estaba cantando la segunda copla; y para demostrar, sin duda, lo poco que le interesaba la presencia o la ausencia de aquél, iba a continuar el interminable romance, cuando Francisco se detuvo ante él, y le dijo:

—Bueno, ¿ahora te da por cantar?

—¿Acaso está prohibido hacerlo? —replicó Mateo—. Si es así, que el alcalde envíe un pregonero a publicarlo, y me callaré.

—No está prohibido —repuso Francisco—; pero tu canto va a serme funesto.

—¿Por qué?

—Porque cuando el primer pájaro que oigo cantar por la mañana es un mochuelo, suelo decirme: "Mal negocio".

—¿Conque yo soy un mochuelo? Enhorabuena... Soy todo lo que los demás quieren que sea.

Y juntando las manos, después de haber escupido en la palma, Mateo soltó un grito que imitó a las mil maravillas el canto triste y monótono del ave nocturna.

—¿Quieres callarte, pájaro de mal agüero? —le dijo Francisco estremeciéndose.

—¿Callarme?

—Sí.

—Y si tuviese que comunicarte algo, ¿qué me dirías?

—Te diría que no tengo tiempo de escucharte... Mira, hazme un favor.

—¿A ti?

—A mí... ¿Acaso supones que no puedes prestar un favor?

—¿Qué quieres?

—Ten mi escopeta ante el fuego, para que se seque, mientras me cambio las polainas.

—¡Cambiarte las polainas! ¿Teme resfriarse el niño?

—No, pero voy a ponerme las polainas de ordenanza, por si el inspector concurre a la cacería, en cuyo caso quiero que me encuentre de completo uniforme... ¿Conque no accedes a secarme mi escopeta?

—Ni la tuya ni otra; que me aplasten la cabeza entre dos piedras, si nunca más toco una escopeta.

—Haces tan mal uso de ella, que nada se perderá —dijo Francisco abriendo una especie de armario en el cual había una colección de polainas de todas clases, y buscando las suyas entre las de la familia Watrín.

Mateo le siguió con el ojo izquierdo, en tanto con el derecho parecía ocuparse exclusivamente de la última patata, la que estaba mondando con lentitud y torpeza; luego gruñó:

—¿Y para qué habría de servirme mejor de una escopeta en provecho ajeno? Deja que se ofrezca ocasión de usarla por mi cuenta, y verás si me ganas en destreza.

—¡Bah! ¿Y qué será de tu vida si no quieres poner mano en una escopeta? —preguntó Francisco, con el pie sobre una silla y empezando a enhebillar sus largas polainas.

—¿Qué? Ya me arreglaré. El señor Watrín me propuso tiempo atrás hacerme entrar de guardabosques suplente; pero como hay que servir gratis uno o dos años, y a veces tres, a Su Alteza, no quise... Prefiero entrar de criado en casa del alcalde.

—¡Cómo! ¿Criado en casa del alcalde? ¿Criado del señor Raisín, el tratante en maderas?

—El señor Raisín, el tratante en maderas y el alcalde, todo es uno.

—Bueno —repuso Francisco, sin dejar de enhebillar sus polainas y haciendo con los hombros un movimiento que indicaba el desprecio que le inspiraban los criados.

—¿No te gusta? —preguntó Mateo.

—A mí —respondió Francisco—; eso no me va ni me viene. Lo único que en todo ese asunto me interesa es saber qué será del anciano Pedro.

—¡Diantre! —prorrumpió Mateo con indolencia— Se marchará.

—¿Se marchará? —repitió el joven guardabosques con cierto interés hacia el anciano sirviente del cual hablaban.

—¡Claro! —prorrumpió Mateo— ¿No lo sustituyo? Pues justo es que se vaya.

—¡Imposible! —dijo Francisco—, hace veinte años que está en casa del señor Raisín.

—Razón de más para que ceda su sitio a otro —arguyó Mateo sonriéndose siniestramente.

—Eres un perverso, *Louchonneau* —exclamó Francisco.

—Ante todo —repuso Mateo con el gesto bobalicón que tan bien sabía fingir—, no me llamo Louchonneau; el que se llama así es el perro que acabas de conducir a la perrera.

—Tienes razón —dijo Francisco—. ¡Pobre perro! Al saber que de vez en cuando y por azar te daban a ti el mismo nombre que a él, se ha quejado, diciendo que no obstante no ser más que el sabueso del tío Watrín, no sería capaz de ir a reclamar el sitio del señor Deviolaine, por más que la casa de un inspector sea, como es natural, mejor que

Olvidado



—¡Oídme! Tú y tu madre estáis tejiendo prendas de abrigo para todos los ejércitos europeos, y yo tengo que andar con las medias rotas.

la de un jefe de guardabosques; y después de su queja, tú continúas bizcando, es cierto, pero ya nadie te llama *Louchonneau*.

—¿Conque según tú soy un perverso?

—Según yo, y según todo el mundo.

—¿Y por qué?

—¿No te da vergüenza sacar el pan de la boca a un infeliz anciano como Pedro? ¿Qué será de él sin colocación? Va a verse obligado a mendigar para su mujer y sus dos hijos.

—Asígnale una pensión sobre los doscientos cincuenta pesos que cobras anualmente como guardabosques suplente.

—No le asignaré pensión alguna —replicó Francisco—, porque con esos doscientos cincuenta pesos sostengo a mi pobre madre, y ella es primero que todos; pero Pedro hallará siempre en mi casa, cuando quiera, un plato de sopa y un pedazo de guiso de conejo, ordinaria comida del guarda forestal... ¡Criado del señor Raisín! —continuó Francisco, que había acabado de enhebillarse la segunda polaina—; ¡y qué bien te sienta el hacerte lacayo!

—¡Bah! —exclamó Mateo—, prefiero la librea que lleva el bolso lleno a la que lo lleva vacío.

—¡Alto ahí, amigo mío! —manifestó Francisco; pero retractándose al punto, añadió—: digo mal, tú no eres mi amigo... Nuestro traje no es una librea, sino un uniforme.

—No veo que haya diferencia alguna entre una hoja de roble bordada en el cuello y un galón cosido en una manga —repuso Mateo, haciendo con la cabeza un movimiento que confirmaba con el gesto, a la vez que con la palabra, la poca diferencia que entre los dos existía para él.

—Sí —replicó Francisco, que no quería que su interlocutor fuese el último en hablar—; pero el que ostenta la hoja de roble tiene que trabajar, en tanto que, con el galón en la manga, uno está de haragán, ¿no es eso? Esto es lo que te ha inducido a dar la preferencia a este último, vago.

—Puede que sí —contestó Mateo, el cual, dando otro giro a la conversación, y como si repentinamente se le hubiese ocurrido una idea, prosiguió—; y a propósito, dicen que Catalina regresa hoy de París.

—¿Quién es Catalina? —preguntó Francisco.

—¿Catalina? Pues la sobrina del tío Guillermo, la prima del señor Bernardo, la que ha terminado su aprendizaje de corte y confección en París, y va a ponerse otra vez al frente de la tienda de la señorita Rigolot, de la plaza de la Fuente, en Villers-Cotterets.

—¿Y qué más? —preguntó Francisco.

—Que si verdaderamente regresara hoy, no me iría hasta mañana, porque es más que probable que aquí va a festejarse la vuelta de esa preciosidad.

—Escucha, Mateo —dijo el joven guardabosques, más serio que hasta entonces—, cuando en esta casa hables ante otros de la señorita Catalina, es menester que cuides bien de mirar cómo lo haces.

—¿Y eso, por qué me lo dices?

—Porque la señorita Catalina es hija de la propia hermana del señor Guillermo Watrín.

—Y novia del señor Bernardo, ¿no es verdad?

—Con respecto a eso —respondió Francisco—, si te lo preguntan te aconsejo que digas que nada sabes.

—Pues mira, te equivocas por completo: diré cuanto sé... He visto muchas cosas, y oído muchas más.

—Has obrado bien al hacerte lacayo; era tu vocación —prorrumpió Francisco con asco y desprecio grandes—. No podías ser sino espía o soplón... Me alegraré de que prosperes en tu nuevo oficio... Si Bernardo baja, dile que le espero en el punto de cita, o sea en el Salto del Ciervo, ¿oyes?

Y echándose al hombro su escopeta, el joven guardabosques salió, repitiendo:

—No me desdigo, Mateo: eres un perverso.

Goguelue siguió a Francisco con la mirada y sonriéndose como tenía por costumbre, y una vez que el guardabosques estuvo fuera, brilló de nuevo en su frente el rayo de inteligencia de que ya una vez hemos sido testigos.

—¡Conque no te desdices! —exclamó Mateo con voz de amenaza—. ¡Conque soy un perverso! ¡Conque no tengo buena puntería, y el perro de Bernardo se ha quejado porque a mí me llamaban como a él, y soy espía, holgazán y soplón!... ¡Paciencia!, ¡paciencia!, ¡paciencia! Hay muchos días en el año; es muy fácil que te devuelva injuria por injuria.

En aquel instante crujieron las tablas de la escalera que conducía al piso primero, abrióse una puerta, y en el umbral de la misma apareció un apuesto y fornido joven de veinticinco años, completamente equipado de guardabosques, menos la carabina. Era Bernardo Watrín, el hijo de la casa, a quien nos hemos referido en los capítulos precedentes.

El uniforme del joven guardabosques era irreprochable: su levita azul con botones plateados, abrochada, dibujaba su esbelto cuerpo; sus pantalones de terciopelo, ajustados, y sus polainas de cuero, que le cubrían hasta las rodillas, daban realce a unos muslos y unas piernas musculosas, y por último armonizaban admirablemente con su rostro sonrosado, su abundosa cabellera castaño claro y sus patillas, de color algo más subido.

Irradiaba tanta simpatía el personaje que acabamos de introducir en escena que, a pesar de la firmeza de sus ojos azul celeste y de la angulosidad un poco dura de su mentón, signo de una voluntad férrea, era imposible no sentirse atraído hacia él.

Pero Mateo no era de los que se abandonan a esta clase de atracciones. La belleza de Bernardo, que hacía un contraste tan marcado con la fealdad de aquél, había sido para el vagabundo una causa constante de envidia y de odio; hasta tal extremo, que se hubiese alegrado de perder un ojo con tal que el guardabosques quedase ciego, o con romperse una pierna siempre que aquél se rompiera las suyas.

Y era tan vivo, tan intenso este sentimiento en Mateo, que por mucho que se esforzara en sonreírse en presencia de Bernardo, nunca pudo hacerlo sino a regañadientes.

Aquel día, su sonrisa fué todavía más forzada, más áspera que de costumbre; reflejaba algo así como una alegría reprimida e impaciente: era la sonrisa de Calibán al oír el primer fragor del trueno, presagio de una tormenta.

Bernardo no observó la sonrisa de Mateo; al contrario, parecía más dichoso que de costumbre.

—¡Caramba! — dijo Bernardo, mirando con sorpresa y aun con inquietud a su alrededor —, me había parecido oír la voz de Francisco... ¿No estaba aquí hace poco?

—Sí, señor, pero se ha cansado de esperarlo y se marchó.

—¡Bah! Ya nos encontraremos en el lugar de la cita.

Bernardo se encaminó hacia la chimenea, descolgó su escopeta, sopló en los caños para asegurarse de que estaban vacíos y limpios, echó pólvora en las cazoletas y una carga de lo mismo en cada caño, y sacó de su bolsillo dos tacos de fieltro.

—¿Continúa usted usando tacos recortados? — preguntó Mateo.

—Sí, comprimen la pólvora con más regularidad... ¡Bien! ¿Dónde habré puesto mi cuchillo?

Bernardo se registró todos sus bolsillos, pero inútilmente.

—¿Quiere el mío? — preguntó Goguelue.

—Sí, préstamelo.

El joven tomó el cuchillo, trazó dos cruces en otras tantas balas, y luego dejó caer éstas en los caños de su escopeta.

—¿Qué está haciendo, señor Bernardo? — preguntó Mateo.

—Señalo mis balas para poder conocerlas en caso de duda. Cuando son dos los que disparan contra un mismo jabalí y éste no lleva en el cuerpo más que una bala, nunca está de más saber quién lo mató.

Bernardo avanzó algunos pasos en dirección a la puerta; pero Mateo, que le seguía con la mirada, que en aquel instante tenía una expresión de ferocidad increíble, le detuvo, diciéndole:

—Escúcheme una palabra, señor Bernardo. Desde el momento que Francisco, su perrito faldero, su preferido, fué quien desvió al jabalí, será en vano lo que usted haga. Además, tan de madrugada, los perros no olfatean bien.

—Vamos, termina de una vez; ¿qué tienes que decirme?

—¿Es verdad que hoy llega la maravilla de las maravillas?

—¿A quién te refieres? — preguntó Bernardo arrugando la frente.

—¡Pues, a Catalina!

No bien terminó de pronunciar este nombre Mateo, cuando en una de sus mejillas resonó una terrible bofetada.

Goguelue retrocedió dos pasos sin que variase la expresión de su fisonomía; pero llevando la mano a la parte lastimada, profirió:

—¡Caramba! ¿Qué le pasa esta mañana, señor Bernardo?

—Nada — repuso el joven —, sólo he querido enseñarte a pronunciar en adelante ese nombre con el respeto que a todos merece, y a mí el primero.

—¡Oh! — dijo Goguelue sin apartar de la mejilla la mano —, cuando usted sepa lo que reza este papel se arrepentirá de haberme dado el bofetón.

—¿Ese papel? — repitió Bernardo.

—Sí, señor.

—Dámelo.

—No se apresure tanto.

—Dámelo, repito — gritó el joven abalanzándose a su interlocutor y arrancándole de la mano el papel.

Era una carta que en su sobre tenía estas señas:

Srta. Catalina Blum, Bourg-l'Abbé, 15, París.

Estrategia



—Señorita, si usted me lo permite, le presentaré algunos militares, para que la inviten a los bailes del Casino.

—¡Qué amable es usted!

—Bueno, este..., comenzaré por invitarla yo al baile de esta noche.

IV

CATALINA BLUM

El solo contacto de aquella carta, la simple lectura de aquel sobre, hizo estremecer a Bernardo como si hubiese adivinado que para él encerraba una desventura, una serie de infortunios desconocidos.

La joven a quien iba dirigida aquella carta, y de la que hemos ya hablado someramente, era hija de la hermana del tío Guillermo y, en consecuencia, prima hermana de Bernardo.

Ahora bien, ¿cómo es que Catalina llevaba un apellido alemán? ¿Por qué no la educaron sus mismos padres? ¿A qué se debía que en aquel entonces viviese en París, en la calle y número que hemos visto? Vamos a explicarlo todo.

En 1808 pasó por Francia una columna de prisioneros alemanes, procedentes de los campos de batalla de Friedlan y de Eylau, a los que se dió alojamiento, igual que a los soldados franceses, en casas particulares.

Un joven badenés, herido gravemente en la primera de dichas batallas, fué destinado a hospedarse en la morada del tío Guillermo, casado hacía cuatro o cinco años, y en casa del cual vivía Rosa Watrin, su hermana, hermosa joven de diecisiete a dieciocho años.

La herida del extranjero, ya grave en el momento en que éste saliera de la ambulancia, se había reagravado de tal suerte con las marchas, las fatigas y la falta de cuidados, que por prescripción del médico y del cirujano de Villers-Cotterets, Lecosse y Reynal, vióse en la necesidad de quedarse en la población donde nació el que está relatando esta historia.

Al herido quisieron llevarlo al hospital; pero manifestó tal oposición a este traslado, que el tío Guillermo, a quien en aquel entonces todavía le llamaban Guillermo a secas, pues contaba de veintiocho a treinta años, fué el primero en proponerle que se quedara en la Faisanería, que así es como se llamaba, en 1808, la residencia de Guillermo, situada a poco más de un kilómetro de la ciudad, a la sombra de los más hermosos y corpulentos árboles de la parte del bosque denominado Parque.

Lo que principalmente había motivado en Federico Blum, que tal era el nombre del herido, esa oposición a ir al hospital, era no solamente la limpieza de su hospedador y de su joven esposa, el aire puro que se respiraba en la Faisanería y la hermosa perspectiva que se dominaba desde su cuarto, que miraba a los jardines de los guardas y al bosque, sino también, y en primer término, la presencia de Rosa Watrín.

La cual, por su parte, cuando vió que iban a colocar en la ambulancia, para trasladarlo al hospital, a aquel joven tan hermoso, tan pálido y enfermo, se sintió tan conmovida, que fué a buscar a su hermano, llorando y con las manos juntas en ademán de súplica.

Rosa no se atrevió a proferir palabra alguna, pero estuvo más persuasiva en su silencio que si hubiese pronunciado el más elocuente discurso.

Watrín, que leyó en el alma de su hermana, pero impulsado más por su compasión, que por el deseo de aquélla, consintió en que el joven badenés permaneciera en la Faisanería.

Desde entonces, y por convenio tácito, la esposa de Watrín se dedicó otra vez y por entero a los quehaceres domésticos y al cuidado de su hijo Bernardo, a la sazón de tres años de edad, y Rosa, la hermosa flor de la selva, se consagró exclusivamente al cuidado del paciente.

La herida había sido causada por una bala que, al dar en el cóndilo del fémur, se deslizó al través de las aponeurosis del *fescia lata*, y penetró en las capas profundas, donde se empotró, determinando una gran irritación. Al principio, los cirujanos, creyendo que el fémur estaba roto, determinaron practicar la desarticulación; pero el joven, despavorido, no ante el dolor de que indefectiblemente debía ir acompañada la operación, sino al pensar en que iba a verse mutilado para toda su vida, se opuso terminantemente a ello y declaró que prefería la muerte. Ahora bien, como el herido debía ser operado por cirujanos franceses y a éstos no les importaba mucho, lo dejaron en la ambulancia, donde, poquito a poco, la bala se incrustó en las regiones musculares a causa de una secreción aponeurótica.

A todo esto llegó la orden de internar en Francia a los prisioneros, y éstos, heridos o sanos, fueron metidos en carretas y expedidos a su destino.

Federico Blum hizo de esta forma mil kilómetros; mas, al llegar a Villers-Cotterets eran tales sus padecimientos, que le fué imposible seguir adelante.

Por suerte, lo que podía creerse que fuera una agravación, era, por

el contrario, el principio de la convalecencia. La bala, sea porque hubiese sido despedida por un gran esfuerzo, o porque la hubiera arrastrado su propio peso, había desgarrado su envoltura anormal, y descendía al través de la separación de los músculos, desgarrando, al bajar, el tejido intersticial.

Ahora bien, esto le produjo dolores intensísimos. El herido permaneció por espacio de tres meses tendido en su lecho y consumido por la fiebre; antes no se declaró una mejoría sensible; luego pudo levantarse y llegar hasta la ventana, después hasta la puerta, y días más tarde salir y pasearse apoyado en el brazo de Rosa Watrín, a la sombra de los árboles que rodeaban la Faisanería; hasta que por último, sintiendo cierto día rodar un cuerpo extraño entre los flexores de su pierna izquierda, solicitó al cirujano, el cual practicó una ligera incisión, y la bala que estuvo a punto de matarle cayó inofensiva en manos del operador.

Federico Blum estaba curado; pero entonces se vió que, a pesar de esta cura, en la casa de Watrín había dos heridos en vez de uno.

Felizmente se firmó la paz de Tilsitt, y merced a ella, el nuevo reino creado en 1807, que había tomado al antiguo ducado de Westfalia el obispado de Paderborn, Horn y Bilefeld, se anexó parte de los círculos del Alto Rin y de la Baja Sajonia; comprendiendo, además, el sur de Hannóver, Hesse Cassel y los principados de Magdeburgo y de Verden.

Aquel reino se llamaba el reino de Westfalia. Fué reconocido por Alejandro, en la paz de Tilsitt, y desde entonces figuró entre las naciones europeas, pero únicamente por espacio de seis años.

Una mañana, pues, Federico Blum se despertó definitivamente westfaliano, y, además, no sólo enemigo, sino aliado del pueblo francés.

Entonces se trató formalmente de realizar la idea que hacía seis meses preocupaba a los dos jóvenes, o sea, casarlos

La verdadera dificultad había desaparecido: Guillermo Watrín era demasiado buen francés para dar su hermana a un hombre expuesto a tomar las armas contra Francia y a disparar su fusil sobre Bernardo, a quien su padre ya veía de uniforme y marchando a paso de carga contra los enemigos de su patria; pero convertido Federico Blum en westfaliano, y por lo tanto en francés, el matrimonio de ambos jóvenes era lo más natural del mundo.

Federico dió su palabra de que regresaría antes de tres meses, y partió.

En la despedida hubo muchas lágrimas; pero en el rostro de Blum brillaba de tal modo la lealtad, que ninguno de los presentes dudó de su regreso.

Federico acariciaba un proyecto que no había comunicado a nadie: el de solicitar una audiencia del nuevo rey, en Cassel, presentarle un memorial en que se refiriese su actuación y pedirle una plaza de guarda rural de aquel bosque de cuatrocientos kilómetros de longitud por setenta y cinco de anchura, que se extiende del Rin al Danubio y al que llaman la Selva Negra.

El plan era sencillo, y tuvo buen éxito.

Cierto día el rey vió, desde el balcón de su palacio, a un soldado que, con un papel en la mano, parecía solicitar audiencia, y como estaba de buen humor, recibió al soldado, el cual le expuso en francés más que medianamente correcto lo que pretendía. El rey puso su *conforme* al pie de la solicitud, y Federico Blum quedó convertido en jefe de guardabosques de uno de los cantones de la Selva Negra.

Al despacho que aseguraba lo porvenir de nuestros dos enamorados, el rey había unido una licencia de un mes para que el nuevo guardabosques pudiera ir a casa de su novia, y una gratificación de quinientos florines en concepto de viático.

Federico Blum había pedido un plazo de tres meses, pero viéronle regresar después de seis semanas; lo cual era una prueba tan concluyente de su amor, que a Guillermo Watrín no se le ocurrió hacer objeción alguna.

Pero Mariana hizo una, y por cierto de las más serias.

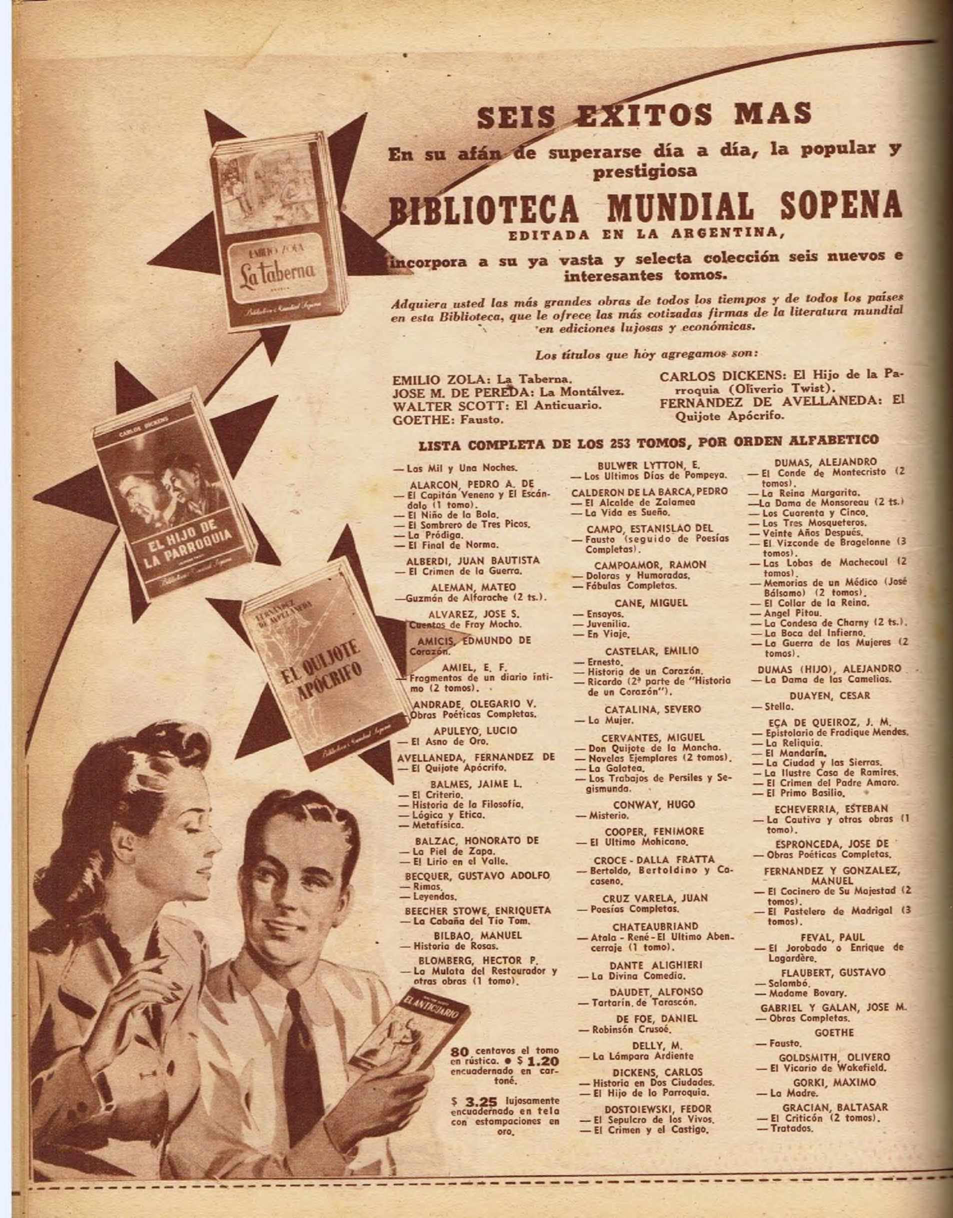
Mariana era buena católica; todos los domingos iba a oír misa a Villers-Cotterets, y le recibía la comunión en las cuatro grandes festividades del año el padre Gregorio.

Ahora bien, Federico Blum era protestante, y para Mariana el alma del joven estaba inevitablemente perdida, y seriamente comprometida la de su hermana.

Mandaron, pues, a buscar al padre Gregorio, hombre excelente y sumamente humano. Era imposible formar un juicio más justo y más recto de las cosas de este mundo y de las del cielo que el del digno sacerdote, ni hubo ministro del Señor que fuese más escrupulosamente fiel a los votos que hiciera, poseído de la más santa e incontrastable abnegación.

El padre Gregorio respondió que existía una religión a la que era menester seguir ante todo: la del alma, y como los dos jóvenes se habían jurado amor mutuo, Federico Blum y Rosa Watrín podían seguir la suya respectiva. En cuanto a los hijos que tal vez tuvieren, serían educados en la religión de la tierra en que habitaran, y en el día del juicio final, Dios, que es la misericordia suma, se contentaría con separar, no a los protestantes de los católicos, sino a los buenos de los malos.

La decisión del padre Gregorio, apoyada por los novios y por Guillermo Watrín, reunió, como se ve, cuatro votos, mientras que la de



SEIS EXITOS MAS
En su afán de superarse día a día, la popular y prestigiosa
BIBLIOTECA MUNDIAL SOPENA
EDITADA EN LA ARGENTINA,
incorpora a su ya vasta y selecta colección seis nuevos e interesantes tomos.
Adquiera usted las más grandes obras de todos los tiempos y de todos los países en esta Biblioteca, que le ofrece las más cotizadas firmas de la literatura mundial en ediciones lujosas y económicas.
Los títulos que hoy agregamos son:
EMILIO ZOLA: La Taberna.
JOSE M. DE PEREDA: La Montálvez.
WALTER SCOTT: El Anticuario.
GOETHE: Fausto.
CARLOS DICKENS: El Hijo de la Parroquia (Oliverio Twist).
FERNANDEZ DE AVELLANEDA: El Quijote Apócrifo.
LISTA COMPLETA DE LOS 253 TOMOS, POR ORDEN ALFABETICO
— Las Mil y Una Noches.
ALARCON, PEDRO A. DE
— El Capitán Veneno y El Escándalo (1 tomo).
— El Niño de la Bola.
— El Sombrero de Tres Picos.
— La Pródiga.
— El Final de Norma.
ALBERDI, JUAN BAUTISTA
— El Crimen de la Guerra.
ALEMAN, MATEO
— Guzmán de Alfarache (2 ts.).
ALVAREZ, JOSE S.
— Cuentos de Fray Mocho.
AMICIS, EDMUNDO DE
— Corazón.
AMIEL, E. F.
— Fragmentos de un diario íntimo (2 tomos).
ANDRADE, OLEGARIO V.
— Obras Poéticas Completas.
APULEYO, LUCIO
— El Asno de Oro.
AVELLANEDA, FERNANDEZ DE
— El Quijote Apócrifo.
BALMES, JAIME L.
— El Criterio.
— Historia de la Filosofía.
— Lógica y Etica.
— Metafísica.
BALZAC, HONORATO DE
— La Piel de Zapa.
— El Lirio en el Valle.
BECQUER, GUSTAVO ADOLFO
— Rimas.
— Leyendas.
BEECHER STOWE, ENRIQUETA
— La Cabaña del Tío Tom.
BILBAO, MANUEL
— Historia de Rosas.
BLOMBERG, HECTOR P.
— La Mulata del Restaurador y otras obras (1 tomo).
BULWER LYTTON, E.
— Los Ultimos Días de Pompeya.
CALDERON DE LA BARCA, PEDRO
— El Alcalde de Zalamea
— La Vida es Sueño.
CAMPO, ESTANISLAO DEL
— Fausto (seguido de Poesías Completas).
CAMPOAMOR, RAMON
— Doloras y Humoradas.
— Fábulas Completas.
CANE, MIGUEL
— Ensayos.
— Juvenilia.
— En Viaje.
CASTELAR, EMILIO
— Ernesto.
— Historia de un Corazón.
— Ricardo (2ª parte de "Historia de un Corazón").
CATALINA, SEVERO
— La Mujer.
CERVANTES, MIGUEL
— Don Quijote de la Mancha.
— Novelas Ejemplares (2 tomos).
— La Galatea.
— Los Trabajos de Persiles y Segismunda.
CONWAY, HUGO
— Misterio.
COOPER, FENIMORE
— El Ultimo Mohicano.
CROCE - DALLA FRATTA
— Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.
CRUZ VARELA, JUAN
— Poesías Completas.
CHATEAUBRIAND
— Atala - René - El Ultimo Abencerraje (1 tomo).
DANTE ALIGHIERI
— La Divina Comedia.
DAUDET, ALFONSO
— Tartarín de Tarascón.
DE FOE, DANIEL
— Robinsón Crusoé.
DELLY, M.
— La Lámpara Ardiente
DICKENS, CARLOS
— Historia en Dos Ciudades.
— El Hijo de la Parroquia.
DOSTOIEWSKI, FEDOR
— El Sepulcro de los Vivos.
— El Crimen y el Castigo.
DUMAS, ALEJANDRO
— El Conde de Montecristo (2 tomos).
— La Reina Margarita.
— La Dama de Monsoreau (2 ts.)
— Los Cuarenta y Cinco.
— Los Tres Mosqueteros.
— Veinte Años Después.
— El Vizconde de Bragelonne (3 tomos).
— Las Lobas de Machecoul (2 tomos).
— Memorias de un Médico (José Bálsamo) (2 tomos).
— El Collar de la Reina.
— Angel Pitou.
— La Condesa de Charny (2 ts.).
— La Boca del Infierno.
— La Guerra de las Mujeres (2 tomos).
DUMAS (HIJO), ALEJANDRO
— La Dama de las Camelias.
DUAYEN, CESAR
— Stella.
EÇA DE QUEIROZ, J. M.
— Epistolario de Fradique Mendes.
— La Reliquia.
— El Mandarín.
— La Ciudad y las Sierras.
— La Ilustre Casa de Ramires.
— El Crimen del Padre Amaro.
— El Primo Basilio.
ECHEVERRIA, ESTEBAN
— La Cautiva y otras obras (1 tomo).
ESPRONCEDA, JOSE DE
— Obras Poéticas Completas.
FERNANDEZ Y GONZALEZ, MANUEL
— El Cocinero de Su Majestad (2 tomos).
— El Pastelero de Madrigal (3 tomos).
FEVAL, PAUL
— El Jorobado o Enrique de Lagardère.
FLAUBERT, GUSTAVO
— Salambó.
— Madame Bovary.
GABRIEL Y GALAN, JOSE M.
— Obras Completas.
GOETHE
— Fausto.
GOLDSMITH, OLIVERO
— El Vicario de Wakefield.
GORKI, MAXIMO
— La Madre.
GRACIAN, BALTASAR
— El Criticón (2 tomos).
— Tratados.
80 centavos el tomo en rústica. • $ 1.20 encuadernado en cartoné.
$ 3.25 lujosamente encuadernado en tela con estampaciones en oro.
EMILIO ZOLA
La taberna
CARLOS DICKENS
EL HIJO DE LA PARROQUIA
FERNANDEZ DE AVELLANEDA
EL QUIJOTE APÓCRIFO
EL ANTICUARIO

GREVILLE, HENRY
— Dosia.
— La Condesa Kumiasine.

GUTIERREZ, EDUARDO
— Juan Moreira.

HARTZENBUSCH, JUAN EUGENIO
— Los Amantes de Teruel.

HOMERO
— La Ilíada.

HUGO, VICTOR
— Los Miserables (2 tomos).
— El Noventa y Tres.
— Han de Islandia.
— El Hombre que Ríe.
— Napoleón el Pequeño.
— Nuestra Señora de París.
— Los Trabajadores del Mar.

HURTADO DE MENDOZA, DIEGO
— La Vida del Lazarillo de Tormes.

IBARGUREN, CARLOS
— Juan Manuel de Rosas.

IBSEN, ENRIQUE
— Espectros.

IRIARTE, TOMAS DE
— Fábulas Completas.

ISAACS, JORGE
— María y Poesías Completas (1 tomo).

JUAN MANUEL, INFANTE
— El Conde Lucanor.

KANT
— Crítica de la Razón Pura.

KEMPIS, TOMAS DE
— Imitación de Cristo.

LAMARTINE, ALFONSO DE
— Graziella.

LAMAS, ANDRES
— Rivadavia.

LARRETA, ENRIQUE
— "Zogoibi".
— La Gloria de Don Ramiro.

LEON, FRAY LUIS DE
— La Perfecta Casada.
— Poesías Completas.

LESAGE, ALANO R.
— Gil Blas de Santillana (2 ts.).

LEUMANN, CARLOS ALBERTO
— Adriana Zumarán.

LOPE DE VEGA
— La Estrella de Sevilla.
— Peribáñez y el Comendador de Ocaña.
— Fuenteovejuna.

LOPEZ, LUCIO V.
— La Gran Aldea.

MANSILLA, LUCIO V.
— Una Excursión a los Indios Ranqueles (2 tomos).

MANZONI, ALEJANDRO
— Los Novios.

MAQUIAVELO, NICOLAS
— El Príncipe.

MARLITT, EUGENIA
— La Segunda Esposa.
— La Princesita de los Brezos.
— La Casa de los Buhos.
— La Casa Schilling.

MARMOL, JOSE
— Amalia.

MILTON
— El Paraíso Perdido (2 tomos).

MITRE, BARTOLOME
— Ensayos Históricos.

MOLIERE
— El Avaro.

MORATIN, LEANDRO FERNANDEZ DE
— El Sí de las Niñas.

MORO, TOMAS
— Utopía.

MUSSET, ALFREDO DE
— La Confesión de un Hijo del Siglo.

NAVARRO VILLOSLADA, F.
— Doña Blanca de Navarra (2 tomos).

NUÑEZ DE ARCE, G.
— Poesías Completas.

PEREDA, JOSE MARIA DE
— El Buey Suelto...
— El Sabor de la Tierruca.
— Sotileza.
— Peñas Arriba.
— Don Gonzalo González de la Gonzalera.
— Escenas Montañesas.
— Pedro Sánchez.
— La Montálvez.
— La Puchera.
— Nubes de Estío.

PEREZ ESCRICH, E.
— El Cura de Aldea (3 tomos).

POE, EDGAR ALLAN
— El Crimen de la Calle Morgue.
— Historias Extraordinarias.
— Aventuras de Arturo Gordon Pym.

QUEVEDO, FRANCISCO DE
— Historia de la Vida del Buscón.



ROJAS, FERNANDO DE
— La Celestina.

ROLDAN, BELISARIO
— Discursos Completos.
— Poesías Completas.

RUIZ DE ALARCON, JUAN
— La Verdad Sospechosa.

SAMANIEGO, FELIX MARIA DE
— Fábulas Completas.

SANCHEZ, FLORENCIO
— Teatro (Barranca Abajo - La Gringa - Los Derechos de la Salud - El Desalojo - En Familia - Moneda Falsa).

SANTA TERESA DE JESUS
— Su Vida. Escrita por ella misma.

SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO
— Los Ciento y Uno.
— Facundo.
— Recuerdos de Provincia.

SASTRE, MARCOS
— El Tempe Argentino.

SCOTT, WALTER
— Ivanhoe.
— El Pirata.
— El Anticuario.

SHAKESPEARE, GUILLERMO
— Romeo y Julieta.
— Hámlet.
— El Mercader de Venecia.
— Otelo, el Moro de Venecia.

SIENKIEWICZ, ENRIQUE
— Quo Vadis?

STENDHAL (ENRIQUE BEYLE)
— Rojo y Negro.

STEVENSON, ROBERTO LUIS
— La Isla del Tesoro.

SUE, EUGENIO
— El Judío Errante (2 tomos).

SWIFT, JONATAN
— Viajes de Gulliver.

TIRSO DE MOLINA
— El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra.
— El Vergonzoso en Palacio.

LEON TOLSTOI
— Ana Karenina (2 tomos).

TWAIN, MARK
— Aventuras de Huck Finn.
— Las Aventuras de Tom Sawyer.

VALERA, JUAN
— Juanita La Larga.
— Pepita Jiménez.
— Doña Luz.
— Genio y Figura...
— El Comendador Mendoza.

VERNE, JULIO
— Un Capitán de Quince Años.
— Cinco Semanas en Globo.
— De la Tierra a la Luna. Alrededor de la Luna (1 tomo).
— Dos Años de Vacaciones.
— Los Hijos del Capitán Grant (2 tomos).
— La Isla Misteriosa (2 tomos).
— Miguel Strogoff.
— Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino.
— Viaje al Centro de la Tierra.
— La Vuelta al Mundo en 80 Días.
— La Jangada.
— Norte contra Sur.
— El Náufrago del "Cynthia".
— La Invasión del Mar.
— Los Piratas del "Halifax".
— El Testamento de un Excéntrico.
— Los Quinientos Millones de la Begún.
— La Agencia Thompson y Cía.
— Escuela de Robinsones.
— Ante la Bandera.
— Héctor Servadac.
— La Casa de Vapor.
— Familia Sin Nombre.
— Kerabán el Testarudo.
— Matías Sandorf (2 tomos).
— La Isla de Hélice.

VOLTAIRE
— Cándido o El Optimismo.
— El Ingenuo.

WALLACE, LEWIS
— Ben - Hur.

WILDE, OSCAR
— El Abanico de Lady Windermere.
— La Importancia de Llamarse Ernesto.
— El Retrato de Dorian Gray.
— El Ruiseñor y la Rosa.

WISEMAN, NICOLAS E.
— Fabiola.

ZOLA, EMILIO
— Naná.
— La Débâcle.
— La Bestia Humana.
— La Taberna.

ZORRILLA, JOSE
— Don Juan Tenorio (seguido de Poesías Escogidas).



PIDALOS A SU LIBRERO O A LA

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S.R.L.

ESMERALDA 116

U. T. 34 - 4067 BUENOS AIRES

NOTA: Para pedidos por correo, agregar 20 centavos por un libro para flete, y 10 centavos por cada libro más. Téngase en cuenta las obras que constan de dos o más tomos.

Adjunto $ .... para que me remitan, por certificado y a vuelta de correo, los títulos marcados con una X, habiendo indicado a continuación de cada obra la encuadernación que deseo.

Nombre ....

....

Dirección ....

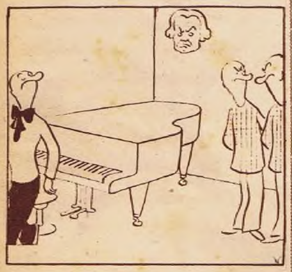
....

Población.................... L. 186

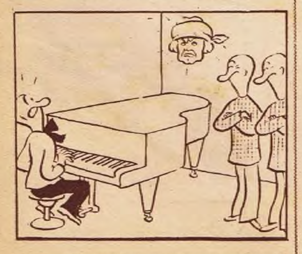
LOS DOS HERMANITOS

LO EMBROMARON por **TIM**









Mariana el de ella solamente. Por lo tanto, quedó resuelto que la boda se efectuaría tan pronto se hubiesen cumplido las formalidades religiosas.

Estas absorbieron tres semanas, al cabo de las cuales Rosa Watrín y Federico Blum quedaron unidos en matrimonio en la alcaldía de Villers-Cotterets, en cuyos registros, así como en los de la iglesia de la misma localidad, pueden leerse sus nombres, inscriptos el 12 de septiembre de 1809.

Por no haber en Villers-Cotterets pastor protestante, hubo que diferir el matrimonio religioso hasta la llegada de los esposos a Westfalia.

Justamente un mes después, Rosa y Federico eran casados ante la iglesia por el pastor de Verden, quedando con ello cumplidas todas las ceremonias que ligaban mutuamente a los dos adeptos a dos cultos diferentes.

Diez meses después, Rosa dió a luz una niña, que recibió el nombre de Catalina, la cual fué educada en la religión protestante, *según el uso de la tierra en que había nacido.*

Tras una no interrumpida felicidad de tres años y medio, los esposos vieron llegar la campaña de 1812, precursora de la fatal de 1813.

El gran ejército de Bonaparte desapareció bajo las nieves de Rusia y los hielos del Beresina, y fué preciso reorganizar otros: todos los hombres que ya habían figurado en los cuadros y todos los que aun no tenían treinta años cumplidos, fueron llamados a empuñar las armas.

En ese decreto quedó comprendido Federico Blum por dos conceptos: por haber figurado en los cuadros del ejército, y porque tenía veintinueve años y cuatro meses.

Quizá pudiera haber alegado ante el rey de Westfalia una causa de exensión, la de que su antigua herida le hacía padecer horrorosamente de tiempo en tiempo; pero ni siquiera se le ocurrió tal pensamiento. Lo que hizo fué salir para Cassel, presentarse al soberano y solicitar del mismo una plaza en la caballería, en la que antes ya sirviera, y recomendarle su esposa y su hija; hecho lo cual partió de sargento con los cazadores westfalianos.

Federico fué uno de los vencedores de Lutzen y de Bautzen; pero también uno de los vencidos y muertos en Leipzique.

Esta vez una bala sajona le atravesó el pecho, dejándole tendido para siempre entre los sesenta mil mutilados de la última jornada, en la que se dispararon ciento diecisiete mil cañonazos, o sea, ciento once mil más que en Malplaquet.

El rey de Westfalia, que no olvidó su promesa, señaló una pensión de trescientos florines a la viuda de Federico Blum, que recibió la noticia en medio de abundantes lágrimas; pero a principios de 1814 desapareció el reino de Westfalia y por consiguiente el rey Jerónimo dejó de figurar entre los soberanos.

Como Federico Blum perdió la vida al servicio de los franceses, y en aquel tiempo de reacción esto era suficiente para que su viuda fuese mal vista en Alemania, que acababa de levantarse unánime contra Francia, Rosa no tuvo más remedio que ponerse en camino con los restos del ejército francés que volvía a cruzar la frontera, y una mañana, llevando en brazos a su hija, llamó a la puerta de su hermano Guillermo, que recibió a aquellos dos infelices seres como enviados de Dios.

La niña, que contaba tres años, se convirtió en la hermana de Bernardo, que entonces tenía nueve, y la madre ocupó el sitio en que pasara tan dolorosos días Federico Blum, en el lecho del cuarto desde el cual se divisaban los jardines y el bosque.

Pero la infeliz, en esta oportunidad, estaba enferma de más gravedad que lo había estado su esposo; la fatiga y el dolor le acarrearon una perineumonía que degeneró en tisis pulmonar y la llevó a la sepultura, a pesar de los muchos cuidados que le prodigaron su hermano y su cuñada.

Así que a fines de 1814, es decir, a la edad de cuatro años, la tierna Catalina Blum se encontró huérfana, aunque, a decir verdad, halló en Watrín y en su mujer nuevos padres, si es que los padres pueden reemplazarse. Y en Bernardo un verdadero hermano.

Ambos niños crecieron sin preocuparse lo más mínimo de las alternativas políticas que conmovieron a Francia y en dos o tres oportunidades hicieron peligrar la existencia material de sus padres.

Napoleón abdicó en Fontainebleau, entró de nuevo en París un año después, cayó por segunda vez en Waterloo, embarcóse en Rochefort, fué reducido a cautiverio y murió en el peñón de Santa Elena, sin que tantas y tan grandes catástrofes tuvieran para aquellos seres las proporciones que con el tiempo debía darles la historia.

Lo importante para aquella familia perdida en el corazón del bosque, donde la vida y la muerte de los poderosos de este mundo tenían tan poca resonancia, fué que el duque de Orleáns, al volver a entrar en posesión de la propiedad del bosque de Villers-Cotterets, mantuvo a Guillermo Watrín en su cargo de jefe de guardabosques, y no solamente lo conservó en su destino, sino que le aumentó el sueldo.

Cuando la trágica muerte de Chorón, Watrín fué trasladado desde el Criadero a Chavigny, por lo que hubo de dejar la Faisanería por la Casa Nueva del camino de Soissons.

Ahora bien, como el nuevo cargo estaba retribuído con cincuenta pesos más, este aumento constituía una notable mejora en el sueldo de Guillermo.

Por su parte, Bernardo se había hecho todo un hombre, y, admitido como guardabosques adjunto a los dieciocho años, recibió el nombramiento definitivo con derecho a un haber de doscientos cincuenta pesos, el día mismo que llegó a la mayoría de edad; con lo cual la familia reunió setecientos pesos, que unidos al alojamiento gratuito y a los beneficios que producía la caza, daban a aquélla un bienestar que pronto se notó en todos.

A Catalina la pusieron en un colegio de Villers-Cotterets, en el que recibió una educación que poco a poco la convirtió en una perfecta señorita; y como a la vez aumentó su hermosura, resultó que a los dieciséis años la sobrina de Guillermo era una de las más bellas jóvenes de Villers-Cotterets y sus contornos.

Entonces fué cuando el amor fraternal que Bernardo sintiera por Catalina se fué transformando insensiblemente hasta convertirse en amor de amante.

Sin embargo, ni Catalina ni Bernardo habían acertado a explicarse semejante afecto: cada uno, por su parte, comprendía que amaba más intensamente al otro a medida que pasaba de la infancia a la adolescencia; pero ninguno de los dos auscultó el estado de su corazón, hasta que se presentó una circunstancia que le demostró que su doble existencia marchaba al unísono.

Al salir del colegio, es decir, a la edad de trece o catorce años, Catalina entró de aprendiza en casa de la señorita Rigolot, la principal lencera-modista de Villers-Cotterets, y en ella permaneció dos años, donde se distinguió de tal manera, que la Rigolot dijo que si Catalina Blum pasaba un año o dieciocho meses en París para perfeccionarse, no vacilaría en traspasarle su establecimiento con preferencia a cualquier otra, y no al contado, sino a pagar en seis plazos de un año y a razón de dos mil pesos por plazo.

Esta proposición era sumamente ventajosa para no promover graves reflexiones entre Guillermo Watrín y Mariana, que al fin determinaron que Catalina, provista de una carta de recomendación de la señorita Rigolot, partiese de Villers-Cotterets y se instalara en la capital

por espacio de un año o año y medio.

La calle Bourg l'Abbé no era, desde luego, una de aquellas en que la moda exhibía sus modelos más nuevos y elegantes; pero en ella era donde vivía la corresponsala de la señorita Rigolot; la cual contaba con Catalina para modificar el gusto un tanto arcaico de los habitantes de aquella modesta calle.

Al tener que separarse Bernardo y Catalina, fué cuando apreciaron en todo su valor el amor que los unía; cuando advirtieron que éste, muy al contrario de tener la elasticidad del de hermanos, encerraba todo el egoísmo del de los amantes.

Entre ambos jóvenes, que, mudos, cual verdaderos enamorados, apenas si se dijeron palabras, se cruzaron promesas de pensar siempre uno en otro, de escribirse por lo menos tres veces por semana y de guardarse una fidelidad inquebrantable.

Durante el año y medio de ausencia de Catalina, Bernardo había obtenido dos licencias de cuatro días cada una, gracias al apoyo que le prestó el inspector, que quería mucho y apreciaba como buenos servidores a los dos Watrín.

Obvio es decir que Bernardo empleó las dos licencias en hacer otros tantos viajes a París, que sirvieron para estrechar más aun los lazos que unían a ambos jóvenes.

Por fin había llegado la hora del regreso, y, para festejarlo, el inspector no halló inconvenientes en permitir que mataran un jabalí.

Esta era, pues, la razón de que Francisco se hubiera levantado a las tres de la madrugada, hubiese desviado a la bestia y hecho su relato al tío Guillermo; que éste hubiese ido a comprobar personalmente lo expuesto por el joven; que los guardabosques de Chavigny, auxiliares y convidados naturales de los habitantes de la Casa Nueva se hubiesen citado para el Salto de Ciervo, y que Bernardo, anhelante por las ideas más halagüeñas al pensar en tal regreso, hubiese descendido risueño y gozoso, y vistiendo sus mejores prendas, hasta que, como ya hemos visto, trocó su dicha en inquietud al ponerle de manifiesto la carta Mateo Goguelue.

V

EL PARISIENSE

En efecto, en el sobre de la carta, Bernardo había conocido la letra de un joven llamado Luis Chollet, hijo de un tratante en maderas de París, que desde hacía dos años estaba instalado en casa del señor Raisín, el primer tratante en maderas de Villiers-Cotterets, y, además, alcalde de la ciudad.

Luis practicaba en casa de Raisín, es decir, verificaba las operaciones de la tala, y se interiorizaba de las compras y ventas de maderas.

El padre de Luis, hombre de buena posición, enviaba mensualmente a su hijo, para gastos particulares, doscientos cincuenta pesos; cantidad que, en Villers-Cotterets, basta y sobra para darse todos los lujos y gustos.

Aparte de eso, Luis se vestía en París, donde su padre abonaba sus cuentas.

Tal era el caso de Luis Chollet.

Joven, rico, elegante, habituado a la vida de París, donde fáciles amores le habían hecho creer que las jóvenes de Villers-Cotterets se lo disputarían encarnizadamente, se consideraba irresistible.

Luis, pues, desde el primer domingo de su llegada a la villa y en la creencia de que, gracias a su saco de última moda, sus pantalones de color delicado, su camisa calada y la cadena de su reloj atestada de dijes, le bastaría elegir la joven que más fuera de su agrado para que ésta se rindiera a él, le gustó Catalina Blum.

Por desgracia, a Chollet le pasó lo mismo que hacía tres siglos sucediera al ilustre Solimán; al igual que la Rojelana de la Edad Media, la Rojelana moderna no le hizo caso, y el Parisiense, como bautizaron los hijos de Villers-Cotterets a Luis desde el primer día que puso lo pies en la ciudad, no tuvo más remedio que sentirse mortificado.

Mas no pararon aquí las cosas: como el Parisiense se había interesado vivamente por Catalina, ésta no concurrió al salón de baile al domingo siguiente.

Sin embargo, esto lo hizo la joven del modo más natural; había leído en los ojos de Bernardo la zozobra que le inspirara la asiduidad de Luis, y espontáneamente propuso a su primo, que aceptó complacidísimo, que los dos pasaran el domingo en la Casa Nueva, en lugar de hacerlo en Villers-Cotterets, como aquél solía hacerlo desde que Catalina residía en la ciudad.

Pero el Parisiense no se dió por vencido: primeramente encargó a la señorita Rigolot que le hiciera algunas camisas, luego algunos pañuelos, después cuellos postizos; lo cual le proporcionó muchas ocasiones de ver a Catalina, que, a las asiduidades de este nuevo Don Juan, no pudo oponer sino una exquisita cortesía como oficiala primera y una gran frialdad como mujer.

Las visitas del Parisiense a casa de la señorita Rigolot, visitas sobre cuya causa no era posible llamarse a equívico, habían llenado de inquietud a Bernardo; pero, ¿cómo impedirlas? El futuro tratante en maderas era el único juez del número de camisas, pañuelos y cuellos postizos que le eran necesarios, y si le gustaba poseer veinticuatro docenas de camisas, cuarenta y ocho docenas de pañuelos y seiscientos cuellos postizos, nada le importaba a Bernardo.

Además, Chollet era muy dueño de mandarse hacer las camisas una por una, y comprar uno a uno los pañuelos y los cuellos postizos; lo cual le permitía entrar trescientas sesenta y cinco veces al año en casa de la señorita Rigolot.

De los trescientos sesenta y cinco días del año debemos restar, sin embargo, los domingos, no porque en tales días la señorita Rigolot cerrara su tienda, sino porque todos los sábados, a las ocho de la noche, Bernardo iba a buscar a su prima, a la que nuevamente acompañaba a Villers-Cotterets todos los lunes a las ocho de la mañana. Y conviene decir que tan pronto el Parisiense advirtió semejante costumbre, no sólo no se le ocurrió nunca encargar nada a la señorita Rigolot en domingo, sino que ni siquiera informarse de si estaban listas las prendas encargadas durante la semana.

Así estaban las cosas, cuando la señorita Rigolot propuso enviar a París a Catalina, a lo que accedieron Guillermo y su mujer, y también Bernardo, que con seguridad pensó que los setenta y dos kilómetros de distancia entre el detestado Luis Chollet y Catalina Blum serían un buen aliado suyo.

Este pensamiento atenuó, pues, un tanto en Bernardo el dolor de la separación.

Pero aunque en aquel entonces no había ferrocarriles, setenta y dos kilómetros no eran un obstáculo para un enamorado, sobre todo cuando el enamorado no tenía necesidad de pedir permiso a su principal y contaba con doscientos cincuenta pesos mensuales.

Resultó, pues, que, en tanto Bernardo hizo dos viajes a París en el espacio de dieciocho meses, Chollet, que era libre de sus acciones, y que al fin de cada mes cobraba la misma cantidad que aquél en un año, realizó doce.

Además, y esto es digno de hacerlo notar, desde la partida de Catalina a París, Chollet dejó de surtirse de camisas en casa de la señorita Rigolot, para proveerse de ellas en la capital, en casa de la señora Cretté y compañía, calle Bourg l'Abbé, número 15.

Es obvio decir que Bernardo se informó inmediatamente, por Catalina, de esa circunstancia, muy importante para la señorita Rigolot, pero muchísimo más para él.

Pero el corazón humano es así; por más que

Ingenuo



—Sargento, ¿qué le parece si los lavamos después de regresar del cine?

estuviera seguro del afecto de su prima, a Bernardo no dejaba de alarmarle la persecución del Parisiense.

Muchas veces se le había ocurrido provocar a Chollet y batirse con él. Afortunadamente, Bernardo era un gran tirador, y también manejaba con gran soltura la espada, por lo cual no le habría dado miedo batirse. Pero, ¿cómo hacerlo con un hombre que no daba motivo alguno de queja? Un hombre que, si era cortés con todos, lo era particularmente con él más que con nadie? ¡Imposible!

No cabía, pues, otro remedio que aguardar la ocasión, que no se presentó ni una sola vez durante el año y medio que la esperó Bernardo.

Pero he aquí que, justamente el mismo día en que debía llegar Catalina Blum, a Bernardo le entregan una carta dirigida a la joven, carta cuyo sobre estaba trazado por la mano de su rival.

Es fácil, pues, comprender la sobreexcitación que se apoderó de Bernardo, la palidez que le cubrió el rostro ante la vista de aquella carta.

El joven guardabosques la volvió y la revolvió, como hemos dicho, entre las manos, y sacando su pañuelo se enjugó la frente; después, como hombre que toma una gran resolución, abrió la carta.

Mateo, que lo estaba contemplando con su acostumbrada diabólica sonrisa, y observó que Bernardo iba poniéndose más pálido y agitado a medida que avanzaba en su lectura, repuso:

—Es lo que yo me dije cuando saqué esa carta del bolsillo de Pedro... Pues sí, señor, voy a poner al señor Bernardo al corriente de las andanzas del Parisiense, y al mismo tiempo hará que despidan a Pedro. Y, en efecto, todo ha sucedido cual yo lo había previsto.

Pedro ha sido bastante bruto para decir que se le había extraviado la carta, cuando podía haber dicho que la había echado al buzón; lo cual habría reportado la ventaja de que el Parisiense, en la inteligencia de que la primera estaba en camino, no hubiera escrito otra, y en consecuencia la señorita Catalina no la hubiera recibido, y no recibiéndola, no habría contestado a ella.

De pronto, Bernardo, que estaba leyendo la carta por segunda vez, se interrumpió, y exclamó lanzando una especie de rugido:

—¿Cómo contestado? ¡Ah!, maldito, ¿dices que Catalina ha contestado al Parisiense?

—¡Caramba!, yo no digo precisamente eso — exclamó Goguelue, cubriéndose la mejilla con la mano, temeroso de que Bernardo le sacudiera otra bofetada.

—¿Pues qué dices?

—Digo que la señorita Catalina es mujer, y que a una hija de Eva siempre la tienta el pecado.

—Lo que yo te exijo es que me respondas categóricamente si Catalina ha contestado o no, ¿oyes?

—Puede que no... Pero, ¡demonios!, usted ya sabe que quien calla otorga.

—¡Mateo! — exclamó el joven haciendo un gesto de amenaza.

—Sea lo que fuere — repuso Goguelue —, el señor Chollet debía partir esta mañana para salir al encuentro de ella en el tílburi.

—¿Y ha partido?

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa si he dormido aquí? Pero, ¿desea usted saberlo?

—Sí.

—Pues es lo más fácil: vaya a Villers-Cotterets, y pregunte a la persona con quien primero se encuentre, si ha visto pasar en dirección a Goudreville al señor Chollet en su tílburi, y con seguridad le contestará afirmativamente.

—¿Así que ha estado allí?

—¿Qué sé yo? Yo soy un bestia, bien lo sabe usted. Lo que digo es que el señor Chollet debía ir a Goudreville, no que haya estado en ella.

—Pero, ¿cómo puedes saber tú eso?... En efecto, la carta ha sido abierta y cerrada otra vez.

—Yo nada sé... Quizá el Parisiense la ha abierto nuevamente para escribir una posdata, como dicen.

—¿Entonces no fuiste tú quien la ha abierto y vuelto a cerrar?

—¿Para qué? ¿Acaso sé leer? ¿No soy un asno a quien nunca han podido hacer entrar el A, B, C en la cabeza?

—Es verdad — murmuró Bernardo —; pero, en definitiva, ¿cómo sabes tú que el Parisiense debía salir al encuentro de Catalina?

—Porque el señor Chollet me encargó que limpiara muy temprano su caballo para poder salir, a las seis, en su tílburi, al encuentro de Catalina.

—¿Chollet ha dicho Catalina a secas?

—Como lo oye.

—¡Ah! — murmuró Bernardo —, ¡si yo hubiese estado allí! ¡Si hubiese tenido la fortuna de oírle!

—Le habría pegado una bofetada como a mí; pero no, no se hubiera atrevido.

—¿Por qué?

—Usted tira bien la pistola..., pero en el bosque del señor Raisin hay árboles acribillados a balazos, que prueban que el señor Chollet tampoco lo hace mal; usted maneja muy bien la espada... y él también, como lo demuestra el que días atrás, en un asalto que sostuvo con el subinspector, que procede del cuerpo de guardias de corps, dió a aquél varios puntazos.

—Bueno, ¿y qué? — gritó Bernardo —. ¿Tú crees que eso me habría detenido?

—No digo eso; pero quizá se hubiera usted mirado un poco más en dar una bofetada al Parisiense, que lo ha hecho en sacudirla al pobre Mateo Goguelue, tan indefenso como un niño.

Bernardo sintió una fuerte sacudida al oír esto y casi se avergonzó; así que tendiendo la mano a Mateo, le dijo:

—Perdóname, he obrado mal.

Mateo tendió la mano, fría y trémula, a su interlocutor.

—Por más que, a decir verdad — continuó Bernardo —, no me quieres.

—¡Cómo! — exclamó Mateo —, ¿y usted puede decir semejante cosa?

—Sin contar que mientes cada vez que abres la boca.

—Está bien — repuso Mateo —; demos por admitido que no dije la verdad... ¿Qué me importa a mí que el Parisiense sea o no sea amigo de la señorita Catalina, y salga o no salga al encuentro de ella en su tílburi, desde el momento que el señor Raisin, que hace cuanto quiere el señor Chollet, en la esperanza de que éste se case con su hija Eufrosina, ha despedido a Pedro y me ha tomado a mí en su lugar?... Prefiero que ignoren que fuí yo quien, por devoción a usted, he sustraído la carta del bolsillo del viejo. Pedro es un bribón de marca mayor, y ya sabe que cuando el jabalí se ve acorralado hay que evitar sus colmillos.

Bernardo, aunque aparentaba no prestar atención a lo que decía Mateo, le escuchaba, mientras, respondiendo a sus propios pensamientos, estrujaba fuertemente la carta entre los dedos.

De súbito, el joven se volvió hacia su interlocutor, y dando simultáneamente con el pie y con la culata de su escopeta sobre la carta, exclamó:

—No me desdigo, Mateo, eres...

—Eche usted por esa boca, señor Bernardo — dijo Goguelue con su gesto entre bobo y maligno —; el quedarse con las cosas adentro, hace mal.

—¡Eres un canalla! ¡Vete! — exclamó el joven.

Y avanzó un paso hacia el vagabundo para obligarle a salir a la fuerza, si no quería hacerlo de buen grado; pero Mateo, siguiendo su costumbre, no opuso resistencia, y respondió al paso de Bernardo, retrocediendo dos, para continuar luego su retirada, cuidando de no tropezar con la puerta.

—Me parece que valía la pena que me lo agradeciera usted de otro modo — expresó Goguelue —, pero lo hace así... Cada cual obra a su manera. Hasta la vista, señor Bernardo, hasta la vista.

Luego, desde la puerta, Mateo añadió con acento que rebosaba todo su odio concentrado:

—¿Ha oído? *¡Hasta la vista!*

Y acelerando su paso, de ordinario tan lento y perezoso, saltó la zanja que separa del bosque el camino, y se perdió entre la arboleda.

VI

CELOS

Bernardo, en vez de concederle importancia a la amenaza de Mateo y de seguirlo con la vista, recogió de nuevo y apresuradamente la carta.

—Que el Parisiense le haya escrito esta carta, lo comprendo — murmuró Bernardo —; pero que ella regrese justamente por el camino que aquél le indica, o que acepte un asiento en su tílburi, no lo creo, no puedo creerlo... ¡Ah!, ¿eres tú, Francisco? Bienvenido seas.

Estas palabras iban dirigidas al joven guardabosques a quien ya conocemos.

—Yo soy — respondió Francisco —, y he venido para ver si te habías muerto de apoplejía fulminante.

—Todavía no — dijo Bernardo con sonrisa que le crispó las comisuras de los labios.

—Entonces, vamos — prosiguió Francisco —; Bobineau, La Feuille, Lajeunesse y Berthelin están ya en el Salto del Ciervo, y si el viejo gruñón nos encuentra aquí a su regreso, quien va a sufrir el ataque seremos nosotros y no el jabalí.

—Mientras llega, acércate — dijo Bernardo.

El joven pronunció estas palabras con voz áspera e imperativa, tan poco habitual en él, que Francisco no pudo menos de mirarle con extrañeza; pero al ver la palidez del rostro de su amigo, lo descompuesto de sus facciones y la carta que aquél tenía en la mano y que, al parecer, era la causa del cambio sobrevenido

en su semblante y en los modales del joven, avanzó, entre risueño e inquieto, y llevando la mano a la gorra, como los soldados que saludan a su jefe, dijo:

—Aquí estoy, mi superior.

Bernardo, que vió que Francisco tenía los ojos fijos en la carta, la escondió y lo interrogó:

—¿Qué me dices del Parisiense?

—¿De ese joven que está en casa del tratante en maderas señor Raisín?

—Sí.

—Que viste con mucha elegancia y siempre a la última moda, según parece — respondió Francisco moviendo la cabeza y chasqueando la lengua en señal de ponderación.

—No se trata de su traje — repuso Bernardo.

—¿Hablas, entonces, del tipo? Es todo un buen mozo; no puede negarse.

—Tampoco me refiero a lo físico — añadió Bernardo con impaciencia —, sino a lo moral.

—¿A lo moral? — inquirió Francisco, evidenciando en el tono de su voz la respuesta que iba a dar —. A este respecto te diré que el Parisiense no es capaz de dar con la pista de la vaca de la tía Watrín, si por ventura se perdiera en el campo Meutard. ¡Y ya ves tú que la huella que deja una vaca!...

—Sí, pero es muy capaz de desviar a una cierva, hacerla salir del paraje donde está y seguirla hasta alcanzarla, sobre todo si la cierva viste faldas.

—¡Ajá, ajá! — prorrumpió Francisco, riéndose de modo que no daba lugar a duda —; en cuanto a eso, el Parisiense tiene fama de cazador excelente.

—Enhorabuena — dijo Bernardo crispando los puños —; pero que no venga a cazar en mis tierras, porque si no, ¡ay del cazador furtivo!

Bernardo pronunció estas palabras con tal acento de amenaza, que Francisco le miró despavorido y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Acércate más — ordenó Bernardo.

El joven así lo hizo.

Bernardo rodeó con el brazo derecho el cuello de su amigo, y levantando con la mano izquierda la carta a la altura de los ojos de éste, preguntó:

—¿Qué te parece está carta?

Francisco miró primeramente a su compañero, luego posó los ojos en la carta, y por fin leyó:

"Mi querida Catalina..."

—¡Oh!, ¡oh! — repuso el lector interrumpiéndose —; ¿se refiere a tu prima?

—Sí — respondió Bernardo.

—¡Hombre! Me parece que llamarla señorita Catalina, como todos la llaman, no estaría de más.

—Sí, eso es lo primero...; pero continúa, todavía no has llegado al fin.

Francisco prosiguió, empezando a comprender de qué se trataba:

"Querida Catalina: me enteré que pronto va a regresar, luego de dieciocho meses de ausencia, durante los cuales apenas la he visto en mis breves viajes a París, ni menos podido hablarle. Excuso decirle que durante ese período de tiempo no se ha apartado de mi mente su divino rostro, y que he pensado en usted noche y día.

"Como no veo el momento de repetirle de viva voz lo que le escribo, saldré a su encuentro hasta Goudreville; esperando hallarla más razonable a su regreso que a su partida, y abrigando la esperanza de que los aires de París le habrán hecho olvidar a ese palurdo de Bernardo Watrín.

"Su constante adorador,

Luis Chollet."

—¡Oh!, ¡oh! — prorrumpió Francisco —; ¿y es el Parisiense quien ha escrito esto?

—Por fortuna... Pero ¿qué me dices de ese calificativo *palurdo?*

—Que es bastante atrevido, mas, ¿y la señorita Catalina?

—Esto pregunto yo también: ¿y la señorita Catalina?

—¿Conque tú crees que el Parisiense ha salido al encuentro de tu prima?

—¿Y por qué no? Estos donjuanes de la ciudad no reparan en nada. Además, ¿a qué guardar atenciones con un palurdo como yo?

—Pero, en resumidas cuentas, tú...

—¿Qué?

—¡Demonio! Tú sabes cómo están tus relaciones con la señorita Catalina.

—Lo sabía antes de su partida; sin embargo ahora que ha permanecido año y medio en París, ¿quién sabe?

—Pero ¿no has ido a verla?

—Dos veces, y la última hace ocho meses, ocho. ¿Y sabes tú cuánto puede pasar por la cabeza de una joven durante ocho meses?

—¡Vaya unas ideas más descabelladas que se te ocurren! — exclamó Francisco —; pues bien, yo, que conozco a la señorita Catalina, respondo de ella.

—Francisco, Francisco, no hay que responder por ninguna... ¡Ah!, ¡esos dieciocho meses de París!...

—Pues yo te digo que vas a encontrarla a su retorno como la dejaste cuando se fué, buena y honrada.

—¡Oh! ¡Si ella sube a su tílburi! — exclamó Bernardo con gesto de amenaza.

—¿Qué? — preguntó Francisco, asustado.

—Que estas dos balas — respondió Watrín sacando de su canana las que había señalado con una cruz con el cuchillo de Mateo —; que estas dos balas que he marcado para el jabalí, irán a parar una a él y otra a mi cabeza.

Dichas estas graves palabras, Bernardo introdujo las balas en su escopeta, y después de afirmarlas con sendos tacos, añadió:

—Ven, Francisco.









—¡Bernardo! ¡Bernardo! — exclamó el joven intentando resistir.

—¡Ven, te digo! — ordenó Watrín con voz imperativa.

Y asiéndole del brazo, tiró de él; pero de improviso se detuvo: acababa de entrar su madre.

—¡Mi madre! — murmuró Bernardo.

—¡Hola!, la vieja — dijo para sí Francisco restregándose las manos en la esperanza de que la presencia de la buena mujer calmara algo el estado de ánimo de su amigo.

Mariana entró con el rostro risueño y llevando en la mano una bandeja con una taza de café y las tradicionales tostadas.

La buena mujer no necesitó más que una mirada para, con el instinto propio de madre, comprender que a su hijo le pasaba algo extraordinario.

Sin embargo, nada dejó traslucir, y con su sonrisa habitual dió los buenos días a su hijo.

—Buenos los tenga usted, madre — respondió Bernardo disponiéndose a salir.

—¿Qué tal pasaste la noche? — preguntó Mariana a su hijo, reteniéndole.

—Perfectamente — contestó Watrín avanzando un paso más hacia la puerta.

—¿Te vas ya? — añadió la anciana.

—Sí, madre, me están esperando en el Salto del Ciervo, y Francisco viene a buscarme.

—¡Bah!, no hay tanto apuro — repuso el joven guardabosques —. Diez minutos más o menos no significan nada.

—Pues aguarda un instante — dijo Mariana a Bernardo, al ver que éste continuaba avanzando hacia la puerta —; apenas si te he dado los buenos días; ni siquiera un beso. — Y después de dirigir una rápida mirada al cielo, añadió —: parece que el tiempo está sombrío.

—Ya se despejará — prorrumpió Bernardo —. Adiós, madre.

—Escucha.

—¿Qué?

—Toma algo antes de salir — dijo la anciana tendiendo al joven la taza de café que acababa de preparar para sí.

—Gracias, madre, no tengo apetito.

—Es café del que tanto te gusta, y a Catalina también — insistió la anciana —, bebe.

Bernardo movió la cabeza.

—¿No?... Al menos humedece en él los labios, y así me parecerá mejor.

—¡Pobre madre! — murmuró Bernardo.

Y tomando la taza, humedeció en ella los labios y volvió a colocarla en la bandeja, diciendo:

—Gracias.

—Me parece que estás temblando — expresó Mariana con zozobra creciente.

—Al contrario, nunca he tenido tan firme el pulso; vea.

Y con el gesto habitual de los cazadores, Bernardo arrojó con la diestra su escopeta, y la recogió al vuelo con la izquierda.

Después, y como para terminar de una vez, dijo:

—Bueno, madre; definitivamente adiós; es preciso que me vaya.

—Ya que así lo quieres, vete, pero vuelve pronto: ya sabes que Catalina llega esta mañana.

—Lo sé — repuso el joven con acento extraño —; salgamos, Francisco.

Bernardo iba a trasponer el umbral, cuando apareció el tío Guillermo.

—¡Bueno, ahora mi padre! — murmuró el joven retrocediendo un paso.

El mismo Guillermo regresaba como se había ido, con la pipa en la boca; la única diferencia que se notaba en él se reflejaba en su mirada, que brillaba de satisfacción.

Watrín, que ni siquiera vió a su hijo, o hizo como que no lo veía, dijo a Francisco:

—Te felicito, muchacho, y si así lo hago es porque lo mereces; ya sabes que no soy hipócrita.

—Desde luego — contestó Francisco, que por muy preocupado que estuviera no pudo menos de sonreírse.

—Repito mi felicitación — dijo el viejo guardabosques.

—¡Así que todo está como yo le dije! — exclamó Francisco.

—Todo.

Bernardo se dispuso a salir, aprovechando que su padre, al parecer, no había reparado en él; pero Francisco le detuvo, diciéndole:

—Aguarda, hombre; estamos hablando del jabalí.

—De los jabalíes, querrás decir — agregó Guillermo.

—Bien, sí.

—Allí están, como has dicho, en el zarzal de las Cabezas de Salmón, tendidos uno junto a otro: la jabalina, a punto de parir, él, herido en la espalda. Es un jabalí de seis años; no parece sino que lo has pesado. A los dos los he visto como os estoy viendo a ti y a Bernardo. Si no hubiese temido que los otros compañeros se enojasen por haberlos molestado para nada, te aseguro que acabo con la pareja.

—Así que entonces no hay que perder tiempo — expresó Bernardo —. Adiós, padre.

—No te expongas, hijo mío, no te expongas — dijo Mariana.

El anciano guardabosques miró a su esposa, riéndose, como tenía por costumbre, es decir, como si su risa no pudiese pasar a través de sus cerradas mandíbulas, y prorrumpió, con su acento de buen humor:

—Lo que podrías hacer es irte tú a matar al jabalí, y Bernardo que se quede aquí para cocinar.

Luego, dándose vuelta y dejando su escopeta arrinconada cerca de la chimenea, añadió:

—Pues sí que son endemoniadas las mujeres de los guardas forestales.

Entretanto, Bernardo, que se había acercado a Francisco, le dijo:

—Espero que me disculparás ante nuestros amigos, ¿eh?

—¿Por qué?

—Porque en el primer recodo que encontremos te dejo.

—¿Y a qué se debe eso?

—¿No vais al zarzal de las Cabezas de Salmón?

—Sí.

—Pues yo voy a los breñales de Goudreville. Cada cual a su caza.

—¡Bernardo! — exclamó Francisco asiendo del brazo al joven.

—Déjame; se acabó — dijo Bernardo —. Soy mayor de edad y por lo tanto libre de hacer lo que me plazca.

Luego, al sentir otra mano sobre su hombro y al ver que era la del tío Guillermo, preguntó:

—¿Qué se le ofrece, padre?

—¿Está cargada tu escopeta?

—Sí, señor.

—¿Con bala, como debe hacerlo un buen tirador?

—Con bala.

—Entonces, ya lo sabes, en la paletilla.

—Ya sé, ya, gracias — repuso Bernardo.

Y tendiendo la mano a Guillermo, el joven añadió:

—Venga un apretón, padre.

Luego, acercándose a su madre, repuso:

—Madre, déme usted un abrazo.

Y después de haber estrechado efusivamente a la buena mujer, exclamó:

—¡Adiós!, ¡adiós!

Bernardo salió precipitadamente de su casa mientras Guillermo, con la mirada fija en su esposa, preguntaba a ésta con cierta zozobra:

—¿Qué tiene esta mañana nuestro hijo? Me parece que está cambiado.

—Y a mí también me lo parece — expresó con vehemencia la bondadosa Mariana —. Llámale.

—¡Bah!, ¿para qué? — arguyó Guillermo —, ¿para saber si ha soñado cosas feas?

Y saliendo al umbral, con su pipa en los labios y las manos en los bolsillos, el anciano gritó:

—¿Has oído, Bernardo? ¡En la paletilla!

Pero Bernardo ya se había alejado de Francisco, que se encaminaba solo al Salto del Ciervo.

La voz del hijo del guardabosques atravesó el espacio y respondió con acento que hizo estremecer al anciano:

—Sí, padre; gracias a Dios sé dónde debe alojarse una bala. Nada tema.

—Que Dios te proteja, hijo mío — gritó Mariana con visible ansiedad.

VII

EL PADRE Y LA MADRE

Cuando se quedaron solos, Guillermo y Mariana se miraron significativamente.

Después, hablando consigo mismo, Guillermo se preguntó:

—¿Qué diablos tendrá que hacer Bernardo del lado de la ciudad?

—¡Del lado de la ciudad! — exclamó Mariana —. ¿Se encamina hacia allá?

—Sí, y por cierto que ha tomado por el atajo; es decir, ha pasado por el bosque en lugar de hacerlo por la carretera.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Completamente seguro. Mira, los demás penetran ahora en el sendero de Houchard, y Bernardo no va con ellos... ¡Eh, muchachos!

El tío Guillermo hizo ademán de salir a su encuentro; pero su mujer le detuvo, diciéndole:

—Quédate, tengo que hablarte.

Guillermo miró con el rabillo del ojo a su esposa, que confirmó con un movimiento de cabeza lo que acababa de decir:

—Siempre tienes algo que contar; ahora sólo falta saber si lo que tienes que decir es digno de ser escuchado — expresó Guillermo disponiéndose de nuevo a salir para informarse por boca de Francisco o de alguno de sus compañeros de la causa que alejaba de ellos a Bernardo.

—¡Quédate, te digo! — repitió Mariana sujetando nuevamente a su esposo.

—Bueno, habla de una vez — repuso el anciano quedándose, pero con impaciencia visible.

—Ten un poco de calma, hombre; contigo sería menester concluir antes de haber empezado.

—Es que cuando te pones a hablar, uno sabe cuando empiezas, pero no cuando terminas — replicó Guillermo riendo con la comisura de los labios, libres de la pipa en aquella ocasión.

—¿Yo?

—Tú. Comienzas por un perro y acabas por el gran turco.

—Pues ahora voy a empezar y a concluir por Bernardo. ¿Estás satisfecho?

—Habla — dijo Guillermo cruzando los brazos con resignación — y después te contestaré.

—¿No has dicho que Bernardo había tomado el camino de la ciudad?

—Sí.

—¿Y que había atravesado el bosque para atajar?

—¿Y qué más?

—¿Que no había subido con los otros del lado de las Cabezas de Salmón?

—¿Y qué? ¿Sabes tú por ventura adónde se ha ido? En tal caso dilo y santas pascuas. Si lo ignoras, no hay para qué retenerme.

—Observa que eres tú el que está hablando, no yo.

—Me callo — dijo Guillermo.

—Pues bien, Bernardo se ha ido a la ciudad...

—¿Para ver más pronto a Catalina? ¡Miren qué sutileza! Si no tienes que comunicarme otras noticias, resérvala entre las cosas viejas.

—Te equivocas; no se ha ido a la ciudad para ver más pronto a Catalina.

—¿Para qué, entonces?

—Para ver a la señorita Eufrosina.

—¿La hija del tratante en maderas?, ¿del alcalde?, ¿del señor Raisín? ¡Bah!

—Sí, sí, lo repito.

—¡Calla la boca!

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Nunca he visto un hombre semejante — exclamó Mariana levantando las manos con desesperación —. ¿Razones?, ¡quiá! Si hago esto, mal; si lo otro, peor; si hablo, que me calle, más me hubiera valido coserme la boca; si me callo, debía haber hablado... ¡Señor! ¡Señor!, ¿para qué tenemos lengua sino para decir lo que nos rebosa el corazón?

—¡Demontre!, me parece que bastante la empleas — replicó el tío Guillermo mirando a su mujer con cierta socarronería.

Y sin decir nada más, el anciano empezó a cargar su pipa, silbando a la vez una pieza cinegética, que no tenía otro fin que el de invitar cortésmente a su esposa a que diese por concluída la conversación.

Pero Mariana era más dura de pelar; así que prosiguió con nuevos bríos:

—Pues lo que yo te digo es que la primera que me ha hablado de eso ha sido la misma señorita Eufrosina.

—¿Cuándo? — preguntó lacónicamente Guillermo.

—El último domingo, al salir de misa.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo... ¿Quieres escucharme, sí o no?

—Escucho.

—Pues me dijo: "¿Sabe usted, señora Watrín, que el señor Bernardo es un joven muy atrevido?

—¿Quién? ¿Bernardo?

—Te repito lo que ella me dijo... "Cuando paso, añadió la señorita Eufrosina, me mira de un modo... que no sabría yo dónde fijar mis ojos si no llevara abanico."

—¿Te dijo si Bernardo le había dirigido la palabra?

—No.

—¡Pues, entonces!

—Aguarda, impaciente; no me dijo que Bernardo le haya dirigido la palabra, pero sí que vendría a verme un día de estos, acompañada de su hermano, y me encargó que pusiera de mi parte lo posible con el fin de que Bernardo no estuviera presente, para evitarle toda violencia, pues nuestro hijo le agrada.

—Ya — prorrumpió el tío Guillermo —. ¿Y eso te lisonjea a ti? ¿Y has sentido halagado tu orgullo porque una hermosa señorita de la ciudad, la hija del alcalde, te ha dicho que hallaba lindo a nuestro Bernardo?

—¡Claro que sí!

—Y ya comenzaste a forjar fantasías. ¡Quién sabe los planes que ha creado tu imaginación! Me parece que ya has visto a Bernardo como yerno del señor alcalde.

—Si se casara con su hija...

—Oye — dijo Guillermo quitándose la gorra con una mano y agarrando con la otra un puñado de cabellos, cual si quisiera arrancárselos —; he visto becadas, gansos y grullas que eran más astutos que tú. Mira que se necesita paciencia para oírte tantas tonterías. En fin, no importa, estoy condenado a esto, y no hay más remedio que aguantar.

—Sin embargo — prosiguió Mariana, cual si Guillermo nada hubiese dicho —, ¿si ahora añadiese que el mismo señor Raisín en persona me detuvo, ayer mismo, cuando venía yo de la compra, y me dijo: "Señora Watrín, me han ponderado sus guisos de pollo, y como deseo probarlos, el día menos pensado y usando de toda franqueza iré a comer con usted y con el tío Guillermo"?

—Pero, mujer, ¿tú no adivinas la causa de todo eso? — exclamó Watrín, lanzando, como solía hacerlo cuando se le acababa la pacien-

Perspectiva



—¡Qué policía más molesto! Nos ha estado siguiendo toda la tarde.

—No le hagas caso, querido. Es un antiguo novio mío... Lo dejé porque tenía muy mal genio.

cia, bocanadas de humo, y empezando a desaparecer, como Júpiter Tonante, en una nube de vapor.

—No — respondió Mariana, que no comprendía que las palabras que le dijera el señor Raisín pudiesen encerrar otro significado que el que ella imaginara.

—Pues voy a explicártelo.

Y como la explicación debía ser larga, el tío Guillermo, al igual que en todas las circunstancias solemnes, se sacó la pipa de la boca, y con la mano atrás y las mandíbulas más cerradas que de costumbre, habló en los siguientes términos:

—El señor alcalde es un pícaro; entre normando y picardo, tiene la honradez estrictamente indispensable para no perecer en la horca. Al hacerte hablar de tu hijo por su hija, y al hablarte él de tus guisos, espera que me pondrás una venda en los ojos para no ver si derriba algún roble o alguna encina que no le pertenezca. Pero se equivoca el alcalde. Siegue en hora buena el heno de la comuna que necesite para sus caballos; esto no me incumbe; pero por mucho que me halague, no aprovechará una sola viga sin que la haya comprado.

Mariana, aunque no convencida, hizo con la cabeza un movimiento que significaba que al fin y al cabo podía haber algún fundamento en lo que decía su esposo, y profirió dando un suspiro:

—Está bien. No se habla más del asunto; pero a lo menos no me negarás que el Parisiense está enamorado de Catalina.

—¡Epa! Salimos de las llamas y caemos en las brasas — exclamó Guillermo haciendo un gesto como para estrellar su pipa contra el suelo.

—¿Por qué dices eso? — preguntó Mariana.

—¿Has concluído?

—No.

—Mira — expresó Guillermo metiéndose las manos en los bolsillos —; te compro en un escudo lo que todavía tienes que decir..., con tal que no lo digas.

—¡Y qué! ¿Te asiste motivo alguno de queja contra el Parisiense?

—¿Aceptas? — repuso Guillermo sacando la moneda.

—Un joven elegante — prosiguió la anciana con la terquedad de que Francisco, al beber a su salud, le había deseado que se corrigiera.

—Demasiado — replicó Guillermo.

—Rico — insistió Mariana.

—Con exceso.

—Galante,

—Hasta con exceso, ¡voto a Satanás! Y que podría costarle caro.

—No te comprendo.

—Tanto me da; basta que yo me entienda.

—Al menos estarás de acuerdo en que sería un excelente partido para Catalina.

—¿Para Catalina? — repuso Guillermo —; ante todo hay que decir que para Catalina no hay nada suficientemente bueno.

—Sin embargo, todavía está para casar — arguyó Mariana haciendo con la cabeza un movimiento desdeñoso.

—¡Qué! ¿Vas a decir que no es hermosa?

—¡Jesús! — exclamó la anciana —; ¡es hermosa como la luz del día!

—¿Que no es pura?

—Como la Virgen.

—¿Que no es rica?

—Con el permiso de Bernardo, va a poseer la mitad de nuestros bienes.

—¡Oh! — exclamó Guillermo riendo silenciosamente —, nada temas, Bernardo no le negará el permiso.

—Ya lo sé, pero no todo termina aquí — expresó Mariana moviendo la cabeza.

—¿Qué más hay?

—El asunto de la religión — dijo Mariana dando un suspiro.

—¡Ah! sí, porque Catalina es protestante como su padre... La canción de siempre.

—¡Caramba!, ¿te parece a ti que hay mucha gente que vería con gusto entrar una hereje en su familia?

—¿Una hereje como Catalina? Entonces yo opino completamente lo contrario que los demás, pues todas las mañanas doy gracias a Dios porque la niña forme parte de la nuestra.

—Entre herejes no hay diferencia alguna — replicó Mariana con seguridad digna de un teólogo del siglo XVI.

—¿Y qué sabes tú?

—El señor obispo de Soissons dijo en su último sermón que todos los herejes estaban condenados.

—¡Bah!, me importa tanto lo que dice el obispo de Soissons, como esta ceniza que arrojo al suelo — repuso Guillermo sacudiendo la del tabaco de su pipa —. ¿Acaso el padre Gregorio no nos ha dicho en su último sermón, y en todos los sermones que nos ha echado, que los que tienen buen corazón son elegidos?

—Sí — contestó la anciana con obstinación —, pero el obispo, como obispo, debe saber más que el padre Gregorio, que no es más que un simple cura.

—Ea, ¿has dicho ya cuanto tenías que decir? — inquirió Guillermo, que había vaciado y llenado otra vez su pipa, y al parecer anhelaba fumarla con tranquilidad.

—Sí, lo cual no obsta para que yo quiera con toda mi alma a Catalina

—Lo sé.

—Como si fuera hija mía.

—No lo pongo en duda.

—Y si alguien me hablara mal de ella, o intentara ocasionarle el más leve disgusto, ya me oiría.

—¡Bravo! Ahora escucha un consejo: ya has hablado bastante; no vuelvas a soltar la lengua hasta que yo te interrogue, o ¡voto a Satanás!...

—Precisamente porque amo a Catalina tanto como a Bernardo, he hecho lo que hecho — prosiguió Mariana, que, al igual que madama de Sevigné, parecía haber guardado para la *posdata* lo más interesante.

—¡Por Dios santo! — exclamó Guillermo casi asustado — ¿Conque no te has contentado con hablar, sino que a las palabras has añadido las obras? Vamos a ver, ¿qué hiciste?

Y Guillermo, metiéndose de nuevo su pipa no encendida, pero llena hasta rebosar, entre los dientes que le servían de tenazas, cruzó los brazos y se dispuso a escuchar.

—Porque, ya ves tú, si Bernardo pudiera casarse con la señorita Eufrosina, y con Catalina el Parisiense... — continuó Mariana, cortando la frase con una habilidad de que la hubieran creído incapaz.

—Pero, en definitiva, ¿qué hiciste? — preguntó Guillermo, que al parecer no estaba dispuesto a dejarse sorprender por los artificios del lenguaje.

—Entonces te verías constreñido a confesar que no soy una tórtula, una oca, o una grulla.

—¡Oh!, en cuanto a eso, lo reconozco desde luego; las tórtolas, las ocas y las grullas son aves de paso, en tanto que tú hace veinte años que me estás quemando la sangre. Vamos, acaba de una vez. ¿Qué hiciste?

—Al darme el señor alcalde la enhorabuena por mis guisos, le dije: "Pues mire usted, señor alcalde, mañana se celebra en mi casa fiesta doble: fiesta por ser la de Corcy, parroquia a la cual pertenecemos, y fiesta por el retorno de mi sobrina Catalina... Venga, pues, a comer con nosotros, y traiga a la señorita Eufrosina y al señor Luis Chollet; y si hace buen tiempo, luego de comer, nos iremos juntos a dar una vueltecita por la feria".

—Y el alcalde ha aceptado, ¿no es eso? — repuso Guillermo cerrando con tal fuerza las mandíbulas, que hizo crujir el tubo de su pipa y lo acortó dos centímetros.

—Con la mayor naturalidad del mundo.

—¡Ah vieja cigüeña! — exclamó con desesperación el jefe de guardabosques—; sabes que no puedo ver al alcalde ni en pintura; que oír a la gazmoña de Eufrosina me revienta; que olfateo al Parisiense a una legua de distancia, y no obstante los convidas a comer en mi casa, y para colmo, en día de fiesta.

—En definitiva, están convidados — repuso Mariana, satisfecha de haber declarado la mala acción que la tenía atragantada.

—Ya, ya he oído — exclamó Guillermo, completamente enojado.

—No puedo volver atrás la palabra, ¿verdad que no?

—Por desgracia, pero ya sé quién digerirá mal la comida, o mejor dicho, quién no la digerirá... ¡Adiós!

—¿Adónde vas? — preguntó Mariana.

—He oído el disparo de la escopeta de Francisco; voy a ver si el jabalí está muerto.

—¡Escucha! — dijo Mariana con acento de súplica.

—No escucho nada.

—Si he obrado mal... — prosiguió la anciana juntando las manos.

—Mal, muy mal.

—Perdóname, Guillermo, me ha guiado una buena intención.

—El infierno está construído con ellas.

—¡Escucha!

—¡Acaba, o de lo contrario!... — exclamó Guillermo levantando la mano.

—¡Oh! — profirió Mariana con ademán sumiso y emocionado —, no quiero que te vayas así, que te separes de mí encolerizado, porque, sobre todo a nuestra edad, no sabemos si al separarnos volveremos a vernos.

Guillermo vió las lágrimas de su esposa y como el llanto era rarísimo en su casa, encogió los hombros, y acercándose a aquélla le dijo con voz colérica:

—¡Tonta! No estoy irritado contra ti, sino contra el alcalde.

—¡Ah! — murmuró la anciana.

—Bueno, dame un abrazo — prosiguió Guillermo estrechando a Mariana contra su pecho, pero levantando la cabeza para no comprometer su pipa.

—Sí —murmuró Mariana, que no se sentía aún satisfecha—, pero tú me has llamado vieja cigüeña.

—¿Y qué? —repuso Guillermo—; ¿acaso la cigüeña no es de buen agüero? ¿No trae la dicha en las casas donde hace su nido? Pues bien, tú has labrado tu nido en esta casa, y llamas sobre ella la ventura. Esto es lo que quería decir.

—¡Oíste! ¿Qué es eso? —exclamó Mariana.

—En efecto, el ruido de una calesa que acababa de detenerse ante la puerta de la Casa Nueva distrajo al matrimonio, y casi al mismo tiempo se oyó una voz fresca y alegre que decía:

—¡Padre Guillermo! ¡Madre Mariana! Soy yo, soy yo

Y una hermosa joven de diecinueve años puso el pie en el estribo de la calesa, se apeó con rapidez y penetró en la casa.

—¡Catalina! —exclamaron a la vez el anciano guardabosques y su esposa, saliendo al encuentro de la recién llegada con los brazos abiertos.

VIII

EL REGRESO

Efectivamente, la que acababa de llegar era Catalina Blum, que regresaba de París.

Ya dijimos que Catalina era una hermosa joven de diecinueve años, esbelta y flexible como un junco, tipo encantador de la dulzura alemana.

De cabellera rubia, ojos azules, labios rojos, dientes blancos y mejillas aterciopeladas, semejaba una de esas ninfas de los bosques a las cuales los griegos llamaban Glicerea o Aglae.

El primero a quien abrazó Catalina fué al tío Guillermo, quizá porque su instinto le hacía vislumbrar que era el anciano el que sentía por ella mayor simpatía. Luego abrazó a Mariana.

Mientras Catalina acariciaba a su madre adoptiva, el viejo guardabosques miraba a su alrededor, admirado de que Bernardo no estuviera presente.

Durante algunos segundos no se oyeron más que palabras entrecortadas por la emoción; pero casi a la vez se oyeron también gritos acompañados de toques de caza: eran Francisco y sus compañeros, que regresaban vencedores con aquel nuevo jabalí de Calidón.

Por un segundo estuvo Guillermo indeciso entre si abrazaría nuevamente a su sobrina o le pediría noticias, y la curiosidad de ver el animal, ya que los gritos y los toques de las cornetas de caza no le permitían dudar de que aquél estaba en el camino del saladero.

Pero en el preciso instante en que el tío Guillermo se decidía por el jabalí, los cazadores aparecieron en el umbral, y entraron llevando la bestia suspendida de un palo por las patas.

La presencia de los recién llegados distrajo momentáneamente de Catalina a Guillermo y a su mujer; mientras que, al contrario, aquéllos, al ver a la joven, la aclamaron.

Sin embargo, conviene decir que, pasado el primer momento de curiosidad, luego que el tío Guillermo examinó la antigua y la nueva herida, y felicitó a Francisco, que a sesenta pasos había derribado al jabalí como un conejo; cuando, en fin, hubo recomendado que pusieran aparte la asadura, e invitado a cada uno de los guardas a que, en equitativa proporción, tomaran una parte de la bestia, el jefe de guardabosques volvió a dedicar toda su atención a la recién llegada.

Francisco, por su parte, satisfecho de ver nuevamente a Catalina, por la que sentía un gran afecto, declaró que creía haber hecho lo bastante en provecho de todos matando al jabalí y que, a fin de consagrar a la señorita Catalina el tiempo de que podía disponer, dejaba a sus compañeros el cuidado de despedazar a la víctima.

De lo cual resultó que la conversación, apenas iniciada a la llegada de Catalina, se reanudó diez minutos después.

Por lo demás, fué el tío Guillermo quien ordenó un tanto la charla.

—¿Cómo es que llegas tan temprano y por el camino de Ferté-Milón, querida hija mía? —preguntó a su sobrina el viejo guardabosques, que había advertido que aquélla, en vez de venir por la carretera, acababa de efectuarlo por el camino de Fleury.

Al oír tal pregunta, Francisco prestó atención, pues le extrañaba que Catalina no hubiese llegado por la carretera de Goudreville.

—Es cierto —expresó Mariana—, ¿cómo es que viniste por Fleury, y en vez de llegar a las diez lo hiciste a las siete?

—Van ustedes a saberlo —respondió la joven—; pues que en lugar de venir en la diligencia de Villers-Cotterets, lo hice en la de Maux y de Ferté-Milón, que sale de París a las cinco, o sea, cinco horas más temprano que la primera.

—¡Ah!, ¡y qué chasco se habrá llevado el Parisiense! —dijo Francisco para sus adentros y con visible satisfacción.

—¿Y por qué has tomado ese camino? —preguntó Guillermo, que no admitía que uno dejase la línea recta por la curva, e hiciese veinte kilómetros más sin necesidad.

—Porque estaban ocupados todos los asientos de la diligencia de Villers-Cotterets —respondió Catalina, sonrojándose de su mentira, por más que fuese inocente.

—¡Oh, ángel de Dios! —dijo Francisco en voz baja—, has tenido una idea que Bernardo te agradecerá en el alma.

—¿Pero no la ves? —expresó Mariana, pasando del conjunto al pormenor—, no te fijas en lo que ha crecido.

—¡Medio metro, lo menos! — repuso Guillermo encogiéndose de hombros.

—Fácil es averiguarlo — prorrumpió la anciana con la obstinación natural a su carácter —; al partir la medí; la señal está marcada en el marco de la puerta. Mírala, aquí está. Ven, Catalina.

La joven se encaminó sonriendo a la puerta y se arrimó a *su marca*, que desapareció tras su cabeza.

—¿Qué tal? ¡Cuando yo decía! ¡Más de una pulgada! — exclamó Mariana en son de triunfo.

—No es medio metro ni mucho menos, pero no importa — repuso el anciano.

Catalina, satisfecha de haber accedido a los deseos de su tía, se sentó de nuevo al lado del anciano guardabosques, que le preguntó:

—¿Así pues, has viajado toda la noche?

—Sí, señor, toda la noche — respondió la joven.

—¡Pobrecita! — exclamó Mariana —; debes de tener los huesos molidos, y además tendrás mucha hambre... ¿Qué quieres?, ¿café, vino, sopa? Café te sentará mejor... Voy a preparártelo. Bueno, ahora no sé qué he hecho de mis llaves — prosiguió la anciana registrándose los bolsillos —. ¿Dónde están mis llaves? Pues las he perdido. Aguarda, aguarda.

—Pero, madre — expresó la joven —, ya le dije que no necesito nada.

—¡Que no necesitas nada luego de haber pasado una noche en diligencia y en calesa! ¡Caramba!, si a lo menos supiera dónde están mis llaves — añadió Mariana.

Y la buena mujer desapareció corriendo.

—¡Por fin! — dijo Guillermo siguiendo con la mirada a su compañera —; te aseguro yo que tienes un soberbio molino para moler el café si te sirves del mismo con que mueles tus palabras.

—¡Padre! — exclamó Catalina, dando rienda a su ternura para con el anciano guardabosques y no temiendo ya despertar los celos de Mariana —, figúrese que ese maldito postillón me ha aguado toda mi alegría marchando al paso y empleando tres horas desde Ferté-Milón aquí.

—¿Y qué mayor alegría querías darte, o más bien darnos a nosotros, ángel mío?

—Yo hubiera deseado llegar a las seis de la mañana, entrar en la cocina sin decir una palabra, y cuando usted hubiese llamado a madre para que le sirviera el desayuno, presentárselo yo misma, diciéndole, como en otro tiempo: "Aquí está, padre".

—¿Eso querías hacer, vida mía? — preguntó emocionado el tío Guillermo —. Deja que te abrace como si realmente lo hubieras efectuado... ¡Malhaya el postillón! Supongo que no le habrás dado propina.

—Tal era mi intención; mas por desgracia ya no tiene remedio.

—¿Cómo no tiene remedio?

—¡Ah!, cuando he visto a lo lejos blanquear la querida casa de mi niñez, lo he olvidado todo, y sacando de mi bolsillo una moneda se la di al conductor, diciendo: "Tome usted, y que Dios lo bendiga".

—¡Oh, pequeña mía! ¡Mi adorada! — exclamó Guillermo.

—Pero, dígame, padre — expresó Catalina, la cual, desde su llegada había estado buscando a alguien con los ojos y no se sentía ya con suficiente valor para continuar esta muda y estéril investigación.

—¿Verdad que te admira? — preguntó Guillermo comprendiendo la causa de la inquietud de la joven.

—Me parece... — murmuró Catalina.

—Que el que debía encontrarse aquí el primero no ha comparecido — dijo el anciano.

—¡Bernardo!

—Sí, pero tranquilízate; hace poco estaba aquí y no puede andar muy lejos... Me llego en un segundo al Salto del Ciervo; desde allí descubriré hasta más allá de dos kilómetros de distancia la carretera, y si lo veo le haré seña de que venga inmediatamente.

—¿Luego, usted sabe dónde está?

—No — respondió Guillermo —; pero si está muy lejos de aquí, conocerá la manera de llamarle.

El anciano guardabosques, que, al igual que Catalina, no podía concebir que Bernardo no estuviera presente, salió de su casa y se encaminó apresuradamente hacia el Salto del Ciervo.

Catalina, tan pronto se quedó a solas con Francisco, que, como hemos visto, apenas había hablado durante la precedente escena, se acercó al joven y fijando en él una mirada escrutadora, le preguntó:

—¿Y tú sabes dónde está?

—Sí — respondió Francisco.

—¿Dónde?

—En el camino de Goudreville.

—¿En el camino de Goudreville? ¡Oh, Dios mío! — exclamó la joven.

—Ha salido a su encuentro — continuó Francisco, recalcando sus palabras para darles toda la importancia que realmente encerraban.

—¡Dios mío! — repitió Catalina con emoción cada vez mayor —, gracias por haberme inspirado que viniera por Ferté-Milón, en vez de hacerlo por Villers-Cotterets.

—Silencio, aquí está la señora Mariana — dijo Francisco —. Bueno, ahora se ha olvidado el azúcar.

—Mejor — repuso la doncella.

Luego, y dirigiendo una mirada a la tía Watrín, que después de haber puesto la taza de café en el borde del aparador de nogal, se alejaba rápidamente para ir a buscar el azúcar, se acercó al joven, y asiéndole una mano, le dijo:

—Hazme un favor, Francisco.

—¿Uno tan solo? Disponga de mí en todo momento.

—Pues bien, amigo mío, ve a su encuentro y dile que he llegado por Ferté-Milón.

—¿Nada más? — preguntó Francisco tomando empuje para salir corriendo por la puerta de la carretera.

—Por ahí no — repuso Catalina sonriendo y deteniéndole.

—Tiene razón; soy un bestia. El viejo gruñón me vería y me preguntaría adónde voy.

Así que Francisco, en lugar de salir por la puerta que daba a la carretera, lo efectuó por una ventana que miraba al bosque.

Ya era tiempo: Mariana entraba trayendo el azúcar.

—Ahora sí que estamos arreglados — murmuró Francisco aludiendo a la anciana y haciendo, antes de desaparecer al través de los árboles, una seña a Catalina, como diciéndole: tranquilícese; dentro de poco se lo traigo.

En efecto, Mariana entró, echó azúcar en el café, y presentó la taza a Catalina: manifestando:

—Vamos, toma el café...; pero aguarda, tal vez esté demasiado caliente... Voy a enfriarlo.

—Gracias, madre — repuso Catalina sonriendo y tomando la taza —, yo lo enfriaré.

Mariana contempló a la joven con ternura no exenta de admiración, juntando a la vez las manos y moviendo alegremente la cabeza. Luego le preguntó:

—Dime, ¿te ha costado mucho decir adiós a la gran villa?

—No, a nadie conozco en ella — respondió Catalina.

—¡Cómo!, ¿no has echado de menos los teatros y paseos?

—Nada absolutamente, madre.

—¿Luego no sentías afecto por nadie en París?

—Por nadie.

—Mejor, porque yo tengo un plan para tu bienestar — murmuró la anciana, persistiendo en su idea tan mal acogida una hora antes por Guillermo.

—¿Para mi bienestar?

—Sí; Bernardo, como sabes...

—¡Oh, querida madre! — exclamó la joven radiante de alegría e interpretando mal este comienzo.

—Pues, bien, Bernardo...

—¿Bernardo? — repitió Catalina, dudando ya.

—Como te iba diciendo — continuó Mariana confidencialmente —, Bernardo ama a la señorita Eufrosina.

Catalina dió un grito, se puso horrorosamente pálida, y con voz trémula balbuceó:

—¡Que Bernardo ama a la señorita Eufrosina! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué está usted diciendo, madre!

Y dejando sobre la mesa la taza de café apenas probada, la joven cayó en una silla.

Cuando la tía Mariana se aferraba a una idea, tenía la ceguera voluntaria de la gente testaruda, es decir, que no veía más que la suya.

—Pues, sí — prosiguió la anciana —; Bernardo ama a la señorita Eufrosina, y ella le corresponde; no hay más que decir: "Consiento", y asunto concluído.

Catalina exhaló un suspiro y con el pañuelo se enjugó el sudor que le bañaba la frente.

—Lo único que hay es que mi marido se opone enérgicamente a tales amores.

—¿De veras? — inquirió la joven reanimándose un poco.

—De veras; sostiene que lo que yo termino de decirte no es cierto, que soy ciega como un topo, y que Bernardo no ama a la señorita Eufrosina.

—¡Ah! — repuso Catalina suspirando, pero ahora con cierto alivio.

—Esto es lo que sostiene Guillermo..., y dice que de ello está segurísimo.

—¡Querido tío! — murmuró la joven.

—Pero, gracias a Dios, ahora estás tú aquí y me ayudarás a persuadirle.

—¿Yo?

—Y cuando te cases — continuó la anciana —, procura siempre mantener tu autoridad sobre tu marido; de lo contrario te pasará lo que a mí me está pasando.

—¿Lo que a usted le pasa?

—Sí; quiero decir que en tu casa serás un cero a la izquierda.

—¡Madre! — exclamó la muchacha fijando los ojos en el cielo con inefable expresión de súplica —, al fin de mi vida diré que Dios me ha colmado de beneficios si me concede una existencia parecida a la de usted.

—¡Oh!, ¡oh!

—No se queje. ¡Mi tío la ama a usted tanto!

—Sí, es verdad, pero... — repuso la anciana sin saber qué decir.

Catalina se levantó y dió un paso hacia la escalera.

—¿A dónde vas? — preguntó Mariana.

—A mi cuarto.

Catalina subió pausadamente la escalera, cuyos escalones de madera crujían bajo sus ligeros y diminutos pies, y en el momento de entrar en su cuarto exhaló un profundo suspiro que, llegando a oídos de Mariana, hizo que ésta mirara a su sobrina con extrañeza y empezara a vislumbrar la verdad.

Es indudable que la anciana, que era tarda en pasar de una idea a otra, habría permanecido absorta en busca del punto luminoso que nacía en el fondo de su cerebro, si a espaldas de ella no hubiera resonado una voz que dijo:

—¿Qué hay, tía Watrín?

Mariana volvió el rostro y vió a Mateo Goguelue, envuelto en un mal capote que tenía la pretensión de haber sido, en otro tiempo, una librea.

—¡Ah!, ¿eres tú, pícaro? — gruñó Mariana.

—Gracias — repuso Mateo quitándose su sombrero, en el que se estaba ennegreciendo un viejo galón de oro falso —; pero observe que desde hoy sustituyo al viejo Pedro, y que estoy al servicio del señor alcalde: así que insulta al alcalde quien me insulta a mí.

Cuenta clara



—Bueno: dile a tu amiga Rosa, que le diga a su amiga Ofelia, que le diga a su amiga Sussy que traiga una amiga.

—Bueno..., ¿y qué te trae por aquí?

—Vengo para decirle que pronto va a llegar en calesa la señorita Eufrosina acompañada de su señor padre.

—¿En calesa? — exclamó la esposa del tío Guillermo toda llena de vanidad porque iba a recibir la visita de gentes que llegaban en calesa.

—¡Dios mío! — gritó Mariana —, ¿y dónde están?

—El señor alcalde y el tío Guillermo están hablando de sus asuntos.

—¿Y la señorita Eufrosina?

—Mírela — respondió Mateo...

Y entrando de lleno en el ejercicio de sus funciones, anunció:

—La señorita Eufrosina Raisín, hija del señor alcalde de la villa.

IX

Eufrosina

La joven que acababa de ser tan pomposamente anunciada entró majestuosamente en la morada del tío Guillermo, con ese gesto de quien dispensa un gran honor al visitarla.

Eufrosina era hermosa, pero tan excesivamente orgullosa, que la tornaba antipática.

Además, en su vestido ostentaba la exagerada profusión de adornos que es característica de las provincianas.

Eufrosina entró, y buscando evidentemente a dos personas ausentes, Bernardo y Catalina, paseó una mirada a su alrededor.

Mariana quedó como deslumbrada ante aquella belleza resplandeciente que tan de mañana se presentaba en su casa. Luego acercó apresuradamente una silla a la hermosa visitante, y con voz pletórica de gozo exclamó:

—¡Oh, mi querida señorita!

—Buenos días, mi querida señora Watrín — manifestó con gesto de protección Eufrosina y dando a entender con una seña que prefería permanecer en pie.

—¡Usted!, ¡usted por aquí tan temprano! — prosiguió Mariana —. Pero siéntese. Todavía no la esperaba.

—Usted dispense — repuso Eufrosina —, pero cuando se aprecia a la gente...

—¡Qué bondadosa es usted! En verdad, estoy toda desconcertada.

—¡Bah! — dijo la joven haciendo a un lado el velo y dejando al descubierto un tocado de corte —, ya sabe usted que no soy amiga de los cumplidos, y en prueba de ello, vea usted mi traje.

—Lo que veo — expresó la tía Watrín deslumbrada — es que usted es hermosa como un ángel. Míreme a mí cómo estoy..., pero no tengo yo la culpa si todavía no me he arreglado: esta mañana ha llegado de París nuestra hijita.

—¿Se refiere a su sobrina, la pequeña Catalina? — preguntó con displicencia Eufrosina.

—Sí.

—Le diré que la quiero mucho yo a su sobrina — repuso la hija del alcalde.

—A lo cual corresponde ella también — manifestó la anciana.

—¡Qué tiempo más malo! — continuó Eufrosina, pasando de ese tema a otro. ¿Quién diría que estamos en mayo?

Luego y como incidentalmente, añadió:

—A propósito, ¿dónde está Bernardo? Probablemente de caza. ¿Es verdad que el inspector les concedió a ustedes el permiso correspondiente para matar un jabalí en celebración de la fiesta de Corcy?

—Sí, es verdad, y también con motivo de la llegada de mi sobrina.

—¡Ah!, ¿usted cree que al inspector le importa algo la llegada de Catalina?

Al pronunciar estas palabras, la hija del alcalde hizo una mueca que quería decir: "Es menester que su inspección le ocupe muy poco para que le quede tiempo de pensar en tales niñerías".

La anciana sintió instintivamente la insidia de Eufrosina, y aferrándose al tema de la conversación que ella presentía debía ser más agradable a la joven, dijo:

—¿Preguntaba usted por Bernardo? Si quiere que le hable con franqueza, no sé dónde anda. Ya debería de estar aquí... Dime tú, Mateo, ¿sabes dónde está mi hijo?

—¿Yo? — respondió Goguelue —, ¿cómo quiere usted que lo sepa?

—Ya sé yo dónde estará: con su prima — prorrumpió con ironía Eufrosina.

—No, esto sí que se lo aseguro — dijo la anciana con viveza.

—¿Y qué tal? ¿Se ha puesto muy linda Catalina? — preguntó la señorita Raisin.

—¿Quién, mi sobrina?... Sí, es una muchacha pasajera — respondió la anciana.

—Celebro que haya vuelto — continuó Eufrosina tomando de nuevo su tono protector —. ¡Con tal que en París no haya adquirido los hábitos superiores a su posición!

—No hay temor. Ya sabe usted que mi sobrina fué a la capital para aleccionarse en corte y confección.

—¿Y usted cree que no habrá aprendido nada más en París? ¡Mejor!...; pero ¿qué le pasa, señora Watrín? Parece que está inquieta.

—No vale la pena, señorita... Sin embargo, si usted no halla inconveniente, llamaré a Catalina para que le haga compañía mientras yo preparo alguna cosita

—Como mejor le parezca — contestó Eufrosina con un dejo lleno de dignidad —. Por mi parte, me agradará muchísimo el verla.

No bien Mariana hubo recibido esta autorización, cuando volviéndose hacia la escalera, prorrumpió a voz en cuello:

—¡Catalina! ¡Catalina!, ¡baja corriendo, hija mía! ¡Aquí está la señorita Eufrosina!

La sobrina del anciano guardabosques apareció en lo alto de la escalera.

—¡Baja, baja, hija mía! — repitió Mariana.

Catalina bajó silenciosamente.

—Ahora, con su permiso... — expresó Mariana volviéndose hacia la hija del alcalde.

—Vaya, vaya.

Y Eufrosina lanzó de soslayo una mirada a Catalina, mientras la tía Watrín se retiraba.

—Es más que pasajera la chica — dijo para sí la hija del alcalde —. ¿Dónde tendrá los ojos la tía Watrín?

Entretanto, Catalina avanzó hasta donde estaba Eufrosina, y dijo:

—Perdone, señorita, pero ignoraba que usted estuviese aquí; de lo contrario me habría apresurado a bajar a saludarla.

—¡Oh! — murmuró Eufrosina hablando consigo misma y no obstante en voz bastante elevada para que Catalina no perdiese una sílaba de su monólogo... *se habría apresurado usted a bajar... a saludarme...*; en verdad es una parisiense hecha y derecha, y será menester casarla con el señor Chollet; formarán buena pareja.

Luego, dirigiéndose hacia Catalina, añadió con cierta ironía:

—Señorita, tengo gran placer en verla.

—¿Quiere usted que le sirva algo? — preguntó Catalina haciendo caso omiso de la intención malévola de la hija del alcalde.

—No, gracias.

Luego, como quien desea establecer diferencias sociales, preguntó:

—¿Trajo nuevos modelos de París?

—Durante el mes anterior he procurado reunir lo más nuevo, señorita — respondió Catalina Blum.

—¿Ha aprendido usted también a arreglar sombreros y papalinas?

—Sí.

—¿En qué casa estaba? ¿En la de madama Baudrand o en la de madama Barenne?

—No, estaba en una casa más modesta; sin embargo, creo que sabré desempeñar satisfactoriamente mi cometido.

—Veremos, veremos — repuso Eufrosina tomando de nuevo su ademán protector —. En cuanto esté instalada en su tienda de la plaza de la Fuente, le enviaré algunas papalinas viejas para que las arregle y un sombrero del año pasado para que lo recomponga.

—Gracias — dijo Catalina.

Pero de improviso, la joven miró hacia la puerta y se estremeció. Parecióle haber oído pronunciar su nombre.

En efecto, una voz bien querida por ella gritaba desde fuera y acercándose con rapidez:

—¡Catalina!... ¿Dónde está Catalina?

Al mismo tiempo entró volando en la casa Bernardo, cubierto de polvo y con la frente inundada de sudor.

—¡Ah! — exclamó el joven al ver a su prima, con el ansia del que ha estado largo tiempo sumergido y al volver a la superficie recobra la respiración, ¡ah!, ¿eres tú? ¡Por fin!

Y asió las manos de Catalina.

—¡Bernardo!, ¡querido Bernardo! — repuso la joven.

Al oír el grito de su hijo, Mariana se precipitó en la estancia, y al ver a un lado, de pie, a la señorita Eufrosina, con el rostro contraído, y al otro a Bernardo y Catalina entregados por entero a su dicha, comprendió su error respecto a los afectos amorosos de su hijo para con la hija del alcalde, y herida en su amor propio al ver su perspicacia tan completamente contrariada, exclamó:

—¡Bernardo!, ése es el modo de portarse?

Pero el joven, sin escuchar a su madre, y sin ver a Eufrosina, dijo:

—¡Ah, Catalina!, ¡si supieras cuánto he sufrido!... Creí..., temí...; pero nada, ahora estás entre nosotros. Has vuelto por Meaux y Ferté-Milón, ¿no es cierto? Ya lo sé, Francisco me lo acaba de decir. ¡De manera que has viajado durante toda la noche y quince kilómetros en calesa! ¡Pobrecita! ¡Qué gozo el mío! ¡Qué dicha al verte de nuevo!

—¡Pero, muchacho — repitió Mariana con indignación —, ¿no ves que está aquí la señorita Eufrosina?

—¡Ah!, dispense, señorita — dijo Bernardo levantando la cabeza y fijando una mirada lle-

na de extrañeza en la joven —; usted dispense, señorita, no la había visto. Estoy a sus órdenes.

Y acercándose de nuevo a su prima, añadió:

—¡Estás más alta! ¡Y más hermosa! Mírela, madre, mírela.

—¿Ha cazado usted algo? —preguntó Eufrosina.

La voz de la hija del alcalde llegó a oídos de Bernardo como un sonido vago, del que no obstante captó el sentido.

—¿Yo? No..., sí..., no sé. ¿Quién ha cazado? Perdone, señorita, pero estoy tan contento que no sé lo que digo. Lo que yo hice fué salir al encuentro de mi prima.

—Por lo que se ve, no la encontró —repitió Eufrosina.

—No, afortunadamente — exclamó Bernardo.

—¿Afortunadamente, dice?

—¡Oh!, sí señorita!; y lo que es esta vez sé lo que digo.

—Si sabe usted lo que dice — prorrumpió Eufrosina, tendiendo el brazo como para buscar un apoyo — yo no sé lo que me pasa..., no me encuentro bien.

Pero Bernardo estaba tan absorto en Catalina, y ésta con él, que no oyó lo que dijo la hija del señor Raisín, ni vió la palidez ni el temblor de la joven.

No así la tía Mariana, que no perdía de vista a Eufrosina.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Bernardo! —gritó la buena mujer —, ¿no has oído que la señorita se encuentra mal?

—Es posible —respondió Bernardo —; aquí hace mucho calor. Madre, déle el brazo a la señorita Eufrosina, y tú, Francisco, saca afuera una silla.

—Aquí está el sillón —dijo Francisco.

—No, no será nada —expresó Eufrosina.

—Sí —insistió la tía Watrín —; está muy pálida, señorita; parece que va a desmayarse.

—Lo que la señorita necesita es aire, mucho aire —repuso Bernardo.

—Si al menos me diese usted el brazo —dijo Eufrosina al hijo del tío Guillermo, con gesto de languidez.

—¡Cómo no, señorita! —repuso Bernardo, que vió que no era posible evadir el compromiso —, con sumo placer.

Y dirigiéndose a su prima, añadió en voz baja:

—Quédate aquí, vuelvo al instante.

—Luego dió el brazo a Eufrosina, y haciéndola andar a prisa, repuso:

—Venga, señorita, venga usted.

Francisco, por su parte, y obedeciendo la orden que recibiera, los siguió diciendo:

—Aquí está el sillón.

—Voy por vinagre para frotarle las sienes, señorita —añadió Mariana desapareciendo.

Catalina se quedó sola.

Cuanto acababa de pasar había hablado con más elocuencia a los ojos y, sobre todo, al corazón de la joven, que pudieran haberlo hecho todas las explicaciones y todos los juramentos del mundo.

—Ahora —dijo para sí Catalina — puede mi madre hablar cuanto quiera, estoy completamente tranquila de mi Bernardo.

Apenas hubo la joven formulado este pensamiento, cuando éste entró de nuevo y la abrazó. Al mismo tiempo, Francisco cerraba la puerta por la parte de afuera, aislándoles con su amor y su dicha.

—¡Oh! Catalina —exclamó —; ¡cuánto te amo!; ¡qué dicha la que siento!

Catalina inclinó la cabeza, y ambos jóvenes se besaron apasionadamente.

Los dos lanzaron a un tiempo un suspiro de gozo, y, con los ojos velados, permanecieron tan absorto en su dicha, que no vieron aparecer la rencorosa cabeza de Mateo por la entornada puerta de la cocina, ni lo oyeron decir con voz rencorosa:

—¡Ah!, señor Bernardo. Usted me dió una bofetada, pero le va a salir muy cara.

X

SUEÑOS DE AMOR

Una hora después ya los enamorados habían desaparecido, y en la Casa Nueva veíanse ahora dos hombres encorvados sobre un plano del bosques de Villers-Cotterets, los cuales estaban trazando un contorno que uno de ellos tenía gran tendencia a ensanchar, mientras el otro, a cada instante, le indicaba cuáles eran los límites correspondientes.

Aquellos dos hombres eran Anastasio Raisín, alcalde de Villers-Cotterets, y Guillermo Watrín, nuestro antiguo amigo.

Los límites que el tratante en maderas estaba empeñado en ensanchar, y que el jefe de guardabosques restringía despiadadamente a la línea trazada por el compás del inspector, eran los de la *tala* comprada por el alcalde Raisín en la última adjudicación.

Por fin el tío Guillermo movió la cabeza en señal de asentimiento, y sacudiendo la ceniza de su pipa, dijo al tratante en maderas:

—¿Sabe usted que es un hermoso lote, y sobre todo muy barato?

—¿Barato, 100.000 pesos? —inquirió Raisín irguiéndose a su vez —. Al parecer, le cuesta muy poco ganar dinero.

—Ha acertado usted, señor —replicó el anciano con ironía —. Con cuatrocientos cincuenta pesos al año, casa, calefacción, un par de conejos todos los días y en los de gran fiesta un pedazo de jabalí, hay para hacerse millonario, ¿verdad?

—¡Bah! —repuso el alcalde mirando de hito en hito a su interlocutor y animando los labios con esa sutil sonrisa de los comerciantes —, siempre está uno a tiempo de hacerse millonario cuando quiere... por supuesto, relativamente hablando.

—Entonces déme usted la clave —dijo Gui-

Le interesaba



—Le doy veinte pesos por el muñeco de la vidriera.

—Este... ése no se vende, señora. Lo tengo empleado.

—¡Cómo! ¿No anuncia usted que vende todo?

llermo —; le aseguro que me proporcionará un alegrón.

El tratante en maderas miró de nuevo al guardabosques; luego, como si hubiese juzgado que todavía no era tiempo de hacer semejante confidencia, exclamó:

—Después de haber comido, en un *tête-a-tête*, con el vaso en la mano y bebiendo a la salud de nuestros hijos respectivos, y si se presenta oportunidad, haremos negocio, ¿oye usted, tío Guillermo?

El anciano miró a su vez a Raisín cerrando los labios y moviendo la cabeza; y era bastante difícil adivinar lo que iba a replicar a la casi confidencia del alcalde, cuando Mariana entró toda despavorida y diciendo:

—¡Oh!, señor alcalde, ¡qué desgracia!

—¿Qué ocurre, tía Watrín? —preguntó Raisín con cierta ansiedad.

En cambio el guardabosques Guillermo, habituado a las exageraciones de su mujer, pareció menos impresionado que su huésped, el tratante en maderas.

—¿Pero qué pasa? —repitió el alcalde.

—¿Qué hay? —preguntó, a su vez, Guillermo.

—Quela señorita Eufrosina está indispuesta.

—¡Bah!, no será nada —dijo Raisín, que probablemente conocía a su hija tanto como Guillermo a su esposa.

—¡Miren la gazmoña! —murmuró el viejo guardabosques; el cual parecía haber hecho una apreciación bastante exacta de los méritos que adornaban a la señorita Eufrosina.

—Es que está empeñada en volverse a la ciudad— continuó Mariana.

—Bien, bien —repuso Raisín —, ¿está aquí el señor Chollet? Si está, que la acompañe.

—Todavía no lo hemos visto, y a juicio mío esto es lo que ha agravado la dolencia de la señorita.

—¿Dónde está Eufrosina? —preguntó el alcalde.

—Está en la calesa y pide que usted la acompañe.

—Todo sea por Dios — dijo el alcalde —. Hasta la vista, tío Guillermo, tenemos que hablar largo y tendido. Voy a conducir a mi hija, y como los caballos son buenos, dentro de una hora estoy de vuelta, y si es usted buen muchacho...

—¿Si soy buen muchacho? —repitió el anciano.

—Bueno, vengan esos cinco, y no digo más... Hasta la vista, tío Guillermo; hasta la vista, tía Mariana, y sobre todo cuidado con el guiso de pollo y no se quejará usted del regalo.

Raisín se encaminó a la puerta seguido de Mariana, que se deshacía en cumplidos mientras decía:

—Hasta la vista, señor alcalde, hasta la vista, y a la señorita Eufrosina que nos disculpe.

Guillermo se quedó en su sitio, moviendo la cabeza. Decididamente no se había equivocado respecto de la causa de la amabilidad del alcalde.

Como Raisín dijera, se trataba de vendar los ojos del anciano guardabosques.

Así que al acercarse nuevamente Mariana y decirle con gesto lastimero, a causa de la partida de Eufrosina, que amonestara a Bernardo, Guillermo preguntó con aspereza:

—¿Por qué?

—¡Cómo por qué! Porque no tiene ojos más que para Catalina, y apenas ha saludado a la señorita Raisín.

—Es que a la señorita Raisín la ha visto casi todos los días durante dieciocho meses, y en cambio, en todo ese tiempo, no ha visto más que dos veces a su prima —respondió Guillermo.

—Eso no tiene nada que ver —exclamó Mariana —. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El tío Guillermo no hizo caso de las exclamaciones de su mujer, y dijo:

—Escucha.

—¿Qué quieres?

—¿Oíste lo que te ha recomendado el alcalde?

—¿Qué?

—Que cuidaras del guiso.

—Ya lo oí.

—Pues te ha dado un buen consejo.

—Es que yo querría decirte...

—También debes meter en el horno la torta.

—Te entiendo; me despides.

—Dios me libre; lo único que hago es decirte que te vayas a la cocina.

—Está bien —dijo la tía Watrín herida en su dignidad —; me voy a la cocina.

—Al pensar que cuesta tan poco el ser amable, y que lo eres tan escasas veces... —repuso el anciano guardabosques siguiendo a su mujer con los ojos.

—¡Ah! ¿Conque soy amable porque me voy? ¡Miren qué gracia!

Guillermo se acercó a una ventana, sacó su pipa del bolsillo, y empezó a silbar.

—Lo que estás haciendo es muy bonito — continuó Mariana —; ¡silvas *la vista!*

Luego, al llegar a la puerta de la cocina y como quien calcula que no cabe otro remedio, murmuró:

—¡En fin!...

—Sí — dijo para sí Guillermo una vez a solas —, silbo *la vista*, y la silbo porque estoy viendo a mis queridos hijos, y me da gozo el verles. Cualquiera diría que son dos verdaderos ángeles. Vienen para acá: no les molestemos.

El bondadoso anciano se subió a su cuarto, sin que por eso dejara de silbar, pero haciéndolo más y más bajo a medida que sus hijos se iban aproximando.

Cuando abrió la puerta de su dormitorio, aquéllos aparecieron en el umbral de la pieza baja.

—¡Dios os bendiga, hijos míos! —murmuró Guillermo desde lo alto de la escalera, donde se había detenido para verlos durante el mayor tiempo posible —; ¡Dios os bendiga!... No me oyen: mejor, vale más que escuchen otra voz más suave que la mía.

Guillermo no se engañaba: aquella voz que no llegaba hasta él, pero que adivinaba, era la voz del amor; y he aquí lo que decía por boca de los dos jóvenes:

—¿Me amarás siempre? —preguntó Catalina.

—Siempre —respondió Bernardo.

—Sin embargo —repuso la joven —, es singular; tu promesa, que debería llenarme de gozo el corazón, me llena, por el contrario, de tristeza.

—¡Pobre Catalina mía! —dijo Bernardo con suma dulzura —, si diciéndote que te amo te lleno de tristeza, ¿qué te diré para alegrarte?

—Bernardo —prosiguió la joven respondiendo a su pensamiento más que a las palabras de su amante —, tus padres hace veintiséis años que están casados, y excepto algunos disgustillos insignificantes, viven tan dichosos como el día que se casaron... Cada vez que los miro me pregunto si nuestra dicha será igual a la suya, y sobre todo si seremos dichosos por espacio de tanto tiempo como ellos lo fueron y siguen siéndolo.

—¿Y por qué no? —repuso Bernardo.

—Si viviera mi madre —expresó la joven —, la pregunta que te dirijo yo te la habría dirigido ella, anhelante como estaría del bienestar de su hija; pero no tengo padres; soy huérfana y mi dicha y mi amor están en tus manos. Escucha, amor mío: si crees que puede llegar día en que me ames menos que me amas hoy, rompamos desde ahora, porque me ocasionaría la muerte; y si con el tiempo habrás de dejar de amarme plenamente, preferiría morir mientras me amas.

—Mírame y hallarás la respuesta en mis ojos —contestó Bernardo.

—Pero, ¿ya te has puesto a prueba?; ¿estás seguro de que no es la amistad de un hermano, sino el amor de un amante lo que sientes por mí?

—Yo no me puse a prueba, sino que fuiste tú la que me has sometido a ella —respondió el joven.

—¡Yo! ¿Y cómo?

—Con tu ausencia de año y medio... ¿Crees tú que una separación tan larga no es una prueba más que suficiente? Con excepción de mis dos brevísimos viajes a París y algunos días de ventura después de tu partida, no he vivido, porque no es vivir el vivir sin alma, el no sentir afecto por nada y estar siempre triste. Cuantos me conocen pueden decírtelo; mi bosque, ese extenso bosque en que nací; mis corpulentos robles llenos de susurros; mis hermosas hayas de plateada corteza, desde tu partida dejaron de serme gratos. En otro tiempo, cuando salía por la mañana, en los trinos de todos los pájaros que se despertaban, que entonaban el himno de la aurora al nuevo día, oía tu voz; por la tarde, a mi regreso, al separarme de mis amigos que seguían el sendero, yo me internaba en el bosque; y es que en él había un hada de blancas vestiduras que me llamaba, se deslizaba a través de la arboleda, me mostraba el camino, desaparecía a medida que yo iba acercándome a mi casa, y luego volvía a encontrarla de pie y aguardándome en la puerta. Desde que partiste, Catalina, no ha pasado una mañana sin que yo haya dicho a mis amigos: "¿Dónde estarán los pájaros, que no los oigo cantar como antes?"; ni tampoco ha pasado una tarde sin que en vez de llegar el primero, alegre y ágil, no haya llegado el último, triste y fatigado.

—¡Oh, mi querido Bernardo! —murmuró Catalina, dando a besar su hermosa frente a su amado.

—Pero desde que has vuelto —continuó el joven con el entusiasmo de todo enamorado —; desde que has vuelto, todo ha cambiado; los pájaros pueblan nuevamente las ramas; mi hermosa hada, estoy seguro de ello, me aguarda otra vez allá abajo, a la sombra de los árboles, para hacerme dejar el sendero y guiarmeme hacia aquí...; y en el umbral de esta casa estoy seguro de hallar nuevamente, no ya el fantasma del amor, sino la realidad de la dicha.

—Bernardo, Bernardo mío, ¡cuánto te amo! —exclamó Catalina.

—Y luego..., y luego —continuó Bernardo frunciendo las cejas y pasándose la mano por

la frente —, y luego... Pero no, no quiero hablarte de eso.

—Háblame de todo, dímelo todo; todo quiero saberlo.

—Esta mañana — prosiguió el joven —, cuando ese maligno espíritu de Mateo me ha mostrado la carta del Parisiense, la carta en que ese hombre te hablaba a ti, Catalina mía, a quien yo nunca hablo sino como a la Virgen santísima; cuando — repito — Mateo me ha mostrado la carta en que el Parisiense te hablaba a ti como habla a las jóvenes de la ciudad, he sentido tal dolor que creí había llegado mi hora, y al mismo tiempo una rabia tal, que me he dicho entre mí: "Moriré; pero antes de exhalar mi postrer aliento, lo mataré".

—Por eso has partido con tu escopeta cargada por el camino de Goudreville, en vez de esperar tranquilamente aquí a tu Catalina — expresó la joven con su voz más cariñosa —; por eso has caminado seis leguas en dos horas y media, a riesgo de morirte de fatiga y de calor. Pero has recibido en pago tu merecido: pues me has visto una hora más tarde que podías haberlo hecho... ¡Celoso!

—Celoso, sí — prorrumpió Bernardo con los dientes apretados —, tú has dicho la palabra. ¡Oh!, ¡tú no sabes lo que es estar celoso!

—Sí, lo sé, pues lo he estado por un instante — repuso Catalina riendo —, pero no temas, ya no lo estoy.

—Quiero decir — continuó Bernardo golpeándose la frente con la mano — que si por desgracia hubieras recibido la carta, o que habiéndola recibido no hubieses tomado otro camino; en una palabra, si hubieses venido por Villers-Cotterets y te hubieras encontrado con ese pedante... Mira, con sólo pensarlo, la mano se me va tras la escopeta, y...

—¡Cállate! — exclamó Catalina, asustada, al ver la expresión que había tomado el rostro del joven, y al mismo tiempo aterrada como ante una aparición terrible.

—¿Y por qué he de callarme? — preguntó Bernardo.

—Está ahí, en la puerta — murmuró Catalina al oído de su amante.

—¡El! — exclamó Bernardo —. ¿Y qué viene a hacer aquí?

—¡Silencio! — dijo Catalina apretando el brazo al joven —; tu madre lo ha convidado, y también al señor alcalde y a su hija...; Bernardo, es tu huésped.

En efecto, un joven elegantemente vestido acababa de aparecer en el umbral, y al ver a los dos amantes tan juntos, pareció titubear entre si debía entrar o volverse.

En aquel instante, la mirada de Bernardo se cruzó con la del Parisiense.

Los ojos del joven guardabosques despedían rayos.

—Usted dispense — murmuró Chollet, que instintivamente comprendió que acababa de meterse en el cubil del tigre —, buscaba...

—Y buscando ha hallado usted lo que no buscaba, ¿no es eso? — repuso el joven Watrin.

—¡Bernardo! ¡Bernardo! — murmuró en voz baja Catalina.

—Déjame — ordenó el joven forcejeando para desasirse de su amada —; déjame, tengo que decir algunas palabras al señor Chollet, y una vez en claro nuestra situación respectiva, los dos sabremos a qué atenernos.

—¡Bernardo! — insistió Catalina —, ten calma y presencia de ánimo.

—Nada temas..., deja que únicamente diga dos palabras al... caballero, o por quien soy, en vez de dos le diré cuatro.

—Enhorabuena, pero...

—Te repito que nada temas.

Y con un movimiento, cuya violencia no daba lugar a dudas, Bernardo apartó a Catalina del lado de la puerta.

La joven, que comprendió que toda oposición no haría sino exacerbar la cólera de su amante, se retiró con la manos juntas y contentándose con dirigir a aquél una mirada de súplica.

Una vez que se cerró la puerta de la cocina tras de la joven, los dos hombres se encontraron solos.

Bernardo se cercioró por sí mismo de que la puerta estaba bien cerrada, echando el pasador. Luego se acercó nuevamente al Parisiense y le dijo:

—Pues bien, caballero, también yo buscaba algo, o más bien a alguien; pero he tenido más suerte que usted, porque a ese alguien le he encontrado; es usted, señor Chollet.

—¿Yo?

—Usted mismo.

El Parisiense, que no era nada cobarde, se contentó con sonreírse y preguntar:

—¿Conque me buscaba?

—Sí, señor.

—Pues me parece que no es muy difícil dar conmigo.

—Excepto, sin embargo, cuando parte usted de madrugada en tílburi para ir a aguardar la diligencia de París en el camino de Goudreville.

—Salgo a la hora que se me antoja y voy a donde me place, sin que deba dar a nadie cuenta de mis actos — repitió Chollet irguiéndose y sonriendo con desdén.

—Tiene razón, caballero; cada cual es libre de sus acciones; pero hay una verdad que espero no rebatirá usted, por más que proceda de mí, como yo no rebato la que de usted procede, y es que cada cual es dueño de su bien.

—Admitido.

—Entonces, comprenderá usted que mi bien es mi campo, si soy colono; mi aprisco, si crío ganado; mi cortijo, si soy arrendador... En consecuencia, si del bosque sale un jabalí y devasta mi campo, me pongo en acecho y mato al jabalí; si de la selva sale un lobo que es-

Timidez



—Enrique viene a visitarme porque está enamorado de la chica de enfrente y no se atreve a hablarle.

trangula mis ovejas, le meto una bala al lobo; si una zorra entra en mi cortijo y se apodera de mis gallinas, armo un lazo a la zorra y le aplasto la cabeza a taconazos. Mientras el campo, las ovejas y las gallinas no eran míos, sobre ellos no me cabía derecho alguno; pero desde el punto y hora en que sí, ya es distinto... Y a propósito, señor Chollet, tengo el honor de participarle que, salvo el consentimiento de mis padres, voy a casarme con Catalina y que dentro de quince días Catalina será mi esposa; es decir, Catalina será mi bien, y por lo tanto mi propiedad. En consecuecia, ¡ay del jabalí que quiera devastar mi campo!; ¡ay del lobo que ronde alrededor de mi oveja!; ¡ay de la zorra que codicie mis gallinas! Ahora, si tiene usted que hacer algunas objeciones a lo que acabo de manifestarle, hágamelas a mí, señor Chollet, pero al instante. Lo escucho.

—Por desgracia — respondió el Parisiense, que por más que nada tenía de cobarde, no sentía probablemente que le sacaran de un mal paso—; por desgracia no es usted solo quien me escucha, y me parece que ante una mujer y un sacerdote...

Bernardo se volvió, y, efectivamente, vió al padre Gregorio y a Catalina en el umbral.

—Tiene razón — dijo el joven guardabosques—; silencio.

—Hasta mañana, pues, ¿no es eso? — preguntó Chollet.

—Cuando, donde y como usted quiera — respondió Bernardo.

—Perfectamente.

—Amigo mío — interrumpió Catalina, satisfecha en el alma de que la llegada del buen sacerdote le hubiese proporcionado aquella ocasión de intervenir—, aquí está nuestro querido padre Gregorio, a quien amamos de todo corazón y al cual yo no había visto hace año y medio.

—Buenos días, hijos míos — dijo el padre.

El guardabosques y el Parisiense cruzaron una última mirada que equivalía a una mutua provocación, y mientras el último se retiraba saludando a Catalina y al sacerdote, Bernardo se acercó risueño a éste, y después de besarle la mano, le dijo:

—Bien llegado sea el mensajero de paz a esta humilde casa, donde todos anhelamos vivir como el Señor manda.

XI

EL PADRE GREGORIO

Suele ocurrir muy a menudo que en nuestra existencia se produzcan hechos que parecen providenciales. La presencia del padre Gregorio, llegado tan oportunamente en el instante en que Bernardo y Luis iban probablemente a desafiarse, es uno de ellos.

Ahora bien, como para el padre Gregorio equivalía a una gran caminata el llegarse hasta la Casa Nueva, donde no había estado más que una sola vez, y nada justificaba su presencia a aquella hora en semejante sitio, Bernardo, después de besarle la mano, levantó la cabeza y le preguntó con gesto humilde y risueño:

—¿Qué le trae por acá, padre mío?

—¿A mí?

—Sí, señor. Apostaría — continuó Bernardo — que ni remotamente sospecha usted lo que ha venido a hacer, o más bien, lo que va usted a hacer en la Casa Nueva.

El sacerdote, que ni siquiera intentó adivinar la especie de enigma que acababa de plantearle Bernardo, se contentó con decir:

—El hombre propone y Dios dispone. Estoy a la disposición de Dios —. Luego añadió—: en cuanto a mí, me proponía, sencillamente, hacer una visita a tu padre.

—¿Lo ha visto ya? — preguntó Bernardo.

—Todavía no — respondió el sacerdote.

—Padre Gregorio — repuso el joven guardabosques mientras dirigía una mirada de ternura a Catalina—, siempre es usted bienvenido a esta casa; pero más en la ocasión presente.

—Adivino; porque acaba de llegar la buena Catalina.

—En parte se debe a eso, es cierto; pero mucho a otra causa — contestó Bernardo.

—Vamos, contádmelo todo, hijos míos—, repuso el buen padre, mientras con los ojos buscaba una silla.

Bernardo acercó la silla de brazos al sacerdote, el cual, fatigado como estaba de la caminata, se sentó sin hacerse rogar.

—Escuche usted, padre mío — dijo el joven—, tal vez debería echarle un largo discurso, pero prefiero decírselo a usted en dos palabras: Catalina y yo queremos casarnos.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Conque tú amas a Catalina, muchacho? — preguntó el padre Gregorio.

—¡Que si la amo!

—¿Y tú amas a Bernardo, hija mía?

—¡Oh, con toda el alma!

—Creo que esta confidencia debíais hacerla a vuestros padres.

—Es cierto — contestó Bernardo—, pero usted es gran amigo de mi padre, confesor de mi madre y cura queridísimo de todos. Pues bien, hable usted de ello a mi padre, para que éste, a su vez, hable con mi madre. Procure conseguir su consentimiento, lo cual, creo yo, no será difícil, y proporcionará usted una dicha inefable a dos jóvenes... Mire — añadió Bernardo poniendo la mano en el hombro del sacerdote—, mi padre sale de su aposento. Usted ya conoce el reducto que es menester conquistar; cargue, pues, a fondo. Entretanto, Catalina y yo nos pasearemos cantando alabanzas de usted. Ven, Catalina.

Y ambos jóvenes, gozosos y radiantes, emprendieron la marcha hacia la puerta y se internaron en el bosque.

Entretanto, el tío Guillermo se había detenido en el rellano, y el padre Gregorio, que acababa de volverse hacia él, le saludaba con la mano.

—Lo he visto venir desde muy lejos — manifestó el tío Guillermo—. Yo me decía: "Es el padre cura; vaya si lo es". Pero no acertaba a dar crédito a mis ojos. ¡Qué fortuna! Hoy, precisamente... Apuesto que viene usted, no para nosotros, sino para Catalina.

—Pues se equivoca de medio a medio, porque hasta ahora no he sabido su llegada.

—Luego, habrá estado tanto más satis[...] de encontrarla aquí, ¿no es verdad? ¡Caram[...] ¡y qué hermosa se ha puesto la muchacha! [...] queda a comer con nosotros, ¿no es eso? [...] le advierto a usted, señor cura, que todos [...]tos entren hoy en mi casa no van a salir [...] ella hasta las dos de la madrugada.

Y el tío Guillermo empezó a bajar tend[...] las manos al padre Gregorio.

—¡A las dos de la madrugada! — repi[...] buen sacerdote—; ¡si nunca me he acos[...] a semejante hora!

—¡Bah!, ¿y el día de la misa del gallo?

—¿Y cómo voy a irme?

—El señor alcalde lo llevará en calesa.

—¡Jum!, no andamos muy en armonía — [...]puso el padre moviendo la cabeza.

—Usted tiene la culpa — dijo Guillerm[...]

—¿Por qué? — preguntó el cura, admira[...] que su antiguo amigo el jefe de guard[...]ques le diese la sinrazón así, porque sí.

—¿Usted no recuerda que tuvo la des[...] de decir ante él: "No te apoderarás de [...] bienes del prójimo ni los retendrás contra [...] voluntad"?

—Pues bien — repuso el cura—, a pesar [...] todo, no digo que aun a riesgo de volv[...] solo, de noche y a pie, no me quede. Por [...] parte, al venir ya me temí que iba a qued[...] en esta casa más tiempo que el razonable, [...] encargado al señor párroco que me sustit[...] en las vísperas y en las oraciones al Santís[...]

—¡Bravo! Me devuelve todo mi buen [...]mor — exclamó el tío Guillermo.

—Mejor — prorrumpió el padre Greg[...] apoyando el brazo en el del viejo guard[...]ques—, porque necesito encontrarlo a usted [...] ese estado de ánimo.

—¿A mí? — objetó el anciano con extr[...]

—Sí; a veces es un poco gruñón.

—¡Quiere usted callarse!

—Y hoy..., precisamente...

—¿Qué? — preguntó el tío Guillermo al [...] que el cura se detenía y le miraba de un [...] singular.

—Pues bien, hoy tengo que solicitad de [...] dos o tres cosas.

—¿De mí?

—Bueno, pongamos dos para no asustar[...] usted.

—Si usted no se explica...

—Por lo demás ya debe de estar acos[...]brado a eso, tío Guillermo; cada vez que [...]tiendo a usted la mano, es para decirle: [...] querido señor Watrín, una caridad por [...] amor de Dios".

—Pero, vamos a ver, ¿de qué se trata? — [...]guntó el anciano con gesto risueño.

—Primeramente del anciano Pedro.

—¡Ah, sí, ¡pobre hombre!; me es conocid[...] desgracia. Ese holgazán de Mateo ha con[...]guido hacerle despedir de casa del señor R[...]

—Veinte años hacía que estaba en ella; [...] han despedido por haber perdido una [...] anteayer.

—El señor Raisín ha hecho mal — exclam[...] tío Guillermo—; ya se lo he dicho yo [...] mañana, y usted va a repetírselo cuando est[...] regreso. A un servidor de veinte años no [...] le despide; un servidor de veinte años fo[...] parte de la familia. ¡Yo no arrojaría ni a [...] perro que hubiese permanecido diez años [...] mi corral!

—¡Ah!, conozco su buen corazón, tío G[...]llermo — exclamó el sacerdote—: por eso [...] he puesto en camino al romper el alba, a [...] de hacer una colecta para el buen homb[...] Unos me han dado un peso, otros dos... [...]tonces he pensado en usted, y me dije: "V[...] llegarme hasta la Casa Nueva del camino [...] Soissons, lo que significa entre ida y v[...] andar tres leguas: tasaré al tío Guiller[...] razón de un peso por legua y eso hará [...] pesos. Esto sin contar que tendré la satisfa[...] de estrecharle la mano".

—Dios le recompense a usted su buen corazón, señor cura — repuso el tío Guillermo metiendo mano en su bolsillo, sacando cinco pesos y poniéndolos en la mano del padre Gregorio.

—¡Oh!, ¡oh! — exclamó éste —, ¡cinco pesos!, es demasiado para su fortuna, mi querido señor Watrín.

—Me corresponde algo más que los otros — dijo el anciano guarda — por haber sido yo quien recogí a ese lobato de Mateo y por haber éste, hasta cierto punto, salido de mi casa para hacer el mal.

—Preferiría — repuso el cura revolviendo entre los dedos el billete cual si le remordiera el privar de él a aquella pobre familia —; preferiría, mi querido amigo, que no me diera más que tres pesos, y aun que no me diera absolutamente nada y que le permitiera recoger un poco de leña en su circunscripción.

El jefe de guardabosques miró de soslayo a su interlocutor; luego, y con admirable expresión de cándida honradez, repuso:

—La leña pertenece a su excelencia, el duque de Orleáns, mi querido señor cura, en tanto que el dinero es mío. Tómele, pues, y Pedro que se cuide de tocar ni una rama... Bueno, ya tenemos solucionado este punto; veamos el otro. ¿Qué más tiene usted que decirme?

—Me he encargado de una petición.

—¿Para quién?

—Para usted.

—Vamos a ver.

—Es verbal.

—¿Y de quién es?

—De Bernardo.

—¿Qué quiere?

—Casarse.

—Ta, ta, ta, — repuso el tío Guillermo.

—¿Qué significan estos ta, ta ta? ¿No está, por ventura, en edad de contraer los sagrados lazos? — arguyó el padre Gregorio.

—¡Sí!, pero ¿con quién quiere casarse?

—Con una buena muchacha a quien ama y de quien es correspondido.

—Mientras no sea la señorita Eufrosina, consiento que tome por mujer a la que mejor le agrade, aun cuando fuese mi abuela.

—Tranquilícese usted, mi buen amigo; la mujer a quien Bernardo ama es Catalina.

—¿De veras? — exclamó lleno de gozo el tío Guillermo —; ¿Bernardo ama a Catalina y es correspondido?

—¡Qué! ¿No lo sospechaba usted? — preguntó el padre Gregorio.

—Mentiría si dijese lo contrario; pero temía equivocarme.

—¿Entonces consiente usted?

—¡De todo corazón! — exclamó el bondadoso guardabosques.

Luego, deteniéndose de improviso, repuso:

—Pero...

—¿Qué?

—Hay que hablar de ello a mi mujer. Durante veintiséis años, ni uno ni otro hemos hecho cosa alguna sin estar previamente de acuerdo. Bernardo es hijo de ambos, y, por lo tanto, es menester hablar del asunto a su madre.

Guillermo abrió entonces la puerta de la cocina y llamó a su esposa, y acercándose de nuevo al cura, apretando su pipa entre los dientes y frotándose las manos, lo que en él era la señal más culminante de satisfacción, añadió, aludiendo a Bernardo:

—¡Vaya con el bribón! Será la tontería más ingeniosa que habrá cometido en su vida.

—¿Qué hay? — preguntó Mariana apareciendo en la puerta de la cocina y enjugándose la frente con su blanco delantal.

—Acércate — respondió el anciano guardabosques.

—Se necesita ser muy tunante para distraerme en el momento en que estoy amasando la torta.

Luego, de improviso y al ver a su huésped, en quien aun no había reparado, exclamó:

—¡Caramba!, el padre Gregorio. Servidora, señor cura; no sabía que usted estaba aquí; de lo contrario, no habría necesidad de que me llamaran.

—Vamos, ya soltó la lengua — dijo Guillermo, dirigiéndose al sacerdote.

—¿Qué tal va esa salud? — continuó Mariana —; ¿y su sobrina, la señorita Alejandrina, sigue bien? ¿Ya sabe usted que en esta casa todos estamos muy gozosos con la llegada de Catalina?

—Ta, ta, ta, habrá que echarle un freno a Mariana, señor cura, y usted va a ayudarme si no consigo yo solo aplicárselo.

—Entonces ¿para qué me llamas — replicó la anciana aun resentida de su última salida —, si me impides saludar al señor cura y preguntarle por su salud?

—Te he llamado para que me hagas un favor.

—¿Cuál?

—El de darme tu parecer en dos palabras, sin retóricas, sobre un asunto importante. Bernardo quiere casarse.

—¡Casarse! ¿Y con quién?

—Con Catalina.

—¿Con Catalina?

—Sí, mujer, con Catalina. Y ahora que lo sabes, ¿cuál es tu opinión? ¡Vamos, rápido!

—Catalina es una muchacha juiciosa, buena... — respondió Mariana.

—Bueno, prosigue.

—Que no nos haría bajar los ojos...

—Adelante, adelante.

—Pero no tiene ni un centavo.

—Mariana, no pongas en el platillo de la balanza algunos miserables dineros y la desventura de esos pobres muchachos.

—No obstante, sin dinero la vida es muy penosa.

—Y sin amor lo es más todavía.

—Es cierto — murmuró la anciana.

—¿Qué riquezas teníamos nosotros al casarnos? — continuó el tío Guillermo —. Éramos pobres como el que más; aparte de que ahora aun no estamos muy ricos... Pues bien, ¿qué habrías dicho tú entonces si nuestros padres hubiesen intentado separarnos con el pretexto de que carecíamos de algunos centenares de pesos para poner casa?

—Todo esto es muy bonito y muy razonable — respondió Mariana —, y en verdad que no es el obstáculo mayor.

La mujer del tío Guillermo pronunció estas últimas palabras con acento que dió a comprender a aquél que se había equivocado por completo si creía que todo estaba concluído, y que iba a surgir alguna dificultad tan tenaz como inesperada.

—Bueno — objetó el guardabosques, preparándose a su vez para la lucha —, ¿y cuál es ese obstáculo?

—Yo me entiendo y tú me entiendes — respondió Mariana.

—No importa — arguyó el anciano —, habla como si yo no lo entendiera.

—¡Guillermo! ¡Guillermo!, no podemos cargar con ese matrimonio sobre nuestra conciencia — dijo la mujer del guardabosques.

—¿Y eso?

—¡Caramba!, porque Catalina es hereje.

—¡Mariana! ¡Mariana! — exclamó Guillermo dando una tremenda patada en el suelo —, ya me imaginaba que ésa sería la piedra del escándalo, y sin embargo no quería dar crédito a mis sospechas.

—¡Qué quieres! Soy la misma que hace veinte años. Me opuse con todas mis fuerzas al matrimonio de su desdichada madre con Federico Blum. Por desgracia era tu hermana y no necesitaba mi consentimiento; pero sí le dije: "Rosa, acuérdate de mi predicción: el casarte con un hereje labrará tu desventura". Y dicho y hecho, cumplióse mi vaticinio. El padre sucumbió en la guerra, la madre murió y su hijita quedó huérfana.

—Sólo faltaría que también esto se lo echases en cara.

—Dios me libre; pero sí le echo en cara que sea hereje.

—¡Pero desdichada! — exclamó el tío Guillermo —. ¿Sabes tú, acaso, lo que es una hereje?

—Una criatura condenada.

—¿Aunque sea pura?

—Aunque sea pura.

—¿Aunque sea modelo de madres, esposas e hijas?

—Aun en este caso.

—¿Aunque sea arca de todas las virtudes?

—Nada significan éstas desde el momento que se es hereje.

—¡Voto a mil demonios! — exclamó el anciano.

—Echa los votos que quieras — repuso Mariana —; pero con eso no conseguirás que las circunstancias se modifiquen.

—Tienes razón; así, pues, no hablo más del asunto — terminó el tío Guillermo.

El cual se volvió hacia el cura, que había escuchado sin abrir los labios la discusión que acabamos de referir, y le dijo:

—Ya ha oído usted, padre Gregorio; nada tengo ya que ver con ese asunto; ahora le toca a usted.

Luego, saliendo del aposento como quien siente necesidad de respirar el aire libre, el anciano guardabosques exclamó:

—¡Oh, mujeres!, ¡mujeres! ¡Cuán cierto es que habéis sido creadas y puestas en el mundo para condenación del género humano!

—No, por más que diga, es imposible — decía para sí Mariana —. Bernardo no se casará con una hereje, ¡nunca! Que me pida cuanto quiera; pero eso no, jamás se lo consentiré.

XII

EL PADRE Y EL HIJO

Mariana y el padre Gregorio quedaron solos. El cura había aceptado el encargo que le confiara el viejo guardabosques al abandonar el campo de batalla, no como vencido, sino como quien teme emplear, para vencer, armas de que le avergonzaría servirse.

Por desgracia, el padre Gregorio, que desde hacía treinta años era director espiritual de Mariana, y sabía que el pecado dominante de aquélla era la tenacidad, no abrigaba grandes

esperanzas de salir adelante allí donde acababa de fracasar Guillermo.

Pese a su gesto de confianza, el buen sacerdote abordó el asunto con cierta duda interna.

—¿Conque no tiene usted otro reparo que oponer a ese matrimonio que la diferencia de religiones, señora Watrín? — dijo el cura acercándose a su interlocutora.

—Me parece que éste es más que suficiente, padre mío — respondió la anciana.

—Mire, tía Watrín, en conciencia debería usted consentir en vez de negarse.

—¿Y es usted quien me insta para que yo dé mi consentimiento a esa boda, señor cura? — exclamó Mariana fijando los ojos en el cielo.

—Yo, ¿y qué?

—¿Qué? Que su deber sería oponerse a ello.

—Mi deber, señora Watrín, es, en la angosta vía en que ando, proporcionar toda la dicha posible a los que me siguen; mi deber es consolar a los desgraciados, y sobre todo contribuir a la felicidad de los que pueden gozarla.

—Pues yo me opongo rotundamente a ese matrimonio, porque acarrearía la perdición del alma de mi hijo.

—Reflexionemos, mi querida señora Watrín — insistió el sacerdote —. Catalina, aunque protestante, ¿no la ha amado y respetado siempre a usted como a una madre?

—Respecto del particular nada tengo que decir; siempre me ha amado y respetado, y justo es que así lo confiese.

—¿No es cariñosa, buena, magnánima?

—Sí, señor.

—¿Piadosa, sincera, modesta?

—Sí, señor.

—Pues tranquilice usted su conciencia: la religión que enseña todas esas virtudes a Catalina, no puede perder el alma de Bernardo.

—No, señor cura, no, le he dicho ya a usted que esa boda era imposible — repitió Mariana, afirmándose más y más en su oposición.

—Señora, se lo pido a usted por favor; reflexione...

—No, no puede ser, es imposible de todo punto.

—¡Dios mío! — murmuró el padre Gregorio mirando al cielo —; ¡Dios mío!, vos que sois tan bueno, tan clemente y tan misericordioso; vos que con una sola mirada juzgáis a los hombres y veis el error en que está esta madre, que confunde la piedad con la ceguera, iluminadla.

Pero la buena mujer continuó haciendo con las manos y la cabeza señales de denegación.

En esto, Guillermo, que indudablemente se había quedado escuchando tras de la puerta, entró nuevamente en el aposento, y luego de dirigir de soslayo una mirada a Mariana, preguntó al sacerdote:

—¿Qué tal, señor cura? ¿Se ha vuelto más razonable mi mujer?

—La señora Watrín reflexionará; así lo espero — respondió el padre.

—¡Ah! — exclamó Guillermo moviendo la cabeza y crispando los puños.

—Haz como quieras — dijo la anciana, que había notado la acción de su marido —; ya sé que tú eres el amo; pero si los casas será contra mi voluntad.

—¡Mil rayos! — gritó Guillermo —; ya la está oyendo, señor cura.

—Paciencia, amigo mío, paciencia — contestó el padre Gregorio al ver que el bueno del guardabosques se indignaba.

—¿Paciencia, dice usted? — interrogó el anciano —; pero ¿no ve que el hombre que en la presente ocasión la tuviera no lo sería, sino un bruto que no valdría una carga de pólvora?

—¡Bah! — repuso a media voz el padre cura —, tiene buen corazón y reflexionará; nada tema.

—Ha hablado usted como el Evangelio, señor cura — dijo el tío Guillermo —; no quiero que acepte a la fuerza mi parecer, ni que tenga pretexto de echárselas de madre desolada y esposa mártir... Le doy todo el día para reflexionar, y si esta noche no viene de suyo a decirme que los muchachos pueden casarse...

Guillermo miró con el rabillo del ojo a Mariana, y al ver que ésta movía la cabeza, continuó con redoblada exasperación:

—Si esta noche mi mujer no viene espontáneamente a decirme que los muchachos pueden casarse... Escuche usted bien, padre; hace veintiséis años que vivimos juntos..., sí, el 15 del próximo junio se cumplirán... Pues como decía, si esta noche mi mujer no viene a decirme que Bernardo y Catalina pueden casarse, le doy mi palabra de hombre honrado de que nos separaremos como si ayer mismo nos hubiesen echado la bendición, y acabaremos los pocos años que nos quedan de vida cada cual por su lado.

—¿Qué estás diciendo ahí? — exclamó Mariana.

—¡Señor Watrín! — expresó el padre Gregorio.

—Digo la verdad, ¿oyes, mujer?

—Sí, oigo... ¡Oh!, ¡desventurada de mí!, ¡desventurada!

Y Mariana entró corriendo y anegada en sollozos en la cocina, pero sin dar un paso en la vía de la reconciliación, por mucho que pareciese estar desesperada y en realidad lo estuviera.

Una vez a solas el cura y el anciano guardabosques, ambos cruzaron una mirada.

—Señor Guillermo — dijo el sacerdote rompiendo el silencio —, ánimo, y sobre todo mucha serenidad de espíritu.

—Pero, ¿ha visto usted semejante terquedad? — exclamó Watrín hecho una furia.

—Todavía no he perdido la esperanza — repuso el padre Gregorio, evidentemente con objeto de consolar al guardabosques más que por convicción —; es menester que los muchachos la vean y le hablen.

—No querrá verles ni hablarles. No quiero que se muestre bondadosa por compasión, sino por serlo; de lo contrario, entre ella y yo todo ha concluído. ¿Dice usted que los muchachos la vean y le hablen? No, me avergonzaría de ello. No quiero que sepan que tienen por madre una mujer tan necia.

En esto Bernardo asomó la cabeza por la abertura de la puerta, y el tío Guillermo, al ver a su hijo, se volvió hacia el sacerdote y le dijo en voz baja:

—No hable usted nada de Mariana, señor cura, se lo ruego.

Bernardo, que había notado la mirada de su padre y el silencio en que se encerraron los dos interlocutores, preguntó con inquietud a Guillermo:

—¿Qué tal, padre?

—¿Quién te ha llamado? — repuso el anciano guardabosques.

—¡Padre! — murmuró el joven casi con acento de súplica.

La voz de Bernardo penetró hasta el corazón de Watrín; pero éste, dominando la emoción, respondió con voz tan áspera como persuasiva era la de Bernardo:

—Te pregunto quién te ha llamado. Responde.

—Nadie, pero creí...

—Vete; has sido un necio en creer.

—¡Padre!, ¡mi querido padre! ¡Una palabra! ¡Solamente una! — dijo Bernardo.

—¡Vete!

—¡Por el amor de Dios, padre!

—¡Vete te digo! ¡Nada tienes que hacer aquí! — exclamó el tío Guillermo.

Pero la familia Watrín era como la familia de Orgón: todos tenían su dosis de tenacidad. Bernardo, en vez de dejar que se disipara la tempestad que rugía en el pecho de su padre y aplazar para otra ocasión más propicia la solución del conflicto, como Guillermo se lo aconsejara, aunque un poco brutalmente, se internó un paso más en la pieza, y con insistencia digna de Mariana, dijo con voz más firme:

—Padre, mi madre está llorando en la cocina y no responde a mis preguntas; usted tiene lágrimas en los ojos y me arroja.

—¿Yo lágrimas? Te equivocas, muchacho.

—Calma, Bernardo, calma; todo se arreglará — dijo el cura.

Pero Bernardo, en lugar de atender a la voz del sacerdote, cayó presa de la desesperación que empezaba a dominarle.

—¡Oh!, ¡desventurado de mí! — murmuró el joven, en la creencia de que su madre consentía en la boda y que su padre era quien se oponía —, veinticinco años de amor por mi padre no han sido suficientes para lograr su cariño.

—¡No blasfemes, desdichado! — dijo el buen sacerdote.

—Pero, ¿no ve usted que mi padre no me quiere? — gritó el joven —. ¿No ve que me niega lo único que puede constituir mi felicidad?

—Ya lo oye usted — exclamó Guillermo, dejándose llevar de la cólera que lo dominaba —. ¡Oh, juventud!, ¡cuán ligera eres en tus juicios!

—Pero no se dirá que por acceder a un capricho increíble he abandonado a Catalina — continuó Bernardo —; si en esta casa la pobre no tiene más que un amigo, a lo menos ese amigo valdrá por todos.

—¡Bernardo! — exclamó Guillermo —, tres veces te he dicho ya que te marcharas.

—Está bien, me voy — contestó el joven —, pero tengo veinticinco años cumplidos y soy dueño de mis actos; por lo tanto, la ley me autoriza para tomar, y lo tomaré, lo que con tanta crueldad se me niega.

—¡La ley! — exclamó el anciano guardabosques en el colmo de la exasperación —; ¿mi hijo invoca la ley ante su padre?

—No tengo yo la culpa.

—¡La ley! — repitió Guillermo.

—Usted me saca de quicio, padre.

—¡La ley!... ¡Fuera de aquí!... ¡La ley! ¡Sal inmediatamente, infeliz, y nunca vuelvas a presentarte ante mí!... ¡La ley!

—Obedezco, padre, pues me echa; pero acuérdese de la hora en que arroja a su hijo de su casa, y sea usted responsable de lo que sobrevenga.

Bernardo tomó su escopeta y salió apresuradamente y como un insensato.

El tío Guillermo se abalanzó también a su escopeta, pero el padre Gregorio lo detuvo.

—¿Qué hace usted, padre Gregorio? — exclamó el anciano —. ¿No ha oído lo que acaba de decir ese canalla?

—¡Guillermo! ¡Guillermo! — murmuró el sacerdote —; ha tratado usted con dureza excesiva a su hijo.

—¡Con dureza excesiva — exclamó el anciano guardabosques —. ¿Usted también? ¿Quién es el que se ha mostrado excesivamente duro, él o mi mujer? Dios y usted lo saben. ¡Excesivamente duro! Cuando los ojos se me anegaban al hablarle; porque lo amo, o más bien lo amaba como se ama a un hijo único... Pero ahora — continuó Guillermo con voz ahogada —, que se vaya a donde quiera, con tal que se vaya, y arréglese como pueda, a condición de que yo no vuelva a verle.

—La injusticia engendra la injusticia, Guillermo — dijo con solemnidad el padre Gregorio —. Después de haber sido duro en la ira, trate de no ser injusto en plena razón. Dios ya le ha perdonado a usted la cólera y el arrebato; pero no le perdonará la injusticia.

Apenas el excelente sacerdote terminó de pronunciar estas palabras, cuando Catalina entró a su vez toda pálida y despavorida en el aposento, con la mirada fija y derramando copiosas lágrimas que se le deslizaban por sus mejillas.

—¡Oh!, ¡querido padre mío! — exclamó la joven mirando con miedo el rostro triste del cura y el sombrío semblante del jefe de guardabosques —, ¿qué hay?, ¿qué ha pasado?

—Bueno, ahora la otra — dijo entre sí Guillermo, quitándose de la boca su pipa y me

dosela en el bolsillo, lo que en él era la señal más evidente de emoción.

—Bernardo me ha abrazado tres veces llorando — continuó Catalina —, y luego agarró su sombrero y su cuchillo de caza y se marchó como un loco.

El sacerdote volvió el rostro y se enjugó las lágrimas con su pañuelo.

—Bernardo... Bernardo es un desdichado — respondió Guillermo —, y tú..., tú...

Indudablemente el anciano iba a amonestar también a Catalina, pero al cruzar su colérica mirada con la mirada suave y pletórica de súplicas de la joven, fundióse su ira en ternura.

—Y tú..., tú... — dijo el anciano enterneciéndose —, eres una buena muchacha. Abrázame, hija mía.

—Luego apartó de sí y cariñosamente a su sobrina, y dijo al cura:

—Padre mío, confieso que he estado duro; pero ya sabe usted que la culpa la tiene mi mujer. Véala a ella, y procure arreglar este asunto... Yo me voy a dar una vuelta por el bosque; durante mi larga vida he tenido repetidas ocasiones de observar que la umbría y la soledad son buenas consejeras.

Guillermo dió un apretón de manos al sacerdote, y sin mirar a Catalina, salió de su casa, cruzó diagonalmente el camino y se internó en el frondoso bosque.

Bien habría querido el padre Gregorio, para evitar una explicación, seguir en su marcha al guardabosques, pero en la imposibilidad de efectuarlo, se encaminó a la cocina, donde estaba casi seguro de hallar a Mariana, por muy desesperada que ésta estuviese.

—Por Dios, padre mío — dijo Catalina deteniendo al cura —, compadézcase usted de mí y cuénteme lo que ha pasado aquí.

—Hija mía — respondió el digno sacerdote asiendo las manos a la joven —, es usted tan buena, tan piadosa y tan abnegada, que no puede tener más que amigos en la tierra y en el cielo. Confíe, pues, no acuse a nadie, y espere de la bondad de Dios, de los ruegos de los ángeles y del amor de sus padres la solución de todo.

—Pero yo, yo, ¿qué debo hacer? — preguntó Catalina.

—Ruegue para que un padre y un hijo que se han separado enojados y derramando lágrimas vuelvan a unirse en un abrazo de perdón y se reconcilien.

Y dejando a Catalina, si no más tranquila, más reposada, el padre Gregorio entró en la cocina, donde la tía Watrín, a la vez que movía la cabeza y repetía *¡no!, ¡no!, ¡no!*, derramando lágrimas, estaba desollando unos gazapos.

Catalina vió alejarse al cura, como hiciera su padre adoptivo, sin comprender la recomendación del uno ni el silencio del otro.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —se preguntó a sí misma y en voz alta la joven —, ¿no habrá un alma caritativa que me refiera lo que aquí ha sucedido?

—Yo, si usted me da su permiso, señorita Catalina — respondió Mateo, poniéndose de codos en el alféizar de la ventana.

La aparición de Goguelue casi fué motivo de alegría para la pobre muchacha.

—¡Oh! — exclamó Catalina —, dime dónde está Bernardo y por qué se ha ido.

—Se ha ido..., se ha ido... ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! — exclamó Mateo lanzando una carcajada mientras Catalina escuchaba con ansiedad —. Pues sí, se ha ido... ¿Tiene usted tanto interés en que se lo diga?

—Te lo ruego...

—Pues bien: se ha ido porque el señor Guillermo lo echó.

—¡Echado! ¡El padre echó al hijo! ¿Y por qué?

—Porque quería casarse con usted a pesar de todos.

—¿Así que por mi culpa? ¡Echado de esta casa por su padre!

—Sí, señorita... ¡Y qué palabras duras han cruzado! Yo estaba en el amasijo y lo he oído todo sin querer, pues hablaban tan fuerte, que a pesar mío he debido oír. Hubo un momento en que he temido que el señor Guillermo echase mano de su escopeta, y fué cuando el señor Bernardo le dijo que lo hacía responsable de lo que pudiese sobrevenir... Mal lo hubiera pasado el señor Bernardo, porque el tío Guillermo no es como yo, que a veinticinco pasos no hago blanco en una puerta cochera.

—Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Bernardo! — exclamó Catalina.

—¿No es verdad que el riesgo que por usted ha arrostrado vale la pena de que usted lo viera otra vez, aunque no fuese más que para impedir que cometa alguna majadería?

—¡Oh! sí, sí; no pido más que volver a verlo; ¿pero cómo?

—Esta noche la esperará; así me encargó él que le dijera.

—¿Dónde?

—En la fuente del Príncipe.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—Iré, Mateo, iré.

—No falte.

—Claro que no.

—Porque de lo contrario todo recaería sobre mí, y el señor Bernardo tiene un genio... Esta mañana me ha pegado una bofetada que todavía me escuece; pero yo soy un buen muchacho y no le guardo rencor.

—Nada temas, mi buen Mateo — dijo Catalina subiendo de nuevo a su habitación —; Dios te recompensará.

—Así lo espero — repuso Goguelue siguiendo con la mirada a la joven, hasta que se cerró tras ella la puerta.

Luego, y sonriéndose maliciosamente, se volvió hacia el bosque, en el que penetró apresuradamente y haciendo señas.

—¿Qué hay? — le preguntó un jinete que había acudido a la señal.

—Todo marcha a pedir de boca — contestó Mateo —; el señor Bernardo ha hecho tantas necedades, que al parecer ha colmado la medida. Además, la señorita Catalina echa de menos a París.

—¿Qué debo hacer?

—No sé si usted se decidirá a hacer lo que voy a decirle.

—Habla.

—Pues bien, váyase a Villiers-Cotterets, junte todo el dinero que pueda y esté a las ocho en Corcy, y a las nueve...

—¿Qué?

—Una persona que no ha podido hablar con usted esta mañana, ni le ha sido posible regresar por Goudreville, temerosa del escándalo, le aguardará en la fuente del Príncipe.

—¿Conque consiente en partir conmigo? — exclamó el Parisiense loco de alegría.

—Consiente en todo — respondió el vagabundo.

—Mateo — repuso el joven —, como hayas dicho la verdad, te ganas cien pesos. Hasta la noche a las nueve.

Y aplicando espuelas a su cabalgadura, Chollet tomó la vuelta de Villers-Cotterets.

—¡Cien pesos! — murmuró Mateo viendo desaparecer al jinete a través de los árboles —, bonita suma, esto sin contar con la venganza... ¡Conque soy un mochuelo! ¡Conque el mochuelo es pájaro de mal agüero! ¡Buenas noches, señor Bernardo!

Y llevando las manos a la boca, repitió dos veces el grito de aquella ave agorera.

—Buenas noches, señor Bernardo — repitió Mateo adentrándose más en el bosque y marchando en dirección a Corcy.

XIII

LA FIESTA DE ALDEA

En los tiempos a que nos referimos en esta narración, eran famosas las fiestas que se celebraban en todos los pueblos cercanos a Villers-Cotterets.

Al principio del año, sobre todo, era cuando llegaban a su esplendor, por coincidir con los primeros días apacibles, y todavía más cuando, animado por los rayos del sol de mayo, uno de aquellos pueblos se levantaba de improviso chachareando y cantando bajo la enramada como una nidada de tordos o mirlos.

Entonces, con quince días de anticipación en el pueblo y ocho en la ciudad, empezaban los preparativos de todos cuantos se veían ligados a la fiesta.

Los taberneros barnizaban las mesas, fregaban los suelos, reparaban sus vasos de estaño y cambiaban por otro nuevo el ramo de la puerta.

Los guardias municipales arrancaban la hierba de la plaza, y barrían y apelmazaban el sitio en que debía celebrarse el baile; a la sombra de los árboles se levantaban multitud de puestos ambulantes, y por último, mozos y doncellas preparaban sus mejores galas.

En tan famoso día todo el mundo madrugaba, todos bullían y se preparaban desde el alba.

Aquí montaban el aparato giratorio del juego de la sortija; allí afirmaban sobre sus cuatro rengas patas las ruletas al aire libre; más allá ponían en fila los muñecos de yeso destinados a ser hechos pedazos por los proyectiles de las ballestas, y los conejos aguardaban con tristeza, temerosos y con las orejas gachas, la hora en que una sortija diestramente enfilada dispondría de su suerte y los haría pasar del cesto del especulador a la cacerola del afortunado tirador.

Para la aldea, pues, la fiesta comenzaba desde el alba; no así para los representantes que la ciudad enviaba a ella, y que partían a las tres o las cuatro de la tarde, a menos que invitaciones particulares o lazos de familia con los mayordomos o los principales habitantes de la aldea no modificasen para ellos las costumbres admitidas.

Entre tres y cuatro de la tarde, pues, según que la aldea estuviese más o menos distante de la ciudad, empezaba a desarrollarse por la carretera una interminable procesión, compuesta de emperejilados jinetes, de aristócratas en coche y de peatones. Estos últimos eran los pasantes de notario, los recaudadores de contribuciones y los artesanos elegantes, cada uno de los cuales llevaba del brazo una hermosa y joven compañera con papalina adornada de lazos azules o encarnados y pollera de chaconada o de indiana, que se burlaba de la dama que, de sombrero y en carricoche, pasaba orgullosamente junto a ella.

A las cinco de la tarde todo el mundo estaba en el lugar de la fiesta, y ésta tenía su verdadera significación, pues contenía los tres elementos constitutivos, esto es, aristócratas, clase media y campesinos.

Todos bailaban en el mismo recinto, pero no se confundían: cada clase tenía su grupo; pero el más envidiado de todos era el de las modistillas de lazos azules o color de rosa.

A las nueve, el rosario de la danza se deshacía y los de la ciudad retornaban a sus hogares a la sombra de los grandes árboles, que tamizaban la luz de la luna, y acariciados por las primeras brisas tibias del año.

Tales fiestas eran más o menos concurridas, según la importancia y situación pintoresca del pueblo que las celebraba.

Respecto del particular, Corcy figuraba en primer término.

Situada en la entrada de los valles de Nadón y formando ángulo agudo con los estanques de Ramé y de Javaye, ofrecía una deliciosa vista.

A diez minutos de este pueblo, hay sobre todo un sitio que reviste un carácter particular apacible e inculto a la vez, llamado la fuente del Príncipe, para donde, y recordándolo de paso, Mateo había citado a Catalina y al Parisiense.

Pero volvamos a Corcy, que desde las cuatro de la tarde estaba en plena fiesta, y llevemos al lector, no precisamente en medio de ella, sino a la puerta de uno de los puestos improvisados de que hemos hablado.

Aquel puesto, que todos los años y por espacio de tres días cobraba nueva y efímera vida, se levantaba en una antigua casa de guardia abandonada, que permanecía cerrada el resto del año.

Durante los tres días de fiesta, el inspector ponía aquella casa a la disposición de una buena mujer apellidada la tía Tellier, tabernera de Corcy, la cual convertía la casa abandonada en sucursal de su establecimiento.

Mientras la fiesta duraba, la casa daba señales de vida; luego se cerraba hasta el año próximo, permaneciendo triste y silenciosa, adormida, aletargada.

Situada en el promedio del camino de Corcy a la fuente del Príncipe, ofrecía un descanso natural a los que se encaminaban a la fuente.

Y dada su excelente situación y lo pintoresco del lugar, no había quien desde la aldea no se encaminara a la fuente y se detuviera en la taberna de la tía Tellier para beber un vaso de vino y comer un trozo de flan con leche.

Así que entre cinco y siete de la tarde la taberna provisional de la tía Tellier estaba repleta de parroquianos; luego, poco a poco, iba quedando solitaria, hasta que, a las diez, penosamente cerraba sus párpados de madera y se dormía bajo la salvaguardia de una muchacha llamada Babet, de toda confianza de la dueña, a la que sustituía.

Al rayar el nuevo día daba la taberna su primer bostezo abriendo de par en par la puerta, luego hacía lo mismo con los postigos, y, como en la víspera, esperaba a los consumidores. Los cuales se sentaban preferentemente bajo una marquesina campestre, formada en el exterior del edificio por hiedras, parras y campanillas que trepaban a lo largo de los pilares que sostenían aquel alero de verdor.

En frente y al pie de una haya gigantesca, rodeada de pequeños arbustos, se levantaba una choza de follaje, bajo la cual y durante el día se refrescaba el vino que debía consumirse por la noche en la taberna; cosa que no hacían durante la noche, a pesar de que a esas horas el aire era más fresco; pero no tenía gran confianza en sus paisanos.

Ahora bien, a las siete de la noche y al mismo tiempo que el lugar de la fiesta presentaba el más animado aspecto, la sucursal de la tía Tellier estaba colmada de clientes que saboreaban el vino de las tres clases que vendía aquélla, y de consumidores de flan y de tortas.

Algunos, más comilones, llegaban hasta la tortilla con manteca, la ensalada o el salame.

De seis mesas, cinco estaban ocupadas, y la tía Tellier y Babet apenas podían atender a los frecuentes llamamientos de los consumidores.

A una de las mesas estaban sentados dos de los guardabosques que por la mañana habían asistido a la caza del jabalí desviado por Francisco. Eran Bobineau y Lajeunesse.

Bobineau, grueso y de elevada estatura, ojos saltones y rostro redondo, era hijo de Aix de Provenza, y se pasaba la vida burlándose de los demás, siendo a su vez objeto de burla por parte de los otros; tartajeaba al hablar como buen provenzal, pero era oportuno en el ataque como en la defensa, y en ambos casos empleaba frases que aun hoy y después de quince años son citadas por los que le conocieron.

Lajeunesse, alto, seco, enjuto, debía su apodo juvenil al duque de Orleáns, que se lo puso, en 1784, porque a la sazón era el más joven de sus guardabosques; había conservado su apodo a pesar de estar ya en los umbrales de la vejez. Lajeunesse era tan grave como alegre Bobineau, tan sobrio de palabras como parlanchín su compañero.

A la izquierda de la mesa y al frente se alzaban los restos de un cercado que tal vez en otro tiempo se prolongaba formando un cinturón a la casa, pero que en aquel entonces describía un recodo de cinco o seis pies y sólo llegaba a la choza de follaje, más allá de la cual desaparecía dejando libre el acceso al edificio.

Detrás de aquel cercado, en el que se veía una abertura cerrada en otros días por una puerta de la que no quedaban más que las jambas, se erguía un montículo coronado de un corpulento roble rodeado de una alfombra de césped, y desde el cual se domina el valle por el que se desliza la fuente del Príncipe.

Al pie del citado montículo y en la parte de allá del cercado, Mateo estaba jugando a los bolos con tres o cuatro compinches suyos.

Más allá y en la misteriosa sombra del bosque que se paseaban por el césped que hemos citado, unos solos y otros acompañados, varios personajes, cuyas siluetas iban perdiéndose poco a poco, a medida que se alejaban.

Después, y como un acompañamiento a las voces de los bebedores, comedores, jugadores de bolos y paseantes, oíase el sonido de los violines y del clarinete, que no cesaba sino durante el tiempo estrictamente necesario para que los bailarines condujeran a sus parejas a los bancos, eligiesen otras y se prepararan a bailar de nuevo.

Ahora que hemos detallado el lugar de la escena, conduzcamos otra vez al lector bajo el emparrado de la tía Tellier, ocupada en servir ahora a un cliente que ha pedido una tortilla con manteca y vino, en tanto Babet sirve a Bobineau y a Lajeunesse un trozo de queso no menos grueso que un ladrillo, y con ayuda de la cual van a dar fin a una segunda botella de vino.

—Esto es, y nada más — decía con gesto grave Lajeunesse a Bobineau, que estaba tan inclinado hacia adelante como el otro echado hacia atrás y le escuchaba con ademán burlón —; y si dudas, puedes cerciorarte con tus ojos. Ese de quien te hablo es un recién llegado de Alemania, de la tierra del padre de Catalina, y se llama Mildet.

—¿Y adónde va a domiciliarse ese mozo? — preguntó Bobineau.

—Al otro extremo del bosque, en Montaigú; trae consigo una carabina muy pequeña, con un cañón de quince pulgadas, del calibre 30, que carga balas como postas. Pues sí, Mildet toma una herradura, la clava en una pared, y a cincuenta pasos mete, uno tras otro, un proyectil por cada uno de los agujeros.

—¡Mil truenos! — exclamó Bobineau, riendo como de costumbre —. De manera que la herradura queda dibujada en la pared. ¿Entonces, por qué no se hace herrador ese mozo y no tendría que temer las coces de los caballos?... Hasta que lo vea con mis ojos no lo creeré, ¿no es verdad, Molicar?

Esta interpelación se dirigía a un recién llegado, el cual, después de haber jugado a los bolos con Mateo, entraba en la taberna, acompañado de las maldiciones de los jugadores, que le amenazaban con cortarle las piernas, que le flojeaban por el vino que llevaba encima, y hacerlas servir de bolos.

Al oír su apellido, Molicar se dió vuelta, y conociendo, aunque algo borroso, a quien le había llamado, abrió desmesuradamente los ojos y dijo:

—¡Ah! ¿Eres tú, Bobineau?

—Yo en persona.

—¿Y qué dices?... Hazme el favor de repetir lo que me dijiste.

—Nada, una tontería. Lajeunesse está de [illegible]ma y me toma por primo.

—Cuando yo te digo... — expresó Laje[illegible]se, herido en su amor propio.

—A propósito, Molicar — repuso Bobine[illegible] ¿en qué ha quedado tu proceso con tu ve[illegible] Lafarge?

—¿Mi proceso? — preguntó Molicar, q[illegible] causa de tener algo más que turbia la [illegible] no tenía la mente muy despejada.

—Sí, tu proceso.

—¿Con el peluquero Lafarge?

—Sí, hombre.

—Lo he perdido.

—¿Y cómo lo has perdido?

—¡Hombre! Porque he sido condenado.

—¿Por quién?

—Por el señor Bassinot, juez de paz.

—¿Y que condena te impusieron?

—Un peso cincuenta de multa.

—Pero, ¿qué diablos le hiciste tú al peluq[illegible] Lafarge? — preguntó Lajeunesse con su [illegible]vedad acostumbrada.

—¿Que qué le hice? — repitió Molicar, [illegible]baleándose —; le estropeé la nariz; pero [illegible] que lo hice sin mala intención. Tú ya sabes [illegible] nariz tiene Lafarge, ¿no es verdad, Bobine[illegible]

—Ante todo conviene poner las cosas e[illegible] punto — aclaró el festivo provenzal —; la [illegible] de Lafarge no es una nariz, sino una mang[illegible]

—¡Caramba! Le has aplicado el verd[illegible] calificativo. ¡Por vida de Bobineau!

—Bien, ¿y qué? — preguntó Lajeunesse.

—¿Y qué? — repitió Molicar, ya a mil le[illegible] de la conversación.

—Desea que le cuentes la historia de la [illegible] de Lafarge.

—¡Ah! ya, es verdad. Precisamente ho[illegible] cumplen quince días que los dos salíamos [illegible] taberna — continuó Molicar, intentando [illegible] obstinación ahuyentar una mosca que no [illegible] tía.

—Lo cual quiere decir que estabais algo b[illegible]dos — dijo Bobineau.

—Palabra que no — repuso Molicar.

—Pues yo repito que estabais algo borrac[illegible]

—Y yo reitero que no; estábamos borrac[illegible] del todo — prorrumpió Molicar, soltando [illegible] carcajada y satisfecho de haber dado tam[illegible] con el calificativo.

—Enhorabuena — dijo Bobineau.

—¿Conque nunca vas a corregirte? — pre[illegible]tó Lajeunesse.

—¿Corregirme de qué?

—De emborracharte.

—¿Y por qué he de corregirme?

—Tiene razón Molicar — prorrumpió B[illegible]neau —; toma un vaso de vino.

Molicar meneó la cabeza.

—¡Cómo! ¿No quieres un vaso de vino?

—No.

—¿No quieres un vaso de vino?

—No; o dos o ninguno.

—¡Bravo!

—¿Y por qué dos? — preguntó Lajeun[illegible] intrigado.

—Porque uno solo haría el número 13 de [illegible] tarde — respondió Molicar.

—¡Ya! — exclamó Bobineau.

—Y trece vasos me acarrearían alguna de[illegible]cia — añadió el borracho.

—¡Ah, supersticioso! — profirió el pro[illegible]zal —. Bueno, prosigue; tendrás los dos v[illegible]

—Como decía, pues, salimos de la tab[illegible] — continuó Molicar accediendo a los de[illegible] de Bobineau.

—¿A qué hora?

—Era muy temprano.

—Pero bien...

—Sería la una o la una y media de la [illegible]drugada; yo quería irme a casa, como [illegible] hacerlo un hombre honrado que tiene tres [illegible]jeres y un hijo.

—¿Cómo tres mujeres? ¡Qué sultán!

—Digo, una mujer y tres hijos. ¡Qué bes[illegible] ese Bobineau! ¿Acaso un hombre puede [illegible] tres mujeres? Si yo las hubiese tenido, [illegible]

me habría ido a casa. Más de una vez no voy porque con una tengo de sobras. Bueno, he aquí que de pronto se me ocurre la mala idea de decir a Lafarge, que vive cerca de mi casa: ¿Sabe usted lo que podríamos hacer? Pues, acompañarnos mutuamente. Primero me acompaña usted a mí, luego lo acompaño yo y así sucesivamente; y a cada ida y a cada vuelta haremos estación en la taberna de la tía Moreau para bebernos un vaso del caro.

—Valiente idea — exclamó Lafarge.

—Probablemente no te habías bebido, como hoy, más que trece vasos, y temías que eso te fuese funesto, ¿no es verdad? — preguntó Bobineau.

—No, aquel día no los conté, e hice mal; no volverá a sucederme. Ibamos, pues, los dos andando como buenos amigos y verdaderos vecinos, cuando al llegar a la puerta de la señorita Chapuis, ¿sabes?, la administradora de correos...

—Sí.

—Pues como iba diciendo, frente a la puerta de la señorita Chapuis había una gran piedra... La noche estaba oscura como boca de lobo... Tú tienes buena vista, ¿no es verdad, Lajeunesse? Y tú también, ¿no es cierto, Bobineau? Pues bien, apuesto que aquella noche habríais tomado un gato por un guarda rural.

—¡Nunca! — dijo con gravedad Lajeunesse.

—¿Nunca, dices? — exclamó Molicar.

—No dice nada — repuso Molicar.

—Entonces ya es distinto, y soy yo quien no tengo razón.

—No la tienes; continúa.

—Pues bien, al llegar a la puerta de la señorita Chapuis, la administradora de correos, tropiezo en la piedra... ¡Pobre de mí! ¿Y cómo había de verla yo cuando mi vecino Lafarge no se veía la nariz, que está mucho más cerca de sus ojos que los míos lo estaban de la piedra? Como decía, tropiezo, tiendo la mano y me agarro a lo que puedo. Era la nariz de mi vecino Lafarge. ¡Caramba! Si cuando uno se ahoga en el agua se agarra con ansia, no digo nada cuando uno se ahoga en vino. El efecto de mi agarrada fué maravilloso; del mismo modo que tú sacas de la vaina el cuchillo de caza, Bobineau, Lafarge sacó su nariz de mi mano, pero dejando entre mis dedos la piel. Ya veis que por mi parte no había culpa, máxime que yo no me he negado ni por un instante a restituirle su maldita piel. Sin embargo, el juez de paz me condenó al pago de un peso cincuenta en concepto de daños y perjuicios.

—¿Y Lafarge tuvo la desvergüenza de cobrarlos?

—Sí, pero acabamos de jugar a los bolos y se los he vuelto a ganar y nos los hemos bebido. Vamos, Bobineau, venga mi vaso número 14.

—Oiga, tío Bobineau — dijo Mateo Goguelue, interrumpiendo a los interlocutores —. ¿No decía usted que buscaba al inspector?

—No — respondió el interpelado.

—Lo creí; y como veo que viene para acá, por eso se lo pregunto, para que no se moleste en salir a su encuentro.

—En este caso... — dijo Lajeunesse metiendo la mano en su bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? — dijo Bobineau a su compañero.

—Pago para los dos. Ya me lo restituirás luego. Vale más que el inspector no nos vea sentados a la mesa de una taberna, pues podría creer que nos damos a la bebida, aunque no tomamos más que un vaso de tanto en tanto. ¿No son ochenta centavos, tía Tellier?

—Sí, señores — respondió la anciana.

—Pues ahí quedan, y buenas tardes

—¡Cobardes! — dijo Molicar sentándose a la mesa de la que acababan de levantarse los guardabosques y mirando al trasluz y contra el sol poniente una tercera botella apenas comenzada. ¡Cobardes! ¡Abandonar el campo de batalla cuando en él todavía quedan enemigos!

Y llenando hasta el borde los dos vasos y chocándolos uno con el otro, añadió:

—A mi salud.

Entretanto, Bobineau y Lajeunesse, por mucho que les apremiase el deseo de marcharse, se detuvieron arrimados uno a otro y mirando con asombro a un individuo que acababa de entrar en la taberna y que no era otro que Bernardo, pálido, desfigurado, con la corbata suelta y la frente bañada en sudor.

XIV

LA SERPIENTE

El joven guardabosques estaba tan cambiado, que en el primer momento sus dos camaradas no lo conocieron.

—¡Caramba! — dijo por fin Lajeunesse —, es Bernardo. Buenas tardes, Bernardo.

—Buenas — contestó con sequedad el joven, visiblemente contrariado del encuentro.

—¿Tú por aquí? — se aventuró a preguntar Bobineau.

—¿Qué tiene de particular? ¿Acaso el que quiere divertirse no puede asistir a la fiesta? — objetó Bernardo.

—No digo tal, ¡por mil truenos! — repuso Bobineau —; pero me admira verte solo.

—¿Y quién quieres que me acompañe?

—¡Hombre!, me parece que cuando uno tiene novia joven y linda...

—No hablemos de eso — prorrumpió Bernardo frunciendo las cejas.

Luego, dando sobre la mesa con la culata de su escopeta, añadió:

—¡Vino!

—¡Silencio! — dijo Lajeunesse.

—¿Por qué?

—Porque el señor inspector está aquí.

—¿Y qué?

—Te digo que el señor inspector está aquí, y nada más.

—¿Y a mí me importa tanto que esté como que no esté aquí el señor inspector?

—Esto ya es distinto.

—Debió de haber tenido un disgusto con su familia — dijo Bobineau a Lajeunesse tocándole el brazo.

Lajeunesse asintió, y volviéndose hacia Bernardo, continuó:

—Si te acabo de decir eso, no ha sido con afán de molestarte ni de hacer una observación; pero ya sabes que al señor inspector no le place que nos vean en la taberna.

—¿Y si a mí me da la gana de entrar en ella, qué? — respondió Bernardo —. ¿Tú crees que el señor inspector me impedirá a mí hacer lo que me plazca?

Bernardo dió un nuevo y más fuerte culatazo sobre la mesa, y gritó con voz de trueno:

—¡Vino!, ¡vino!

Los dos guardabosques comprendieron entonces que la conducta de Bernardo obedecía a un plan preconcebido.

—¡Ea!, vámonos — dijo Bobineau a Lajeunesse —, sería una imprudencia oponerse a los desmanes de un loco.

—Dejarlo — repuso Lajeunesse —. Adiós, Bernardo.

—Adiós — contestó el joven con aspereza.

Bobineau y Lajeunesse se alejaron en dirección opuesta a la que seguía el inspector; el cual, por lo demás, absorto en su conversación y teniendo, como tenía, la vista fija en el suelo, pasó junto a la taberna sin ver a nadie.

—¿Vienen o no vienen? — gritó Bernardo dando tan fuerte culatazo en la mesa, que por poco la hace saltar en astillas.

La tía Tellier acudió apresuradamente con una botella en cada mano, y sin saber aún quién era el bebedor impaciente que pedía vino con tanta impetuosidad.

—Aquí está, aquí está — dijo la anciana —; se ha agotado nuestra provisión de vino embotellado, y hubo necesidad de sacarlo del tonel. Pero, ¡calle!, ¿es usted, señor Bernardo? ¡Dios mío, y qué pálido está!

—¿Le parece a usted, tía Tellier? — repuso el joven —; pues por eso quiero beber: el vino hace volver el color.

—Usted está enfermo — insistió la anciana.

—Déme — dijo Bernardo encogiendo los hombros y sacando de manos de la tía Tellier una de las botellas y poniéndose a beber por ella.

—¡Señor! — exclamó la buena mujer, mirando con estupefacción a Bernardo —, va a hacerle daño.

—Bueno — replicó el joven sentándose y casi dejando caer la botella sobre la mesa —, déme otra; ¿quién sabe si volverá usted a servirme nunca más?

El asombro de la tía Tellier creció hasta tal punto, que la buena mujer se olvidó de los demás parroquianos para no ocuparse más que del joven.

—Pero, ¿qué ha pasado, mi querido señor Bernardo? — preguntó la anciana.

—Nada; tráigame papel y tinta.

La tía Tellier se apresuró a cumplir los deseos del joven.

—Papel y tinta — replicó Molicar, más y más borracho y dando fin a la tercera botella de Lajeunesse y Bobineau —. Usted dispense, señor notario, pero ¿le parece a usted que se viene a la taberna para pedir pluma, tintero y papel? Pues se equivoca usted por completo: se viene a la taberna para pedir vino.

Y para corroborar sus palabras, gritó:

—¡Tía Tellier! ¡Otra botella!

Entretanto, la anciana, que dejara a Babet el cuidado de servir a Molicar, había colocado ante Bernardo pluma, papel y tintero.

El joven alzó los ojos, y al ver que la tabernera vestía de luto, le preguntó por quién lo llevaba.

—Dios me valga — respondió la buena mujer palideciendo a su vez y con voz acongojada —, ¿se ha olvidado usted ya de la tremenda desgracia que me ha sucedido?

—No me acuerdo de nada — dijo Bernardo —. Le pregunto por qué viste de luto.

—¿Cómo no ha de saberlo usted si fué a su entierro? Estoy de luto por la muerte de mi hijo, de mi pobre Antonio, que falleció hace un mes.

—¡Pobre madre! — murmuró el joven guardabosques.

—No tenía más que a él, señor Bernardo, un hijo único, y sin embargo Dios me lo ha llevado. ¡Oh, qué vacío ha dejado en mi corazón! Cuando una madre ha podido contemplar día tras día y por espacio de veinte años a un hijo, y de improviso lo pierde para siempre, no queda otro consuelo que llorar y llorar; pero el llorar no devuelve el bien perdido.

Y la desventurada madre rompió a llorar.

Molicar eligió aquel momento para entonar su canción predilecta, que era como el termómetro de la cantidad de líquido que podía envasar en su estómago.

Cuando Molicar empezaba su canto, es que estaba completamente ebrio.

El borracho empezó así:

Si en mi huerta tuviese
yo algunas parras...

Esta canción hizo dar un salto a Bernardo, cual si le hubiesen clavado un aguijón.

—¿Quieres callarte? — exclamó el joven guardabosques.

Pero Molicar no hizo caso alguno de las palabras de Bernardo, y continuó:

Si en mi huerta tuviese...

—¡Cállate! — repitió Bernardo con gesto amenazante.

—¿Y por qué he de callarme? — preguntó Molicar.

—¿No oyes lo que está diciendo esta mujer? ¿No ves que hay aquí una madre que llora a su hijo?

—Es verdad — dijo Molicar —, voy a cantar en voz baja:

Si en mi...

—Ni alto ni bajo — exclamó Bernardo —. Cállate o vete.

—¡Oh!, ¡oh! —profirió el borracho —, está bien, me voy. A mí me gustan las tabernas donde se ríe, no aquellas donde se llora. Tía Tellier — añadió Molicar golpeando sobre la mesa —, cobre.

—Vamos — dijo Bernardo —, déjanos, ya pagaré yo por ti.

—Bueno; mejor que mejor — repuso Molicar haciendo eses y marchóse buscando apoyo en los árboles y cantando más alto a medida que iba alejándose:

Si en mi huerta tuviese
yo algunas parras...

El joven guardabosques lo vió alejarse con profundo asco; luego se volvió hacia la tía Tellier, que continuaba llorando, y le dijo con acento cariñoso:

—Tiene usted razón: el llorar no devuelve el bien perdido. Mire, quisiera yo ocupar el sitio de su hijo y que éste no hubiese muerto.

—¡Oh! ¿Usted? Dios le conserve la vida — expresó la anciana.

—Yo, sí, se lo juro, tía Tellier.

—¡Usted que tiene unos padres tan bondadosos! — repuso la buena mujer —. ¡Ah! si supiera usted qué dolor es para una madre el perder un hijo, no sentiría tales deseos.

Mientras la anciana pronunciaba estas últimas palabras, Bernardo intentó escribir, pero en vano: la mano le temblaba tanto que no pudo trazar ni una letra.

—¡Oh, no puedo!, ¡no puedo! — exclamó el joven rompiendo la pluma sobre la mesa.

—En efecto — dijo la buena mujer —, está usted temblando como si tuviese fiebre.

—Hágame un favor, tía Tellier.

—Muy gustosa, señor Bernardo.

—De aquí a la Casa Nueva del camino de Soissons no hay más que un paso.

—A buen andar, un cuarto de hora.

—Entonces hágame el favor...; le ruego me dispense la molestia...

—Diga usted, diga.

—Pues tenga la amabilidad de llegarse [...] allá y preguntar por Catalina.

—¿Conque ha llegado?

—Sí, esta mañana; dígale que pronto le [...]cribiré.

—¿Qué le escribirá usted pronto?

—Mañana, en cuanto deje de temblarme [...] pulso.

—¿Así que se va a otra tierra?

—Dicen que vamos a tener guerra con los [...]gelinos.

—¿Y qué le importa a usted la guerra si [...] libró de la conscripción por haber sacado [...]mero alto?

—Va usted a ir a ver a Catalina, ¿no es [...]dad?

—Ahora mismo; y a sus padres, ¿qué qu[...] que les diga?

—Nada.

—¡Cómo nada!

—Solamente que he pasado por aquí y [...] me despido de ellos para siempre, que no a[...]donen nunca a Catalina y la traten con ca[...] y que la nombren su heredera si por desgra[...] yo muero como su pobre hijo Antonio.

Bernardo, rendido por la fiebre y desfa[...]ciente, dió un suspiro que parecía un sollo[...] dejó caer la cabeza entre las manos.

—Está bien, señor Bernardo — dijo la anc[...]na mirando con profunda compasión al jove[...] Ha cerrado la noche, y ya poca gente ven[...] Babet podrá atender por sí sola al servicio. V[...] rápidamente.

La anciana entró en el edificio, diciendo pa[...] sus adentros:

—¡Pobre muchacho! No puedo negarle el [...]vor que me pide.

A lo lejos se oía la voz aguardentosa de M[...]car que cantaba:

Si en mi huerta tuviese
yo algunas parras....

Por espacio de algunos minutos Berna[...] permaneció abismado en sus reflexiones, [...]flexiones dolorosas y profundas, que se mani[...]taban por los movimientos convulsivos de [...] hombros; luego levantó la cabeza, y mene[...]dola cual si acabara de tomar una resoluc[...] murmuró:

—Vamos, valor, bebamos otro vaso de [...] y partamos.

—Pues yo no partiría — expresó a espal[...] de Bernardo una voz que le hizo estreme[...]

El joven guardabosques se volvió, aunque [...] rigor no tenía necesidad de hacerlo, pues [...]bía reconocido la voz, y dijo:

—¿Eres tú, Mateo?

—En carne y hueso.

—¿Qué decías?

—¿No ha oído usted?

—Sí, pero no he comprendido.

—Decía que yo, en su lugar, no partiría.

—¿Por qué?

—A lo menos sin...; basta, yo me entien[...]

—¿Sin qué?

—Pues bien, sn vengarme del uno o de [...] otra. Bueno, ya está dicho.

—¿De quién? ¿Qué quieres decir del uno [...] de la otra?

—De él o de ella.

—¿Acaso puedo tomar venganza en mi pa[...] o en mi madre? — preguntó Bernardo enc[...]giendo los hombros.

—No diga tonterías. ¿Qué tienen que [...] ellos en todo eso?

—¿De quién se trata, pues?

—Del Parisiense y de la señorita Catalina.

—¡De Catalina y del señor Choller! — ex[...]mó Bernardo levantándose cual si le hub[...] mordido una víbora.

—Sí, señor.

—¡Mateo! ¡Mateo!

—Esto quiere decir que obraré cuerdame[...] callándome.

—¿Por qué?

—Porque cuanto dijese recaería nuevame[...] sobre mí.

—Nada temas, te lo juro; habla.

—Pero ¿usted no adivina? — repuso Mateo.

—¿Qué quieres que adivine? Habla, repito.

—¡Ah! — continuó el vagabundo —, no se necesita tener mucho talento para comprenderlo.

—¡Mateo! — exclamó Bernardo —, ¿has visto u oído algo?

—El mochuelo ve claro de noche — contestó Goguelue —; está con los ojos abiertos cuando los demás los tienen cerrados, vela cuando los otros duermen.

—Pero dime qué has visto u oído — repitió Bernardo esforzándose en suavizar la voz —. No me hagas penar más tiempo.

—Pues bien, el obstáculo que se opone a su boda..., porque hay uno, ¿no es verdad?

—Sí, ¿qué?

—¿Sabe usted de dónde parte?

—De mi padre — respondió Bernardo con la frente bañada en sudor.

—¡No diga eso! ¡Pobre hombre! Lo quiere a usted tanto que daría su vida por verle dichoso.

—¡Ah!, ¿entonces el obstáculo viene de alguien que no me quiere?

—¡Diantre! — prosiguió Mateo, sin perder con su ojo bizco ninguna de las emociones que se iban reflejando en el semblante de Bernardo —, conozco yo quien aparenta amarle a usted y lo está engañando.

—Vamos a ver, mi querido Mateo, ¿de quién parte el obstáculo?, di.

—¡Ya!, para que luego me eche usted las manos al cuello y me estrangule.

—Te juro que no, como me llamo Bernardo.

—Por lo que pueda suceder, déjeme que me aparte un poco de usted — dijo Mateo retrocediendo dos pasos. Luego, y sintiéndose ya un poco más en seguridad por la distancia, añadió —: pues bien, el obstáculo viene de la señorita Catalina.

—¡De Catalina! — exclamó Bernardo poniéndose lívido, pero sin hacer movimiento alguno —; ¿y tú pretendes hacerme creer que Catalina no me ama?

—Lo que yo pretendo — prorrumpió Goguelue envalentonándose ante la fingida tranquilidad de Bernardo —, es que hay mujeres que, cuando han gustado de París sobre todo, prefieren ser en París la amante de un rico a la esposa de un pobre en una aldea.

—Supongo que no hablas por Catalina ni por el Parisiense.

—¿Quién sabe? — replicó Mateo riéndose.

—¡Desventurado! — exclamó el joven guardabosques lanzándose de un salto sobre Mateo y asiéndole de la garganta con ambas manos.

—¿No se lo he dicho? — prorrumpió Mateo con voz atragantada y haciendo inútiles esfuerzos para sustraerse a aquel terrible apretón —. Me está estrangulando, señor Bernardo. ¡Voto a Dios! No le diré a usted ni una palabra más.

Pero Bernardo, que ya se sentía presa de los celos, quería conocerlo todo.

—Mateo — dijo el joven guardabosques soltando al vagabundo y dejando caer los brazos —, Mateo, perdóname. Y crispando los puños, añadió —: pero ¡ay de ti si mientes!

—Si miento, ya tendrá usted ocasión de enojarse — replicó Goguelue —, pero como ya lo hace ahora, no digo nada más.

—He obrado mal — expresó Bernardo esforzándose por mantenerse sereno cuando todas las víboras de los celos le mordían el corazón.

—Enhorabuena, así me gusta, que sea usted razonable; pero no importa.

—¡Cómo, no importa!

—Sí, prefiero hacerle ver y tocar; es usted como santo Tomás.

—Tienes razón — dijo Bernardo —; hazme ver, Mateo, hazme ver.

—De mil amores.

—¡Ah, de mil amores!

—Pero con una condición, que me dará su palabra de honor de que verá hasta el fin.

—Te doy mi palabra. Pero ¿cómo sabré que estoy al fin?.

—¡Demonio! Cuando usted haya visto a la señorita Catalina y al señor Chollet en la fuente del Príncipe.

—¡Cómo! ¡Catalina y el señor Chollet en la fuente del Príncipe! — exclamó Bernardo —. ¿Y cuándo veré eso que tú dices?

—¿Ahora son las ocho y...? Vea usted qué hora es, señor Bernardo.

—Las nueve menos cuarto — respondió el joven, sacando su reloj con mano firme.

Al acercarse el momento de la lucha, el atleta recobraba sus fuerzas.

—Pues dentro de un cuarto de hora estarán en la fuente — repuso Mateo —. Ya ve que no falta mucho.

—Entonces a las nueve — dijo Bernardo pasándose la mano por la sudorosa frente.

—Sí, señor.

—¡Catalina y el Parisiense en la fuente del Príncipe! — murmuró Bernardo; no queriendo dar asentimiento a lo que acababa de oír, a pesar de la seguridad de Mateo —; pero ¿qué vienen a hacer a ella?

—¿Qué sé yo? — respondió Goguelue, que no perdía una palabra, ni un movimiento de la fisonomía, ni un estremecimiento del corazón del joven guardabosques —; puede que a preparar su fuga.

—¡Su fuga! — prorrumpió Bernardo, llevándose las manos a la cabeza y apretándola como si fuese a perder el juicio.

—Sí, señor — continuó Goguelue —. Esta tarde el Parisiense estaba buscando oro en Villers-Cotterets.

—¿Oro?

—Lo pedía a todo el mundo.

—Mateo — repuso Watrín —, me haces padecer de un modo cruel, y ¡ay de ti si es sólo por el gusto de hacerme padecer!

—¡Silencio! — repuso Goguelue.

—El paso de un caballo — murmuró el joven guardabosques.

—Mire — dijo Mateo apoyando una mano en el brazo de Watrín, y tendiendo el otro en dirección del ruido.

Efectivamente, al través de la arboleda y en medio de la oscuridad, Bernardo vió avanzar un jinete en quien, a pesar de su ofuscación, que le nublaba la vista, reconoció a su rival, y por instinto se escondió tras el árbol que estaba más próximo a él.

XV

LA OCASION HACE AL LADRON

A unos cincuenta metros aproximadamente de la taberna de la tía Tellier se detuvo Chollet, miró a su alrededor, y no viendo nada que pudiera inquietarle, se apeó y ató el caballo a un árbol. Luego de esto, se encaminó a la taberna.

—¡Ah!, helo aquí — murmuró Bernardo, haciendo un movimiento como para interceptarle el paso.

—¡Cuidado! — le dijo Mateo deteniéndole —, si el señor Chollet repara en usted, entonces no va a ver nada.

—Dices bien — repuso el joven guardabosques volviéndose a su sitio, mientras Moteo se deslizaba cautelosamente en la choza de follaje, como la serpiente de que acababa de desempeñar el papel.

El Parisiense continuó avanzando, y pronto se encontró en la zona de luz proyectada por las velas que habían quedado sobre las ahora desiertas mesas de los bebedores.

La taberna estaba o parecía estar solitaria; así pues, Chollet pudo creer que se encontraba completamente solo.

—¡Por mi vida! — dijo aquél mirando uno a uno los objetos que le rodeaban —, casi juraría que estoy en la taberna de la tía Tellier; pero que me lleve el diablo si sé dónde está la fuente del Príncipe.

—¡La fuente del Príncipe! — repitió Bernardo, que por estar muy cerca del Parisiense oyó lo que éste acababa de decir.

Y con la mirada buscó a Mateo; pero Mateo había desaparecido, aparentemente a lo menos; estaba en la choza.

—¡Tía Tellier! ¡Tía Tellier! — exclamó el Parisiense.

—¿Está usted llamando a la tía Tellier? — preguntó Babet acudiendo al llamamiento.

—Sí, hija mía.

—Ha salido.

—¿Dónde está?

—Se ha ido a la Casa Nueva del camino de Soissons, a casa de los Watrín.

—¡Caramba! — exclamó Chollet —, con tal que no hable con Catalina y le impida que venga...

—¡Que no hable con Catalina y le impida que venga! — repitió Bernardo, que no perdía sílaba de cuanto decía el Parisiense.

—Pero, ¡bah!, sería una casualidad —, continuó Chollet hablando consigo mismo. Y levantando la voz, dijo a Babet:

—Acércate, hija mía.

—¿Qué se le ofrece?

—Quizá puedas tú decirme dónde está lo que yo busco.

—¿Qué busca usted?

—La fuente del Príncipe; ¿está muy lejos de aquí?

—A un centenar de pasos — respondió la muchacha tendiendo el brazo hacia el roble que se levantaba no lejos de la puerta —. Mire usted, desde aquel roble puede verla.

—A ver, muéstramela.

Babet se subió al cerrillo en cuya cúspide se elevaba un roble magnífico, de los tiempos de Francisco I, y que permaneciera en pie, mientras habían pasado doce generaciones de bosques.

—Mire usted — expresó la muchacha —, allá abajo; ¿ve aquel hilo de agua que a los rayos de la luna reluce cual una franja de plata?, pues es la fuente del Príncipe.

—Gracias, hija mía — dijo Chollet.

—No hay de qué.

—Sí hay de qué, y en prueba de ello, ahí va esto en pago de la molestia que te has tomado.

Luis, a quien la dicha hacía generoso, sacó su bolsa, repleta de oro, para tomar de ella una moneda; pero escapándosele aquélla de las manos, se le cayó al suelo, abriéndose y dando salida a parte de la cantidad que encerraba.

—Bueno — exclamó Chollet —. ¡Cuidado que soy tonto: dejo caer mi bolsa!

—Aguarde un momento — dijo Babet —, voy por una luz; esta semilla es inútil sembrarla, no brota.

—¡Oh! — murmuró Bernardo, que se había estremecido al ruido que produjera la bolsa al caer —, ¡era verdad!

En esto apareció de nuevo Baber con una bujía encendida, y agachándose hizo relucir un centenar de monedas de oro desparramadas por la arena, mientras al través de las mallas de la bolsa se veía brillar una suma dos veces mayor.

Chollet se arrodilló para recoger el dinero.

Si al Parisiense le hubiese preocupado menos esta operación, pudiera haber visto la cabeza de sapo de Goguelue, el cual alargaba el cuello fuera de la choza, y con los ojos hechos un ascua devoraba las monedas.

—¡Oh, cuánto dinero! — murmuró el vagabundo —; ¡cuando uno piensa que hay gente que tiene tanta riqueza, mientras otros!...

Chollet hizo un movimiento, y la cabeza de Goguelue se metió de nuevo en la choza como la de una tortuga dentro de su caparazón.

El Parisiense, cuando hubo terminado su dorada cosecha, tomó una moneda y se la dió a Babet.

—Gracias, amiga mía — dijo el joven —; toma, para ti.

—¡Una moneda de oro! — exclamó la muchacha toda gozosa —; se equivoca, caballero, todo esto no es para mí.

—Claro que sí; será el principio de tu dote.

En esto se oyeron las campanadas del reloj de la aldea.

—¿Qué hora da? — preguntó el Parisiense.

—Las nueve — respondió Babet.

—¡Ah!, temí haberme retrasado.

Y llevando la mano al pecho para cerciorarse de que efectivamente se había metido la bolsa en el bolsillo interior de su levita, subió al cerrillo, se apoyó por un instante en el roble para mirar ante sí, y descendiendo luego al valle por el cual se deslizaba la fuente, desapareció.

—¡Ah! — murmuró Babet mirando la moneda de oro a la luz de la vela —, a ésos les llamo yo ricos y generosos.

Y se metió nuevamente en la taberna; luego, como ya no era probable que se presentara ningún otro consumidor, cerró los dos postigos y la puerta, y por fin se oyeron rechinar sucesivamente la cerradura y los cerrojos.

Bernardo quedó solo en medio de las tinieblas, o más bien creyó quedar solo; ya no pensaba en Mateo.

Arrimado al roble, con las cejas dolorosamente fruncidas, una mano sobre el corazón y la otra en el caño de su escopeta, el joven guardabosques, mientras Goguelue le estaba atisbando al través de una abertura que practicara en las ramas de la choza, permanecía inmóvil y mudo como una estatua. Luego pareció reanimarse, y mirando a su alrededor, llamó a Mateo; pero el vagabundo se guardó de contestar; lo único que hizo fué redoblar su atención, ya que en la voz alterada de Bernardo comprendió la turbación que a éste dominaba.

—¡Ah! — murmuró el joven guardabosques —, se ha ido; lo que va a pasar lo habrá asustado. Si Catalina acude a la cita, él tendrá razón.

Formulado este monólogo, Bernardo se separó del roble y avanzó con rapidez algunos pasos en direción a su rival.

—Al fin y al cabo — dijo el joven deteniéndose de repente —, Catalina no es la única mujer del mundo para que el señor Chollet tenga que estar forzosamente enamorado de ella. ¿Quién me dice a mí que Mateo no se haya equivocado y que la que tiene cita con él no sea alguna muchacha de Villers-Hellón, de Corcy o de Longpont? Por otra parte, aquí estoy para ver. Bueno, valor — dijo luego entre sí y al notar que le flanqueaban las piernas —; vale más saber a qué atenerse que estar en dudas. ¡Oh, Catalina! — prosiguió acercándose a su vez al roble —, si eres falsa hasta ese extremo, si me has engañado tan miserablemente, no creeré ya nada en el mundo. ¡Dios mío!, y yo que la amaba tanto, yo que la amaba tan profunda y sinceramente y habría dado por ella mi vida si me la hubiese pedido!... Por fortuna — añadió mirando en torno de sí con indecible expresión de amenaza — todos se han ido, las luces están apagadas, y si algo pasa, será entre las tinieblas de la noche, ellos y yo.

Entonces, con sigiloso andar, cual el del lobo que se acerca a un rebaño, se deslizó a lo largo de las raíces del roble, y al llegar al tronco, respiró.

El Parisiense estaba solo todavía.

Bernardo, con la escopeta preparada como un cazador al acecho, atento y con la mirada fija, no perdía un solo movimiento de su rival.

—Hola — dijo para sí el joven guardabosques mientras escudriñaba con ojos de lince el horizonte que dominaba —, por lo que se ve, ella debe venir del lado de Soissons. ¿Si saliese yo a su encuentro y le reprochase su conducta? No, me quedaría sin saber nada; no me diría la verdad... Oigo ruido — dijo de pronto y volviendo la cabeza hacia el lado opuesto —. No, es el caballo del Parisiense que se impacienta y patalea... Por otra parte — añadió Bernardo con indiferencia —, ¿qué me importa el ruido procedente de este lado? Los ojos y los oídos debo tenerlos atentos hacia allí... ¡Dios me asista! Veo un bulto que avanza al través de los árboles; pero no... Sí — añadió el joven enjugándose los ojos y con acento tan sordo que parecía arrancar de lo más profundo de su pecho —, sí; es una mujer; titubea... No, sigue avanzando... Va a atravesar un claro, y entonces la veré distintamente...

Reinó por un instante el silencio más profundo; luego se oyó una especie de rugido.

—¡Oh!, ¡es Catalina! — rechinó Bernardo... El Parisiense la ha visto..., se levanta... — Maldición!, ¡no llegarás hasta ella, miserable!... ¡Catalina! ¡Catalina! — murmuró Bernardo enderezándose sobre una rodilla —, ¡caiga sobre ti la sangre que voy a derramar!

El joven encañonó lentamente con su escopeta a Chollet, y volvió a bajarla, repitiendo tres veces la misma operación; pero no se sintió con ánimo de hacer fuego.

—No — murmuró el joven bañado en sudor, con los ojos inyectados en sangre y jadeante el pecho —; no; no soy un asesino; soy Bernardo Watrín, es decir, un hombre honrado. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Socorredme! Y arrojando la escopeta, echó a correr a través del bosque, loco de dolor y sin saber a dónde iba.

De nuevo imperó el silencio, y el diablo, que inspiraba aquel designio, pudo ver a Mateo cómo asomaba la cabeza por la abertura de la choza, se arrastraba a gatas, y reteniendo la respiración, llegaba al pie del roble, fijaba los ojos en dirección a la fuente del Príncipe, tendía la mano para dar con la escopeta arrojada por Bernardo, y la asía con crispada mano, mientras decía con voz sorda:

—Peor para él: ¿por qué trae tanto dinero? La ocasión hace al ladrón.

Y encañonando a su vez con la escopeta al Parisiense, tiró del gatillo.

Las tinieblas se rasgaron como a la luz de un relámpago, oyóse una detonación, y Luis Chollet cayó cuan largo era, dando un gran grito, seguido de otro de Catalina, que se había detenido vacilante al encontrar al Parisiense en el sitio donde creyera encontrar a su amado, y que huía presa de terror al ver rodar por tierra al rival de Bernardo.

XVI

EN CASA DEL TIO WATRIN

Entretanto en la fuente del Príncipe se desarrollaba este sangriento drama nocturno, teniendo como testigo a Dios, tocaba a su término, entristecida por la ausencia de Bernardo, la cena que debía hacer resaltar, a los ojos del alcalde, las dotes culinarias de la tía Watrín.

En el reloj de cuclillo dieron las ocho y media, y el padre Gregorio, que ya había mostrado por dos o tres veces deseos de retirarse, pareció levantarse definitivamente.

—No, por mi vida, señor cura — dijo el tío Guillermo, que no acostumbraba a dejar que sus convidados se alejaran de tal suerte —, no se irá usted sin antes haber brindado una vez más.

—Pero, hombre de Dios — objetó Mariana, que toda inquieta y con los ojos humedecidos, no había apartado ni por un segundo la mirada del sitio que debiera haber ocupado Bernardo —, ¿no ves que Catalina y Francisco no están aquí?

La buena mujer, por más que tuviese con-centrado todo su pensamiento en su hijo, no se atrevía a hablar de él.

—¿Dónde se han ido? — preguntó el ancia-no —; hace poco que estaban presentes.

—Es ciert, pero han salido uno tras otro y el brindar en ausencia de los que han asis-tido al principio de la comida, dicen que trae desgracias.

—Catalina no puede andar muy lejos; [...] mala.

—Ya la he llamado y no me ha respon[dido] — contestó Mariana moviendo la cabeza.

—Hace unos diez minutos que ha salido — [ex]puso el padre Gregorio.

—¿Has subido a su cuarto? — preguntó Gui-llermo a su mujer.

—Sí; no está.

—¿Y Francisco?

—¡Oh!, a Francisco ya sabemos dónde en-contrarlo — respondió la anciana —; está ayu-dando a enganchar el caballo en la calesa.

—Señor Guillermo — expresó el cura —, [ro]garemos a Dios que nos perdone el haber brin-dado en ausencia de los comensales; pero se está haciendo tarde y debo retirarme.

—Mariana — dijo Guillermo a su mujer —, sírvele vino al señor alcalde, y acatemos [...] lo que diga nuestro querido señor cura.

El padre Gregorio levantó su vaso a me[dio] llenar, y con la bondadosa y dulce voz con que hablaba a Dios y a los menesterosos, [dijo:]

—Brindo por la paz doméstica, por la unión del padre y de la madre, del esposo y de la esposa, única unión de la cual puede salir [la] dicha de los hijos

—¡Bravo!, padre cura — exclamó el alcal[de].

—Gracias, señor, y ojalá no sea sordo a [su] voz el corazón al cual intenta usted conmo[ver] — dijo el anciano guardabosques lanzando [una] mirada a Mariana, y como diciéndole que [a] ella se dirigía.

—Ahora, mi querido Guillermo — prosi[guió] el sacerdote —, me dispensará usted que bus[que] que mi manteo, mi bastón y mi sombrero, [y] que dé prisa al señor alcalde para que me con-duzca a Villers-Cotterets; acaban de dar [las] nueve

—Está bien, señor cura — manifestó el al-calde —, y mientras usted busca el sombrero, el bastón y el manteo, yo diré dos palabras al tío Guillermo.

—Venga usted, padre Gregorio — dijo Ma-riana, a la cual había emocionado el brindis del digno sacerdote —; creo que lo que usted busca está en la pieza contigua.

—Vamos andando, señora Watrín — dijo el cura.

Mariana y el padre Gregorio salieron [del] comedor en el preciso instante en que sonaban las nueve, dejando solos al tío Guillermo y al alcalde, que por espacio de algunos segundos permanecieron silenciosos y al parecer como si cada uno de los dos esperara que el otro iniciara la conversación.

—Bueno, a ver esa receta para hacerse [...] millonario — dijo por fin el guardabosques dis-poniéndose a romper el silencio.

—Ante todo, un apretón de manos en señal de buena amistad, mi querido señor Guiller[mo] — expresó el alcalde.

—Con sumo placer.

Y los dos interlocutores, colocados uno [en] frente de otro, alargaron las manos, que [se] encontraron encima de los restos de la famosa torta que tanto preocupara a la tía Watrín.

—Ahora espero la proposición — dijo Gui-llermo.

—Usted cobra cuatrocientos pesos al año, [¿no] es eso? — preguntó el señor Raisin después [de] haber carraspeado.

—Y setenta y cinco de gratificación; en jun[to] cuatrocientos setenta y cinco pesos.

—De modo que necesita usted diez años p[ara] cobrar cuatro mil setecientos cincuenta pe[sos].

—Cuenta usted con la rapidez del difun[to] Bareme, señor Raisin,

—Pues yo le ofrezco a usted hacerle ganar en un año lo que gana en diez —dijo el alcalde.

—¡Caramba!— explíquese, señor — repuso el tío Guillermo, echando ambos codos sobre la mesa y apoyando la cabeza en las manos.

—Pues bien —continuó Raisín con risa artera—; por parte de usted no se trata más que de cerrar alternativamente el ojo derecho y el izquierdo, al pasar junto a ciertos árboles que están a la derecha o a la izquierda de su lote. No tiene otra cosa que hacer; ya ve que no puede ser más fácil.

Y añadiendo el ejemplo al precepto, el "honrado" tratante en maderas cerró alternativamente los ojos.

—¡Ya! ¿Y esto es lo que quería usted proponerme? —exclamó Guillermo mirando de soslayo a su interlocutor.

—Creo que mi proposición es tan buena como cualquiera otra — replicó el alcalde.

—¿Y para eso me da usted cuatro mil setecientos cincuenta pesos?

—Dos mil trescientos setenta y cinco para cada uno de los ojos.

—Y entretanto, usted... —dijo el tío Guillermo haciendo el gesto de quien derriba un árbol.

—Sí —contestó Raisín haciendo el mismo gesto.

—¡Pero eso sería robar al duque de Orleáns!— arguyó el anciano.

—¡Oh!, robar, robar —dijo con zumba el alcalde, no obstante la dureza del vocablo—. Hay tantos árboles en el bosque, que nadie puede haber echado la cuenta.

—Excepto aquel que sabe, no sólo cuántos hay, sino también cuántas hojas tienen; excepto aquel que todo lo ve y todo lo sabe, y que por más que nos encontremos en el mismo aposento, está ya enterado de que viene usted a hacerme una proposición infame —expresó Guillermo con solemnidad casi amenazadora.

—¡Señor Guillermo! —exclamó el alcalde, creído que levantando la voz se impondría al anciano.

Pero Guillermo se puso en pie, apoyó una mano sobre la mesa, y señalando con la otra la ventana, dijo al alcalde:

—¿Ve usted esa ventana?

—Sí, ¿y qué? —repuso el señor Raisín, palideciendo.

—Que si no estuviese yo en mi casa y no acabásemos de comer a la misma mesa, ya habría usted salido por ella.

—¡Señor Guillermo!

—Todavía no he concluído —gritó el anciano con la mayor serenidad—. ¿Ve usted el umbral de esa puerta?, pues saldrá usted tanto más ganancioso cuanto más pronto lo haya traspuesto.

—¡Señor Guillermo!

—Sólo cuando lo haya atravesado, dígame usted adiós.

—¡Señor!...

—¡Silencio!, alguien se acerca y no quiero que sepan que he admitido a un bribón a mi mesa.

Guillermo volvió la espalda al alcalde y se puso a silbar una marcha cinegética, conocida ya de nuestros lectores, y que aquél reservaba para las circunstancias solemnes.

Las personas ante las cuales Guillermo no quería decir que el tratante en maderas era un pillo redomado, eran el padre Gregorio y Mariana.

—Ya estoy aquí, señor alcalde —dijo el sacerdote buscando a Raisín con su mirada miope—. ¿Está usted listo?

—Tanto, que le está aguardando a usted en el camino —repuso el tío Guillermo mostrándo con el dedo al tratante en maderas que, siguiendo el consejo que aquél le diera, había salido de la casa.

El sacerdote no vió ni comprendió nada de cuanto había pasado, y saliendo a su vez, dijo al viejo guardabosques:

—Buenas noches, señor Guillermo, ojalá que con mi bendición descienda a esta casa la paz del Señor.

—Humilde servidora de usted, señor cura; servidora de usted, señor alcalde —expresó la tía Mariana, acompañando a sus huéspedes.

Guillermo siguió al padre Gregorio y al señor Raisín con la mirada, mientras pudo verlos, después, colocándose de espaldas a la puerta, hizo un movimiento que le era habitual, sacó su pipa, la llenó de tabaco, la sujetó entre las mandíbulas, y con los dientes tan apretados que apenas daban paso a las palabras, murmuró mientras echaba yescas:

—Bueno, ya tengo un enemigo más; pero no importa; el hombre es honrado o no lo es; si lo es, obra como yo he obrado, atropellando por todo... Hola, ahí llega Mariana; chitón.

Y aplicando la yesca encendida al orificio de su pipa, empezó a lanzar nubes de humo, símbolo de la cólera sorda que le entenebrecía el corazón y la frente.

Mariana, a quien le bastó una sola mirada para advertir que había ocurrido algo extraordinario, fué, vino, volvió y pasó por delante y por detrás de Guillermo; pero hubo de contentarse con una humareda más espesa por momentos.

—Dime —preguntó la buena mujer decidiéndose a romper el silencio.

—¿Qué? —repuso Guillermo secamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mariana, tras un instante de vacilación.

—Nada.

—¿Por qué no hablas?

—Porque nada tengo que decir.

La anciana se alejó y se acercó repetidas veces a su marido; y es que, indudablemente, si éste nada tenía que decirle a ella, ella, en cambio, no se encontraba en las mismas disposiciones.

—¡Jum! —murmuró la anciana, sin que Watrín la oyese. Luego añadió—: Escucha.

—¿Qué hay? —repuso el tío Guillermo.

—¿Cuándo se celebra la boda? —preguntó Mariana.

—¿Qué boda?

—¡Cómo qué boda!: la de Catalina con Bernardo.

—¡Ah! —exclamó Guillermo ensanchando el pecho como si le hubiesen sacado un gran peso de encima, aunque sin dejar traslucir nada. Y mirando cara a cara a su mujer, añadió—: ¿conque has entrado en razón?

—Me parece que cuanto antes se celebre, mejor —dijo Mariana eludiendo la respuesta.

—¿Sí?

—¿Y si la fijáramos para la próxima semana?

—¡Qué!, ¿y las amonestaciones?

—Iríamos a Soissons para solicitar dispensa.

—Bueno, ahora te apuras más que yo.

—Es que...

—¿Qué?

—Es que en mi vida he pasado un día como el de hoy.

—¡Bah!

—¡Separarnos! ¡Morir cada uno de nosotros por su lado! ¡Y esto después de veintiséis años de matrimonio! — exclamó la buena anciana, primeramente con el pecho oprimido y reventando luego en sollozos.

—Dame la mano —dijo Guillermo.

—De todo corazón —exclamó Mariana.

—Ahora dame un beso —repuso el anciano guardabosques estrechando contra su pecho a su esposa. Y mirándola, continuó—: eres la mujer más buena del mundo; pero cuando quieres.

—Te prometo querer desde hoy —contestó Mariana.

—*Amén* —dijo Guillermo.

No bien se pronunció esta palabra apareció Francisco.

Quienquiera que hubiese mirado al honrado muchacho con más atención que lo hacía el tío Guillermo, habría advertido que no estaba tan tranquilo como de costumbre.

—¡Ah! —dijo el joven con la evidente intención de que Guillermo notara su presencia.

—¿Están ya en la calesa? —preguntó el anciano guardabosques, que efectivamente se había vuelto hacia Francisco.

—¿Los oye usted?

En aquel instante un coche rodaba por la carretera.

—Acaban de partir.

Mientras Guillermo prestaba atención al ruido del coche que se iba alejando gradualmente, Francisco fué a tomar su escopeta, situada en uno de los rincones de la chimenea.

—¿A dónde vas? —preguntó Watrín, que había notado la acción del joven.

—Voy... Nada, tío Guillermo, es preciso que le diga a usted lo que ocurre; pero a usted solo.

—Mariana — dijo el anciano a su mujer.

—¿Qué hay?

—Levanta los manteles, y esto tendrás adelantado para mañana.

—¿Pues qué estoy haciendo? — repuso la anciana, con una batella vacía debajo de un brazo y media docena de platos en cada mano, y alejándose en dirección de la cocina, cuya puerta se cerró tras ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Guillermo a Francisco después de haber visto desaparecer a su esposa.

—Pasa —respondió el joven, acercándose a Watrín y hablando en voz baja—, que mientras estaba yo ocupado en enganchar el caballo del señor alcalde, he oído un disparo.

—¿En qué dirección?

—En la de Corcy, como si hubiese sido en los alrededores de la fuente del Príncipe.

—¡Ya!, y tú crees que es algún cazador furtivo.

Francisco hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—¿No? —dijo Guillermo.

—No —repitió el joven.

—Entonces, ¿qué es?

—Mire usted, tío Guillermo —continuó Francisco, bajando todavía más la voz—, en el ruido del disparo he conocido la escopeta de Bernardo.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Watrín con cierta ansiedad, pues no comprendía a título de qué, y a semejante hora, su hijo hubiese disparado un tiro.

—Lo conocería entre cincuenta —repuso Francisco—; usted sabe que Bernardo carga su escopeta con tacos de fieltro o de cartón, que resuenan bastante más que los tacos de papel.

—¡La escopeta de Bernardo! —dijo Guillermo con creciente inquietud—, ¿qué significa eso?

—Esto es lo que yo me pregunto.

—Escucha, oigo ruido —expresó Watrín estremeciéndose.

—Son pasos de mujer —dijo el joven.

—¿Si será Catalina?

—No, es una anciana —repuso Francisco—; la señorita Catalina anda con más ligereza. La que llega tiene más de cuarenta años.

Al terminar de decir estas palabras resonaron fuertes aldabonazos en la puerta.

XVII

LA MIRADA DE UN HOMBRE DE BIEN

El jefe de guardabosques y Francisco cruzaron una mirada; en el ambiente flotaba algo como el presentimiento de una desventura.

Durante aquel instante de silencio y de inquietud, se oyó pronunciar por dos veces el nombre de Watrín.

—¿Qué hay? ¿Quién está llamando a mi marido? —exclamó Mariana apareciendo de nuevo.

—Es la voz de la tía Tellier; abre —dijo Guillermo.

Mariana se encaminó presurosa a la puerta, la abrió y, efectivamente, la tía Tellier, toda agotada por la rapidez de su carrera, apareció en el umbral.

—Buenas noches a todos —dijo la tabernera entrando—; por Dios dénme ustedes una silla, pues vengo sin parar desde la fuente del Príncipe.

Al oír estas palabras, el anciano guardabosques y Francisco cruzaron otra mirada.

—¿A qué debemos la satisfacción de verla por aquí a semejante hora? —preguntóle con voz trémula el tío Guillermo.

—Un poco de agua, por amor de Dios; me ahogo —dijo por toda respuesta la tía Tellier llevándose la mano a la garganta.

Mariana se apresuró a servir a la buena mujer, que bebió con avidez.

—Gracias —dijo la tía Tellier—, ahora puedo hablar, y voy a decirles lo que me trae.

—Hable, hable —exclamaron a una Guillermo y Mariana, mientras Francisco permanecía apartado y movía tristemente la cabeza.

—Pues sí, vengo de parte de Bernardo —prosiguió la tía Tellier.

—¿De parte de Bernardo? —dijeron a una Guillermo y Mariana.

—Pero, ¿qué le ha pasado a ese pobre muchacho? —preguntó la mensajera—; hace una hora que ha entrado en mi casa, pálido como un difunto.

—¡Mujer! —dijo Guillermo mirando a Mariana.

—¡Cállate, cállate —murmuró ésta, comprendiendo lo cargada de reproches que estaba aquella única palabra.

—Uno tras otro se ha bebido tres vasos de vino; pero digo mal, se los ha bebido de un solo trago, porque empinando la botella, se ha puesto a beber a chorro.

Este solo pormenor bastó para llenar de espanto a Guillermo: beber a chorro era tan insólito en Bernardo, que esta acción indicaba una alteración enorme en su espíritu.

—¿Bernardo ha bebido a chorro? ¡Imposible!, ¡imposible! —exclamó el anciano.

—¿Y bebía así sin decir nada? —preguntó Mariana.

—Al contrario —respondió la tía Tellier—; me ha pedido por favor que me llegase hasta aquí y dijese a Catalina que en breve le escribiría.

—¡Cómo!, ¿eso ha dicho? —exclamó la madre de Bernardo.

—¡Escribir a Catalina! ¿Y por qué? —preguntó Guillermo, cuya zozobra iba en aumento progresivamente.

—¡Oh!, ¡el escopetazo!, ¡el escopetazo! —murmuró Francisco.

—¿Y no ha dicho nada más? —preguntó Mariana.

—Aguarden —repuso la tía Tellier, que tenía pendiente de sus labios a su auditorio; y anudando el hilo de su discurso, continuó—: entonces le he preguntado si tenía que hacerme algún encargo especial para ustedes.

—Ha obrado usted santamente —expresaron ambos esposos, respirando hondamente.

—Dígales usted —me ha respondido Bernardo— que he pasado por aquí y que me despido de ellos.

—¡Cómo! —exclamaron a un tiempo tres voces, cada una con entonación diferente.

—¿Le ha encargado a usted que de su parte nos dijera adiós? —preguntó Guillermo. Y volviéndose hacia Mariana, añadió con acento de indecible reproche, mientras se llevaba las manos a los ojos—: ¡mujer!, ¡mujer!

—Todavía no he concluido —repuso la mensajera.

Como animados por un mismo impulso, Guillermo, Mariana y Francisco se acercaron a aquélla.

—¿Qué más ha dicho? —preguntó Watrín.

—Ha añadido: "dígales usted que conserven a su lado a Catalina, que les agradeceré las atenciones de que la rodeen, y que si yo muero como el pobre hijo de usted, Antonio..."

—¡Morir! —repitieron al unísono y palideciendo los ancianos.

"—Dígales usted —prosiguió la tía Tellier—, que nombren a Catalina su heredera."

—¡Mujer! ¡mujer!, ¡mujer! —exclamó Guillermo retorciéndose los brazos.

—¡Oh!, ¡el escopetazo!, ¡el funesto escopetazo! —murmuró Francisco.

Mariana había caído anegada en llanto. ¡Pobre madre! Conocía que ella era la causa de cuanto ocurría, y además, a la ansiedad que compartía con su esposo tenía que añadir el remordimiento.

En esto se oyó un grito doloroso en la parte de afuera.

—¡Socorro!, ¡socorro! —decía una voz apagada, aunque no tanto que no la conocieran todos.

—¡Catalina! —exclamaron a coro Guillermo, Mariana, Francisco y la tabernera, precipitándose hacia la puerta, a la que Watrín llegó primero y la abrió de par en par, dando paso a la doncella.

—¡Asesinado!, ¡asesinado! —exclamó Catalina, pálida, con los ojos desencajados, desgreñada, casi trastornado el juicio.

—¡Asesinado! —exclamaron los espectadores de aquellas dos escenas, durante las cuales el terror iba en aumento.

—¡Asesinado!, ¡asesinado! —repetía Catalina, jadeante entre los brazos del tío Guillermo.

—¡Asesinado!, ¿pero quién? —preguntó Watrín.

—El señor Luis Chollet...

—¡El Parisiense! —exclamó Francisco casi tan pálido a su vez como Catalina.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Habla, habla —dijo el anciano guardabosques.

—¡Asesinado!, ¿dónde, señorita Catalina? —preguntó Francisco.

—En la fuente del Príncipe —murmuró la joven.

Guillermo, que la sostenía, a punto estuvo de dejarla caer.

—Pero, ¿por quién? —preguntaron a la vez la tabernera y Mariana.

—No lo sé —respondió Catalina.

Los dos hombres respiraron.

—Pero, en definitiva, ¿cómo han pasado los hechos y por qué estabas tú allí? —preguntó Guillermo.

—Yo estaba en la creencia de que iba a reunirme con Bernardo en la fuente del Príncipe —respondió la joven.

—¿Reunirte con Bernardo?

—Sí; Mateo me había citado en su nombre.

—¡Oh!, si anda Mateo de por medio, no todo termina aquí —dijo entre sí Francisco.

—¿Y has estado tú en la fuente del Príncipe? —preguntó el tío Guillermo.

—Creí que Bernardo me estaba aguardando en ella para despedirse de mí; pero no era cierto, no era él.

—¡Que no era él! —exclamó Watrín, aferrándose a cada resquicio de esperanza.

—Era otro hombre.

—¡El Parisiense! —exclamó Francisco.

—¡Sí, al verme se dirigió hacia mí, porque con la luz de la luna, podía divisarme al través del claror a más de cincuenta pasos. Cuando no nos separó más que la distancia de unos diez, lo conocí, y comprendiendo entonces que yo había caído en un lazo, iba a pedir socorro, cuando de repente ha brillado un fogonazo en la dirección del corpulento roble que cab[...] la taberna de la señora Tellier, y ha retumb[...] un disparo, seguido de un grito lanzado p[...] el señor Chollet, que se ha llevado las m[...] al pecho y caído a tierra. Yo huí enloquec[...] como pueden ustedes comprender, y sin d[...]nerme he venido hasta aquí. ¡Ay!, de ha[...] estado esta casa tan sólo veinte pasos más [...] me habría desmayado o muerto en el cam[...]

—¡Un escopetazo! —dijo Guillermo.

—Es el que yo he oído —murmuró Fra[n]cisco.

De improviso cruzó por la mente de Cat[ali]na un pensamiento terrible, y que al par[...] ya lo había abandonado: miró en torno d[...] con espanto cada vez más profundo, y al [...] que no estaba presente aquel a quien busc[...] exclamó:

—¿Dónde está Bernardo? Por Dios, dig[...] dónde está, quién lo ha visto.

El más sombrío silencio habría sido la ú[...] respuesta a tan dolorosa interrogación, si d[...] de el umbral de la puerta, entreabierta d[...] la entrada de Catalina, una voz funesta no [...]biese dicho:

—¿Dónde está el pobre señor Bernardo? V[...] a decírselo a ustedes: está arrestado.

—¡Arrestado! —balbuceó sencillamente G[ui]llermo.

—¡Arrestado mi hijo Bernardo! —excl[...] Mariana.

—¡Oh! ¡Bernardo! ¡Bernardo! Esto es lo [...] yo me temía —murmuró Catalina, desolada[...]

—¡Qué desgracia! ¡Señor! —gritó la Te[...] juntando las manos.

Unicamente Francisco, con la mirada fij[...] el vagabundo, como si hubiese querido [...] en el interior de éste cuanto iba a decir y so[...] todo cuanto iba a callarse, rechinó ent[...]dientes:

—¡Mateo! ¡Mateo!

—¡Arrestado —repitió Watrín— ¿Cómo? [...] ¿Por qué?

—¡Caramba! qué sé yo —respondió M[...] cruzando con paso pausado el aposento en [...] su anchura para ir a sentarse junto a la c[hi]menea, su sitio habitual—. Parece que han [dis]parado un escopetazo contra el Parisiense. L[...] gendarmes de Villers-Cotterets regresaban [...] la fiesta de Corcy, y viendo a Bernardo [...] huía, han corrido tras él, lo han detenid[o] [...] lo llevaron.

—¿Y adónde? —preguntó el tío Guillerm[o]

—Yo no sé nada; ¿adónde conducen a [...] gentes que han asesinado? Pero yo me d[...] Quiero al señor Bernardo y al señor Guille[...] y a todos los de la familia Watrín, que me [...] favorecido y alimentado; es preciso, pues, [...] yo les participe la desgracia que le ha s[uce]dido al pobre señor Bernardo, porque, en [...] si hay manera de salvarle...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó M[aria]na—; ¡y pensar que soy yo, mi terquedad, [...] maldita terquedad la causa de todo eso!

En cuanto al tío Guillermo, parecía [...] más tranquilo y no sentirlo tanto; pero, [...] obstante las apariencias, quizá sufría más [...] su mujer.

—¿Y tú dices, Francisco —preguntó W[...] en voz baja—, que has conocido el ruido [...] su escopeta?

—Sí; estoy seguro de ello.

—¿Bernardo, asesino? ¡Imposible! —mur[...] el anciano.

—Escuche —expresó Francisco como [...]rado súbitamente por una idea luminosa.

—¿Qué? —preguntó Watrín.

—No pido más que tres cuartos de hor[a]

—¿Para qué?

—Para decirle a usted con toda certez[a] [...] Bernardo es o no el asesino del señor Ch[...]

Y sin tomar su sombrero ni su esco[...] Francisco se lanzó fuera de la casa y des[...]reció como un rayo al través del bosque.

Guillermo estaba tan preocupado con lo [...] acababa de decirle el joven guardabosque[...] buscaba con tanto afán la explicación de [...] proyecto, que apenas reparó en dos suc[...]

el primero, que su mujer se había desmayado; el segundo, que acababa de entrar el padre Gregorio.

Catalina fué quien observó antes que todos al digno sacerdote, a quien su negra sotana impedía que lo viesen en la oscuridad.

—¡Oh! —exclamó la joven abalanzándose al cura—, ¿es usted, padre mío, es usted?

—Sí, hija mía —respondió el bondadoso sacerdote—; el corazón me anunció que en esta casa había lágrimas que enjugar, y aquí estoy.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo, yo tengo la culpa de todo! —exclamó Mariana dejándose caer de rodillas en su silla—. ¡Señor!, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa—, repetía la infeliz pecadora golpeándose con toda su fuerza su pecho maternal.

—¡Ah!, mi querido Guillermo —gimió el padre Gregorio—, Bernardo ya lo ha dicho al salir de esta casa: ¡caiga sobre ustedes mi desdicha! Y, en efecto, sobre ustedes cae.

—¡Señor cura! ¡Señor cura! —exclamó el anciano— ¿Va usted también a decir como los demás que mi hijo es culpable?

—Ya lo sabremos —respondió el sacerdote.

—Sí, lo sabremos —repuso Guillermo—. Bernardo es nervioso, arrebatado, colérico, pero no embustero.

El tío Guillermo tomó su sombrero.

—¿Adónde va? —le preguntó el padre Gregorio.

—A la cárcel.

—Es inútil; lo hemos encontrado en la carretera entre dos gendarmes, y el señor alcalde ha ordenado que le condujeran aquí para proceder, en presencia de usted, al primer interrogatorio, pues espera que tendrá usted sobre Bernardo, que tanto le quiere, poder suficiente para hacerle declarar la verdad.

En aquel instante y como si no aguardara más que ser anunciado por el sacerdote, entró el alcalde.

Al verlo, Guillermo se estremecio instintivamente; conocía que se encontraba frente a un enemigo.

—Usted dispense, señor Watrín —dijo el alcalde sonriéndose con malignidad—, me ha prohibido usted que atravesara los umbrales de esta casa..., pero ya comprenderá que se presentan circunstancias tales...

—¿Y a usted no le pesa que se hayan presentado, señor alcalde? —repuso el anciano, que había advertido la sonrisa de Raisín.

En esto se oyó el patalear de caballos sobre el empedrado de la carretera, y el alcalde, aprovechando el caso para no contestar, volvió la espalda a Guillermo, para dirigirse a los gendarmes, todavía invisibles, y decirles:

—Que entre el preso y ustedes quédense ahí fuera.

No bien terminó Raisín de dar esta orden, cuando Bernardo, lívido y con la frente bañada en sudor, pero tranquilo, apareció en el umbral, esposado.

Mariana, al verle, hizo un movimiento para arrojarse en brazos de su hijo.

—¡Hijo mío! ¡Mi querido hijo! —exclamó la anciana con voz doliente.

—¡No te muevas! —repuso Watrín asiendo del brazo a su mujer—; ante todo es menester que sepamos si nos dirigimos a un criminal o a nuestro hijo.

Catalina, al ver a su prometido, se había cubierto el rostro con las manos.

—Señor alcalde —expresó Guillermo, mientras los gendarmes conducían a Bernardo al centro de la pieza—; señor alcalde, pido que me dejen mirar a mi hijo cara a cara y decirle dos palabras; luego seré yo quien declare si es o no culpable.

Como el permiso solicitado por Watrín no podía, en definitiva, ser desatendido, Raisín contestó con un gruñido que podía tomarse por una autorización.

Entonces Guillermo, mientras se formaba un semicírculo del que Bernardo y los dos gendarmes constituían el punto central, dijo con acento solemne:

—Sean ustedes testigos de lo que voy a preguntarle y de lo que va a responderme. En presencia de esta mujer, que es tu madre; de esta otra mujer, que es tu prometida; de este dignísimo sacerdote, que ha hecho de ti un cristiano, y de mí, tu padre, que te he inculcado el amor a la verdad y el odio a la mentira, te pregunto, como Dios te lo preguntará tarde o temprano: Bernardo, ¿eres culpable o inocente?

Guillermo miró a su hijo de modo que parecía querer escudriñar lo más recóndito de su alma.

—Padre —respondió Bernardo con voz suave y reposada.

—No te precipites en contestar —ordenó Guillermo interrumpiéndole—; no te precipites en contestar, repito, para que tu corazón no te engañe, y cuando lo hagas mírame de frente, como a ustedes los que están aquí les ruego lo hagan respecto de él y le escuchen con toda atención. Responde, Bernardo.

—Padre, soy inocente —dijo el joven con voz tan tranquila como si para él se hubiese tratado del asunto más indiferente.

Todos prorrumpieron en exclamaciones de júbilo, menos Mateo, el alcalde y los gendarmes.

—De rodillas, hijo mío —exclamó Guillermo poniendo una mano en el hombro de Bernardo, que se apresuró a obedecer.

Entonces y con expresión de fe indecible, el anciano continuó:

—Hijo mío, yo te bendigo; eres inocente, y esto me basta. En cuanto a la prueba de tu inocencia, ya vendrá cuando a Dios le plazca. Ahora es asunto que debe ventilarse entre los hombres y tú. Abrázame, y siga su curso la ley.

Bernardo se levantó y se arrojó en los brazos de su padre.

—Ahora te toca a ti —dijo Guillermo a Mariana, apartándose a un lado para dejar al descubierto a Bernardo.

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío! —exclamó la tía Watrín, echando los brazos al cuello del joven— ¿Conque todavía puedo abrazarte?

—¡Madre, mi buena madre! —prorrumpió Bernardo.

Catalina estaba aguardando; pero al querer acercarse al prisionero, éste hizo un gesto con las manos, y dijo:

—Ahora no, Catalina; más adelante veremos, pues por la eterna salvación de usted le juro que también yo tengo que interrogarla.

La joven retrocedió sonriéndose dulcemente, porque ahora estaba tan segura de la inocencia de Bernardo como de la suya propia.

Lo que Catalina decía entre sí, Mariana lo dijo en alta voz después de haber abrazado a su hijo.

—¡Oh!, también yo respondo de que es inocente.

—Bueno, bueno —repuso con tono de zumba el alcalde—, ¿y ustedes creen que si fuese culpable lo declararía así de buenas a primeras? ¡Bah!, no es tan tonto.

Bernardo fijó en el alcalde una mirada fría e imperativa, y dijo con naturalidad:

—Confieso, sí, pero no por usted, señor alcalde, sino para satisfacción de los que me aman, y tomando a Dios por testigo, que mi primer impulso, cuando he visto por un lado aparecer a Catalina y por el otro a él levantarse para salir al encuentro de ella, mi primer impulso, repito, ha sido acabar con la vida del señor Chollet. Sí, me he abalanzado con esta intención y le he encañonado con mi escopeta; pero como Dios ha venido en mi auxilio y me ha dado fuerzas para resistir a la tentación, he arrojado lejos de mí el arma y eché a correr, no por haber cometido un crimen, sino para no consumarlo.

A una seña del alcalde, un gendarme presentó una escopeta a Bernardo.

—¿Conoce usted esta escopeta? —preguntó Raisín al joven.

—Sí, señor, es la mía —respondió con naturalidad Bernardo.

—Tiene el caño derecho descargado, ya lo ve usted.

—Es verdad.

—Y la han encontrado al pie del roble que domina el valle de la fuente del Príncipe.

—En efecto, allí la arrojé yo.

En esto Mateo se levantó haciendo un esfuerzo, llevó la mano hasta el ala de su sombrero, y con voz cuya poca seguridad atribuyó el alcalde a la humildad de aquél, dijo:

—Usted perdone, señor alcalde, pero quizá pueda yo alegar algo que contribuya a hacer patente la inocencia del señor Bernardo. Tal vez buscando bien se hallaría el taco, y como el señor Bernardo no carga como los demás guardabosques, con papel, sino con discos de fieltro hechos con sacabocados...

Un murmullo de aprobación acogió esta inesperada insinuación de Mateo, a quien desde hacía un cuarto de hora todos tenían olvidado por completo.

—Gendarmes —ordenó el alcalde—, vaya uno de ustedes al lugar del crimen y trate de hallar los tacos.

—Mañana, al romper el alba, estaremos allí uno de los dos —respondió uno de ellos.

Bernardo dirigió una mirada llena de sinceridad a Mateo, y se encontró con los empañados ojos de éste.

Al joven guardabosques le pareció ver brillar en la oscuridad la mirada de una serpiente, y desvió la suya con asco.

Quizá Mateo hubiese enmudecido si continuara bajó la intensa mirada de Bernardo; pero al ver que éste volvía el rostro, recobró ánimos y continuó:

—Otra cosa hay todavía que pone más de relieve la inocencia del señor Bernardo.

—¿Cuál? —preguntó el alcalde.

—Yo estaba aquí esta mañana cuando el señor Bernardo ha cargado su escopeta para ir a la caza del jabalí. Ahora bien; con el fin de conocer sus balas, las marcó con una cruz.

—¡Ah! —prorrumpió Raisín—, las marcó con una cruz.

—Sí, señor, y de ello respondo yo: le he prestado mi cuchillo para trazar la señal; ¿no es verdad, señor Bernardo?

Bajo la apariencia benévola, el joven guardabosques sentía tan instintivamente el diente agudo y doloroso de la víbora, que ni siquiera respondió.

El alcalde aguardó un instante, y al ver que Bernardo nada decía, preguntó a éste:

—Acusado, ¿es verdad lo que acaba de manifestar Mateo Gogueluc?

—Sí, señor.

—¡Demonios! Usted comprenderá perfectamente, señor alcalde, que si pudiese hallarse la bala y ésta no tuviese ninguna señal, podría responderse de que no ha sido el señor Bernardo quien hizo el disparo; y al contrario, si el proyectil ostentara una cruz y los tacos fuesen de fieltro...

Un gendarse se acercó al alcalde, y cuadrándose, dijo:

—Con su permiso, señor alcalde.

—¿Qué hay?

—Que ese mozo ha dicho la verdad —respondió el gendarme señalando a Mateo.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Raisín.

—Porque mientras él estuvo hablando, yo he descargado el cañón izquierdo de la escopeta y, efectivamente, la bala muestra una cruz y los tacos son de fieltro: mire.

—Amigo mío —dijo el alcalde al vagabundo—, cuanto acaba usted de manifestar, guiado por sus buenos deseos en pro de Bernardo, se revuelve contra éste: aquí está su escopeta descargada.

—Esto nada significa, señor alcalde —arguyó Mateo—; el señor Bernardo puede haberla descargado en otra parte; lo único que puede condenarle es el que se hallen la bala con la cruz y los tacos de fieltro.

—¿No tiene usted nada más que alegar en su defensa, acusado? —preguntó Raisín volviéndose hacia Bernardo.

—Solamente que las apariencias me condenan y soy inocente —respondió el joven guardabosques.

—Supuse —dijo con solemnidad el alcalde— que la presencia de sus padres, de su prometida y de este digno sacerdote —añadió señalando al padre Gregorio— le inducirían a declarar la verdad; por eso lo he conducido aquí. Me he engañado, y lo siento.

—No puedo declarar más que lo que es, señor alcalde. Soy culpable de un mal pensamiento, pero no de una mala acción

—¿Está usted decidido del todo?

—¿A qué? —preguntó Bernardo.

—¿A no declarar la verdad?

—No miento nunca, ni en pro ni en contra de mí.

—Bueno, gendarmes, llévenlo —dijo el alcalde.

Los gendarmes empujaron al joven con la mano y diciendo:

—En marcha.

Entonces Mariana salió de su estupor, e interponiéndose entre la puerta y su hijo, exclamó:

—¿Qué hace usted, señor alcalde? ¿Lo lleva?

—Claro que sí —respondió Raisín.

—¿A dónde?

—¡Caramba!, a la cárcel.

—¡A la cárcel!; pero, ¿no ha oído que es inocente?

—La verdad es —murmuró Mateo— que en tanto no hayan dado con la bala marcada con una cruz y los tacos de fieltro...

—Mi querida señora Watrín, mi hermosa señorita —dijo el alcalde—, es un deber ineludible. Se ha cometido un crimen. Yo no examino hasta qué punto puede interesarme ese crimen de que ha sido víctima un joven colocado en mi casa por sus padres y que, sobre tenerse ganadas todas mis simpatías, estaba bajo mi vigilancia. No, señores; Chollet, como Bernardo, a mis ojos no son más que dos extraños; pero es preciso que la ley siga su curso. Hay homicidio; luego, el caso es de los más graves. Adelante, gendarmes.

Estos empujaron nuevamente a Bernardo hacia la puerta.

—¡Adiós, padre! ¡Adiós, madre! —exclamó el joven.

Bernardo, seguido de la mirada ardiente de Mateo, que parecía impelerle con los ojos como los gendarmes le impelían con las manos, avanzó algunos pasos hacia la puerta; pero entonces, a su vez, encontró a Catalina en su camino.

—¿Y a mí, Bernardo, no me dices nada? —preguntó.

—¡Catalina! —contestó el joven con voz ahogada—, en el momento de morir, y de morir inocente, tal vez te perdone; pero ahora no me siento con fuerzas para ello.

—¡Oh! ¡Ingrato! —murmuró Catalina volviendo el rostro— ¡Yo le tengo a él por inocente, y él a mí me tiene por culpable!

—¡Bernardo! ¡Bernardo! —exclamó Mariana—, antes de separarte de mí, de tu pobre madre, dime que no me guardas rencor.

—¡Madre! —contestó el joven con resignación—; si debo morir, moriré como hijo agradecido y respetuoso, dando gracias a Dios por haberme concedido unos padres tan tiernos y bondadosos.

Y volviéndose a su vez hacia los gendarmes, Bernardo añadió:

—Adelante.

Y en medio de voces ahogadas, lágrimas y suspiros, el joven hizo con la mano una señal de despedida, y avanzó hacia la puerta, en el preciso instante en que Francisco, jadeante, sudoroso, sin corbata y con el saco en el brazo, penetraba en la casa.

XVIII

LAS HUELLAS DE MATEO

Al ver avanzar a Francisco, que con gesto imperativo hacía seña a todos de que no diesen un paso más, los circunstantes comprendieron que aquél debía de traer alguna nueva importante.

Excepto Bernardo, todos retrocedieron un paso.

Mateo, por impedírselo la pared de la chimenea, no podía echarse más atrás; pero aunque al parecer le era doloroso permanecer en pie, no se sentó.

—¡Ay! —exclamó Francisco arrojando, o más bien dejando caer su saco junto a la pared y arrimándose a una de las jambas de la puerta, como quien está próximo a desplomarse.

—¿Qué más sucede? —preguntó el alcalde—; ¿acabaremos de una vez? Vamos, gendarmes, a Villers-Cotterets.

—Señor Raisín —repuso el padre Gregorio, que comprendió que con Francisco llegaba un socorro—; ese joven tiene algo importante que comunicarnos; sírvase, pues, escucharle. ¿No es verdad, Francisco, que tienes que hacernos sabedores de noticias importantes?

—Dispénsenme ustedes que me presente de este modo —dijo el joven a la tía Tellier y a Catalina, que le estaban asediando, mientras el cura, Mariana y Guillermo le miraban como los náufragos abandonados sobre una balsa, en medio de tempestuoso mar, miran en el horizonte el buque que acude en su auxilio. Y volviéndose al alcalde y a los gendarmes, añadió—: ¿A dónde van ustedes, señores?

—¡Francisco! ¡Francisco! —exclamó Mariana— ¡Se llevan a la cárcel a mi hijo, a mi pobre Bernardo!

—¡Bah! —repuso Francisco—, todavía no están en ella, y de aquí a Villers-Cotterets hay siete kilómetros; esto sin contar que el tío Silvestre está acostado y que el levantarse a estas horas le haría muy poca gracia.

—¡Ah! —dijo Guillermo respirando, pues comprendía que desde el momento en que Francisco lo tomaba con tanta calma, era señal de que ya nada temía.

Y cargó su pipa, olvidada hacía más de media hora.

En cuanto a Mateo, se deslizó sin ser visto de nadie, desde la chimenea a la ventana, en cuyo alféizar se sentó.

—Esto es el colmo —profirió Raisín—; ¿acaso somos criados de Francisco? Vamos, gendarmes, en marcha.

—Usted dispense, señor alcalde; pero debo oponer alguna objeción a eso.

—¿A qué?

—A la orden que usted acaba de dar.

—¿Es importante lo que tienes que comunicarme? —preguntó Raisín.

—Usted mismo va a juzgar; lo único que le prevengo es que tal vez sea un poco largo.

—Entonces lo dejaremos para mañana.

—No, señor alcalde —repuso el joven—; obrando con rectitud es menester que me escuche ahora mismo.

—Amigo mío —replicó Raisín, con tono de impaciencia protectora—; como [illegible] criminal sólo pueden admitirse notici[illegible] tas, no hallarás inconveniente en que [illegible] Gendarmes, llévense al preso.

—Pues bien —prorrumpió Franci[illegible] brando su seriedad—, va a escucharme, [illegible] las noticias que traigo son concretas y [illegible]

—Señor alcalde —exclamó el padre [illegible] rio—, en nombre de la religión y de [illegible] manidad le conjuro a que escuche a [illegible]

—Y yo, caballero —expresó el tío [illegible] en nombre de la justicia le ordeno [illegible] siente.

El alcalde se detuvo, casi asustado, [illegible] solemne autoridad del amor paternal; [illegible] mo no quería que ni aparentemente [illegible] sospecharse que se rendía, replicó:

—Señores, si hay un muerto, es señal [illegible] existe un homicida.

—Perdone, señor alcalde —interrump[illegible] cisco—, es verdad que existe un homic[illegible] no un muerto.

—¡Cómo!, ¿no hay un muerto? —[illegible] Raisín.

—¿No hay muerto? —repitieron [illegible] sentes.

—¿Qué está diciendo? —murmuró [illegible]

—¡Alabado sea Dios! —dijo el sacer[illegible]

—Creo —continuó Francisco— que [illegible] do no tuviese que comunicarle a usted [illegible] más, la noticia es importante.

—Explíquese, joven —profirió maj[illegible] mente el alcalde, satisfecho de poder [illegible] tan buena nueva como pretexto para [illegible] la orden que de sentarse otra vez le [illegible] tío Guillermo.

—El señor Chollet ha sido derribado [illegible] violencia del golpe; ha caído desmaya[illegible] el choque; pero la bala se ha aplastado [illegible] la bolsa que, repleta de oro, llevaba en [illegible] sillo de su levita y se ha deslizado a lo [illegible] de las costillas.

—¿Qué está usted diciendo? ¿La bala [illegible] aplastado en la bolsa? —exclamó el alc[illegible]

—A esto le llamo yo dinero bien [illegible] señor alcalde —dijo Francisco.

—No importa; muerto o vivo —expres[illegible] sín—, ha habido tentativa de asesinato.

—¿Y quién le sostiene lo contrario? —[illegible] el joven.

—Al grano, al grano —prorrumpió el [illegible]

—Esto pido y deseo yo; pero usted a [illegible] paso me interrumpe —dijo Francisco.

—Diga, diga, Francisco —exclamaron [illegible] cunstantes menos dos, que estaban en [illegible] pectación bien distinta: Bernardo y Mateo.

—Ahora voy a decirle a usted cómo [illegible] ocurrido los hechos, señor alcalde —[illegible] el joven.

—¿Y cómo puedes tú saber de qué [illegible] han ocurrido —preguntó Raisín—, si [illegible] con nosotros en esta pieza cuando aque[illegible] desenvolvían a siete kilómetros de aquí?

—Bueno, ¿y qué? —replicó Franc[illegible] ¿Acaso cuando digo: en tal parte hay [illegible] balí, o una jabalina, seco o gordo, neces[illegible] berlo visto? No; me basta la huella.

Francisco ni siquiera había mirado a [illegible] a pesar de lo cual el vagabundo se estre[illegible] de pies a cabeza

—Enlazando, pues, la relación de los [illegible] vean ustedes cómo han pasado —pro[illegible] Francisco—: Bernardo es el que primer[illegible] llegado a la taberna de la tía Tellier. ¿N[illegible] verdad, tía Tellier?

—Es verdad —respondió la buena mu[illegible] ¿y qué más?

—Estaba muy conmovido.

—También es cierto —dijo la tabernera.

—¡Silencio! —exclamó el alcalde.

—Andaba a paso largo —continuó el jo[illegible] y lleno de impaciencia ha dado dos o tres [illegible] tadas junto a la mesa frontera de la pue[illegible]

—Mientras pedía vino, también es cier[illegible] exclamó la tía Tellier levantando los [illegible] llena de admiración ante la casi milagrosa [illegible] picacia del narrador.

Mateo se enjugó con la manga el sudor que le corría por la frente.

—¡Oh! —expresó Francisco respondiendo a la exclamación de la tabernera—, eso es poco difícil de averiguar; en la arena se ven señales de zapato tres o cuatro líneas más profundas que las otras.

—¿Y cómo puedes haberlo visto si estaba oscuro?

—Bueno, ¿y la luna? ¿Usted cree que está allí arriba únicamente para hacer ladrar a los perros? Entonces el señor Chollet ha llegado a caballo por el camino de Villers-Cotterets; ha echado pie a tierra a treinta pasos de la taberna de la tía Tellier, ha atado su montura a un árbol, y luego ha pasado por delante de Bernardo. Hasta me animo a creer que ha perdido y buscado algo así como dinero, porque en tierra hay sebo, lo que prueba que se ha inspeccionado el suelo con una vela. Entretanto, Bernardo estaba escondido tras la haya de frente a la taberna, y por cierto bailándole todos los diablos por el cuerpo, como lo demuestra el que en dos o tres sitios, y a la altura de la mano, está arrancado el musgo de la corteza. El Parisiense, tan pronto encontró lo que buscaba, se ha encaminado a la fuente del Príncipe; se sentó a cuatro pasos de ésta; se levantó de nuevo; anduvo un corto trecho hacia la carretera de Soissons, y entonces fué cuando sonó la descarga que lo ha derribado.

—¡Oh! sí, eso es, eso es —exclamó Catalina.

—Mañana se sabrá quién ha hecho el disparo, pues se hallará el taco y se buscará la bala —repuso el alcalde.

—No hay que aguardar tanto para eso, yo los traigo —dijo Francisco.

Por la frente de Mateo cruzó un rayo de alegría.

—¡Cómo! —exclamó el alcalde— ¿trae usted el taco y la bala?

—Sí, señor; como puede usted comprender, el taco estaba en dirección del disparo, y era fácil hallarlo; pero el dar con la bala ha sido ya más difícil: la bolsa y quizá también un poco la costilla la habían desviado; pero por fin la he hallado en el tronco de una haya. Aquí está —añadió Francisco presentando, en el hueco de la mano, el taco y la bala aplastada al alcalde, que ordenó a uno de los gendarmes que le acercara una luz.

—Ya lo ven ustedes, señores —expresó Raisín—, el taco es de fieltro, y la bala, aunque aplastada, ostenta todavía una cruz.

—¡Vaya una maravilla! —replicó Francisco—, si el taco y la bala son de Bernardo.

—¡Dios mío!, ¿qué está diciendo? —exclamó el tío Guillermo sosteniendo su pipa, próxima a escapársele de entre sus trémulas mandíbulas.

—¡Desventurado! ¡Lo pierde! —gritó Catalina.

—Esto me temía yo —balbuceó Mateo con fingida conmiseración—. ¡Pobre señor Bernardo!

—¿Luego, usted declara que el disparo ha sido hecho con la escopeta del señor Bernardo?

—Sí, señor —contestó Francisco—; pero esto no prueba que Bernardo haya disparado por su propia mano la escopeta.

—¡Oh!, ¿sospechará algo? —dijo entre sí Mateo.

—Ya he manifestado —prosiguió el narrador— que a Bernardo le bailaban todos los diablos por el cuerpo. Cuando el señor Chollet se ha alejado, lo siguió hasta el pie del roble, y lo encañonó con la escopeta; luego cambió prontamente de consejo y retrocedió, de espaldas, algunos pasos; después arrojó el arma, como lo prueba la señal que ha quedado impresa en la arena y por la cual se ve que el gatillo estaba levantado, y por último echó a correr.

—¡Jesús, Jesús mío, esto es milagroso! —exclamó Mariana.

—¿Qué le he dicho a usted, señor alcalde? —preguntó Bernardo.

—Cállate, hijo mío —repuso Guillermo—; deja que hable Francisco; ¿no ves que está sobre la pista?

—¡Oh!, ¡oh! Esto toma mal cariz —murmuró Mateo.

—Entonces ha llegado otro —continuó Francisco.

—¿Quién era? —preguntó el alcalde.

—No lo sé —respondió el joven haciendo un guiño a Bernardo—; no puedo decir sino que ha llegado otro.

—¡Respiro! —dijo entre sí Mateo.

—Como decía, ese otro ha recogido la escopeta, hincó una rodilla en el suelo, lo que demuestra que no es tan buen tirador como Bernardo, e hizo fuego derribando al señor Chollet.

—Pero, ¿qué interés podía tener el recién llegado en matar al señor Chollet? —preguntó el alcalde.

—Lo ignoro; quizá para robarle.

—¿Cómo sabía el recién llegado que el señor Chollet llevaba dinero?

—¿No le he dicho a usted que yo sospecho que al Parisiense se le ha caído la bolsa en la choza de follaje donde la tía Tellier pone a refrescar su vino? No tendría nada de extraño que el asesino estuviera escondido en la choza en aquel instante, y aun me afirma en esta creencia la huella que en la misma ha dejado un hombre tendido boca abajo y que ha escarbado la arena con las uñas.

—¿Luego han robado al señor Chollet? —preguntó el tío Guillermo.

—Ya lo creo, y nada menos que le han robado ochocientos pesos.

—¡Oh!, perdóname, mi pobre Bernardo, perdóname —dijo Watrín—; cuando te pregunté si eras el asesino del señor Chollet, no sabía que lo hubiesen robado.

—Gracias, mi buen padre —contestó Bernardo.

—Pero en definitiva, ¿quién es el ladrón? —preguntó el alcalde.

—Ya le dije que no le conozco; lo único que puedo manifestar es que al dirigirse del sitio en que ha hecho el disparo al en que ha caído el señor Chollet, el ladrón ha hundido una madriguera de conejos y se ha torcido el pie izquierdo.

—¡Oh!, es el diablo —murmuró Mateo, erizándosele los cabellos.

—¡Bah!, esto sí que no lo creo —exclamó Raisín—. ¿Cómo puedes saber tú que se ha torcido un pie?

—¡Ya le digo que se necesita ser muy diestro para adivinarlo! —repuso con zumba Francisco—. Durante treinta pasos, las huellas de ambos pies están marcadas por igual, y en el resto del camino, hay sólo uno que sustente todo el peso del cuerpo, y es el derecho; el otro anda con dificultad suma: luego se ha dado una torcedura en el pie izquierdo, y cuando se apoya en él, le duele de veras.

—¡Ah! —murmuró Goguelue.

—Por eso no ha emprendido la fuga el ladrón; de lo contrario, estaría ya a veinticinco o treinta kilómetros de aquí, máxime que con los pies que tiene debe andar a buen paso. Pero no, lo que ha hecho ha sido venir a enterrar el dinero a unos veinte pasos de la carretera y a cien de esta casa, entre dos matorrales, al pie de un abedul, muy conocido por ser el único de su especie en estos contornos.

Mateo se enjugó por segunda vez la frente, sacó fuera de la ventana una de sus piernas.

—Y una vez que enterró el ladrón el dinero, ¿adónde se ha ido?

—Se ha encaminado a la carretera; mas como ésta está empedrada, he perdido la pista.

—¿Y la plata?

—Es oro, señor alcalde, todo en monedas.

—¿Y ese oro lo ha traído usted como pieza de convicción?

—Me guardé bien de tocarlo; el dinero de ladrón, quema —profirió Francisco sacudiendo los dedos lo mismo que si realmente se los hubiese abrasado.

—Pero en fin...

—Además —continuó el guardabosques—, me ha parecido más conveniente conducir a la justicia al lugar donde está escondido el dinero; y como el ladrón no sospecha que yo conozca el escondite, se hallará la huella.

—Pues te engañas por completo, no la hallarán —dijo Goguelue sacando fuera la otra pierna y lanzando una mirada de odio a Francisco y a Bernardo.

El vagabundo se alejó, sin que nadie, excepto Francisco, advirtiese su partida.

—¿Es cuanto tenías que referir? —preguntó el alcalde.

—Casi, casi, señor Raisín —respondió el joven.

—Perfectamente, la justicia apreciará la declaración que acabas de hacer. Entretanto, ya comprenderás que no nombrando a nadie y descansando todo sobre conjeturas, la acusación continúa pesando sobre Bernardo.

—Respecto a eso nada tengo que replicar —repuso Francisco.

—Por lo tanto, y por mucho que lo sienta, señor Guillermo y señora Mariana —expresó Raisín—, Bernardo debe seguir a los gendarmes y constituirse en prisión.

—¡Y yo también! ¡Quiero seguir a mi hijo a donde vaya! —exclamó la desconsolada madre.

—Como le plazca, pero en marcha —dijo el alcalde haciendo una seña a los gendarmes, que obligaron a Bernardo a dar un paso hacia la puerta.

—Aguarde un minuto más, señor alcalde —repuso Francisco interponiéndose otra vez entre la puerta y el prisionero.

—Si no tienes que añadir cosa alguna a tu declaración, no —replicó Raisín.

—No, pero lo mismo da. Mire usted, supongamos... —prorrumpió el joven haciendo como quien se esfuerza en recordar algo.

—¿Qué? —preguntó el alcalde.

—Es un suponer; pero en fin, supongamos que yo conozco al culpable.

Los circunstantes lanzaron a coro un grito.

—Por ejemplo —continuó el guardabosques bajando la voz—, supongamos que el ladrón estaba aquí hace un rato.

—Entonces se nos escaparía la prueba y nos perderíamos nuevamente en la duda —repuso el alcalde.

—Es verdad; pero apurando el tema de las suposiciones, supongamos que yo he emboscado en el matorral de la derecha a Bobineau, y a Lajeunesse en el de la izquierda, y en el instante en que el ladrón va a meter la mano en su tesoro, aquéllos echan las suyas sobre el ladrón... ¡Ah!

En esto se oyó, en la carretera, un ruido semejante al que produce un hombre que se obstina en no andar y al que, a la fuerza, le obligan a seguir adelante.

—Escuche —exclamó Francisco, coronando su discurso con una sonora carcajada—; ya lo han apresado, y como no quiere volver, no tienen más remedio que hacerle avanzar a empellones.

No bien acabó de hablar, cuando aparecieron en el umbral Bobineau y Lajeunesse, sujetando por el cuello del saco a Mateo Goguelue.

—¡Mil truenos! —prorrumpió Bobineau—, ¿quieres andar, vagabundo?

—Vamos, bribón, no te hagas el ruin —dijo Lajeunesse.

—¡Mateo! —exclamaron a coro los circunstantes.

—Tome usted, señor alcalde, aquí está la bolsa —repuso Lajeunesse.

—Y aquí el ladrón —añadió Bobineau—. Ahora, buena alhaja, vas a hablar un poco con el señor alcalde.

Y empujó a Mateo, el cual, bien a pesar suyo, dió algunos pasos renqueando.

—¡Cuando yo le decía que rengueaba de la pierna izquierda! —exclamó Francisco—. ¿Tomará otra vez bien en cuenta mi sabiduría, señor alcalde?

Mateo, que vió que era inútil toda negativa, y que no le quedaba otro recurso que afrontar la situación, dijo:

—Pues bien, sí, fuí yo quien ha disparado la escopeta. Yo no quería más que indisponer al señor Bernardo con la señorita Catalina, porque el señor Bernardo me había dado una bofetada. Cuando he visto las monedas de oro, me mareé. El señor Bernardo había arrojado su escopeta; el diablo me tentó; he agarrado el arma, y se acabó. Pero nada de premeditación, y como el Parisiense no está muerto, con diez años de presidio estaré listo.

Todos sintieron que se les sacaba un gran peso del pecho, todos tendieron los brazos a Bernardo; pero Catalina fué la primera que estrechó contra sí al joven.

Bernardo hizo un gesto inútil para abrazar a la joven; tenía las manos sujetas con esposas.

—Señor alcalde —dijo el padre Gregorio, que notó la dolorosa sonrisa del joven—, espero que dará inmediatamente la orden de que dejen libre a Bernardo.

—Gendarmes —ordenó Raisín—, ese joven está libre; quitenle las esposas.

Los gendarmes obedecieron.

Entonces hubo un momento de confusión durante el cual, padre, madre, prometida e hijo formaron un grupo indecible, del que partían voces de ventura y lágrimas de gozo.

No había quien no sintiera humedecidos los ojos, incluso el alcalde.

—Conduzcan a ese hombre a la cárcel de Villers-Cotterets, y agarrótenlo fuertemente —dijo Raisín a los gendarmes, al oír que Mateo echaba un rosario de maldiciones.

—No va a enojarse poco el tío Silvestre al ver que a estas horas lo despiertan —profirió Goguelue.

Y desasiéndose de las manos de los gendarmes, que querían esposarlo, lanzó por última vez el grito del mochuelo.

Después las tendió nuevamente, le aplicaron las esposas, y salió entre los agentes de la ley.

XIX

CONCLUSION

Así que en lugar de Bernardo, Mateo fué conducido a Villers-Cotterets y encerrado en la casa del tío Silvestre.

Tan pronto los gendarmes se llevaron al verdadero delincuente, y el alcalde salió con la cabeza gacha y dirigiendo hacia atrás una mirada de arrepentimiento, los honrados moradores de la Casa Nueva quedaron dueños de sí mismos, libres de toda extraña presencia. Y decimos libres de toda presencia extraña, porque la buena tía Tellier, el bondadoso padre Gregorio, los astutos Bobineau y Lajeunesse, que contribuyeron al esclarecimiento del suceso, ni el amigo Francisco, verdadero detective y rastreador excelente, no eran extraños.

Nada, pues, turbó la inefable alegría que inundó de pronto a aquella familia.

La primera manifestación de gozo se tradujo en un leal apretón de manos entre padre e hijo.

Luego, madre e hijo se abrazaron efusivamente.

—¡Cuando imagino que de todo tengo yo la culpa! —dijo la acongojada Mariana.

—No se hable más de ello, madre —repuso Bernardo.

—¡Que con mi terquedad he sido la causa de todo!

—¿Quiere callarse?

—¿Me perdonas, hijo mío?

—¡Oh, madre! ¡Mi buena madre!

—Como quiera que sea, en el pecado he llevado la penitencia, y bien dura.

—Nada tema, se verá recompensada con creces.

Luego, Bernardo se acercó al padre Gregorio, y tomándole ambas manos y mirándolo frente a frente, le dijo:

—¿Tampoco usted ha dudado de mí, padre mío?

—¿Cómo dudar de ti si te conozco más que tu padre y tu madre?

—¡Oh!, ¡oh!, señor cura —repuso Mariana—, eso de que usted lo conozca más!...

—No me retracto —afirmó el sacerdote.

—¡Cómo se entiende! —exclamó Mariana, dispuesta a empezar una discusión—, ¿quiere usted hacerme el favor de decir quién puede conocer más un hijo que su propia madre?

—Aquel que ha formado el espíritu después que la madre ha formado el cuerpo —dijo Guillermo Watrín—. ¿Reclamo yo, por ventura? Haz lo que yo; quédate callada.

—No, lo que es sobre este punto no me callo ni me callaré nunca —replicó Mariana.

—Sí, madre, se callará —expresó Bernardo—; y siendo como es usted tan religiosa, me bastará para conseguirlo el decirle dos palabras. —Y sonriendo añadió—: ¿olvida usted que el señor cura es mi confesor?

Luego tocó su vez a Catalina, a la que Bernardo, en su egoísmo y para retenerla más largo tiempo, había reservado para la última.

—¡Catalina! ¡Mi querida Catalina! —exclamó aquél con voz entrecortada.

—¡Bernardo! ¡Mi buen Bernardo! —murmuró la joven con los ojos arrasados y acento conmovido.

—¡Oh, ven, ven! —dijo el joven guardabosques conduciendo a su novia hacia la carretera.

—Pero, ¿adónde van? —exclamó Mariana.

—Déjalos —repuso Guillermo llenando su pipa—, tendrán que tratar de asuntos particulares.

—Pero...

—No hay pero que valga. ¿Acaso a su edad y en idénticas circunstancias, no habríamos tenido tú y yo algo que decirnos?

—¡Jum! —murmuró Mariana dirigiendo una postrer mirada en dirección a la puerta.

Pero ya Bernardo y Catalina se habían internado en el bosque y desaparecido entre su espesura.

En cuanto a Bobineau, Lajeunesse, Francisco y el tío Guillermo, se pusieron a mirar a la luz de las velas las botellas que había aún en la mesa y a saborear con deleite lo que quedaba de ellas.

El padre Gregorio se aprovechó de la tarea a que estaban abocados los cuadro guardabosques, para tomar silenciosamente su bastón y su sombrero, deslizarse subrepticiamente por la abertura de la puerta y tomar la vuelta de Villers-Cotterets, en donde encontró a su hermana, la señorita Adelaida, que le estaba aguardando con toda ansiedad.

Mariana y la tía Tellier se acercaron junto a la lumbre del hogar y empezaron a hablar largo y tendido.

Al clarear el nuevo día, Bernardo y Catalina regresaron a la Casa Nueva.

Catalina, risueña y sin apartar de su prometido la mirada, dió un beso a Mariana y otro al tío Guillermo y se dispuso a subir a su cuarto, pero no bien hubo dado un paso, cuando Bernardo la detuvo como para recordarle algo.

—¿Y?... —dijo el joven con suave acento de reproche.

Catalina comprendió inmediatamente lo que su novio le recordaba con esa interrogación.

Acercóse, pues, a Francisco y le presentó la mejilla.

—¿Qué? —preguntó Francisco, admirado de semejante prebenda.

—¡Caramba!, te besa en señal de agradecimiento —dijo Bernardo—. Me parece que te debemos con creces tal demostración.

—¡Ah!, señorita Catalina —exclamó Francisco limpiándose los labios con la servilleta y dando un sonoro beso en cada una de las sonrosadas mejillas de la muchacha.

La cual tendió por última vez la mano a su prometido y subió a su cuarto.

—Bueno, amigos —dijo el hijo de Watrín—, creo que es tiempo de poner manos a la obra. No basta ser dichoso; es menester que cumplamos con los deberes que nos ligan al duque de Orleáns.

Y tomando con gesto indecible su esc[illegible] traída por los gendarmes como prueba de [illegible] vicción y con un caño descargado, mur[illegible]

—Cuando imagino... En fin.

Y poniéndose su sombrero, añadió:

—Salgamos.

Bernardo, al partir, levantó la cabeza, [illegible] a Catalina en la ventana, sonriendo aca[illegible] por los primeros rayos del sol, de aque[illegible] que iba a iluminar uno de los más dichosos [illegible] de su existencia.

La joven, al ver a su prometido, recog[illegible] clavel y se lo arrojó después de haber de[illegible] tado en él un beso.

Bernardo apresó la flor al vuelo, la bes[illegible] su vez con pasión y la guardó. Luego sig[illegible] sus compañeros y desapareció en la espes[illegible]

Como el día llamaba a la Tellier a su ne[illegible] cio, la buena mujer se despidió de los esp[illegible] Watrín, y se dirigió a la choza de la f[illegible] del Príncipe, con la misma rapidez que [illegible] venido. Además, llevaba tantas noticias, que [illegible] rían tema de las conversaciones de todo el [illegible]

¡La inocencia de Bernardo, la culpab[illegible] de Mateo, las bodas de Catalina y Ber[illegible] Largo tiempo hacía que las comadres de [illegible] aldea no habían contado con material tan ab[illegible] dante para sus conversaciones.

Entre Guillermo y Mariana inicióse en[illegible] ces una lucha de abnegación: cada uno de [illegible] dos se empeñaba en que el otro se fuese a [illegible] cansar; pero como, gracias a la tenacidad [illegible] la madre, aquella lucha de abnegación am[illegible] zaba derivar en disputa, Guillermo tomó [illegible] sombrero, se metió las manos en los bols[illegible] y fuése a dar una vuelta por la carretera de [illegible] llers-Cotterets.

Al llegar al Salto del Ciervo, el anciano [illegible] al señor Raisín, que regresaba en su carric[illegible] en compañía de su antiguo criado Pedro.

Al ver al alcalde, Watrín se dispuso a e[illegible] minarse al bosque; pero como aquél lo h[illegible] conocido, detuvo el carricoche, se apeó y [illegible] rrió hacia Guillermo, gritando:.

—Eh, ¡señor Watrín!, ¡señor Watrín!

El anciano se detuvo.

—¿Qué le ocurre, ahora, señor alcalde? —preguntó ásperamente el anciano, cuando a[illegible] estuvo a su lado.

—Ocurre —respondió Raisín algo apurado [illegible] hablando sombrero en mano a Guillermo, mi[illegible] tras éste le estaba escuchando con la cab[illegible] cubierta—, ocurre que desde que me he se[illegible] parado de usted esta madrugada, he reflex[illegible] nado mucho.

—¿De veras? —repuso Watrín—, ¿y en qu[illegible]

—En todo, mi querido señor Guillermo, [illegible] particularmente en que no está bien ni es [illegible] cente el querer apoderarse de los bienes [illegible] vecino, aun cuando el vecino sea príncipe.

—Bueno, ¿y a qué viene eso ahora, y de qu[illegible] bienes he querido yo apoderarme? —pregu[illegible] el anciano.

—No se trata de usted, señor Watrín —d[illegible] con cierta humildad el alcalde.

—¿De quién, entonces?

—De mí y de nadie más, señor Guillermo, [illegible] de las torcidas proposiciones que le hice anoc[illegible] respecto de los árboles que rodean los lím[illegible] de mi tala.

—¿Y por eso vino a hablarme?

—¿Por qué no, si he comprendido que [illegible] malamente y que por ello me toca dar to[illegible] clase de satisfacciones a un hombre honrado [illegible] quien inferí un insulto?

—¿A mí?; se equivoca usted, señor alcalde.

—A un hombre honrado se le insulta al h[illegible] cerle proposiciones tales que no puede ac[illegible] tarlas sin dar un mentís a su vida entera.

—¡Bah!, por tan poca cosa no valía la pe[illegible] de que usted se molestara.

—¿Usted llama *poca cosa* al sonrojarse a[illegible] un hombre y no atreverse a estrecharle ya [illegible] la mano cuando uno lo encuentra? Para [illegible] es mucho, y por lo tanto le ruego que me pe[illegible] done, señor Watrín.

—¿Yo? —preguntó el anciano.

—Usted, sí.

—Hombre, yo no soy el padre Gregorio para perdonarle —repuso Guillermo, entre conmovido y risueño.

—No, pero es el señor Watrín, y todos los hombres honrados forman una misma familia. De ella he salido yo hace pocas horas; déme la mano para que pueda entrar en ella nuevamente.

El alcalde pronunció estas palabras con acento tan conmovido, que Guillermo, con lágrimas en los ojos, se sacó el sombrero con la mano izquierda, como pudiera haberlo hecho en presencia del inspector Deviolaine, y tendió la mano a su interlocutor, que se la estrechó fuertemente.

—Mis exigencias no terminan aquí, señor Guillermo —dijo Raisín.

—¿Qué más desea? —preguntó Guillermo.

—Mire, amigo mío, esta noche no lo he ofendido a usted solamente.

—Comprendo, se refiere a su acusación contra Bernardo. Ya ve, señor alcalde, que no es prudente precipitarnos en acusar al prójimo

—La ira que contra usted me dominaba me volvió injusto, y por poco me induce a cometer una acción que durante toda mi vida me pesará sobre la conciencia, si el señor Bernardo no me perdona.

—No se apure por eso; tranquilícese, señor alcalde; Bernardo es tan dichoso que ya no se acuerda nada.

—Pero puede recordarlo en ciertas ocasiones, y entonces juzgarme un mal sujeto.

—No le digo que en un momento de mal humor no recuerde mi hijo lo que hoy ha pasado —repuso Watrín sonriendo.

—Existe un medio, no para que tal recuerdo no se le refresque, pues uno no es dueño de su memoria; pero sí para que lo deseche si le acude a la mente, y es que me perdone cordial y sinceramente como acaba de hacerlo usted.

—En cuanto a eso, le respondo como de mí mismo. Bernardo no es rencoroso. Conque dése usted por perdonado. Más le diré: si no quiere molestarse, y como al fin y a la postre él es más joven que usted, irá a verle a su casa.

—No solamente espero que se presente él en mi casa, sino también usted, la señora Mariana, Catalina, Francisco y todos los guardabosques que están bajo su jurisdicción.

—¿Y eso cuándo?

—Al salir de la misa nupcial.

—Bueno, ¿para qué?

—Para celebrar la comida de boda.

—Se lo agradezco en el alma, señor Raisín; pero no puede ser —expresó Guillermo.

—No me diga que no, señor Watrín —exclamó el alcalde—, pues así lo he decidido, a menos que usted y Bernardo se empeñen en guardarme rencor. ¿Qué quiere usted? Me he puesto entre ceja y ceja que sería yo quien diese la comida de boda. Apenas me había acostado esta noche, de regreso de su casa, cuando esta idea ha empezado a bailarme en la imaginación, hasta el punto de no dejarme pegar los ojos. Ya tengo hecho el menú.

—Pero, señor Raisin...

—Primeramente habrá un jamón del jabalí que ustedes mataron ayer, es decir, Francisco; luego, con seguridad, el señor inspector nos dará permiso para matar un corzo; yo en persona iré a la balsa de Ramée a escoger el pescado; la señora Mariana cuidará de guisar los pollos, ya que es su especialidad, y por último, tengo un delicioso vino de champaña llegaro directamente de Epernay, y un borgoña añejo, que sólo pide que lo beban.

—Sin embargo, señor Raisín...

—Vamos, acepte, señor Guillermo —lo interrumpió el alcalde—; de lo contrario voy a tenerme por un mal sujeto, y a creer que estoy reñido a muerte con la gente más honrada de la tierra.

—Señor Raisín, yo no puedo contestarle ni sí ni no —repuso el anciano.

—En este caso nada confío de las mujeres; porque ha de saber usted, señor Watrín, que mi mujer y mi hija son las que me metieron en la cabeza un cúmulo de ideas necias y celosas. ¡Cuánta razón tiene el padre Gregorio al decir que la mujer es la perdición del hombre!

Quizá Watrín iba aún a oponer alguna resistencia, cuando sintió que tiraban de él por el bolsillo de su saco.

El anciano se volvió y vió a Pedro.

—Señor Watrín —dijo el buen hombre—, no niegue al señor alcalde lo que le pide; se lo ruego en nombre..., en nombre...

Y el anciano Pedro buscó en su imaginación en nombre de qué podía invocar la misericordia del tío Guillermo, hasta que por fin exclamó:

—¡Ah!, en nombre de los cinco pesos que le dió al padre Gregorio, cuando supo que el señor alcalde me había despedido para tomar a Mateo.

—Otra de las malditas ideas que las mujeres de mi casa me habían imbuído —expresó Raisín—. ¡Ah!, ¡las mujeres!, ¡las mujeres!, sólo la suya es una santa, señor Guillermo.

—¡Mi mujer! —prorrumpió el guardabosques—. Ya se ve...

Guillermo iba a decir: Ya se ve que no la conoce; pero se detuvo a tiempo, y terminó la frase diciendo:

—Ya se ve que la conoce usted.

Luego miró al alcalde, que con ansiedad estaba aguardando su contestación definitiva, y dijo:

—De acuerdo; celebraremos en su casa la comida de bodas.

—Y éstas se efectuarán ocho días antes de lo que usted sospechaba —exclamó Raisín.

—¿Y eso? —preguntó Guillermo.

—Adivine a dónde voy.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Qué sé yo?

—Pues me voy a Soissons a comprar las licencias al señor obispo.

Dichas estas palabras, el alcalde se subió de nuevo a su carricoche en compañía del anciano Pedro.

—Ahora le respondo de Bernardo —dijo Guillermo riéndose—, como le respondería de él aunque le hubiese usted inferido un agravio diez veces mayor.

El alcalde fustigó a su caballo y el carricoche partió, seguido de la mirada del anciano guardabosques; el cual estaba tan preocupado, que no advirtió que se le había apagado la pipa.

—No le tenía por tan hombre de bien, lo digo de veras —murmuró Watrín cuando hubo desaparecido el carricoche.

Después de haber encendido la pipa, continuó entre bocanadas de humo:

—Tiene razón; son las mujeres... ¡Oh!, ¡las mujeres!, las mujeres!

Y meneando la cabeza, regresó a paso lento a la Casa Nueva.

Quince días después, y meced a las licencias compradas por Raisín al obispo de Soissons, el órgano resonaba alegremente en la pequeña iglesia de Villers-Cotterets, mientras Bernardo y Catalina, arrodillados a los pies del padre Gregorio, se sonreían de los chistes de Francisco y de Biche, que sostenían sobre la cabeza de aquéllos el paño nupcial.

La señora Raisín y su hija Eufrosina, prosternadas en mullidos reclinatorios de terciopelo en los que campeaba la cifra de sus respectivos nombres, asistían a la ceremonia, un poco separadas de los demás convidados.

Eufrosina miraba con el rabillo del ojo al elegante Parisiense, todavía pálido de su herida, pero ya lo suficientemente repuesto para asistir a las bodas.

Sin embargo, era evidente que a Chollet le preocupaba más que Eufrosina la hermosa novia, sobre cuya ruborosa frente resaltaba una corona de azahar.

El inspector, acompañado de su familia, asistía a la ceremonia, rodeado de sus treinta o cuarenta guardarurales como de una guardia de honor.

Por lo que respecta al buen padre Gregorio, echó un sermón que no duró más que diez minutos, pero que arrancó lágrimas a todos los presentes.

Al salir de la iglesia, cayó en medio del cortejo una piedra, arrojada con fuerza, sin que, por fortuna, dañara a nadie.

La piedra procedía de la cárcel, sólo separada de la iglesia por una callejuela, y quien la había arrojado era Mateo, al que todos pudieron ver detrás de la reja de una ventana.

Goguelue, al observar que le miraban, juntó ambas manos y, llevándoselas a la boca, imitó el grito del mochuelo. Luego vociferó:

—¡Eh!, ¡señor Bernardo!, ya sabe que el grito del mochuelo es de mal augurio.

—Pero cuando el profeta es malo, la predicción resulta falsa —repuso Francisco.

La comitiva se alejó, dejando al prisionero entregado a su rabia.

Al día siguiente, Goguelue fué trasladado de la cárcel de Villers-Cotterets a la de Laón, donde reside la audiencia.

Como previera él mismo, el vagabundo fué condenado a diez años de presidio.

Un año y medio después, los periódicos, en la sección informativa, publicaron el siguiente suelto:

"Dice el *Semáforo de Marsella*:

"En el presidio de Tolón, uno de estos días, intentó evadirse un preso; pero al infeliz le costó la vida.

"Dicho individuo, después de haberse procurado, no se sabe cómo, una lima, había logrado cortar su cadena y ocultarse bajo un montón de tablones del arsenal donde trabajaban los presidiarios.

"Por la noche ganó la orilla del mar, caminando a rastras y sin que el centinela lo viera; pero al ruido que produjo al arrojarse al agua, el centinela se volvió y preparó su arma para descargarla sobre el fugitivo en el instante en que, para respirar, reapareciese en la superficie. Poco después, el fugado sacó la cabeza fuera del agua, y un disparo siguió instantáneamente a su aparición.

"El fugitivo se sumergió, pero ahora para no reaparecer.

"La detonación del fusil atrajo a algunos soldados y empleados del presidio al lugar del suceso y botáronse al agua dos o tres lanchas; pero en vano buscaron, muerto o vivo, al que intentara fugarse.

"Al día siguiente, a las diez de la mañana, apareció en la superficie del mar un cadáver: era el del presidiario prófugo.

"Aquel infeliz, condenado a diez años de trabajos forzados por tentativa de asesinato con premeditación, pero con circunstancias atenuantes, figuraba en los registros de presidio con el nombre de Mateo".

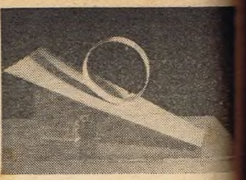
✫ FIN DE "LA HIJA DE FEDERICO BLUM" ✫

Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógico, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

AROS LASTRADOS

Este experimento, notable por su efecto, desafía las leyes de la gravedad. Es muy sencillo para realizar. Se toma indistintamente un aro o un rodillo lastrado, con lastre fijo o móvil en un sector cualquiera de su circunferencia. En este caso se ha elegido un aro, el cual, colocado sobre un plano inclinado, asciende la pendiente en vez de bajarla, como esperan los que no están en el secreto.



PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1. Preposición inseparable que disminuye la significación de ciertas voces simples.
4. Altar donde se ofician sacrificios.
7. Dícese de los indoeuropeos.
8. Cuezan a fuego lento un manjar crudo para hacerlo comestible.
9. Apócope de santo.
10. Orilla de la calle reservada para los transeúntes.
14. Iniciales del nombre y apellido de un militar y político español, varias veces ministro (1833-1915).
15. Alabanza.
17. Metal precioso de color amarillo brillante.
18. Arbusto de la China, cuyas hojas se utilizan en una infusión.
19. Lugar ancho y sin casas dentro del poblado.
21. Terminación de verbo.
22. Semejante, parecido.
23. Parte saliente de alguna cosa que sirve para tomarla.
24. Resultado del juego de los órganos, que concurren al desarrollo y conservación del sujeto.
25. Glándula situada detrás del esternón.
26. ¡Quiá!
27. Planta liliácea, cuyo bulbo, de olor fuerte, se usa para condimento.
29. Río de Italia.
30. Atasca, obstruye.
33. Forma del pronombre de tercera persona del singular.
34. De igual presión atmosférica.
37. Abrir surcos en la tierra.
39. Elevar rezos.
40. Punto cardinal.
41. Rey de Judá del 944 al 904 antes de J. C.

VERTICALES

1. Igualdad de nivel de las cosas.
2. Novillo menor de dos años.
3. Que permite abrazar a primera vista las partes iguales de un todo.
4. Número uno en los naipes.
5. Bregue, luche.
6. Nombre de mujer.
8. Voz germana que signi… agua.
11. Patada violenta que dan … bestias.
12. Lugar donde se trillan … mieses.
13. Signo matemático.
16. Que tiene alas.
18. Flor del olivo.
20. Por extensión, parte lateral … alguna cosa.
21. De esta manera.
23. Obstruye, molesta.
27. Sujeto, amarro.
28. Personaje bíblico, patriarca … lebre por su piedad y … nación.
29. Nación sudamericana.
30. Moneda de cobre de los ro… nos, que en los primeros tie… pos pesaba una libra.
31. Anillo de metal o de mad…
32. Planta americana de la fa… de las oxalídeas (plural).
33. Acusativo del pronombre … sonal, femenino, plural de … cera persona.
34. Trasladarse de un lugar … otro.
35. Cólera, enojo.
36. Reza, eleva sus preces.
38. Terminación de verbo.

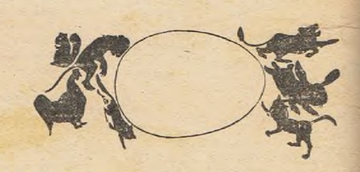
(La solución en el próximo núm…

JARDINES DE SALON



Los árboles enanos, tan decorativos y artísticos, se obtienen fácilmente empleando varios vasos pequeños y llenos de agua. Cada uno de estos vasos se cubre con un pedazo de cartulina, en cuyo centro se abre un agujero lo bastante grande para que la bellota que pongamos sobre la cartulina esté en contacto con el agua y no corra peligro de ir al fondo. En vez de cartulina puede emplearse una hoja de corcho o una armazón de alambre. De este modo sostenida, la bellota no tarda en brotar; se ven aparecer las raíces y el tallo; salen luego las hojas y, por espacio de tres años, tendremos un roble o una encina enana, muy bonitos y que, pasado este tiempo, pueden transplantarse para que se desarrollen como de ordinario. Conviene cambiar el agua del vaso con alguna frecuencia y no estará de más añadirle un poco de sal.

PROBLEMA: EL HUEVO MAGICO



Es éste un problema sencillo, que lo único que requiere es un … de paciencia. Tenemos aquí siete siluetas de animales que hay … recortar y colocarlas dentro del huevo, de tal manera que lo llenen … completo y no se monte un recorte sobre el otro.

Por el bulto de los bichos, parece imposible conseguirlo, pero … sorpresa es grandísima viendo el resultado.

(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DEL PROBLEMA: "EL PASEO POR EL JARDIN"

Partiendo de la letra E señalada en el grabado, puede leerse el siguiente refrán: "El primer paso es el que cuesta".



DEL PROBLEMA: "LAS ISLAS DEL CAPITAN"

De 264 maneras distintas podía el "Gaviota" hacer sus diez viajes al año sin pasar dos veces por la misma derrota en un mismo año. Todos los años terminaba su décimo viaje en la isla de la cual partió primero.

DEL PROBLEMA: "CUESTION MATEMATICA"

Las cuatro partes de 45 que dan el mismo resultado sumando 2 a la primera, restando 2 a la segunda, dividiendo por 2 la tercera y multiplicando por 2 la cuarta, son respectivamente 8, 12, 20 y 5. El resultado es, en los tres casos, 10.

DEL PROBLEMA: "EL AMULETO"

Partiendo de la A de lo alto de la pirámide hay dos caminos que seguir. Cualquiera que sea la B que se elija, se abren otros dos caminos para continuar (2 × 2 son 4). De la R que se escoja parten otros dos caminos (2 × 4 son 8). Y así sucesivamente.

Como hay diez líneas o escalones, lo único que se necesita es multiplicar 10 veces 2, empezando por el mismo 2 y siguiendo por el producto de la multiplicación anterior. Así: 2 × 2, igual a 4; 2 por 4, igual a 8; 2 × 8, igual a 16, etc.

Así se llega a la cifra 1.024, que representa el número de veces que se puede trazar la palabra ABRACADABRA en la forma que indicaba el viajero.